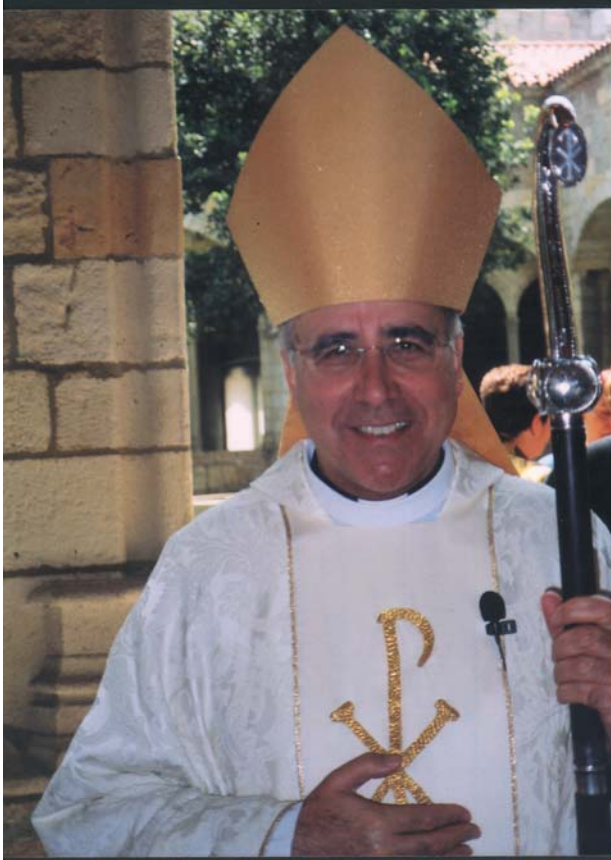


DON JOSÉ VILAPLANA BLASCO
XVI Obispo de Santander



MAGISTERIO
EPISCOPAL
CONFERENCIAS
RETIROS

INDICE

CONFERENCIAS

Hablar de Dios Hoy.....	5
Ser discípulo de Cristo, hoy.....	8
Exigencias de la vida cristiana.....	16
Vida comunitaria del cristiano.....	25
Conferencias Cuaresmales 1994.....	31
Conferencias Cuaresmales 1995.....	37
Conferencias Cuaresmales 1996.....	45
Conferencias Cuaresmales 1997.....	55
Conferencias Cuaresmales 1998.....	59
Conferencias Cuaresmales 2004.....	70
En la entrega de la medalla de oro del Parlamento de Cantabria a la Diócesis.....	88
En la entrega de la medalla de oro de la ciudad de Santander al Obispado de Santander.....	90

RETIROS

Retiro Espiritual 1991.....	95
Retiro Espiritual de Cuaresma 1993.....	100
Retiro Espiritual de Adviento 1994.....	103
Retiro Espiritual de Cuaresma 1995.....	105
Retiro Espiritual de Cuaresma 1996.....	108
Retiro Espiritual de Cuaresma 1997.....	111
Retiro Espiritual de Adviento 1998.....	114
Retiro Espiritual de Cuaresma 1999.....	118
Retiro Espiritual de Adviento 1999.....	123
Retiro Espiritual de Cuaresma 2000.....	129
Retiro Espiritual de Adviento 2000.....	134
Retiro Espiritual de Cuaresma 2001.....	141
Retiro Espiritual de Adviento 2001.....	151
Retiro Espiritual de Adviento 2002.....	158
Retiro Espiritual de Cuaresma 2003.....	164
Retiro Espiritual de Adviento 2003.....	172

Retiro espiritual de Cuaresma 2004.....	182
Retiro espiritual de Adviento 2004.....	192
Retiro espiritual de Cuaresma 2005.....	201
Retiro de Adviento 2005.....	210

CONFERENCIAS

HABLAR DE DIOS HOY

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL 'MENÉNDEZ PELAYO'

El pasado 27 de agosto de 1992, el Sr. Obispo don José Vilaplana pronunció una conferencia en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander, bajo el lema "Hablar de Dios hoy", dentro del ciclo "Los Jueves de la Magdalena" organizado por dicha Universidad de verano.

Comenzó haciendo suyas unas palabras de San Agustín:

"Ojalá que el que esto leyere o escuchase, si comparte mis convicciones, conmigo avance; si conmigo vacila, conmigo busque; si un error suyo reconoce, me lo confiese; y si el error es mío, me lo haga saber. Así haremos juntos el camino del amor, dirigiéndonos hacia Aquél de quien dice la Escritura: "Buscad continuamente su rostro".

Ante un numeroso público, plural y heterogéneo, el Sr. Obispo explicó en un lenguaje inteligible, -que intentó subrayar en toda la ponencia-, "la actitud de búsqueda como punto de encuentro para avanzar en el diálogo Fe-Cultura". "Hablaré como creyente y Pastor de la Iglesia, ofreciendo mis convicciones no como quien 'domina' el tema de Dios, sino como quien se siente 'cautivado' por El".

En su ponencia, Monseñor Vilaplana presentó la complejidad del problema que supone hablar de Dios hoy. "Estamos en una sociedad pluralista y secular, en la que se hace presente no sólo el fenómeno de la increencia, sino también las nuevas formas de religiosidad, la 'vuelta de lo religioso', las sectas, etc. En este contexto, la reflexión sobre Dios ya no gira sólo, ni siquiera principalmente, sobre la existencia o no de Dios, sino sobre qué queremos decir cuando decimos 'Dios'".

"El 'pensamiento débil' parece determinante a la hora de configurar la mentalidad del hombre actual, que duda o rechaza la objetividad de la verdad y se sitúa en los límites de lo inmediato. Preocupado por la felicidad, sin hacerse grandes preguntas, se queda indiferente ante la cuestión de Dios".

Así "cuando se constata ausencia de valores y falta de orientación, es importante retomar las grandes cuestiones que afectan al sentido de la vida y replantear el tema de Dios".

A continuación, el Sr. Obispo aborda el tema de Dios desde unas indicaciones:

- El lenguaje es siempre insuficiente para expresar el misterio de Dios.
- Dios no es una realidad como las otras realidades, sino el fundamento de toda realidad. Sólo podemos abordarlo como misterio.
- La cuestión de Dios es también la cuestión del hombre.
- La reflexión de Dios se hace siempre desde una situación histórica concreta.
- La frivolidad al hablar de Dios - para afirmarlo o negarlo- es un gran obstáculo para avanzar en su conocimiento.
- La necesidad de diferenciar el conocimiento experimental del conocimiento experiencial.
- La Fe como respuesta confiada al Dios revelado.

En la última parte de su ponencia, Monseñor Vilaplana presenta al Dios revelado en Jesucristo a través de:

- Los relatos de la Creación.
- La reflexión sobre la revelación de Dios en el libro del Exodo como "El que soy".
- El corazón "silencioso" y el corazón "abierto" al hermano como disposición de acoger a Dios.
- El Dios de la misericordia.
- Jesús invocó a Dios como "Abba" (Padre), y nos reveló el rostro humano de Dios.
- El discipulado en comunidad como forma de avanzar en el cono-

cimiento de Dios.

"Dios se revela en el silencio, pero se revela como el que escucha el clamor de los pobres. Por tanto, un corazón silencioso y un corazón abierto al hermano son las disposiciones que nos ponen en la mejor forma de acoger a Dios en nuestra vida".

Dios también aparece en la Biblia como el Dios de la misericordia. "Dios aparece como el garante de la libertad del hombre y como el que permite la reconstrucción del hombre cuando éste queda roto por sus miserias".

"Quiero concluir diciendo que la Fe en el Dios revelado en Jesucristo supone un discipulado, un proceso, un camino que se hace, junto con otros hermanos, dentro de una comunidad".

Para finalizar, Monseñor Vilaplana citó unas palabras de San Juan de la Cruz, reflejo de su intento de mostrar, a través de la conferencia, dónde cree que está la fuente de la confianza y del amor: "Qué bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche".

SER DISCIPULO DE CRISTO, HOY

Los días 30 y 31 de marzo y 1 de abril -cuarta semana de cuaresma-, a las ocho de la tarde, en la parroquia de Santa Lucía por seguir cerrada la Catedral por obras de reparación, el Sr. Obispo habló, dentro del marco de la Eucaristía, a la comunidad diocesana sobre el tema "SER DISCIPULO DE CRISTO, HOY", que fue especificando en los temas "Respuesta al mensaje de Cristo: Fe, conversión y bautismo", el día 30 de marzo; "Exigencias de la vida cristiana", el 31 de marzo; y "Vida comunitaria del cristiano", el 1 de abril.

En este último día, al término de la conferencia, se celebró el sacramento de la Penitencia según el modo de reconciliar a muchos penitentes con confesión y absolución individual:

Ofrecemos a continuación el texto de las conferencias:

RESPUESTA AL MENSAJE DE CRISTO: FE, CONVERSION, BAUTISMO

Queridos hermanos y hermanas:

En el nombre del Señor iniciamos estas Conferencias Cuaresmales que han de ser para nosotros un estímulo de nuestra fe. Acabamos de escuchar esa expresión del Evangelio: aquel hombre creyó en las palabras de Jesús, "creyó él con toda su familia" (Jn 4,53). Hombres de fe. Y hemos escuchado también en el profeta que el Señor promete hacer de nosotros una realidad nueva, un mundo nuevo. Esta es la invitación que la Iglesia hace a sus hijos cada Cuaresma: sed criaturas nuevas en Jesucristo.

Cada año, distintos acontecimientos van siendo vividos por los cristianos desde esta perspectiva de la conversión, de la fe, de nuestra vinculación a Cristo. Y este año, el año 92, es para los creyentes un año que suena a evangelización: evangelizaron nuestros antepasados y la evangelización tiene que continuar realizándose en nuestro mundo. Nuestra conversión y nuestra fe, en este 92, han de tener una resonancia evangelizadora.

Y este año providencialmente el evangelista que acompaña a la Iglesia

es el evangelista Lucas; como bien sabéis, cada año es un evangelista el que nos acompaña en las misas dominicales, y este año precisamente nos acompaña el evangelista de la comunicación, de la misericordia de Dios y del anuncio del Evangelio; el evangelista que no sólo nos narra las palabras y los gestos del Señor, sino las palabras y los gestos de los discípulos del Señor; que hace llegar el Evangelio a todos los rincones del mundo, un Evangelio cargado de este dinamismo eclesial, de este discipulado que hace presente en el mundo el mensaje del Señor.

Pues bien, este Evangelio de Lucas es el que ha inspirado el tema fundamental del que voy a hablaros en estos tres días. Pero hay también otra llamada especialmente a los laicos, porque en este curso ha aparecido un documento de la Conferencia Episcopal que debe ser acogido por todos: se trata del documento "Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo". Este título indica que todo cristiano, todo fiel, ha de estar en el mundo como evangelizador, ha de inyectar la alegría del Evangelio en las realidades temporales; es necesario que la luz y la sal del Evangelio impregnen nuestra sociedad. Por tanto, de la mano del evangelista Lucas, e intentando aterrizar con el documento de los laicos, os hablaré durante estos tres días de un tema que da unidad a todo: "Ser discípulo de Cristo hoy". ¿Cómo ha de ser hoy el discípulo de Cristo?, ¿qué perfil hemos de tener para ser evangelizadores en nuestro mundo?

En este primer día, veremos cuál es la respuesta inicial del discípulo ante el acontecimiento de Cristo. El evangelista Lucas presenta el acontecimiento de Cristo como una manifestación de la misericordia de Dios al hombre; insiste mucho en el hoy, en el momento actual en que el hombre queda sorprendido por esa presencia de Cristo, por ese perdón de los pecados ofrecido generosamente a todos, por esa salvación que cantada por los ángeles irrumpe en el mundo creando una nueva etapa de paz y de reconciliación.

Cristo ha venido, ha salvado el mundo, nos ofrece el perdón de nuestros pecados. Pero el evangelista Lucas dice: ¿y cómo responden los hombres ante este acontecimiento? Cristo es un manantial, pero ¿quién va a beber de esa fuente? El acontecimiento de Cristo se ha hecho presente en medio de nosotros, pero ¿cuál ha de ser nuestra respuesta subjetiva para acoger y aceptar esa salvación ofrecida misericordiosa y gratuitamente por Jesús? El evan-

gelista Lucas nos recuerda que hay una respuesta que tiene estos tres pasos: *fe*; *arrepentimiento* y *conversión*; y *bautismo*. Estos tres elementos constituyen la respuesta adecuada ante el acontecimiento de Cristo. Y estas tres preguntas son las que hoy me planteo con vosotros:

1.- Cuando el evangelista Lucas nos presenta a Pedro predicando en la casa del centurión romano Cornelio, el apóstol dice: "Todo el que cree en El, en Jesús, recibe por medio de su nombre el perdón de los pecados" (Hch 10,43); y Pablo, cuando habla con el carcelero de Filipos le dice: "Cree en el Señor Jesús y os salvaréis tú y tu familia (Hch 16, 31).

¿Qué significa esta *actitud de fe*? No cabe duda que ante la sorpresa de este ofrecimiento de salvación y de perdón, la fe significa acogida y reconocimiento de que efectivamente en Jesús de Nazaret Dios ofrece la salvación al mundo. Esta adhesión, nos dice el evangelista Lucas, tiene también un proceso que ha de transformar toda la persona. Quizás viendo cómo describe Lucas la parábola de la semilla echada en la tierra, comprenderemos mejor cómo ha de ser esta actitud de fe.

Los discípulos son los que escuchan la palabra, dice Lucas, la guardan en un corazón noble y generoso y dan fruto con su aguante, con su perseverancia; tengamos, pues, en cuenta estos tres elementos: la fe comienza por ser escucha de la palabra de Dios; no hay respuesta adecuada si no hay una actitud de escucha: quién es y qué nos dice el que se ha hecho presente en nuestra vida. La fe no es un sentimiento vago o abstracto, la fe es una respuesta ante un acontecimiento: Cristo mismo, que nos invita a definimos ante El; primero a escucharle. Esta respuesta de afirmación, de adhesión a esa oferta del don de Dios hecho en Cristo, es un reconocimiento de la personalidad de Jesús como enviado de Dios; Jesús no es un hombre más, es el Hijo de Dios; no se puede permanecer indiferente ante la presencia, la irrupción del Hijo de Dios en nuestro mundo. Pero dada esta adherencia a su persona, dado este acto de confianza, ¿acepto lo que El me dice? ¿Creo en El, creo en su palabra aunque haya cosas que no entiendo pero que iré comprendiendo progresivamente, me fío de El? Esta actitud se ha de desarrollar, dice Lucas, con un corazón noble y generoso, es decir, con una actitud de lealtad abierta y sincera; la fe aceptada con reservas, vivida con raquitismos, pronto acaba

siendo una fe que, como la semilla sembrada entre piedras, se desvanece. La fe necesita dejar entrar, con corazón abierto y sincero, esa palabra de Dios que se ha escuchado, para que toque todos los aspectos de nuestra vida. Si aceptamos a Jesucristo y si nos fiamos de El, hemos de abrir, dice el evangelista, nuestro corazón de tal forma que su presencia, su mensaje y su vida inunden hasta lo más profundo de nuestro ser.

Pero algo más habrá que añadir a esta actitud de fe: la perseverancia, el aguante; porque la fe es un proceso que hay que cultivar a través de toda la vida, no se cree de una vez para siempre; esa fe ha de ser renovada y sostenida por una perseverancia que dure hasta el encuentro definitivo con el Señor. Así se lo recuerda Jesús a Pedro: "He rogado por ti, para que tu fe no desfallezca" (Lc 22, 32). La fe puede desfallecer tiene que sostenerse en una actitud de perseverancia que supere todas las convulsiones y todos los atractivos de la vida mundana. Por eso, necesitamos renovar, revisar, acrecentar nuestra fe, mediante una súplica humilde, como el mismo evangelista Lucas nos dice en una de sus narraciones: Los apóstoles le dijeron a Jesús: "Auméntanos la fe", y el Señor les responde: "Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este sicómoro: arráncate y plántate en el mar, y os habría obedecido" (Lc 17,5-6).

Queridos hermanos: el inicio de nuestra respuesta adecuada a Jesucristo es la actitud de fe ¿Cómo está nuestra fe? ¿Puede definirse nuestra vida como la vida de un creyente, de una persona adherida a Jesucristo?, ¿o más bien tendremos que escuchar esas palabras que Jesús con frecuencia dirigía a los suyos: No seáis hombres de poca fe? La fe, en expresión de la lengua hebrea, significa "apoyarse en", y la pregunta que me hago con vosotros al iniciar estas conferencias es: Nuestra vida, ¿dónde tiene sus apoyos, está apoyada en Cristo?

2.- La fe lleva a la *actitud de arrepentimiento y de conversión*. Son las reacciones más típicamente cristianas con las que Lucas describe la aceptación del mensaje de Jesús. Cuando los apóstoles, especialmente Pedro, predica la muerte y la resurrección de Jesucristo, acaba siempre con estas palabras: arrepentíos y convertíos, y bautizaos, para que se os perdonen los pecados.

La conversión es una vuelta, un regreso desde una situación en la que

el hombre se encuentra, de pecado o de paganismo, al Señor, a su Dios; el arrepentimiento supone un cambio, una transformación en nuestra vida, indicando sobre todo que hemos de arrancarnos de una situación de pecado o de distancia respecto al Señor. El Evangelista Lucas une siempre estas dos palabras como aspectos de una misma moneda: el arrepentimiento marcaría más el lugar de donde tenemos que salir, la conversión el lugar a donde nos tenemos que dirigir. Este doble movimiento es necesario actualizarlo también en este momento presente. Pero muchas veces caemos en el peligro de repetir estas palabras, año tras año, sin darles un contenido concreto; hemos de convertirnos, hemos de dirigirnos al Señor, sí; pero yo quisiera, preguntarme con vosotros desde dónde nos tenemos que convertir. La conversión a la que se nos invita cada año es siempre una invitación a salir de una determinada situación en la que nos encontramos; por eso a esta palabra hay que darle un gran realismo: ¿Dónde estás, desde dónde te llama el Señor? ¿Estás acaso instalado en el pesimismo, en la desesperanza, la mediocridad, la agresividad, el odio, la pasividad, en una situación de injusticia, en una situación moral deficiente? Desde ahí te llama el Señor.

Pero no me gustaría seguir adelante en esta conferencia sin que cada uno se comprometiera al menos a hacerse esta pregunta con un gran realismo: ¿Cuál es tu situación? Desde esta situación te llama el Señor. Tendrás que salir de tu pasividad, de tu pesimismo, de tu mediocridad... esta invitación ha de tener para todos un significado concreto. ¿Y hacia dónde te está llamando el Señor? Esa vuelta del Señor quizá significa para ti una inserción más profunda en tu propia comunidad, una revisión de tu relación con los tuyos en tu propia familia, una donación más generosa de tu tiempo o de tu trabajo al servicio de los demás. ¿Hacia dónde te está llamando el Señor?

No me gustaría que nos quedáramos sólo reconociendo nuestra situación de deficiencia sin llegar a descubrir el lugar hacia el que nos invita concretamente el Señor.

3.- *El bautismo*: Todo lo que Cristo llevó a cabo en su pasión, muerte y resurrección, y lo hizo accesible mediante la donación del Espíritu Santo, se lo apropia el hombre por este proceso de fe, de arrepentimiento y conversión, y del bautismo. Uno de los legados fundamentales que nos ha deja-

do la comunidad primitiva es la necesidad no sólo de creer en la persona de Jesucristo y en su función dentro del plan de Dios, sino también de recibir el bautismo en nombre de Jesucristo.

En la narración de Lucas aparece constantemente el bautismo como ese elemento esencial de la respuesta a la proclamación del acontecimiento de Jesucristo; por ejemplo: Pedro termina su discurso, pronunciado el mismo día de Pentecostés, con esta exhortación: "arrepentíos y bautizaos cada uno en el nombre de Jesucristo, para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch 2, 38). Y Pablo, cuando narra su propia conversión, recuerda que Ananías, después de recobrar la vista, le dijo: "El Dios de nuestros padres te ha destinado para que conozcas su voluntad, veas al Justo, es decir, a Cristo, escuches la voz de sus labios, pues le has de ser testigo ante todos los hombres de lo que has visto y has oído; y ahora, ¿por qué vacilas? levántate, bautízate y lava tus pecados invocando tu nombre" (Hch 22, 14-16).

Fijaos qué hermosa es esta catequesis de Ananías a Pablo en el momento en que recupera la vista después de su conversión: El Dios de nuestros padres te ha destinado a que conozcas su voluntad, a que veas a Cristo, al Justo, a que escuches la voz de sus labios, porque ese Cristo te ha destinado a ser testigo ante los hombres de lo que has visto y de lo que has oído; y como signo de esa respuesta ante el desconcierto o vacilación de Pablo, le dice: Levántate y bautízate. Por el bautismo Pablo entra en este dinamismo.

Queridos hermanos: nosotros fuimos bautizados cuando éramos pequeños; desde ese momento hemos sido injertados en Cristo, pero es necesario que cada año, y la Iglesia nos lo recuerda en la Vigilia Pascual, renovemos ese compromiso bautismal. El compromiso bautismal está en la base de la conciencia de nuestra propia libertad como laicos en la Iglesia; ahí está la fuente de nuestra renovación. Si tomamos conciencia de que hemos sido injertados en Cristo, hemos de desplegar en nuestra vida toda la gracia que recibimos en el bautismo.

El documento "Cristianos laicos, Iglesia en el mundo", dice en el nº 24: "Por el bautismo, los laicos son hechos hijos de Dios, miembros de Cristo y de su Cuerpo que es la Iglesia; son consagrados como templos del Espíritu y participan de la misma misión de Jesucristo. A su modo participan de la tri-

ple función de Cristo, profética, sacerdotal y real, lo que subraya su condición eclesial, su pertenencia a la Iglesia. Por eso, la 'entera Iglesia', y cada una de nuestras Iglesias particulares, no está plenamente constituida", atención a esto, nuestra Diócesis, nuestra Iglesia "no está plenamente constituida si junto a los Obispos, sacerdotes y religiosos no existe un laicado adulto y responsable". Esta es la llamada que, como compromiso bautismal, quiero subrayar también en estas conferencias cuaresmales.

En este curso, nuestra Iglesia va a hacer una llamada, un esfuerzo, para que todos los laicos encontréis cauces de formación, de participación y de corresponsabilidad para renovar nuestra Iglesia Diocesana, y para asumir todos juntos nuestro compromiso evangelizador. Este compromiso y esta fuerza de renovación tienen que nacer de nuestra conciencia de bautizados, de pertenecer al cuerpo de Cristo, de estar constituidos como templo del Espíritu Santo, de haber vivido una gracia desbordante desde los primeros días de nuestra vida; esa gracia la tendremos que hacer presente y actualizar en nuestra vida a través de estos tres pasos, grandes y hermosos pasos, que os quiero ofrecer también para vuestra conversión:

En primer lugar, el hecho de ser bautizados ha de hacer que nuestra vida, en medio de nuestro mundo, manifieste una novedad y una originalidad: algo se ha de ver en nosotros los bautizados; si nos diluimos, si no tenemos perfil, si vivimos una vida tan mediocre, tan indiferente a veces, ¿cómo estamos manifestando que hemos sido incorporados a Cristo? ¿que vivimos en Cristo, como dice Pablo en esa expresión preciosa?; se ha de notar, pues, en nuestra vida, una novedad. El nº 55 de ese documento, que se presentará para vuestro estudio y reflexión, nos dice que "la vida del cristiano ha de manifestar la novedad del Espíritu, de las bienaventuranzas; ha de poner reconocimiento donde hay descalificación; ha de poner respeto y diálogo donde hay confrontación; ha de poner servicio donde hay voluntad de poder; ha de poner solidaridad con los pobres donde hay individualismo, e interés personal o interés de grupo; y ha de poner sacrificio y esperanzas donde hay violencia e imposición". En medio de nuestro mundo, marcado muchas veces por la descalificación de grupos, por la confrontación, la búsqueda de poder, el individualismo por la violencia o la imposición, el perfil, la novedad, la originalidad que hemos de ofrecer pasa por manifestar ese

Espíritu de las bienaventuranzas, de reconocimiento, respeto y diálogo, servicio, solidaridad, sacrificio y esperanza.

Procuremos que nuestra vida vaya adquiriendo estos perfiles, que se note que somos bautizados en medio del mundo.

En segundo lugar, otro rasgo fundamental que proviene de nuestro bautismo es que si estamos incorporados a Cristo -nos recuerda el documento en el nº 100- hemos de tomar conciencia de que estamos llamados a la santidad de vida; sí, hemos de redescubrir nuestra vocación a la santidad. La vocación no es privativa de los religiosos o de los sacerdotes o de los mártires: Todos, todos estamos llamados a la santidad. Y esta santidad la han de vivir los laicos especialmente en su condición de hombres y de ciudadanos de este mundo. En medio de vuestro trabajo, de vuestra familia, en medio de vuestros vecinos, ese es el lugar donde tenéis que vivir vuestra santidad, una santidad que se ha de verificar en las obras, superando el divorcio entre la fe y la vida, que es uno de los dramas que el Concilio y el Papa Juan Pablo II más han subrayado. Muchas veces hacemos esta distinción, es decir, vivimos por una parte nuestra vida de fe, y al margen va nuestra vida, nuestra profesión, nuestra relación con los demás; santidad de vida significa verificar esa santidad en las obras concretas que estamos realizando.

Hoy la santidad no es posible sin un compromiso por la justicia, sin una solidaridad con los pobres y los oprimidos.

Y, finalmente, unidad de vida. Uno de los problemas que vivimos muchas veces en la Iglesia, y que nos divide y nos impide madurar, es que separamos dimensiones de la vida cristiana que necesariamente deben ir unidas. Por hacer una simple caricatura, hay cristianos que a base de insistir en la vida de piedad se olvidan del servicio y de la caridad, o hay cristianos que a base de insistir en la vida de justicia y solidaridad se olvidan de su relación con Dios. Es una realidad que muchas veces definimos nuestros grupos, y sobre todo nuestra propia persona, por una sola dimensión de la vida cristiana, sin unir aspectos que tienen que ser complementarios. El nQ 77 de este documento que este año se os ofrece, nos recuerda que hay que unir esas dimensiones que tienden a extinguirse: No podemos separar nuestra vocación a la santidad de la misión de santificar el mundo; no podemos ser sólo miembros de la comunidad eclesial sin tomar conciencia de que somos ciu-

dadanos de la sociedad civil; hay que ser solidarios con los hombres y testigos del Dios vivo; hemos de ser servidores y libres, hemos de estar comprometidos en la liberación de los hombres, pero ser también contemplativos; hemos de empeñarnos en la renovación de la humanidad, pero también en nuestra propia conversión personal; hemos de vivir en el mundo sin ser del mundo, según la expresión de Jesús, o como diría esa famosa carta de Diogneto escrita en los primeros siglos de la vida cristiana: 'como el alma en el cuerpo, así los cristianos en el mundo'.

Esta es nuestra misión, que con la ayuda de Dios, unidos a Jesucristo y en nuestra comunidad eclesial, debemos ir realizando para que nuestro mundo crea y pueda conocer al que nosotros hemos conocido y al que nos vamos a unir en esta Eucaristía.

EXIGENCIAS DE LA VIDA CRISTIANA

Queridos hermanos y hermanas:

La palabra de Dios nos ha recordado hoy que el Señor nos ofrece un manantial de aguas saludables, (Ez 47, 1-9.12) que nos purifican, nos curan, nos renuevan, nos perdonan. Sabemos que la Cuaresma es tiempo de purificación, que en el camino de la Cuaresma nos dirigimos hacia la Pascua, donde renovaremos las promesas de nuestro bautismo, donde renovaremos esa acción misericordiosa de Dios que nos ha lavado con la sangre de su Hijo Jesucristo y ha hecho de nosotros criaturas nuevas. Este es el dinamismo de la Cuaresma. Y en estos días intentamos sumergirnos en la palabra de Dios, en esta corriente de agua viva que nos ilumina y nos orienta. .

Estamos aprendiendo a ser discípulos, a ser como Jesús, a dejamos conducir, inundar por El.

Ayer veíamos que la respuesta inicial de todo creyente que se encuentra con Jesús, es la respuesta de la fe que lleva al arrepentimiento y a la conversión, y que por el bautismo incorpora al fiel a Jesucristo. Hoy nos vamos a detener en las *exigencias de la vida cristiana*, es decir, en la vida cotidiana del que ha hecho su adhesión al Señor por la fe, del que toma conciencia de que el Señor lo libera de sus pecados y lo introduce en una vida nueva, en la vida

cotidiana de aquel que ha sido incorporado a Cristo por el bautismo.

Os decía ayer que esta reflexión la hacemos de manos del evangelista Lucas, y nos ayuda también el documento de los Obispos sobre los laicos en el momento presente: "Cristianos laicos, Iglesia en el mundo".

Cuatro son las exigencias fundamentales que aparecen subrayadas en el Evangelio de Lucas y en Hechos de los Apóstoles para describir la vida cotidiana del que quiere ser como Jesucristo, del que quiere ser discípulo de Cristo.

La primera exigencia es el seguimiento del Señor: Seguir a Jesús. El evangelista describe la vida de Jesús como una subida a Jerusalén; y en esa subida, ser discípulo significa seguir sus pasos, acompañar a Jesús en su viaje a Jerusalén, donde El va a ser entregado a la muerte, va a vivir su propio éxodo, su paso de este mundo al Padre.

Lucas aplica precisamente este dinamismo de caminar con el Señor a la vida cotidiana del cristiano; subraya con una particular fuerza esa palabra de Jesús: Sígueme. Ser discípulo de Cristo supone no sólo aceptar las enseñanzas de Jesús, el Maestro, sino también tener una identificación personal con El, con su estilo de vida, con su forma de ser.

Yo quisiera subrayar hoy con particular insistencia también esta palabra del Señor dirigida a cada uno de nosotros: "El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Lc 9, 23). *Seguir al Señor, ser discípulo del Señor.*

Los jóvenes, a los que me he dirigido en distintas ocasiones desde que estoy entre vosotros, ya me han oído esta distinción entre lo que es ser alumno y ser discípulo: el alumno acude al profesor interesado por su enseñanza, pero puede no sentir interés por su vida. El discípulo, no: al discípulo le interesa más el maestro mismo, su forma de vida, su estilo, su manera de ser, su sabiduría; intenta aprender, no una teoría, sino una forma de vivir, una sabiduría existencia!. Por eso, el discípulo quiere estar, vivir, conectar, tener una relación más directa con su maestro. Y esa relación es la primera que subraya el evangelista Lucas para el creyente: Estar con el Señor, acercarse al Señor, vivir como el Señor, porque a nosotros no sólo nos interesa conocer la doctrina de Jesús, sino, sobre todo, su vida. Y como considero de particular importancia este tema, permitid que lo exprese mediante una narración

oriental que puede ayudar a comprender lo que quiero subrayar: Había un maestro oriental que sólo admitía como discípulos a aquellos que sabían lo que era ser amigos; un joven quiso entrar en esta escuela: llamó a la puerta del maestro, y éste sin abrir, desde dentro, le preguntó: ¿quién es?; el muchacho contestó: soy yo, y la puerta no se abrió; el muchacho pensó que no había estudiado suficientemente lo que era la amistad; estudió lo que era la amistad y se informó de qué entendía la gente por ser amigos, y cuando pensaba que estaba preparado volvió a llamar; la escena se repitió: soy yo, pero la puerta tampoco se abrió; finalmente, este joven se dedicó a pensar por sí mismo, a profundizar en lo que significaba la exigencia de aquel maestro, y un día llamó a la puerta con insistencia; y cuando el maestro desde dentro preguntó: ¿quién es?, el joven respondió: soy tú, y entonces el maestro abrió la puerta.

Queridos hermanos y hermanas: La exigencia fundamental de nuestra vida como discípulos es hacer de nuestra propia vida una identificación con la persona de Jesús, de tal forma que, según la descripción de Lucas, podamos desembocar en aquella experiencia de Pablo: "Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí" (Gal 2, 20). Esto es fundamentalmente ser cristiano. Cuántas veces nuestra vida cristiana se define por hechos aislados y muchas veces desconectados. Se tiene que notar que somos cristianos, porque vamos dejando que la palabra de Dios transforme nuestra vida hasta tal punto que nuestra forma de pensar, de sentir, de actuar, vaya siempre en ese proceso de identificación con el Señor.

La cuestión fundamental de la vida cristiana es preguntarnos cada día: Si Cristo estuviera en mi lugar, ¿qué haría? No nos faltará trabajo hasta el día de nuestra propia muerte; no nos faltará revisión y estímulo para seguir trabajando nuestra propia existencia, hasta poder llegar por la gracia de Dios, por la acción del Espíritu Santo, por la recepción de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía, a esa identificación con Jesucristo existencial, vivencial!. Así lo explican también los Hechos de los Apóstoles cuando nos proponen el modelo del primer mártir, del primer testigo, Esteban, cuya muerte parece un doble de la muerte de Jesús: Este discípulo que ha querido vivir como el Señor y se le ha concedido morir como el Señor; en sus palabras, en sus gestos, aparece como una imagen viviente del propio Señor.

La *segunda exigencia de nuestra vida cristiana*, consecuencia clara de esta primera de vivir identificados con el Señor, será *el testimonio*. Lucas insiste sobre todo en esta dimensión de la vida cristiana, en el deber que tiene todo discípulo de dar testimonio, especialmente de Cristo resucitado. En su primer encuentro como resucitado, Jesús dice a los discípulos: "Vosotros sois testigos de todo esto" (Lc 24,48), Y antes de ascender al cielo les dice: "Recibiréis el Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, Judea, Samaría y hasta los confines de la tierra" (Hch 1, 8).

Estas palabras de Jesús indican la misión del cristiano en el mundo. Si nosotros debemos vivir identificados con el Señor, no podemos vivir esa identificación sólo desde la vida privada, desde nuestra intimidad; esa identificación con Cristo se ha de hacer manifestación y testimonio en medio del mundo; se ha de notar que nos hemos encontrado con el Resucitado.

Y aquí deseo subrayar que, en este momento, se hace especialmente urgente este testimonio, es decir, un estilo de vida y una proclamación del mensaje de Cristo de tal forma clara que se vea en quién creemos, en quién confiamos, con quién nos hemos encontrado, para dar a nuestra vida la marca y el estilo que tiene. Y todo ello como un don de la bondad y de la misericordia de Dios. Se ha de notar que somos discípulos del Resucitado, que una cierta transformación se está produciendo en nuestra vida por ese encuentro, y hemos de saber dar razón de esa transformación, proclamando al mundo que en Cristo Jesús se ha ofrecido la salvación a todos los hombres y a todo el hombre. Esto se hace particularmente hoy más urgente porque, como el Papa constata en la encíclica "Redemptoris Missio": "el hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros, cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y en los hechos que en las teorías" (Rm 42).

El testimonio de la vida cristiana es la primera y a veces la única e insustituible forma de nuestra misión en el mundo. Muchas veces a algunas personas no les podemos hablar como yo os estoy hablando a vosotros; no estarían preparados, quizá porque están instalados en la indiferencia, en el agnosticismo o en el ateísmo. ¿Cómo abrir caminos para estas personas? ¿Cómo hacer que resuene el Evangelio en todos estos sectores, muchas veces cerrados en la indiferencia o, a veces, incluso opuestos a la vida cristiana?

Hay un argumento que nunca se puede discutir, que es nuestra forma

de vida. Muchas veces en discusiones con algunos no creyentes, yo he experimentado que mientras hemos dado razones y contra-razones, el diálogo se alargaba a veces infructuosamente, pero cuando uno dice: 'yo lo creo así, lo vivo así, no pensaría así si no me hubiera encontrado con Cristo', normalmente es la única forma que encontramos en determinados ambientes y en determinadas personas para abrir camino a la misión. "Seréis mis testigos". ¿Cómo vamos a ser testigos? Insiste el Papa Juan Pablo II que, sobre todo, por la forma de vida misma, tanto personal, de la familia, como de la comunidad cristiana. Si aún con todos los límites y defectos humanos, dice el Papa, tratamos de vivir con sencillez, según el modelo de Cristo, convertimos entonces nuestra vida en un signo de Dios y de las realidades trascendentales (Rm 42), y en muchos casos, esa forma de vida desprendida, generosa, gratuita, confiada, alegre, -que todo son notas que deben caracterizar la vida cristiana-, hace surgir unas preguntas preciosas que se orientan hacia Dios y hacia el Evangelio.

Yo creo que en este momento en que tenemos que asumir estas palabras de Cristo "Seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra", hasta los grupos más cerrados, hasta los sectores más alejados del Evangelio, cuando nos preguntemos cómo podemos iniciar esa misión, que no nos quepa duda: comencemos a vivir lo que creemos y proclamemos con sencillez y sin avergonzarnos a Aquél que nos está haciendo vivir así.

Creo que cuando se da esta clave con sencillez y humildad, hacemos surgir esas preguntas, si no expresamente, al menos en el corazón de las personas. y este testimonio lo hemos de dar no sólo a título personal, sino sobre todo también como comunidad cristiana. El testimonio que nos describe Lucas en Hechos de los Apóstoles es un testimonio visible de la comunidad cristiana: hace surgir en quienes lo ven aquella expresión: "mirad cómo se aman". Y tenían una alegría que mantenían incluso en medio de las dificultades y de la persecución. ¿Cómo se explica que un perseguido o un encarcelado o un azotado manifieste alegría? ¿Hay una explicación humana para ello? No, sólo la respuesta de que aquellos perseguidos, azotados o encarcelados se habían encontrado con el Resucitado y sabían que en El tenían toda su fuerza y toda su esperanza.

Queridos hermanos: ¿Se manifiesta esto en nuestras vidas? He aquí la

gran pregunta para asumir la misión de la Nueva Evangelización. La vida del testigo es una vida que no se explica si no es por haberse encontrado con Aquél que le da vida. Si nuestra vida se puede explicar por muchos otros motivos, como se explica la vida de tantas personas, quizá nuestro testimonio queda desdibujado; sólo en la medida en que nuestra vida plantea algún interrogante, ¿por qué vives así? ¿por qué reaccionas así?, nos da la oportunidad de decir: porque creo en Jesucristo resucitado y, como decía Pedro en su }" carta: "No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis, y creéis Ell; y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado" (1, 8).

Tercera exigencia de la vida cristiana que manifiesta Lucas: *La oración*. La oración empapa todo el evangelio de Lucas de una manera extraordinaria. Comienza su evangelio describiendo el anuncio del nacimiento de Juan: mientras el pueblo está en oración y Zacarías ofrece el sacrificio. Repetidas veces Lucas nos presenta a Jesús que va a orar, o nos dice sencillamente 'como era su costumbre'. Orar como Jesús es una exigencia para todo discípulo. Orar siempre y no desanimarse es lo que motiva esa parábola, que recoge Lucas, de la viuda que, a base de insistir a ese juez injusto, consigue lo que quiere; esto, comenta el evangelista, lo dijo Jesús a sus discípulos para enseñarles que tenían que orar siempre y no desanimarse. y la primitiva comunidad aparece ante nuestros ojos como una comunidad orante.

¿Cómo oramos? ¿Cuándo oramos? ¿Cómo es nuestra oración?

Muchas veces nuestra oración se dirige a nuestro Dios para pedir que cambien las cosas, pero pocas veces caemos en la cuenta de que la gran fuerza de la oración es que nos cambia a nosotros mismos. Con que fuerza subraya Lucas la oración de Jesús en Getsemaní que comienza con un claro rechazo de la Pasión: "Aparta de mí este cáliz" (Lc 22, 42). Esa oración de Jesús, ese encuentro confiado con el Padre, comienza con un grito angustioso que pide que aparte de El ese cáliz; pero el hablar con el Padre, el ponerse en sus manos, el tener esa intimidad con El, hace que Jesús termine la oración con esas palabras tantas veces repetidas por nosotros: "No se haga mi voluntad sino la tuya" (Lc 22, 42). Pero, ¿estas palabras repetidas por nosotros nos producen ese cambio que produjeron en Jesús? ¿Este encuentro personal y confiado con el Padre nos permite decir en medio de la cruz de cada día las palabras que pronunció Jesús en la cruz y que recoge Lucas: "Padre, a tus

manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23, 46)"?

Nuestra vida de creyentes se ha de definir también como una vida de constante oración, que no significa por supuesto el estar recitando oraciones constantemente, pero sí el tener esa convicción que manifiesta nuestra fe en un Dios personal y cercano, en un Dios al que podemos hablar de nuestras pequeñas cosas, que acepta que iniciemos nuestro diálogo con El incluso con un rechazo; y que sea tan auténtica nuestra escucha, tan confiada nuestra apertura, que acabemos siempre nuestra oración, para que sea cristiana, como la de Cristo: no se haga mi voluntad sino la tuya.

La Cuaresma es tiempo especial de oración, y en la oración, queridos hermanos, yo os invito a que ejercitéis todas las formas de comunicación que tenemos, por ejemplo, en nuestra comunicación familiar. En la comunicación con nuestra familia, con los de casa, utilizamos fórmulas sencillas: "buenos días", "buenas tardes", "buenas noches", "que descanses", "hasta luego"... repetimos siempre las mismas, pero son sencillas fórmulas que nos ayudan a mantener esa comunicación, no despreciemos nunca las fórmulas sencillas de oración, porque cuando faltan, cuando a una persona le negamos el "buenos días", o rechazamos el "que descanses" o el "cómo estás", mala señal, algo no va bien en esa vida. Las pequeñas fórmulas son buenas. Hay otras conversaciones junto a la mesa, en la que comentamos lo cotidiano; hay conversaciones profundas en que tomamos grandes decisiones en común; hay momentos de silencio gozoso, cuando simplemente constatamos la compañía de quienes están con nosotros, nos quieren y forman nuestra familia: es como la oración contemplativa.

Ejercitemos todas las formas de oración: La pequeña fórmula que nos hace conectar con Dios en nuestro trabajo cotidiano, en el viaje en autobús, en el pequeño trayecto de cada día; tengamos cada día la pequeña conversación para poner en la presencia de Dios lo que hemos vivido; busquemos largos momentos de escucha de la palabra que iluminen las grandes decisiones de nuestra vida, para que sean acordes con lo que Dios espera de nosotros. Y, finalmente, quedémonos en silencio disfrutando de la compañía de Aquel que nos envuelve y nos rodea, y en quien vivimos y existimos, tomando conciencia de que somos como un niño en el seno de su madre, rodeados por el amor de Dios de tal forma que, aunque no le podamos ver la

cara, nos sentimos alimentados y cálidamente arropados en esas manos de Padre.

Y, finalmente, otro de los aspectos que subraya Lucas en su evangelio es *el uso acertado de los bienes materiales*. Lucas es el evangelista de los pobres, el evangelista de la sobriedad en las bienaventuranzas y en las imprecaciones, el que dice: felices los pobres, y el que dice: ay de vosotros los ricos.

Este tema siempre nos pone nerviosos a quienes tenemos que hablarlo y a quienes tenéis que escucharlo; pero yo quisiera deciros que no nos pongamos a la defensiva, no nos juzguemos unos a otros, sino tratemos de integrar en nuestra vida cristiana esta verdad tan grande que Cristo subraya de que no podemos servir a Dios y al dinero. Veamos dónde se apoya nuestra vida: si ayer os decía que la fe significa "apoyarse en", veamos si nuestra vida se apoya en los bienes o si se apoya en el Señor. Y percibamos que Jesucristo, cuando nos habla de este desprendimiento, lo hace desde un descubrimiento nuevo: en la medida que los apóstoles caminaban con Jesús, e iban aprendiendo a decirle a Dios: '*Padre*', y se sentían amados por Dios, se iban sintiendo muy libres. Cuando una persona se siente libre por ser amada, también aprende entonces a ser pobre, desprendida, a descubrir lo que a los otros les falta, aprende a ver las baratijas que tantas veces absorben la atención de nuestro corazón.

Os invito a revisar, y me invito con vosotros, hasta qué punto nuestro corazón puede estar apegado a los bienes materiales, hasta qué punto nuestra vida puede estar bloqueada para un generoso desprendimiento. Así como no podemos desconectar seguimiento de Cristo de testimonio, tampoco podemos desconectar esta experiencia cálida de la oración, de ese desprendimiento progresivo que vamos experimentando como libertad y gozo en la medida que asumimos el núcleo del Evangelio, que Dios es Padre, de quien todo lo hemos recibido, y que nos ha invitado a compartir con la misma generosidad con que nosotros hemos recibido de sus manos.

Estas cuatro notas: seguimiento de Cristo, testimonio, oración y uso adecuado de los bienes materiales, irán haciendo que nosotros los cristianos tengamos el perfil que el mundo necesita para esa nueva evangelización.

Estamos, dice el documento "Cristianos laicos. Iglesia en el mundo", en el nº 135, "ante los desafíos de la nueva sociedad y ante la consiguiente ur-

gencia de impulsar una nueva evangelización. La Iglesia de España se encuentra con numerosos católicos no practicantes y con muchos practicantes sin un dinamismo evangelizador. Dicho de otro modo, son muchos los bautizados insuficientemente evangelizados.; Al tiempo que tomamos conciencia de esta realidad, nuestra preocupación ha de ser también una constatación de que asumimos estos problemas con confianza, en primer lugar en la confianza de que en todos nosotros está el ánimo de renovarnos y de acoger el don del Espíritu para ser todos testigos y misioneros en esta sociedad nuestra.

VIDA COMUNITARIA DEL CRISTIANO

Queridos hermanos y hermanas:

Nuestro Dios es un Dios compasivo. Así lo hemos cantado como respuesta a la palabra de Dios, en el salmo responsorial. Y la 1ª lectura, que hemos escuchado, ha hecho que nuestro corazón recibiera de nuevo ese mensaje: "¿Puede acaso una madre olvidarse del hijo de sus entrañas? Pues tu Dios no se olvida de ti" (Is 49, 15).

Nuestro Dios nos trata con unas entrañas que superan todo cariño, aún el cariño más sublime dei que podamos tener experiencia; por eso, esta comprensión, esta misericordia y esta acogida de Dios nos disponen para pedir perdón como un introducimos en su misericordia.

Esta última celebración, con la que concluimos este triduo cuaresmal de conferencias y de reflexión, desemboca en un acto penitencial, que supone experimentar de nuevo esa misericordia desbordante de Dios, más grande que nuestros propios pecados. Hay una oración preciosa que recitamos durante el año, en uno de los domingos, en la que decimos a Dios: Oh Dios, que manifiestas tu poder en la misericordia y en el perdón. Sí, Dios manifiesta su poder en la misericordia y en el perdón. Si se manifestó poderoso en la creación de la naturaleza, del universo entero y del hombre, más fuerte se manifiesta cuando a este hombre, roto por el pecado, le da posibilidad de nacer de nuevo por el perdón y la misericordia. Recibir el perdón de Dios es experimentar que Dios nos dice: puedes comenzar de nuevo. Nos libera del peso de nuestros errores, de la losa pesada de nuestra historia tantas veces triste y rota, el perdón es una experiencia que nos recrea, nos hace criaturas nuevas; por eso, esta frase del Señor: "¿Puede acaso una madre olvidarse del hijo de sus entrañas? Pues yo tampoco me olvidaré de ti" (Is 49, 15). Hoy el Señor, mediante el perdón, nos da posibilidad de nacer de nuevo; es poderoso para realizar esa nueva vida en nosotros.

Pero seguimos, en este clima penitencial, fijándonos en el tercer tema, que subraya el evangelista Lucas no sólo en el Evangelio sino en los Hechos de los Apóstoles, y con el que quisiera completar el título global que hemos tratado de analizar en estos días.

Ser discípulos de Cristo hoy supone una primera respuesta: la respues-

ta de la fe, el arrepentimiento y la conversión, y el bautismo; supone un discípulo, un seguimiento del Señor, que se manifiesta en el testimonio, se alimenta en la oración y se vive con el desprendimiento de los bienes materiales; pero Lucas señala una tercera dimensión del discípulo muy importante: el discípulo de Cristo es un hombre de comunidad, de comunión, de Iglesia, es un hombre que vive la alegría de la unidad, y desde la unidad se lanza a la misión.

Analicemos este aspecto tan importante para nuestra vida de cristianos y tan subrayado por el documento "Cristianos laicos, Iglesia en el mundo". Cuando el Señor que va a ascender a los cielos, les dice a sus discípulos: "Seréis mis testigos" (Hch 1, 18), su primera reacción sabéis cuál es: vuelven al cenáculo, se reúnen en oración en torno a María, la Madre del Señor, que anima y es testigo de la fe en medio de esa comunidad un tanto desconcertada; y en ese clima de unidad y de oración en el cenáculo, donde el Señor partió el pan, reciben la fuerza del Espíritu Santo; allí aparece el inicio de una comunidad que vive con un solo corazón y una sola alma; allí aparece una comunidad que se reúne asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles, para la fracción del pan, y para la comunión de vida; allí aparece un grupo que el evangelista Lucas dice que viven en koinonia: en comunión, en comunidad; se sienten una sola cosa, una única familia, portadora de una responsabilidad ante el mundo: el testimonio de nuestro Señor Jesucristo, que no tendrán que dar sólo a título personal o individual sino como comunidad de creyentes.

La Iglesia aparece como un sujeto que vive la misión en medio del mundo, porque vive también ese misterio de comunión; y Lucas subraya la importancia de ese grupo y su identificación con el Señor: cuando este evangelista describe la persecución que Pablo hace de la Iglesia, el mismo Señor le pregunta a Pablo: "¿Por qué me persigues?" (Hch 9, 4); Pablo no perseguía al Señor porque lo daba por muerto, y lo que quería era borrar la memoria de Jesús eliminando aquel grupo que en medio del mundo daba testimonio de su resurrección; y cuando el Señor se le presenta en el camino de Damasco, Jesucristo mismo se identifica con la comunidad: "¿Por qué me persigues?" (Hch 9, 4). No cabe duda de que esta experiencia produce en Pablo una huella profunda, y será precisamente Pablo el que dirá que la Iglesia, esa comu-

nión, esa comunidad, esa ekklesia, que significa la asamblea de los que han sido convocados por el Señor, es cuerpo de Cristo, con miembros distintos, funciones diversas, presente en el mundo para manifestar y testimoniar al Señor. Esa comunidad que se reúne para escuchar la palabra, para partir el pan y la oración, y que vive la comunión de vida y de bienes, es un paradigma, un modelo que se presenta para la Iglesia de todos los tiempos, que tiene que vivir siempre este espíritu de comunión y de fraternidad, este concepto de cuerpo de Cristo en el que todos, unidos al Señor, formamos un único cuerpo.

¿Qué podríamos subrayar de estas dimensiones para nuestro mundo actual? ¿Qué podríamos subrayar para renovar nuestras propias comunidades y para tomar conciencia de nuestra identidad de discípulos y de cristianos? En primer lugar quisiera acentuar esta idea: ayer decíamos que cada uno de nosotros debe ser testigo de Cristo, debe parecerse a Cristo, reproducir en su vida los rasgos de Cristo, pero el Señor no ha querido salvarnos aisladamente y por separado: ha querido reunimos en Iglesia. Dios ha querido, en su designio, reunimos como 'pueblo; es más, todos sabemos que la expresión de la fe cristiana es una expresión de fe trinitaria: Dios es uno, pero en tres personas distintas; nuestro Dios en sí mismo es comunión de vida y amor, y la Iglesia, todos nosotros, reflejamos en el mundo ese misterio de amor, y reflejamos a ese Dios en medio del mundo cuando damos testimonio todos juntos; es verdad que cada uno de nosotros puede dar personalmente testimonio de Cristo, pero damos un testimonio más claro de vida cristiana cuando no lo hacemos aislados sino en comunión, porque reflejamos el mismo ser de Dios.

La Iglesia es la asamblea convocada por el Padre desde todos los siglos, reunida por la sangre de Cristo, unificada y vivificada por la fuerza del Espíritu Santo. Ese Dios uno y en tres personas distintas ha de reflejarse en una Iglesia toda ella una, en la que hay diversidad de dones, de servicios y de carismas; por eso, Jesucristo ha insistido en algo en lo que no reparamos muchas veces: El ha dicho que cuando dos o más nos reunimos en su nombre para rezar, El está en medio de nosotros (Mt 18, 20); es decir, el Señor ha dado una calidad especial a la oración compartida, a la reunión de hermanos, para expresar esa confianza en El que nos ha reunido. Por tanto, es importan-

te que hoy nos preguntemos: ¿Cómo me siento Iglesia? ¿Cómo participo en la Iglesia? ¿Cuál es mi puesto en la Iglesia? Porque la Iglesia no es un montón de gente: es el cuerpo de Cristo en el que cada uno de nosotros, pequeños o grandes, enfermos o sanos, ministros o fieles, tenemos nuestro puesto insustituible; si fallamos, ese puesto se queda vacío; si no estamos, se tiene que notar la falta, como en una familia, que por muy numerosa que sea, si falta uno de los hijos, siempre se cuenta con él. Así, la Iglesia, nuestra Iglesia, ha de tener ese sabor de familia, ha de ser ese reflejo de la Trinidad en medio de nuestro mundo.

Por eso el documento "Cristianos laicos, Iglesia en el mundo" es una llamada a que todos los cristianos, especialmente los cristianos laicos, os sintáis corresponsables y partícipes en una Iglesia de comunión. El documento se mueve en torno a dos claves que han sido fundamentales en el Concilio Vaticano II: La Iglesia es comunión y la Iglesia es misión. Estas dos palabras han de quedar muy grabadas en nuestro corazón: para hacernos la pregunta que os decía antes: ¿cómo soy Iglesia y cómo me siento Iglesia? Precisamente este documento sobre los laicos intenta hacer una llamada para nuestro apostolado asociado: No podemos ir cada uno por nuestra parte. Es verdad que la Iglesia tiene carismas distintos, grupos diferentes, instituciones diversas; el Espíritu la ha enriquecido con dones distintos, pero todos unidos, coordinados, conscientes de que participamos en una única y misma misión. Por eso tendremos necesidad de hacer un esfuerzo de coordinación. Os hago una propuesta muy concreta: en primer lugar, que tratéis de descubrir si ya lleváis alguna responsabilidad dentro de la Iglesia: si la lleváis, profundizad en ella; seguramente entre vosotros, muchos participáis como catequistas, como miembros de algún movimiento eclesial, trabajáis quizás en Cáritas, lleváis o formáis parte de algún consejo de asesoramiento en vuestra parroquia... si lo lleváis, profundizad y tomad muy en serio esta labor vuestra. Si todavía no lo habéis descubierto, preguntaros dónde y cómo podéis ofrecer para participar activamente en la Iglesia.

Suponiendo que ya estéis en un grupo, plantearos: ¿Nos conocemos los distintos grupos de una misma parroquia? Hay veces, y lo tenemos que decir con sencillez, que el grupo de catequistas desconoce al grupo de Cáritas; que el grupo de jóvenes desconoce al grupo de los adultos; que el grupo de ni-

ños, nada sabe de las actividades de su parroquia: no podemos seguir así. Cada parroquia nuestra tiene que tener sabor de familia, todas las funciones nos deben de preocupar a todos; es verdad que todos no podemos hacerlo todo, pero sí todos podemos conocer, colaborar, arropar lo que hacen los otros, sentirlo y vivirlo como propio, de tal manera que si yo soy catequista pueda estar tranquilo porque otro está trabajando en la visita a los enfermos o en la atención a los más pobres, o si uno dedica mucho tiempo a estar con los jóvenes, se sienta tranquilo porque sabe que otro está atendiendo a los niños.

Crear en nuestras comunidades ese sabor de familia, esa coordinación, ese sentido de comunión, es una gran reto para que en nuestra misión, cuando salgamos a la calle para dar testimonio de Jesucristo, cuando nos pregunten: quiénes sois los cristianos, podamos decir: venid y lo veréis. Y podamos presentar una comunidad acogedora, donde se vive la comprensión y el amor mutuo, donde nos sentimos complementarios y donde trabajamos codo con codo, sintiéndonos acompañados por nuestros hermanos, porque precisamente todas las comunidades que viven intensamente este sentido de comunión son las que tienen empuje para integrar su vida en medio de los ambientes en que viven. La comunión refuerza la misión: cuando vivimos una comunión fuerte, estamos bien equipados para salir a dar testimonio de Cristo e impregnar nuestra sociedad de todo aquello que hemos captado en el evangelio.

Esta es, queridos hermanos, la dimensión importante que subraya el evangelista Lucas, y quizá sea una de las más urgentes que tengamos los cristianos en este momento. En los dos primeros días he intentado ayudaros a percibir vuestra dignidad de creyentes bautizados, a dar un testimonio personal claro en medio del mundo. Hoyos insisto en esa dimensión comunitaria de la fe.

Os propongo ahora un sencillo examen de conciencia para celebrar juntos el sacramento de la Penitencia.

En diálogo con Dios nuestro Señor preguntémonos: ¿Me parezco yo a Jesucristo? ¿Busco la voluntad del Padre con esa sintonía que Cristo manifiesta a lo largo de toda su vida? Cuando nos preguntemos si amamos a Dios sobre todas las cosas, si respetamos y santificamos su nombre, si cum-

plimos los días dedicados a la fiesta de Nuestro Señor, todo ello tiene una pregunta que puede unificar y manifestar la exigencia de ese amor: ¿Me parezco a Jesucristo? ¿Qué hay en tu vida que se distancie de Jesucristo?

En segundo lugar, nos podemos preguntar: ¿me parezco a Jesucristo en la relación con los demás? ¿En mi verdad o sinceridad respecto a los otros, en mi generosidad o mi justicia, en la pureza de mis intenciones, en la agresividad o la defensa de la vida?

Preguntémonos también: ¿Cómo vivo mi ser Iglesia? ¿Soy capaz de crear fraternidad o creo división? ¿Soy capaz de mirar todo lo que hace la Iglesia o sólo veo lo que hago yo o mi grupo? ¿Soy capaz de unir cuando hay grietas, de construir o de dividir con mi crítica? ¿Cómo soy Iglesia? ¿Se puede decir de mí que estoy colaborando a que mi Iglesia sea una comunidad que vive con un solo corazón y una sola alma?

y tercero, ¿cómo soy en el mundo? No soy cristiano sólo cuando estoy dentro del templo; soy cristiano las 24 horas del día. ¿Me avergüenzo de ser cristiano o manifiesto con convicción y sencillez mi propia fe? ¿Trato de reflejar los valores evangélicos en mi profesión, en mi casa, en mi familia, en la pandilla? ¿Tengo perfil de cristiano en medio del mundo?

Queridos hermanos: mirádonos en el espejo del Evangelio, en nuestro Señor Jesucristo, pidamos perdón sinceramente de nuestros pecados, confiando en que Dios es capaz de darnos nueva vida, de recrearnos.

CONFERENCIAS CUARESMALES DEL SR. OBISPO EN LA CATEDRAL 1994

El pasado jueves 24 de febrero, a las ocho de la tarde, dieron comienzo las Conferencias Cuaresmales que durante todo este mes de marzo impartirá el Sr. Obispo en la Catedral. Centradas en las Bienaventuranzas, en su primera ponencia Monseñor José Vilaplana habló sobre "Dichosos los pobres... y los misericordiosos".

Partiendo de la definición de Bienaventuranzas como felicidad, explicó cómo el hombre "es un sediento de felicidad: todos los hombres del mundo, en las distintas etapas de la historia, y en las distintas edades de nuestro crecimiento, buscamos ser felices". Añadiendo que no todos la buscamos por el mismo camino.

"Jesús, al inicio del sermón de la montaña, nos indica un camino de felicidad. La Bienaventuranza en el Evangelio siempre felicita a quien ha abierto su corazón y su vida al amor de Dios. Las Bienaventuranzas son buena noticia. Las Bienaventuranzas no se pueden entender sino desde esta revelación y esta buena noticia: el descubrimiento de Dios como Padre".

Al analizar las Bienaventuranzas, señaló que éstas se pueden leer desde tres puntos de vista:

- significan que esa buena noticia se da a los pobres y desgraciados de este mundo.

- son un retrato de Jesucristo: él cumple las Bienaventuranzas. "El es pobre, manso y humilde de corazón; él lloró, tuvo hambre y sed de justicia; fue perseguido, fue misericordioso, construyó la paz, limpio y transparente de corazón".

- ese amor de Dios, manifestado en Cristo, puede ser acogido o rechazado por el hombre: a todos se ofrece, pero a nadie se obliga. "Por eso, junto a las Bienaventuranzas, están las malaventuranzas o los "ayes".

El evangelista Mateo añade un matiz a las Bienaventuranzas. "Dichosos los pobres... de espíritu, de corazón". Desde aquí, al analizar la referente a la misericordia, se plantea la pregunta de "cómo podemos nosotros ser pobres

evangélicos". Para que la pobreza pueda llamarse evangélica tiene que tener estos tres rasgos:

- Lo más radical de la pobreza es sentirse necesitado.
- Compartir. Cuando el hombre se siente atrapado por acumular, quizás es porque no está viviendo desde esa transformación que le pide la confianza absoluta en Dios y la apertura de corazón a los hermanos.
- Para que la pobreza sea evangélica hace falta querer andar ligero de equipaje. La pobreza evangélica -añadió- es el resultado de no querer tener en la vida más Señor que Dios: y ser consciente de que el afán de poseer atrapa y esclaviza nuestro corazón, no dejando que caminemos por los senderos que Dios nos indica".

Por eso, "ser pobre según el Evangelio, ser pobre de corazón significa avivar en nosotros el deseo de ser como Jesús".

Con respecto a la siguiente Bienaventuranza, "Dichosos los misericordiosos", explicó que tener misericordia "significa tener un corazón semejante al corazón de Dios". "La misericordia supone un amor tan incondicional que nada en el hermano pueda impedir nuestro ejercicio en el amor".

"Ser misericordioso, -añadió- supone tener un corazón como el de Dios. Y, por tanto, tener una mirada como la de Dios. Dios mira al corazón, no a las apariencias".

El Señor Obispo finalizó su exposición diciendo que "si somos capaces de acoger en nosotros el perdón de Dios que nos renueva y la misericordia de Dios que nos salva, esa experiencia nos transforma para ser hombres y mujeres que pasen por este mundo dando la mano y levantando a quien se pueda encontrar hundido. Para eso, hay que amar gratuitamente, a fondo perdido. Porque sólo así el hombre recupera la dignidad perdida".

Dentro del ciclo de conferencias cuaresmales que nuestro Sr. obispo ha impartido en la S. I. Catedral, durante este tiempo litúrgico, el 3 de marzo, a las ocho de la tarde, Monseñor José Vilaplana habló a gran número de fieles sobre "Dichosos los mansos... y los que lloran...".

En su exposición, el Señor obispo explicó los significados que en nuestra sociedad actual tiene la palabra "manso", y especificó que si bien en el

Antiguo Testamento es Moisés el máximo exponente de la mansedumbre, dentro del Nuevo Testamento es Jesucristo quien mejor refleja esta Bienaventuranza. "La mansedumbre es una fortaleza activa que no se deja derribar por el mal; es posible porque el hombre se afianza sobre la roca firme de la confianza en Dios".

"La persona que tiene este don de la mansedumbre, la persona que se parece a Cristo, manso y humilde de corazón, es la persona que no se irrita, no se enfada, sabe quedarse tranquilo y pacífico, mostrándose sufrido, con una paciencia inalterable, porque confía en el Señor". Así, afirma que "quien está fortalecido por la oración es quien tolerará fácilmente, sin perder la calma, a un hermano que lo insulta".

Y como ejemplo para el cristiano, nos pone la figura de María. "Ella se mantiene de pie, porque también tiene su corazón apoyado en el Señor".

La siguiente Bienaventuranza que analiza en esta charla cuaresmal es la de "Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados". Aquí, el Señor Obispo presenta los distintos tipos de lágrimas que existen, y dice que Jesús rechaza algunas de ellas. También en la Sagrada Escritura "hay tres tipos de lágrimas: las que brotan del arrepentimiento sincero de nuestros pecados. Lágrimas por aquellos que saben que su vida todavía es peregrinación. Y las lágrimas de Cristo".

"Las lágrimas de Cristo, afirma, son unas lágrimas en las que nosotros nos sentimos sin duda identificados. Esta Bienaventuranza nos dice que obtendremos consuelo, y un consuelo que empieza ya aquí. Podemos vivir el sufrimiento desde la Bienaventuranza, porque sabemos que a nuestro lado está Cristo, muerto y resucitado, que ha experimentado nuestros dolores y se ha hecho semejante en todo a nosotros, menos en el pecado".

Ante el dolor, el Señor Obispo afirma que "la piedra de toque de nuestra vida es cómo encaramos el dolor". Y es que "para que esas lágrimas sean bienaventuradas hay que hacer la lectura de nuestros sufrimientos a la luz de la lámpara de la fe, mientras esperamos que todo se haga luz en Dios".

Y terminó su exposición afirmando que "no es fácil encarar el sufrimiento. Pero la clave para entenderlo es la confianza absoluta en Dios".

El 10 de marzo, en la S. I. Catedral, el Señor Obispo pronunciaba la tercera de las conferencias cuaresmales centrada en las dos bienaventuranzas de la justicia: "Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia... y los perseguidos...".

En su disertación, el prelado intentó explicar la justicia desde Dios. "El creyente -afirmó- tiene hambre y sed de la justicia, que es la que procede de Dios. Esta hambre y esta sed se dan en las personas que tienen inquietud, afán, deseo de algo que pueda llenar de verdad el corazón del hombre".

Para el Señor Obispo, "hay personas que, aún sin saberlo, tienen hambre y sed de Dios, porque desean esa felicidad que el hombre no puede alcanzar por sus propios medios. Y esperan todo más allá de sí mismos, a veces sin saber que el único que les puede saciar es Dios".

"Cuando Jesús entra en el hombre, señala, éste empieza a experimentar lo que es ser justo según el estilo de Dios. Y esta justicia le lleva a compartir con los demás". Por eso, "si aceptamos que tenemos el corazón inquieto y dejamos que Cristo entre en nuestra vida, entonces abriremos los ojos para hacer realmente la voluntad del Padre: que creamos en su Hijo, que acojamos a su Hijo, que aprendamos a obedecer en el Hijo, y a trabajar como el Hijo, y a vivir como el Hijo".

"Cuando un cristiano vive desde Jesucristo -afirma- y ha dejado entrar a Jesucristo en su vida, siente esta preocupación de ajustar el mundo a la voluntad de Dios. y ahí se produce que el cristiano se ve perseguido muchas veces por causa de la justicia, por causa de Cristo y todo lo que de Cristo procede".

Esta persecución por causa de Cristo, por la justicia de Dios, debe ser para el cristiano "una invitación a la alegría": la alegría que produce el saber "que Cristo ha entrado en nuestras vidas".

Para finalizar, el Señor Obispo afirmó que "la Bienaventuranza de hoy nos dice que sólo en el manantial de agua viva que es Cristo encontraremos siempre la fuente que nos permitirá ir trabajando sin descanso, en un deseo constante de un manantial que seguirá manando y dándonos energía para ir superando todos los límites de la justicia que vamos encontrando en este mundo. Así, los cristianos estaremos siempre en camino, abiertos a nuevas

formas de justicia que permitan que el hombre esté saciado de pan, de afecto y de fe, para que pueda cantar la alegría de sentirse hijo de Dios y, desde esa dignidad, vivir y compartir".

El 17 de marzo, el Señor Obispo finalizó las conferencias cuaresmales que desde febrero venía impartiendo en la S. I. Catedral, con una reflexión sobre las Bienaventuranzas de la Misericordia.

"Dichosos 'los limpios de corazón porque ellos verán a Dios y Dichosos los que trabajan por la paz, porque se llamarán Hijos de Dios' fueron los dos temas abordados en su charla.

Partiendo de la definición de hombre limpio de corazón como "aquél que vive de acuerdo con lo que Dios espera de él" calificó al hombre limpio de corazón como persona transparente. "No es el hombre que no tiene ningún defecto, sino que, cuando tiene un defecto, sabe reconocerlo, y cuando descubre una virtud, sabe dar gracias".

Haciendo un repaso por el Nuevo Testamento, señala que los "que fueron capaces de descubrir al Mesías fueron los pastores, los sencillos, los hombres transparentes". Por eso, afirma que "limpio de corazón es el hombre sin fachada, el que vive la vida con verdad y sinceridad".

Respecto a la Bienaventuranza de "Dichosos los que trabajan por la paz", presenta la paz como "la armonía de la realidad vivida en su plenitud". La paz es "un don de Dios". Pero "cuando Dios nos regala la paz, nosotros debemos trabajarla, porque los dones de Dios se convierten siempre en tarea para nosotros".

Presenta a Cristo como paz del hombre, y hacedor de la paz, porque "ha hecho posible la reconciliación con Dios y ha roto el muro del odio que nos separa de los hombres, para que podamos establecer una relación de hermanos". Y señala que Juan Pablo II, a través de sus mensajes para la Jornada Mundial de la Paz, nos ha señalado que 'la paz sólo se puede construir sobre la base de la justicia' .

Para concluir, el Señor Obispo presenta tres sencillos consejos "para construir la paz en la vida de cada día":

- "Construimos la paz cuando insistimos más en lo que nos une que en lo que nos separa". Para ello, es bueno recordar aquellas palabras de Jesús: "Trata a los demás como tú mismo quieres que te traten".

- "Construimos la paz cuando insistimos más en lo positivo que en lo negativo".

- "Trabaja por la paz aquél que sabe asumir con responsabilidad las propias tareas y ayuda a los demás a que las cumplan, sin tratar de suplantales".

El Señor Obispo finalizó su exposición recordando que las Bienaventuranzas "deben ser distintivo de nuestra vida cristiana. Quienes nos vean tienen que descubrir en nosotros pobreza de corazón, mansedumbre, misericordia, hambre y sed de justicia, limpieza y transparencia de corazón, amor y trabajo por la paz".

CONFERENCIAS CUARESMALES DEL SR. OBISPO EN LA CATEDRAL 1995

El pasado 9 de marzo, jueves, dieron comienzo en la Catedral la tradicionales conferencias cuaresmales del Señor Obispo, D. José Vilaplana, que este año estarán centradas en el Credo. En esta primera catequesis, Mons. Vilaplana reflexionó sobre "*Creo en Dios Padre*".

Partiendo de la figura de Dios como Padre, el señor Obispo reforzó el significado de dos palabras contenidas en el Credo Apostólico, que había sido entregado el primer domingo de cuaresma a los fieles en todas las iglesias de la diócesis: la palabra *Padre*, "porque así se nos ha manifestado" y *Todopoderoso*. A partir de aquí, intentó con su catequesis ayudar a los numerosos fieles congregados en el templo a combinar la fe en un *Dios* que es *Todopoderoso e ilimitado*, y al mismo tiempo *Padre, tierno y cercano* al hombre. Siguiendo el ejemplo del niño que crece en el vientre de la madre, el hombre está envuelto en el misterio del amor de Dios, un amor que sobrepasa al ser humano, pero al mismo tiempo es el amor de un Dios que es "más interior a nosotros que nosotros mismos".

Mons. Vilaplana reconoció que en la actualidad hay dificultades que hacen especialmente difícil hablar de Dios, y puso tres comparaciones bíblicas: Babel, Job y Esaú.

Afirmó que "vivimos en una época que actualiza la página de Babel" ya que "queremos construir técnicamente un mundo de espaldas a Dios" a quien vemos como competidor del hombre. A todo esto hay que añadir la confusión e incomunicación propias de una sociedad en la que "la técnica se vuelve en contra del hombre". Todo ello "no crea un clima apropiado para que la palabra de Dios suene de una manera amable en nuestros oídos".

También la imagen de Job se puede trasladar a nuestro mundo actual, ya que somos muy sensibles al dolor y testigos del atropello de muchos inocentes, y no lo entendemos. "El tema del dolor pone a prueba nuestra fe".

Sin embargo, Mons. Vilaplana señala el problema de Esaú como el

"más acuciante del momento actual". Igual que Esaú prefirió el plato de lentejas a la promesa de Dios, "el hombre que está tan abocado a lo inmediato no quiere, no se plantea la cuestión de Dios, sino sólo las cuestiones inmediatas de tipo material que afectan a su vida". Como consecuencia de esto, nuestro mundo aparece muchas veces como "un mundo sin Dios, sin Padre, sin fundamento"; así, "se quiebra la relación entre los hombres: no acertamos a ser hermanos".

Ante esta situación, el Señor Obispo afirma que los creyentes deben profesar su fe, decirla, comprenderla: *"hay Dios y es Padre y nos fiamos de él, hay Dios y es Hijo que nos manifestó el amor del Padre crucificado en la Cruz, y hay Dios que es Espíritu que nos abre caminos de vida y esperanza"*. Esta afirmación de la fe "en un Dios Uno y Trino simultáneamente con la afirmación de la dignidad del hombre... nos permite ofrecer a nuestro mundo el testimonio de nuestra fe y una clave para que pueda crecer hacia esa sociedad a la que todos aspiramos".

Por eso, el Señor Obispo pide para la iglesia diocesana en esta cuaresma que *"de tal forma la profesión de fe sea significativa en nuestra vida que realmente en medio de nuestro mundo aportemos lo mejor de nuestra vida para hacer una sociedad de hermanos"*.

El hombre, para cultivar el contacto con ese Dios que se le revela como Padre, tiene dos medios: *el silencio de la oración y la sensibilidad* para captar los problemas de los hombres. El mismo Cristo "nos manifiesta el rostro del Padre y nos enseña a dirigirnos a él con la palabra Abba". Jesús nos enseña a descubrir lo que significa Dios Padre en la vida humana. Y para ello usa una palabra infantil que emplean los niños cuando su Padre lo es todo para ellos, cuando su confianza en su Padre es absoluta.

Jesús nos presenta a un Padre que es amor. Que nos amó primero. Dios es un "Padre *misericordioso*, dador de todo bien, respetuoso con la libertad que él mismo nos ha dado, recreador de nuestra persona". "Dios reconstruye nuestra vida" cuando por su misericordia y su perdón "hace nacer al hombre nuevo cuando queda roto y muerto por el pecado". Y Dios invita a ese hombre nuevo a vivir una vida nueva, a sentarse en su mesa.

Pero creer en Dios como Padre nos lleva a preguntarnos por los hermanos. Nos lleva "al *respeto* de toda persona, al *diálogo* y a la *tolerancia*, por-

que todas las personas han sido creadas a imagen de Dios".

Y si creer en Dios como Padre nos lleva a preocuparnos por nuestros hermanos, esa misma fe nos ha de llevar a "vivir con el corazón muy abierto y celebrarla". Por eso, al finalizar la catequesis, el Señor Obispo recordó a los presentes la importancia de la oración en los pequeños gestos de cada día, que se van olvidando: "la oración confiada en la mañana, en la noche, en cualquier rincón de nuestra vida, nos ayuda a cultivar esta relación filial que se llama piedad".

Con las palabras de San Juan, "*qué maravilla, podemos llamamos hijos de Dios*", D. José finalizó la primera de las catequesis cuaresmales. Al término de la misma, los fieles pudieron disponer de tiempo de silencio para la oración personal, mientras diversos confesores se distribuían por el templo para repartir la absolución a quienes se acercaban para recibir la gracia de Dios mediante el perdón de sus pecados.

Al jueves siguiente, 16 de marzo, D. José Vilaplana reflexionó sobre "*Creo en Jesucristo*".

Partiendo de la necesidad de que el cristiano "ponga su mirada y su corazón en lo *fundamental*" para que así se "*afiancen las raíces de nuestra fe*", Mons. Vilaplana comenzó su reflexión sobre los contenidos del Credo en torno a la figura de Cristo: *único Hijo, nuestro Señor, concebido por obra y gracia del espíritu Santo, nacido de Santa María Virgen, padeció bajo Poncio Pilato, crucificado, muerto, sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso; desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.*

Creo en Jesucristo. Afirma que la palabra Jesucristo es, en sí misma, un acto de fe: Jesús es el Cristo, el Mesías, el Ungido, el enviado de Dios, en quien Dios cumple sus promesas. Presenta a Jesús como a un desconocido: acostumbrados a repetir la palabra Jesucristo una y otra vez, no alcanzamos a descubrir su novedad. Jesús pregunta a sus discípulos si sabían quién era él. Y Pedro le contesta: "tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo". Una afirmación de fe que a lo largo de la historia comparten todos los que se llaman a sí mismos cristianos: que reconocen que Jesús no es solamente un hombre, sino que es el Hijo de Dios hecho hombre, el Hijo de Dios Vivo.

Así, Jesús es Dios encarnado. Siendo "de condición divina, se rebajó haciéndose uno de nosotros, y actuó como un hombre cualquiera. Y llegó hasta la muerte, y una muerte de cruz". Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios y el hijo de María, es decir, es Dios, pero también es hombre como nosotros.

Esta afirmación de *Jesucristo hombre*, "hecho como nosotros, viviendo como un hombre cualquiera" es la característica de la fe cristiana.

En el Credo se pasa directamente de la Encarnación del Hijo de Dios a la Pascua; la Pasión de Cristo resume toda la vida de Cristo, y la lleva a la plenitud. "La vida de Cristo como enviado del Padre fue servicio y entrega hasta el extremo de dar su vida en la Cruz". Cristo se entregó, se dio, en una entrega de amor que llegó hasta el extremo. Resumido en palabras de San Pablo: "me amó y se entregó por mí".

La vida de Cristo es una *entrega* y un *servicio* que está caracterizada por el *amor*. Cristo "nos conquista a todos por la fuerza del amor". Un amor al Padre y a los hombres que hace que su vida sea un cumplir siempre la voluntad del Padre, y entregarse y servir a los hermanos. Siempre, la vida de Jesús es una búsqueda de ese cumplir la voluntad del Padre. Y el Padre le pide que nadie se pierda, que todos los hijos sean reunidos en torno a él, que todos los hombres encuentren la dignidad perdida.

Jesús nos amó hasta el extremo. Y ese extremo lo demostró con su entrega absoluta y su muerte en la cruz. "Por eso, la cruz es el signo del cristiano, signo del amor hasta el extremo, del amor que reconcilia y salva, del amor que toca las profundidades de la muerte.

Y por eso, los cristianos afirman: "creo que al tercer día resucitó entre los muertos". Por que el amor de Cristo, el amor de Dios, es más fuerte que la muerte. "Cristo muere realmente, bajó a la región de los muertos y abrió las puertas del cielo a los justos que le habían precedido. Jesús murió realmente, probó la muerte, pero desde allí abrió la esperanza para todos los hombres".

La resurrección de Cristo es la afirmación más hermosa que se ha dado en la historia de la humanidad. Es el gran mensaje de la Iglesia en los primeros momentos y a través de toda la historia. Los cristianos anunciamos la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, "la resurrección es la afirmación fundamental, juntamente con la muerte de Jesús en la Cruz, de toda la vida

cristiana".

Por eso, por ese triunfo de Cristo sobre el pecado y la muerte, el cristiano tiene que ser *testigo de alegría y de esperanza*. La fe de un cristiano tiene que afirmar esa victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte.

Al finalizar la catequesis cuaresmal, el Señor Obispo hizo a los presentes un llamamiento para valorar el domingo como el *día del Señor*, "la pascua de cada semana", invitando a que no se reduzca a un mero precepto, sino a tener la experiencia compartida de que el domingo es el día del Señor, el día de la comunidad, el día de la alegría.

La tercera de las catequesis cuaresmales pronunciadas, el 23 de marzo, por Mons. Vilaplana en torno al Credo estuvo centrada en el Espíritu Santo, de quien aseguró que muchas veces es "el gran olvidado de los cristianos".

Parte de la afirmación de que el Espíritu Santo es "el que nos da la vida y nos ilumina", aunque no seamos conscientes de ello ni lo agradezcamos. Por eso, con su reflexión pretende ayudar a que se descubra "la riqueza de esta afirmación de nuestra fe: *Creo en el Espíritu Santo*".

Presenta a la Trinidad como el misterio central de la fe. "*Misterio que hemos ido descubriendo porque Dios se nos ha comunicado*".

El Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad. Las referencias que hay hacia él en la Sagrada Escritura utilizan signos como aliento, fuego, unción... "cuando hablamos del Espíritu tenemos que hablar con estos símbolos que indican una gran fuerza transformadora, pero que son difíciles de aprender y de captar". Al Espíritu se le percibe "por la fuerza que infunde y que sopla en los santos; en la permanencia y en la vitalidad de la Iglesia". También se le puede descubrir por sus frutos, "por lo que él va inspirando, realizando y haciendo en nuestro corazón".

Por eso, decir "creo en el Espíritu Santo" es decir "que Dios nos ha comunicado su vida y su ser". "Cristo, con su muerte, nos ha merecido el don del Espíritu Santo". Por eso, la Iglesia recibe el Espíritu a los cincuenta días de la muerte y resurrección de Cristo. "En el misterio de Pentecostés, hemos nacido como pueblo nuevo, como el pueblo de la gracia, como el pueblo que lleva en su corazón el Espíritu de Dios". Así, "creer en el Espíritu es afirmar que Dios está con nosotros y vive en nosotros".

Y esta fe en la presencia del Espíritu ha de dar esperanza: saber que Dios, a través de su Espíritu, dará su fuerza, su fuego transformador, su vitalidad... Sin embargo, es necesario que el hombre "acepte la acción, la fuerza, la presencia de Dios" en su vida. Esto significa que el hombre debe reavivar la fe en el Espíritu de Dios, que nos regala sus dones: don de sabiduría, de inteligencia, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad, de temor de Dios.

Sólo si el hombre está lleno del Espíritu de Dios, de sus dones, se podrá dejar conducir por Dios. Por eso, Mons. Vilaplana finalizó su catequesis cuaresmal sobre el Espíritu animando a los presentes a "suplicar al Señor que nos comunique el don de su espíritu para que nos haga fuertes en el testimonio de la fe, dóciles a sus inspiraciones, y testigos en nuestra vida y en el mundo de la imagen de Dios".

Las catequesis cuaresmales que ha impartido el Señor Obispo, D. José Vilaplana en la Catedral, en torno al Credo, finalizaron el 30 de marzo con una disertación sobre *la Iglesia*.

La reflexión comenzó con la contemplación de Jesús Crucificado tal y como lo presenta el evangelista Juan, y cómo a los pies de la Cruz nace la Iglesia: una pequeña comunidad representada por María y el discípulo Juan, y simbolizada en la sangre y el agua que manó del costado de Cristo cuando le asestaron la lanzada: la Iglesia nacerá por el bautismo, el agua, y se alimentará con la Eucaristía, la sangre.

María, la madre de Cristo, a los pies de la Cruz, es la madre de la nueva humanidad. Jesús la entrega a Juan, el discípulo, que en ese momento representa a todos los cristianos. Y el evangelista afirma que, desde ese momento, el discípulo la acogió como cosa propia: "es el signo, la característica del nuevo pueblo".

Así, ese "*creo en la Iglesia*" significa la creencia en un grupo de personas, que son hermanos, y que han sido incorporados a Cristo. Una Iglesia que Dios ha querido salvar reuniendo a todos sus hijos, haciendo de ellos un pueblo; por eso, *la Iglesia* es el *pueblo de Dios*.

La *Iglesia*, además, es *cuerpo de Cristo*. Por eso, la Iglesia está compuesta por elementos visibles, que son los cristianos, y elementos no visibles: Dios Padre, Dios Espíritu Santo, "que unifica, anima y vivifica este cuerpo que es

la Iglesia".

Mons. Vilaplana, señala la importancia de tener una mirada de *fe en la Iglesia*.

"Cuando nosotros decimos "creo en la Iglesia" decimos que aquí, en estas personas concretas que somos, en nosotros se da ese misterio de gracia y amor de un

Dios que nos ha reunido, de un Cristo que nos ha redimido y nos ha hecho su Cuerpo y de un Espíritu que nos anima". Por eso, la Iglesia tiene "ese misterio que nos hace pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo".

En este sentido, D. José Vilaplana destaca la necesidad de comprender que "la Iglesia no es lo que nosotros hemos hecho, sino lo que Dios nos ha dado". Así podemos decir: creo en la Iglesia santa, porque Cristo, a pesar de nuestros defectos, estará siempre entre nosotros: no nos faltarán su palabra, sus sacramentos, la sucesión apostólica... Y es por eso por lo que la *fe* en la Iglesia depende de nuestra *fe* en Cristo y en el Espíritu Santo.

La Iglesia además es un *signo universal de salvación*, "que manifiesta la unión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí". Y también es *Asamblea*: las primeras comunidades de cristianos se reunían para escuchar la palabra, el Evangelio; se reunían para la fracción del pan, para la Eucaristía, "en el centro de la vida de la Iglesia"; para la oración y para la comunión de vida o el compartir de los bienes, y ayudarse mutuamente. "Así experimentaban ellos esa maravilla de la *comunión de los santos*, que significa la comunión de las cosas santas en las que todos participamos. Y significa también la unión, de toda la Iglesia, la que peregrina por la tierra y la que está en el cielo, y de los que están en proceso de purificación".

Por eso, la mejor manera de vivir esa comunión, ese compartir, es mediante la integración en la comunidad eclesial a la que cada uno pertenece, y que el Señor Obispo pide que sea un compromiso para las fiestas pascuales. Es una forma de sentirse corresponsable con personas con las que se comparte la *fe*. Se trata de plantearse: lo que yo he recibido de Dios, ¿cómo lo pongo a disposición de los hermanos en la comunión de la Iglesia?

Otra de las afirmaciones contenidas en esta última parte del Credo es la creencia en el *perdón de los pecados*. Cristo envió a sus apóstoles y les dio el

poder para perdonar los pecados en su nombre. La Iglesia, desde sus comienzos, acoge amorosamente en su seno a los pecadores para que experimenten el gozo del perdón.

Y así, experimentando la sensación de ser perdonados, los cristianos han de ser en el mundo *testigos de la resurrección*, porque esperan que el triunfo de Jesucristo resucitado sea su propio triunfo. "Crear en la resurrección de la carne para participar eternamente de la gloria de Cristo junto al Padre es el testimonio de la esperanza de un cristiano".

Sin embargo, en la sociedad actual, muchos católicos no creen en la resurrección de la carne: "esto quiere decir que no creen en la resurrección de Cristo, porque Cristo ha resucitado como primicia de los que han muerto, para hacemos participar un día de su gloriosa resurrección". Para el cristiano, la última palabra no la tiene la muerte, sino *Dios*, que *es el Dios de la vida*; por eso, la palabra definitiva es la vida.

"Lo que es Dios, nos lo ha comunicado. El Dios que es amor y el Dios que es inmortal, a nosotros, pobres, limitados y pecadores, nos ha hecho partícipes de su vida, realmente, que ya la podemos experimentar en el peregrinaje de la historia, pero estamos llamados a gozarla plenamente cuando él lo sea todo en todos".

Para finalizar las catequesis cuaresmales, Monseñor Vilaplana renovó su invitación a todos los fieles a "participar en la vida de la Iglesia, potenciando nuestras parroquias como comunidades de creyentes".

Terminó con unas palabras del Cardenal Tomasek: "*El que trabaja por la Iglesia, hace mucho; el que ora por la Iglesia, hace más; y el que sufre por la Iglesia lo hace todo, porque quiere decir que la vive en su propia carne*".

CONFERENCIAS CUARESMALES DEL SR. OBISPO

Ante un gran número de fieles, entre los que se encontraban los miembros del Cabildo y los seminaristas de Corbán, el señor Obispo, Mons. José Vilaplana, inició el pasado 29 de febrero las tradicionales conferencias cuaresmales, en la S. I. Catedral. Bajo el título genérico de "La palabra de Dios en la vida de la Iglesia", la charla dio comienzo a las ocho de la tarde.

Al inicio de la misma, Mons. Vilaplana explicó que el tema elegido respondía a la doble exhortación que nos hace Juan Pablo II en la Carta de preparación a la celebración del año 2000, en la que propone a la Iglesia un examen de conciencia sobre si la Palabra de Dios es inspiradora de toda nuestra existencia, al tiempo que invita a los fieles a adentrarse en dicha Palabra, para conocer mejor el misterio de Jesucristo. .

A raíz de este doble planteamiento, comenta que en la diócesis se pondrá en marcha, el próximo curso, una iniciativa de cara a la preparación del Tercer Milenio, que consiste en la creación de grupos que deseen un "conocimiento más profundo de Jesucristo" mediante la lectura del Evangelio. Para ello, afirma que se necesita "hambre y sed de la Palabra de Dios", que pretende suscitar durante estas conferencias cuaresmales intentando acercar a los fieles a "la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la Palabra de Dios", para "despertar en todos vosotros el apetito de un conocimiento más profundo del Evangelio".

Partiendo de la Constitución del Concilio Vaticano II "Dei Verbum", presenta en esta primera charla, titulada "Dios nos habla y nos busca", la introducción y el primer capítulo. Aclara que dicha Constitución es "la reflexión que hace la Iglesia sobre la revelación de Dios. Y lo primero que dicen los Padres del Concilio es que la Iglesia escucha con devoción y proclama con valentía la Palabra de Dios". Una devoción en la escucha y una valentía en el testimonio que también son necesarias para los cristianos en la actualidad.

Presenta como novedad original del cristianismo tres características: el hecho de que es la única religión en la que Dios busca al hombre; que le busca para rescatarle del pecado y de la muerte; y que Dios comunica al hombre su

espíritu para que pueda participar y entrar definitivamente en la intimidad de Dios.

Son tres pasos "que han de estar muy presentes en nuestra propia historia y en nuestra propia vida", porque la historia de la revelación de Dios "quiere traer al mundo el mensaje de la salvación".

En esta historia, se nos presenta el trato de Dios con el hombre. Y se demuestra que las tres grandes experiencias "que influyen profundamente en nuestra historia personal", como son la relación paterno-filial, la relación sponsal y la relación entre amigos, son las mismas que utiliza Dios en dicha relación. "Dios se nos manifiesta como padre, esposo y amigo".

Y esa comunicación de Dios con el hombre, iniciada con la Creación, tiene una última Alianza: Jesucristo, el Hijo de Dios, "Palabra eterna del Padre, que habita en nosotros y nos comunica la intimidad de Dios". Por eso, "aceptar a Jesucristo y conocerle es conocer de verdad al Padre y todo lo que El nos ha querido revelar".

Dios sale al encuentro del hombre. Y el hombre no puede responder adecuadamente si no es con la obediencia de la fe. Una obediencia "que implica toda nuestra persona en una confianza absoluta que nos hace poner toda nuestra vida en las manos del Padre".

Para llevar estas afirmaciones a la práctica, presenta dos textos de la Sagrada Escritura que resumen la revelación de Dios y su relación con el pueblo de Israel, y la relación de Dios en Jesucristo, muerto y resucitado: son el capítulo 16 del profeta Ezequiel, resumen de la historia de Israel, el pueblo de Dios, "que es también imagen de nuestra propia vida": Dios mira la debilidad del hombre, y le ha elegido, y ha permanecido fiel a esa elección aunque el hombre, a lo largo de su vida, le haya dado la espalda. Dios "*nos* recuerda que aunque nosotros le hayamos fallado, y aunque El nos corrige precisamente porque nos ama, la alianza que El hará con nosotros en su Hijo Jesucristo no se romperá nunca".

Y el libro del Apocalipsis, que narra el triunfo de Jesucristo, "Nueva Alianza, Nuevo esposo de la Iglesia" que "*nos reviste de nuevo con la santidad y la gracia*".

Presenta el tiempo litúrgico que se inicia, la Cuaresma, como el camino hacia la Pascua: en ella, Cristo será crucificado por los hombres y, con su sangre, devolverá al ser humano "la inocencia perdida", revistiéndole "de la vida de Dios".

Recordando que el hombre forma "parte de esa historia, de tantas infidelidades por nuestra parte", pero "de fidelidad y amor de Dios", finalizó su primera charla cuaresmal invitando a los presentes a "establecer y renovar" la relación con Dios mediante la Palabra, que introduce en la vida.

En la segunda conferencia cuaresma!, celebrada el 7 de marzo, con el título "*Los apóstoles y sus sucesores transmiten el Evangelio*", Mons. José Vilaplana se centró en el capítulo segundo de la Constitución del Concilio Vaticano II sobre la Divina Revelación.

Partiendo de un análisis de la realidad que estamos viviendo, en la que el hombre se encuentra atrapado por el presente, inmerso en la cultura de lo inmediato y viviendo el individualismo, presenta el descubrimiento de la importancia de las raíces de la cultura y de la vida familiar.

Y en este contexto de búsqueda de raíces, habla de tres elementos fundamentales para hallar la raíz del cristianismo, como son la Tradición, la Escritura "*como referencia necesaria para los que buscamos la Palabra de Dios*", y el Magisterio de la Iglesia.

Los apóstoles, que conviven con Jesús, reciben de El el encargo de anunciar lo que han visto y oído, .y se encargan de comunicarlo, contando lo que han visto, orando como Cristo les había enseñado, realizando los signos que

realizaba el Señor, y van creando instituciones, comunidades, vida eclesial, en nombre y con la autoridad del Señor.

"Se iniciaba así una corriente de vida, un pueblo en camino que, con la presencia de estos testigos privilegiados de la vida y de las palabras del Señor, ponían en marcha una Iglesia que nacía. Una Iglesia que había recibido el encargo, por una parte, de guardar fielmente lo que Cristo le había transmitido, sin cambiarlo y, por otra parte, el encargo de transmitirlo fielmente a los hombres y mujeres de toda raza, pueblo, época y nación".

Ese mensaje es un tesoro vivo, que hay que transmitir completo y sin deformar, al tiempo que debe ser servido, presentado, y adecuándolo a las necesidades de los pueblos y de las naciones.

En el primer momento de la vida de la Iglesia, se transmite de forma oral, por los mismos apóstoles que han vivido con el Maestro. Pero al mismo tiempo que nombraban sucesores que continuaran esa misma misión, fueron poniendo por escrito el mensaje del Señor, los Evangelios o Palabra de Dios, llamados así "porque, inspirados por el Espíritu Santo, contienen adecuadamente la transmisión de lo que Cristo ha querido ofrecernos a todas las generaciones".

Para hablar de la tradición el Sr. Obispo cita palabras de Juan Pablo II en la "Orientale Lumen":

"La tradición es patrimonio de la Iglesia de Cristo, memoria viva del Resucitado, encontrado y testimoniado por los apóstoles, los cuales han transmitido su recuerdo viviente a sus sucesores en una línea ininterrumpida, que es garantizada por la sucesión apostólica mediante la imposición de las manos, hasta los obispos de hoy.

Esa tradición se desarrolla en el patrimonio histórico y cultural de cada Iglesia, modelado en ella por el testimonio de los mártires, de los Padres y de los Santos, así como por la fe viva de todos los cristianos a lo largo de los siglos, hasta nuestros días.

No se trata de una repetición inalterada de fórmulas, sino de un patrimonio que conserva vivo el núcleo del anuncio del Evangelio originario. Esa

tradición es la que preserva a la Iglesia del peligro de recoger sólo opiniones mudables, y garantiza su certeza y su continuidad.

La tradición nunca es mera nostalgia de cosas o formas pasadas, o añoranza de privilegios perdidos. La tradición es la memoria viva de la Esposa, conservada eternamente joven por el amor que habita en ella".

"La tradición, añade Mons. Vilaplana, es una corriente de vida en la que está la sucesión apostólica, la oración de la Iglesia, la palabra predicada por los santos, el ejemplo ofrecido por todos los creyentes que han ayudado a crecer en comprensión lo que Dios nos ha comunicado".

Sólo en la medida que estamos inmersos en esa tradición, podemos leer las Sagradas Escrituras". Y es que en la "Tradición viva de la Iglesia y en la Escritura" es donde "se contiene todo lo que Dios ha querido revelarnos para nuestra salvación".

En cuanto al Magisterio de la Iglesia, los sucesores de los apóstoles, son los que "han recibido el encargo del Señor de velar por la interpretación auténtica de esa Escritura, y de transmitirla fielmente a todas las generaciones". Magisterio que no está sobre la Palabra de Dios, sino a su servicio, para que el depósito de la fe se mantenga, sin deformarlo, y llegue a todos los hombres.

Los apóstoles se sentían responsables de "conservar y de transmitir con fidelidad lo que habían recibido del Señor". Por eso, el señor Obispo, al finalizar la exposición, ofrece unos puntos de reflexión que ayuden a asimilar la importancia de la Tradición, la Escritura y el Magisterio:

1º "La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo espíritu con que fue escrita". Es decir, que si la Sagrada Escritura es "Palabra de Dios en lenguaje humano", inspirada por el Espíritu Santo, para leerla hay que "invocar al Espíritu Santo", Porque El dará "la luz para que podáis interpretar rectamente y saborear lo que Dios nos comunica".

2º Esa Palabra de Dios debe ser entendida "dentro de la Tradición viva de la Iglesia". Una tradición que se mantiene gracias al Magisterio, integrado por el Papa y los Obispos, encargados de que la fe esté en comunión "con el

sucesor de Pedro y con los apóstoles". Es un Magisterio siempre al servicio de la Palabra de Dios.

3º Hay que hacer una lectura paciente de la Sagrada Escritura.

4º y hay que buscar ayuda para entenderla mejor.

De esta manera, con la invocación al Espíritu Santo, la comunión con la Iglesia, la constancia en la lectura de la Sagrada Escritura, y la humildad para buscar ayuda, se podrá entrar mejor en "ese misterio de comunicación que Dios ha querido realizar con nosotros".

La meditación concluye con el deseo, por parte del Señor Obispo, de que "por esa lectura asidua, bajo la luz del Espíritu Santo, cada día conozcáis mejor al Pastor que guía nuestras vidas".

Sigue un tiempo de silencio invitando a la meditación y reflexión, a la vez que se ofrece la oportunidad de reconciliarse con Dios mediante el sacramento de la penitencia.

En su tercera conferencia, el 14 de marzo, el Sr. Obispo presenta la Biblia como el libro sagrado que contiene la Palabra de Dios, viendo la relación que hay entre los dos testamentos.

Comienza diciendo que la Biblia -palabra griega que significa libros, no libro- es una colección de 72 libros que tienen en común el ser "Palabra de Dios en lenguaje humano". Y citando la Constitución "Dei Verbum" del Concilio Vaticano II, señala cuatro afirmaciones:

1. Todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, con todas sus partes, han sido escritos por inspiración del Espíritu Santo.

2. Tienen a Dios como autor.

3. Como tales, han ido confiados a la Iglesia.

4. Los escritores inspirados son también los verdaderos autores de los libros sagrados.

Precisando que la Biblia es Palabra de Dios, explica la distinción entre Antiguo y Nuevo Testamento, es decir, Antigua y Nueva Alianza; se trata de dos partes muy marcadas: la Antigua Alianza es "todo el proceso por el que Dios ha querido manifestarnos su designio y, de una manera pedagógica, ir estableciendo su relación con nosotros", y la Nueva Alianza es la "definitiva, que ha hecho con la muerte de su Hijo Jesucristo, entregado por nosotros".

Y señala cómo los acontecimientos más importantes del Antiguo Testamento son como un anuncio, "un proyecto de lo que se realizaría de una manera más eminente en Jesucristo". Así, pone como ejemplo la liberación de la esclavitud en Egipto. "Todo lo que se ha dicho en el Antiguo Testamento anuncia a Jesucristo, prepara su venida, es figura de lo que se cumplirá en El".

La Nueva Alianza "deseada por el pueblo de Dios y anunciada por los profetas para sostener la esperanza, se cumple en Jesucristo cuando, con su muerte y resurrección, nos otorga, nos merece y nos entrega el don del Espíritu Santo". Por eso, Juan, en el prólogo de su evangelio, dice que "la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo".

Cristo, mediante su entrega por nosotros en la cruz, nos ha conseguido el Espíritu Santo. Al expirar, Cristo también "regalo su Espíritu a la Iglesia", representada a los pies de la cruz por María y el discípulo amado.

Del Nuevo Testamento, destaca la expresión "este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Y es que con la sangre de Cristo "hemos obtenido la libertad de Pascua". "Y es la sangre que nos ha purificado de nuestros pecados, dándonos la posibilidad de nacer como criaturas nuevas".

Por eso, aseguró que las palabras antes citadas, que son repetidas por el sacerdote en la celebración de la eucaristía, antes de la comunión, deben llevarnos a descubrir la profundidad de la alianza definitiva que se ha cumplido en Jesús; es decir, que en Cristo se condensa toda la historia de la salvación porque El es el único salvador. El ha dado su vida para que nosotros tengamos vida. "En Cristo se cumple el designio de Dios de manera definitiva, y de manera siempre nueva".

Con el deseo de que la Palabra de Dios suene siempre como anuncio o cumplimiento de la Buena Noticia que es Jesucristo, animó a los fieles a sentir "sed" de ella y a leer la Biblia.

La cuarta de las conferencias cuaresmales impartidas por Mons. José Vilaplana en este tiempo cuaresmal abordó, el 21 de marzo, el tema de la lectura de la Sagrada Escritura en la vida del cristiano; que asegura debe ser "una práctica constante, habitual y cotidiana".

Afirmando que se puede alcanzar una "mentalidad evangélica extraordinaria" mediante la lectura asidua de la Palabra de Dios, anima a los presentes a hallar momentos para encontrarse, en la vida personal, con la Palabra de Dios, "para que la Palabra de Dios pase por nuestro corazón, entre y forme parte de nuestro corazón y nuestra mentalidad".

Apoyado en la Constitución "Dei Verbum", que dedica su último capítulo a la lectura de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, de la que afirma que ha sido siempre venerada por la Iglesia como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, constata que "la Iglesia se alimenta del pan de vida, que es Cristo", y "lo reparte a los fieles tomándolo de la mesa de la Palabra de Dios y de la mesa del Cuerpo de Cristo". "Por eso, la Iglesia venera desde siempre a la Sagrada Escritura como lo ha hecho con el Cuerpo del Señor".

"Pero para que no tengamos un concepto de la escucha de la Palabra de Dios sólo para captar intelectualmente el mensaje que se nos dice, el Concilio añade: 'En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos, para conversar con ellos'. El pan de vida que nos ofrece la Iglesia es una comunicación con el Señor".

De ahí que encuentro, comunicación y diálogo sean palabras clave para que la Palabra de Dios sea asimilada en la vida de un cristiano. Palabra y celebración eucarística, según el Concilio, forman una unidad. Por eso, es necesario que los fieles que asisten a una celebración, estén en ella desde el principio, atentos a lo que Dios les comunica.

Después de destacar la importancia de la Palabra de Dios en la celebración eucarística, presentó a los asistentes la propuesta hecha a la iglesia diocesana de "escuchar y asimilar más profundamente la Palabra de Dios, despertando el apetito", con el fin de crear grupos de lectura creyente del Evangelio. Y destaca como invitación global de todas sus charlas cuaresmales el alimentarse "con mayor frecuencia y con mayor interés de la Palabra de Dios" para que "vuestra fe esté firme, vuestra vida cristiana sea sólida, vuestra vida espiritual esté animada y tenga calor" .

Como la Palabra de Dios es para todos, recuerda la novedad de que el Concilio Vaticano II "recomienda insistentemente a todos los fieles la lectura asidua de la Escritura". Escuchar la Palabra de Dios como paso previo y necesario para ser evangelizados, y poder ser testigos del Evangelio. Y es que el Evangelio tiene que ser anunciado a los pobres, tiene que llegar a todos los hombres. Por eso, es necesario crear el ambiente adecuado para que "todos los fieles de la Iglesia, sin ninguna excepción" se pongan a la escucha de la Palabra de Dios.

Citando al Papa Juan Pablo II en su carta "Orientale lumen", asegura que "cuando la Palabra toca a una persona, nace la obediencia, es decir, la escucha que cambia la vida". Y, con el Concilio, y el Papa, en la Tertio Millennio Adveniente, recuerda que "los fieles deben leer asiduamente la Palabra de Dios para adquirir tan suprema sabiduría que es Jesucristo". Esa ciencia suprema, Jesucristo, se puede adquirir en:

- La Liturgia: está llena del lenguaje de Dios. En este sentido, animó a los fieles a reflexionar sobre la Palabra de Dios oída, y sacar un mensaje.

. - La lectura espiritual. Se trata de una lectura hecha en disposición de oración, "conscientes de que sólo el Espíritu puede convertir en letra viva lo que estamos leyendo". Un método adecuado para llevarla a cabo es la lectio divina, que consta de cuatro pasos: lectura, meditación, oración y contemplación, en un proceso que puede durar unos minutos. Lectura, entender, comprender bien lo que se ha leído; meditación: recoger las palabras que han impresionado más, repetirlas y dejar que no solo se queden en la inteligencia, sino que vayan pasando al afecto, al corazón, a la vida; oración; convertir en

diálogo con Dios esa palabra que se ha escuchado; contemplación: "Una vez que hemos leído entendiendo, que hemos repetido meditando, que hemos dialogado orando; dejar que el corazón se quede quieto, en silencio, como contemplando la escena, como dejándome impregnar por esa atmósfera". "Gozaros de haber escuchado esa palabra".

Mons. José Vilaplana finalizó su última conferencia cuaresmal con el deseo de que "por la lectura asidua de la Palabra de Dios, vuestra fe esté firme, vuestra vida cristiana se robustezca y Cristo se vaya formando en todos vosotros".

Al término de cada. conferencia, siguió un tiempo de silencio invitando a la meditación y reflexión, a la vez que por el templo se distribuían confesores para quien deseara reconciliarse con Dios mediante el sacramento de la Penitencia.

Los domingos II y IV de Cuaresma, días 3 y 17 de marzo, el Sr. Obispo habló de estos mismos temas, a las seis de la tarde, en el santuario de la Virgen del Carmen de San Martín de Toranzo, y los domingos III y V, días 10 y 24, a la misma hora, en el santuario de la Virgen de Valvanuz de Selaya.

CONFERENCIAS CUARESMALES DEL SR. OBISPO

Durante el tiempo cuaresmal, un año más, el Sr. Obispo, Mons. José Vilaplana, ha impartido unas conferencias a la comunidad diocesana.

En esta ocasión, las charlas, que se han celebrado los jueves en la Catedral, y los domingos de cuaresma entre la parroquia de Ramales y Limpias, se han centrado en torno a "Jesucristo nuestra vida", con el objetivo general de conocer mejor a Jesús para amarlo y comunicarlo más.

En la primera ponencia, abordó el tema de "Jesucristo Hijo de Dios", planteando la pregunta de ¿quién es en el fondo Jesús de Nazaret? Y ofreciendo la respuesta que da la fe: Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios que se ha hecho hombre. Es Hijo único de Dios, que existía con el Padre y el Espíritu Santo desde siempre. Y fue enviado por el Padre por el gran amor que Dios tenía a los hombres.

Y es en Jesús donde los hombres hemos sido adoptados como hijos de Dios. Esa pertenencia de Jesús al Padre a través de su relación filial queda de manifiesto a lo largo de toda la vida de Cristo, en sus palabras y en sus gestos.

Y el hombre es buscado por Dios para salvarle y darle la condición de hijo adoptivo suyo, a través del rescate pagado por Cristo en la cruz. Ese gran amor del Padre hacia el hombre, hasta el punto de entregar a su propio Hijo, debe producir en el cristiano una alegría tan inmensa "que nada ni nadie le puede arrebatar", alegría y gratitud ya que gracias a Cristo, por el bautismo, "hemos sido incorporados a Cristo el Hijo, y recibido la gracia de ser hijos de Dios".

Por eso, en este primer año de preparación al gran Jubileo del 2000, el Papa insiste en la necesidad de redescubrir el Bautismo, "camino de fe que hemos de desarrollar", como fuente de vida cristiana.

Para concluir esta primera conferencia, Mons. Vilaplana invitó a todos los presentes a renovar las promesas del bautismo, a no ser esclavos del pecado, y a vivir con la libertad y la dignidad que supone el ser hijos de Dios. En defini-

tiva, una llamada a la conversión que representa vivir de acuerdo con las promesas del bautismo.

La segunda charla, centrada en torno a "Jesucristo el hombre nuevo", abordó dos temas centrales: Jesucristo como hombre, y la novedad que aparece en la historia de Jesús.

Partiendo de la realidad de que Jesucristo es verdadero hombre que, sin dejar de ser Dios, asumió la condición humana, es tan Dios como el Padre y tan hombre como los seres humanos. Así lo demuestran todas las humillaciones, sufrimientos, dolores, soledades, angustias... que sufrió Jesús, en especial en el momento de su pasión y muerte.

Mons. Vilaplana insiste en recordar que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, porque ambas realidades son inseparables, sin caer en la tentación de verle desde un único punto de vista. Y recordó a la Santa de Avila que decía que la humanidad de Cristo es el camino para acceder a Dios.

Por eso, Cristo, a través de su humanidad, se convierte en el ejemplo y modelo a seguir para los hombres, porque es la transparencia de Dios Padre. Cristo nos dice cómo es Dios, pero también manifiesta cómo ha de ser el hombre, "para ser hombre de verdad, hay que ser como él, vivir como él, amar como él".

Mientras que en el Antiguo Testamento aparece Adán, hombre viejo, en el Nuevo se presenta a Cristo como el hombre Nuevo. Cristo supera la condición del hombre viejo y todo lo que supone con su pecado, su desconfianza, su afirmación de sí mismo por encima de los demás... y se despoja de todo, ofreciéndose en obediencia al Padre, con un amor solidario hacia los hermanos. Nosotros, los hombres, "estamos invitados a participar y entrar en esa vida por el Bautismo".

A través del bautismo hemos sido hechos criaturas nuevas. Por eso, la condición de bautizados debe ser revivida en el día a día.

Al finalizar esta reflexión, Mons. Vilaplana invitó a los fieles a que a través del sufrimiento y las pruebas, y siguiendo el ejemplo de Cristo, aprendamos a obedecer al Padre, con una confianza ilimitada en él.

La tercera de las charlas se centró en torno a Jesucristo como el salvador del mundo.

El Sr. Obispo parte de las palabras del Papa en la Tertio Millennio Advéniente, en la que se descubre cómo Dios busca al hombre, que anda extraviado, y a través de Jesús le ayuda a "derrotar el mal". Por eso, esta charla la centra en torno a la muerte y resurrección de Cristo, el misterio pascual de Jesús, que es donde está el acontecimiento central de la redención de Cristo.

A lo largo de la vida de Jesús, descubrimos momentos en los que se nos presenta a Cristo como salvador, a través de obras y de gestos. Incluso en el momento de la muerte, "ofrece su vida para rescatarnos del pecado y del sufrimiento". Una muerte que, desde la fe, es el resultado del cruce de tres voluntades: la del Padre, porque nos ama y desea salvarnos; la del Hijo, porque acepta la voluntad del Padre y decide obedecerle; y la de quienes fueron los artífices directos en la misma.

Muerte redentora a través de la cual Cristo se entrega por los hombres. Redención, porque Jesús .ha pagado con su vida el precio de nuestro rescate del pecado.

Pero esa muerte redentora de Cristo es inseparable de la Resurrección. Cristo ha resucitado para que nosotros resucitéramos con él. Sin embargo, los cristianos hoy en día corremos el peligro de dudar de la Resurrección.

Por eso, como una invitación a la reflexión, el Sr. Obispo se pregunta cuáles son los bloqueos que hay en nuestra vida cristiana a la vista de los sufrimientos, dramas, propios pecados... Afirmando que la presencia de Cristo Resucitado nos ha de despertar a la esperanza.

La cuarta conferencia abordó el tema de "Jesucristo nuestra alegría". Y es que hablar de Cristo es hablar de alegría, y más en este primer año de preparación del Jubileo del año 2000.

Y como invitación para prepararse a dicho Jubileo, la acogida a Cristo como buena nueva, porque Jesús ofrece a los hombres todo lo que Dios les promete. La alegría como respuesta de quien se siente salvado y querido.

Cristo es nuestra alegría, pero ¿cómo la alegría ha de hacerse presente en nuestra vida? Porque hay personas que ven a Jesús, hablan con él, pero no se "encuentran" con Cristo. Sólo se produce ese encuentro cuando "nuestro corazón se abre con sencillez a acoger la propuesta de Cristo en nuestra vida". Y para ello es necesario descubrir a Cristo como el valor fundamental de la vida.

Una de las críticas mayores que se les hace a los cristianos en la actualidad es su falta de alegría, a pesar de que Cristo Resucitado está presente en medio de su Iglesia. Eso supone una contradicción: "si el creyente acepta la presencia del Señor hasta el fin, el que vive esa presencia queda marcado por la alegría". Y cuando ésta falta, se debe a otras razones: falta de oración, de diálogo con Dios, de experiencia vivificadora de Cristo en nuestra vida...

Jesús nos busca en la bondad y misericordia del Padre, y nos comunica su amor: eso debe producir alegría en el cristiano. Igual que las comunidades cristianas de los primeros tiempos testimoniaban su alegría por la certeza de que Cristo había resucitado, así los cristianos hoy deben hacer lo mismo; porque "si la comunidad de los creyentes no testimonia y contagia la alegría, no está evangelizando". Reto actual ante el tercer milenio.

Con la invitación a abrir la puerta de nuestro corazón a Cristo, que es la alegría, y que nos invita a compartir su mesa en la Eucaristía, finalizó la última de las conferencias cuaresmales con el rezo de la oración que el Papa Juan Pablo II ha realizado para este primer año del Jubileo, como en las semanas anteriores.

CONFERENCIAS CUARESMALES DEL SR. OBISPO

Ante un gran número de fieles, entre los que se encontraban miembros del Cabildo, el señor Obispo, Mons. José Vilaplana, inició el pasado 5 de marzo las tradicionales catequesis cuaresmales, en la S. I. Catedral. Bajo el título genérico de "El Espíritu Santo y la Iglesia", la catequesis dio comienzo a las ocho de la tarde.

En esta primera charla el Sr. Obispo se centra en el tema específico de "La Iglesia de Cristo", profundizando en la doctrina eclesiológica del Concilio Vaticano II contenida sobre todo en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, como pide Juan Pablo II en la *Tertio Millennio Adveniente*. El misterio de la Iglesia. La Iglesia reunida en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El Padre que la quiere congregar, el Hijo que realiza la voluntad del Padre haciéndonos su cuerpo, el Espíritu Santo que la anima, la rejuvenece, la santifica...

"Cuando decimos "Iglesia", dice Mons. Vilaplana, debemos pensar en Dios Padre, que desde el principio ha pensado en nosotros para reunimos como pueblo en Cristo; hemos de pensar en Cristo que nos ha adquirido con su sangre, nos ha hecho miembros de su cuerpo, El nuestra cabeza; en el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, que nos llena de santidad y de vida, que nos renueva, nos rejuvenece y nos guía". "En esta tarde quisiera ayudaros y ayudarme a que cuando digamos "Iglesia", nos sintamos, sobre todo, como un pueblo unido por la unión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". "Decir "Iglesia" significa decir pueblo convocado por Dios, asamblea santa que Dios mismo ha convocado en Cristo Jesús, su Hijo amado".

La Constitución sobre la Iglesia, continúa el Sr. Obispo, comienza así: "Cristo es la luz de los pueblos". "Y la luz de Cristo resplandece en el rostro de la Iglesia. Nosotros no somos la luz, pero Cristo que es la luz, ha querido reflejarse en nosotros. La Iglesia no tiene otra luz que Jesucristo y esa luz la tiene que ofrecer al mundo. La Iglesia, cuando quiere reflexionar sobre sí misma, sabe que su tesoro y su riqueza es Cristo. Si olvidamos nuestra referencia a

Cristo, nuestro cimiento, estaríamos levantando un edificio que cualquier sacudida podría pronto derribar. Pero apoyados en Cristo encontramos la roca firme para soportar todo tipo de tormentas". "La Iglesia recibe la luz para dada a todos los hombres, anunciando el evangelio a todas las criaturas". "En nuestra sociedad la Iglesia siente la urgente tarea de que los hombres... encuentren una unidad sólida en Cristo". "Esta es la misión que la Iglesia tiene hoy: Reflejar el rostro de Cristo al mundo actual". "La unidad es fundamental para que demos ese testimonio de la luz".

"Esta reflexión sobre la Iglesia quisiera que provocara en nosotros esa misma firmeza de fe para que las dificultades de nuestro mundo y de la Iglesia misma, que estamos experimentando, no nos sumiera en una desesperanza estéril, sino en un testimonio claro de luz más urgente cuanto más oscura es la noche".

Incorporados a Cristo por el bautismo, prosigue el Sr. Obispo, El nos da la oportunidad de celebrar la Eucaristía, que realiza la unidad de los creyentes y va formando el cuerpo de Cristo. "La Eucaristía hace la Iglesia". "Nuestra existencia es una existencia apoyada en Cristo, con estas tres palabras: "De El venimos", El es el que nos ha hecho Iglesia, El que con su muerte nos ha adquirido como pueblo santo; "Por El vivimos", es decir, sin El nada somos; y "hacia El caminamos", porque nos abre perspectivas de esperanza".

El Espíritu Santo, que Cristo nos envió desde el Padre, santifica constantemente a la Iglesia, habita en ella, la conduce hacia la verdad total, la une en comunión y servicio, la construye y dirige con dones jerárquicos y carismáticos, la forma con sus frutos, la rejuvenece, la renueva sin cesar y la lleva a la unión perfecta con su Esposo. No podemos cerrar los ojos ante los problemas que tiene la Iglesia, que es al mismo tiempo visible y espiritual, que es comunidad de fe, esperanza y amor y al mismo tiempo una organización visible, pero en ella está el tesoro que Cristo ha depositado en nosotros, regalándonos su vida y su presencia para siempre. Y esto es fuente de alegría. "Si esta fe, si esta convicción y si esta mirada de la Iglesia se afianza en nosotros, la Iglesia cumplirá su misión. Nosotros, en medio del mundo, seremos signo de esperanza" .

Finalmente Mons. Vilaplana habla brevemente de las diversas imágenes de la Iglesia que nos ofrece la Lumen gentium: La Iglesia redil, grey, campo de Dios, viña, edificación, esposa del Cordero inmaculado.

A través de la exposición el Sr. Obispo sugirió a los oyentes unas series de preguntas para invitados a la conversión.

En la segunda catequesis, el 12 de marzo, el Sr. Obispo trata de la Iglesia unida en comunión, en comunión fraterna donde intercambiamos los dones que el Espíritu nos da a cada uno y que ponemos todos al servicio de los demás en la unidad de la Iglesia.

"La Iglesia es comunión", comienza Mons. Vilaplana, y "la fuente de la comunión en la Iglesia es la participación en la comunión misma de la Trinidad. El Dios que es comunión de vida y amor, tres personas distintas, un único y solo Dios verdadero".

"El título de esta charla "La Iglesia unida en fraternidad" quiere ser una llamada a vivir esta comunión de la Iglesia en la vida cotidiana, en las parroquias, en los grupos, en las realidades eclesiales en las que nosotros participamos o podemos participar. Quiere ser una llamada a que nuestra Iglesia tenga sabor de familia", que es una de mis grandes ilusiones desde que llegué a la diócesis.

"La palabra fraternidad es, quizás, una palabra un poco gastada, pero que necesitamos redescubrir su brillo". "Somos hermanos, porque tenemos un origen común, un padre o una madre común. En el caso de la Iglesia somos fraternidad por lo que Dios, el único Padre, Jesucristo y el Espíritu han hecho por nosotros y siguen haciendo en nosotros". Si como hermanos, tenemos que aprender a expresar esa fraternidad en el compartir y en la vida común, lo mismo ocurre en la Iglesia: "Dios quiso hacer de nosotros un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa". "A través de toda la Sagrada Escritura aparece este plan de Dios. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios. El nuestro Padre; nosotros hermanos".

"Nosotros, en esta tarde, reconociendo con gratitud que Dios es nuestro Padre queremos vivir en la Iglesia como hermanos y queremos hacer una Iglesia que responda realmente a lo que es, una Iglesia fraternidad, una Iglesia unida, una Iglesia que comparte, una Iglesia corresponsable, una Iglesia comunión".

El Concilio Vaticano II nos dice que este pueblo de Dios que somos nosotros, tiene un jefe, una identidad, una ley, un destino, un proyecto. Una cabeza que es Cristo; una identidad que es la dignidad y libertad de los hijos de Dios; una ley que es el mandato nuevo del amor; un destino, un proyecto que es el Reino de Dios en el que Dios lo será todo en todos y en el que este mundo será progresivamente transformado para que se cumpla en él la voluntad de Dios.

"Cristo hizo de nosotros, continúa el Sr. Obispo, una comunión de vida, de amor y de unidad". La Iglesia se define también como *comunión de los santos*, que significa participación en las cosas santas que Dios ha puesto en nuestras manos y comunicación, entre los santos que somos nosotros, de los dones y carismas que Dios, a través del Espíritu, nos ha ofrecido para el bien común. En primer lugar, *comunión de fe*, la fe de la Iglesia, no deformada ni mutilada. "Nosotros, con humildad, con sencillez, acogemos ese don de la fe y lo compartimos con todos los creyentes, con toda la Iglesia fieles al testimonio de los apóstoles, guiados por los sucesores de los apóstoles y por el sucesor de Pedro en particular".

"*Comunión en los sacramentos*". "Dios ha ofrecido a la Iglesia los signos eficaces de su presencia que con la fuerza del Espíritu Santo hacen a Cristo contemporáneo nuestro. Por el bautismo nos incorporamos a Cristo y entramos a formar parte de su pueblo. Por la confirmación el Espíritu del Señor nos hace testigos valientes de Cristo en medio de nuestro mundo. Por la eucaristía expresamos y vivimos el signo máximo de la comunión... En el sacramento del orden, hombres elegidos de este pueblo son constituidos en pastores al servicio de la comunidad... Por el sacramento del matrimonio, los esposos, con la fuerza del Espíritu Santo, son signos del amor de Cristo a su Iglesia y forma

las iglesias domésticas... El sacramento de la unción nos une a Cristo y a su pasión para que nosotros ofrezcamos nuestros sufrimientos y aprendamos a hacer la ofrenda máxima de nuestra vida...".

"El Espíritu Santo, a través de los sacramentos, hace que entre nosotros y Cristo surja y se consolide esa corriente de vida: comunión en las cosas santas. Esta comunión en las cosas santas nos debe llevar a la comunión de vida, a la comunión en la caridad, en el amor", como en las primeras comunidades cristianas. "Nosotros como miembros de la Iglesia hemos de tomar conciencia de nuestra participación en la misma vida de la Iglesia", y tenemos que ser generosos. ¡Cómo no sentirnos llamados a la comunión y a compartir con las Iglesias del mundo entero! "Qué alegría cuando podemos compartir los bienes... y podemos recibir de ellos", en ese *intercambio de dones*, como lo llama Juan Pablo n. Porque no sólo nosotros damos, compartimos, "ellos nos ofrecen el testimonio admirable de la fe vivida en la dificultad, de la alegría expansiva en la pobreza...". "El Espíritu Santo que habita en la Iglesia a todos nos ha dado dones y carismas para que los pongamos al servicio de los demás. Todos los miembros de la Iglesia somos importantes, porque el Espíritu reparte dones y carismas diferentes para el bien común". Preguntémonos cómo comparto lo que he recibido del Señor. Y tenemos una buena pista para poder revisamos: "Para participar en una Iglesia de comunión hay que pasar del culto al yo a la devoción por la comunidad".

Y termina el Sr. Obispo diciendo que "participar en la Iglesia significa estar activos, estar comprometidos con otros... hay que pasar de la obsesión por la eficacia... pasar del egoísmo de lo mío a compartir fraternalmente... de la confrontación a la aproximación, a la confianza... de la crítica amarga a la corrección fraterna... del miedo por la suerte de la Iglesia a la confianza en el Espíritu Santo, y de los protagonismos al servicio humilde que construye y ayuda".

En su tercera conferencia, el 19 de marzo, solemnidad de San José el Sr. Obispo comienza agradeciendo a los fieles las muestras de afecto y de felicitación y especialmente las oraciones que han ofrecido por él en su fiesta onomástica.

Pasa a continuación al tema del día que es "La Iglesia enviada a evangelizar", "la Iglesia en misión, la Iglesia empujada por el Espíritu Santo para anunciar al mundo la Buena Noticia de Jesucristo. La Iglesia somos todos nosotros. Pero no somos para nosotros mismos. La Iglesia está para anunciar a todas las gentes la Buena Noticia del reino de Dios, la Buena Noticia de Jesucristo".

"Hace unos años, cuando hablábamos de la Iglesia como misión, quizás pensábamos casi exclusivamente en las misiones..., esta tarde, a mí me gustaría que cuando hablamos de misión... pensemos también en la misión dentro de nuestra misma sociedad, que está necesitada de evangelización". "Por otra parte, cuando hablábamos de misión quizá pensábamos fundamentalmente en los misioneros... pero el Concilio Vaticano II nos dice que toda la Iglesia y todos los miembros de la Iglesia, laicos, religiosos y religiosas, sacerdotes y obispos, en nuestra propia función, todos tenemos que participar en esa misión, todos tenemos que sentirnos enviados. Estas son las dos claves que me gustaría resaltar de la meditación de esta tarde. La sociedad cercana en la que vivimos necesita ser evangelizada. Por tanto hay que abrir misión en el corazón de nuestra sociedad y todos los que formamos la Iglesia, tenemos que participar en esa misión y somos corresponsables en esa misión".

Dice después, Mons. Vilaplana, que así como Jesús resucitado, en la primera aparición en el cenáculo y más tarde en la ascensión, envía al mundo a sus discípulos para que el mundo conozca hasta qué punto Dios nos ha amado, de la misma manera nos envía a nosotros, nos dice "id a todos los pueblos, a todas las personas y anunciadles lo que yo os he enseñado". Y Jesús dice a los apóstoles: "Recibid el Espíritu Santo", porque ellos, con sus solas fuerzas, no podrán llevar adelante esta misión. El Espíritu Santo llega en Pentecostés, y aquellos hombres, transformados, comienzan a predicar el mensaje del Señor.

Y "es que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización. No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo... El pone en nuestros labios las palabras que pueden ser capaces de anunciar y

despertar en el corazón de los fieles la fe". Y esta tarea hay que hacerla con gozo y alegría y también con grave responsabilidad. S. Pablo exclama: " Ay de mí si no anuncio en Evangelio".

"Hoy, desgraciadamente, prosigue el Sr. Obispo, en muchos de nuestros hermanos la fe esta tan debilitada, tan apagada que nuestra principal tarea es despertar, siempre con la ayuda del Espíritu Santo, procurar llamar a la fe, anunciar el evangelio para que el hombre se adhiera a él por medio de la fe. Por eso nuestro

mensaje tiene que ir a lo fundamental". "En un Sínodo reciente, el Papa, en el documento final decía: ¿Cuál es el mensaje que el hombre de hoy necesita oír? y lo resumió en estas dos palabras: *Dios te ama, Cristo ha dado la vida por ti...* ahí tiene que estar centrada la tarea evangelizadora.

"La Iglesia tiene que evangelizar no sólo con palabras, sino con signos. Esa persona a la que tú le anuncias esa buena noticia tiene que encontrar en ti un hermano, tiene que encontrar en ti gestos de misericordia, de perdón, de solidaridad, como Jesús. Cuando Jesús anunciaba el evangelio *decía* la buena noticia, pero, sobre todo, la *realizaba* cuando se acercaba a los enfermos, cuando se sentaba a comer con los pecadores...". "El evangelizador ha de ser un hombre de oración, ha de ser un hombre o una mujer con una profunda experiencia de Dios".

Insiste finalmente, Mons. Vilaplana, en la responsabilidad de los laicos en la evangelización. "Estáis llamados, les dice, a ser apóstoles, porque podéis llegar a unos rincones del mundo, de la familia, de la cultura y del trabajo a los que la Iglesia no puede llegar si no es a través de vosotros... Es necesario que el evangelio llegue a transformar esos ambientes... Y ahí es donde tenéis que realizar vuestra consagración a Dios para la transformación del mundo". "¿Y cómo podemos evangelizar? Fundamentalmente a través del testimonio, es decir, de esa capacidad de unir la profesión de fe con una vida coherente que responda a esa profesión de fe. Que la fe no esté sólo en nuestros labios y en nuestro corazón, sino que esté en el estilo de nuestra vida. Porque un estilo de vida cristiano es el mejor lenguaje que el hombre de hoy puede entender".

Termina el Sr. Obispo hablando de Edith Stein, esa joven judía atea, pero

que convertida al cristianismo se hace carmelita, muere en un campo de concentración y ha sido recientemente beatificada. En su conversión influyeron dos cosas: La lectura del "Libro de la vida" de Santa Teresa de Jesús y el testimonio de una mujer sencilla, con la cesta de la compra, arrodillada delante del Santísimo.

La última de las conferencias cuaresmales tuvo lugar el 26 de marzo y en ella el Sr. Obispo abordó el tema de "La Iglesia, servidora de los pobres".

"No podríamos terminar esta reflexión sobre la Iglesia sin descubrir algo muy importante que dice el Concilio: Así como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino para comunicar a los hombres el fruto de la salvación".

La misión del Señor es la misma misión que la Iglesia tiene que desarrollar en este mundo, con el mismo estilo de Cristo que fue de pobreza, persecución y humildad, como el siervo de Dios que no vino a ser servido sino a servir.

"Cristo, como nos dice San Pablo, siendo de condición divina, se despojó de su rango, se rebajó hasta someterse a la muerte y una muerte de cruz". "Es un misterio insondable cómo Dios quiso que la salvación del mundo se realizara en pobreza y persecución, a través de la actitud humilde del Señor que siendo rico se hizo pobre por nosotros para enriquecernos a todos". Contemplando a Cristo servidor, el Concilio dice que la Iglesia tiene que predicar con el ejemplo, la humildad y la renuncia; tiene que ser una "Iglesia *servidora* al estilo del Siervo de Dios", "una Iglesia con disposición para el servicio y para la entrega".

En la sinagoga de Nazaret, continúa Mons. Vilaplana, leyó el pasaje del profeta Isaías: El Espíritu del Señor está sobre mí, El me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres... Hoy esta Escritura se cumple en mí. "Y efectivamente, a través de toda su vida lo recordó siempre, que había venido a buscar y salvar lo que estaba perdido. Y recordó, cuando se acercaba a los peca-

dores, a los que sufrían, a los que estaban mal vistos, que el médico era enviado a curar a los enfermos". "La Iglesia tiene que abrazar con amor a todos los que sufren bajo el peso de la debilidad humana", igual que el Señor. "Es más, la Iglesia descubre en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador, pobre y sufriente. Se preocupa de aliviar su miseria y sirve en ellos a Cristo y abraza en su seno a los pecadores". Juan Pablo II en el mensaje de la Cuaresma de este año igual que en la encíclica "Di ves in misericordia" nos dice que "es menester que la Iglesia de nuestro tiempo adquiera una conciencia más honda y concreta de la necesidad de dar testimonio de la misericordia de Dios en toda su misión, siguiendo las huellas de Cristo". "Los pobres, los enfermos, los que sufren, los que se sienten marginados, todos aquellos que tienen calor de amistad o de familia han de ser preferidos por la Iglesia". Como Jesús, el buen samaritano, debemos acercarnos a los pobres, a los que sufren, con sentimientos de hermanos y descubrir en ellos a Cristo que se ha identificado con ellos: tuve hambre y me diste o no me diste de comer... y si nos esforzamos en desarrollar iniciativas en favor de los pobres, podremos escuchar la bienaventuranza: "Dichosos vosotros, benditos de mi Padre, porque fui pobre...".

"Cuando un hombre o una mujer, una familia están en situación de miseria, es un escándalo para nuestro mundo... El drama de la miseria y de la pobreza, aunque afectara a una sola persona, tendría que despertar la conciencia de los cristianos...".

"La pobreza, prosigue el Sr. Obispo, tiene también una dimensión espiritual. Muchos hermanos nuestros experimentan un vacío espiritual, un sin sentido en su vida. Podemos encontrar personas materialmente satisfechas, pero espiritualmente desprovistas de orientación y sentido... La Iglesia ha de poner todos sus recursos y todas sus energías para tratar de paliar esta pobreza espiritual".

"Si queremos acercarnos de verdad a la pobreza con un talante como el de Jesucristo, lo tenemos que hacer siendo nosotros pobres <le espíritu... El pobre sólo te perdonará que le ayudes si ve que le amas sinceramente... En el congreso de evangelización del pasado año, uno de los ponentes dijo: Para evangelizar, el cristiano tiene que tener conciencia de que es un pobre que di-

ce a otro pobre dónde dan de comer..." "Sólo con un corazón pobre podremos servir y ayudar realmente a los pobres, sin humillarles, y dejarles sitio en nuestra Iglesia. Porque para mí, como obispo, os hago esta confianza, me preocupa que los pobres no estén presentes en nuestras iglesias, compartiendo la celebración, escuchando la palabra de Dios. No hasta que les ayudemos materialmente. Hace falta que les invitemos a compartir con nosotros los dones del Señor y que tengan sitio en nuestra Iglesia. Mientras esto no lo desarrollemos más, nuestra misión como creyentes estará necesitada de un capítulo fundamental".

"Ante este tema de la pobreza, me gustaría decir lo mismo que decía Santa Teresa de Lisieux, cuando quería amar tanto que veía que su corazón era demasiado pequeño y le dijo al Señor: 'Préstame tu amor'". "Sólo podremos amar como Cristo si tenemos un corazón como Cristo, es decir, si Cristo no presta su amor. Y Cristo no ha prestado su amor comunicándonos su Espíritu Santo". "Para nosotros la exigencia más fuerte de amor no es sólo descubrir en el hermano al mismo Cristo, sino amar al hermano como si yo fuera Cristo". Y Cristo amó hasta dar su vida. "Cristo, en su vida, en su servicio y cercanía a los pobres y a los que sufrían, reflejó perfectamente la misericordia entrañable de Dios... y nos dijo a nosotros: Sed misericordiosos como el Padre es misericordioso".

Termina Mons. Vilaplana con una referencia calurosa y entrañable a la Virgen María, a quien la *Lumen Gentium* dedica el capítulo VIII. El Concilio ve y contempla a María como modelo de la Iglesia. "La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor de Madre que debe animar a todos los que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una vida nueva". "La Iglesia tiene que reflejarse en el mundo como Madre ante tantos hombres que sufren la pobreza espiritual. Estos tienen que encontrar en nuestras comunidades esa acogida materna que no se conforma sólo con acogerles sino que quiere ofrecerles la posibilidad de ver engendrados en ellos a Cristo mismo".

Al término de cada catequesis, se creó un clima de oración, a la vez que por el templo se distribuían confesores para quien deseara reconciliarse con Dios mediante el sacramento de la Penitencia.

El Sr. Obispo habló de estos mismos temas, a las seis de la tarde, en las cuatro villas marineras de la costa oriental: El domingo II de Cuaresma, día 8 de marzo, en Castro Urdiales (iglesia del Sagrado Corazón); el domingo III, día 15, en Laredo (iglesia de San Francisco); el domingo IV, día 22 en Colindres (iglesia de El Carmen) y el domingo V, día 29, en Santoña (iglesia de Santa María del Puerto). Al final de cada conferencia tuvo lugar el rezo de Vísperas.

CONFERENCIAS CUARESMALES DEL SR. OBISPO

Ante un gran número de fieles, entre los que se encontraban miembros del Cabildo, el Sr. Obispo, Mons. José Vilaplana, inició el pasado 25 de febrero las tradicionales catequesis cuaresmales, en la S. I. Catedral. Bajo el título genérico de "El amor entrañable del Padre", la catequesis dio comienzo a las ocho de la tarde.

En esta primera charla el Sr. Obispo se centra en el tema específico del "Padre nuestro", para que redescubramos la oración que Jesús nos enseñó. "El 'Padre nuestro' es la oración más sagrada que tenemos; no sólo porque nos la enseñó Jesús, sino porque ella indica qué tipo de relación ha querido Jesús que tengamos con Dios, llamándole Padre... Si no nos lo hubiera enseñado Jesús, seríamos unos atrevidos de hablar a Dios como Padre".

"Sólo Jesús es el Hijo de Dios desde toda la eternidad, de la misma naturaleza que el Padre. Pero El, enviado a nosotros como salvador, nos ha hecho partícipes de su filiación, somos hijos adoptivos y Jesús quiere que tengamos una relación filial con Dios".

Continúa Mons. Vilaplana haciendo un comentario al "Padre nuestro" según la versión de San Mateo.

La palabra Padre "Abbá" en labios de Jesús "era una palabra con unas resonancias infantiles, que indican que en el niño, cuando la pronuncia, toda su vida está abandonada a la confianza que tiene en su padre... es una palabra entrañable, cordial que implica toda la existencia... que dice que toda una vida está pendiente de la bondad, del cuidado y del cariño del padre... y debe producir siempre en nosotros esa profunda convicción de que nuestra relación con Dios es una relación filial". "En el contexto de la vida de Jesús el padre tenía una importancia social muy grande... él organiza la vida familiar y prevé lo que se necesita en la familia... ésta gravita en torno a la presencia del padre, a su laboriosidad... el padre es el que vela por la unidad de la familia. Cuando Jesús nos dice que llamemos a Dios Padre, nos hace sentir familia... Dios nos cuida como un padre de familia, que se preocupa de noso-

tros". Igualmente "el padre comprende al hijo, lo educa como persona, lo entiende, lo hace progresar, lo hace crecer. Por tanto, el cristiano cuando llama a Dios Padre, se siente amado, comprendido, educado, llamado a crecer por la bondad de Dios que se hace cercano a cada uno de nosotros" .

Al decir "Padre nuestro", nos dirigimos a Dios sintiéndonos hermanos de otros hermanos, sintiéndonos miembros de la misma familia, de esa comunidad de creyentes que tiene esa relación confiada con el Padre.

"Padre que estás en el cielo": "Reconocemos que El está en un nivel superior a nosotros... le decimos Padre en una palabra que utilizamos en la tierra, pero sin que le atribuyamos a El las limitaciones que tienen los padres en la tierra... reconocemos que El está cercano, pero está en el nivel que sólo a Dios le corresponde... reconocemos su inmensidad, su grandeza, su trascendencia.

"Santificado sea tu nombre". En la Biblia nombre equivale a persona, indica la persona misma. En el Antiguo Testamento, "la infidelidad del pueblo de Israel hacía que el nombre de Dios fuera profanado entre los gentiles. Y Dios quiere que su nombre sea reconocido como santo llamando al pueblo a la conversión. Cuando decimos 'Santificado sea tu nombre', pedimos a Dios Padre que su santidad se realice y se difunda en la gran familia de los creyentes, en sus hijos... Que sea santificado el nombre de Dios es pedir: 'Señor, que nuestro comportamiento, nuestra vida, nuestra participación en tu santidad sea tal, que aquellos que vean nuestras buenas obras te glorifiquen a ti que estás en el cielo" .

"Venga a nosotros tu reino". ¿Qué queremos decir con la expresión Reino de Dios? No se limita sólo al señorío que Dios tiene sobre la creación. Dios pide al hombre que colabore con El en el cuidado del mundo y en el proyecto de salvación de todos los hombres. "Nos pide que nosotros cooperemos realizando sus mandatos y haciendo posible el cumplimiento de sus promesas... el hombre una y otra vez rompe ese proyecto de Dios, pero Dios no cesa de acercarse al hombre para hacerle nuevas propuestas y la mejor ha sido el proyecto de su Hijo Jesucristo... nos le envía para que sea el modelo que debemos seguir y para que en El realicemos la nueva y definitiva alian-

za". "Por eso el Reino de Dios comienza cuando Jesús en su predicación dice: 'Ha llegado el Reino de Dios, convertíos y creed en el Evangelio'. El Reino de Dios se hace presente en la persona de Jesús, que se une de tal manera a los hombres que ya nada nos podrá separar de El. Y Jesús nos pide que nosotros seamos fieles a El en la adhesión de la fe, en el cumplimiento del mandato del amor, para que este mundo sea la familia que Dios quiere que sea, hasta que peregrinando lleguemos al cumplimiento del Reino de Dios, cuando Dios lo será todo en todos".

"Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo". "La voluntad de Dios es la paz como símbolo de todos los bienes que Dios quiere ofrecer al hombre, no sólo en la ausencia de guerra sino que todos los hombres vivan de acuerdo con la dignidad de hijos de Dios. Aceptar la voluntad de Dios supone reconocer que Dios quiere nuestro bien y que lo quiere más que nosotros... Quien dice a Dios 'Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo', está diciendo: 'Padre, enséñame a reconocer que tú me quieres más que yo mismo, que tú sabes más que yo mismo y por eso me pongo y me abandono completamente en tus manos'".

"Danos hoy nuestro pan de cada día". "Esta petición contiene una realidad concreta pero, al mismo tiempo, un símbolo. La realidad concreta es que necesitamos el pan, al alimento para subsistir. El pan es el alimento hecho por el hombre para el hombre... es un símbolo que evoca todo aquello que el hombre necesita para vivir con dignidad, con serenidad... la vivienda, el vestido...; es una petición que indica también reconocimiento de total confianza... que no pide acumulación... que nos libra del cálculo humano para precaverse de tal forma que el hombre queda obsesionado por los bienes de la tierra". "Y decimos el pan nuestro, no el pan mío ni el pan para mí, sino el pan de todos y que alcance a todos".

"Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden". "Es una petición para restaurar la relación rota con Dios y con los hermanos. Sólo quien sabe situarse dentro de esa corriente de amor familiar, sabe que es inseparable el amor de Dios del amor de los hermanos, y sabemos que perdonando, amando y sirviendo a los hermanos, Dios se siente tan unido a ellos, que podemos recuperar y restaurar lo que tanto le

debemos. Es una petición que nos permite vivir siempre la posibilidad de reconocer que el perdón de Dios nos hace nacer de nuevo y que el perdón de los hermanos nos permite consolidar la vida de familia reconociendo que muchas veces nosotros fallamos por debilidad" .

Por eso añadimos también esa última petición: "No nos dejes caer en la tentación y líbranos del malo, del maligno". "Esta petición es interesante porque el cristiano, por ser hijo de Dios, podría muchas veces caer en la tentación de pensar que ya lo tiene todo resuelto... Reconocer nuestros límites, nuestra condición de peregrinos, es reconocer que estamos siempre tentados y que incluso podemos tentar a Dios en el camino". "Líbranos de la tentación significa pedir al Señor que nunca las dificultades superen nuestras fuerzas y que nunca nuestra confianza nos ponga delante de El con altanería... Reconocer 'No nos dejes caer en la tentación' es saber depositar también en Dios nuestros miedos... es reconocer que El es más fuerte que la muerte y ha vencido al mal, y que nosotros junto a El, manteniéndonos en humildad y sencillez, podemos seguir los pasos de Jesús".

Mons. Vilaplana termina la charla con este resumen: El "Padre nuestro" es un resumen del Evangelio. Todo lo más importante que Jesucristo nos ha revelado está en él. Dios es Padre, su nombre es santo y estamos llamados a participar en su santidad. Su Reino está presente en medio de nosotros porque El se ha unido a nosotros en una alianza de amor. Su voluntad nos indica que El está a favor nuestro más allá de lo que nosotros mismos podemos comprender. Que El nos proporciona el pan cotidiano y nos enseña a repartirlo con los hermanos y que El ha vencido al pecado y a la muerte. Por eso podemos vivir confiados".

En la segunda catequesis, el 11 de marzo, el Sr. Obispo trata el tema "Dios de misericordia", la entrañable misericordia de nuestro Dios, como encontramos de muy distintas maneras en la Biblia.

"Dios que es nuestro Padre nos trata con entrañas maternales, con entrañas de misericordia... Jesús, en el sermón de la montaña, cuando quiere

resumir de alguna manera lo que es la vida cristiana, nos dice: 'Sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto'; y da otra versión también a esta invitación: 'Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso' ". "Santo Tomás de Aquino dice que es propio de Dios usar misericordia y en esto especialmente se manifiesta su omnipotencia... el poder y la omnipotencia de Dios se manifiesta en su misericordia, porque si es admirable que Dios nos haya creado, cuando rompemos por el pecado lo que Dios ha hecho en nosotros, por su misericordia nos recupera, nos restaura, nos salva de una manera todavía más admirable". "Dios se ha manifestado tan misericordioso con nosotros, que por su perdón y por su misericordia nos hace criaturas nuevas, hombres nuevos. Y por ese amor y por esa misericordia llegó hasta regalarnos a su propio Hijo, que dio su vida por nosotros en la cruz".

Dios es misericordioso, dicen los salmos, el Señor es clemente y misericordioso, lento a la ira, rico en piedad.

Pasa luego Mons. Vilaplana a profundizar en cómo se manifiesta esa misericordia de Dios.

"En primer lugar, Dios mira al corazón y no juzga por las apariencias. Dios es misericordia, porque la mirada de Dios llega a lo profundo de nuestro corazón". Pone el ejemplo de David, el hijo pequeño, elegido entre los hermanos. ¿Por qué nos falta misericordia tantas veces en la sociedad actual? Porque miramos las apariencias y no miramos el corazón... En el corazón de toda persona siempre hay una chispa de bondad, muchas veces cubierta por capas de ceniza que la vida ha ido depositando sobre ese corazón. Pero Dios misericordioso ha sabido soplar esas cenizas y avivar esa chispa". En casa del fariseo, todos ven únicamente el defecto, el pecado en aquella mujer que estaba besando los pies al Maestro, pero Jesús sabe mirar en profundidad y sabe despertar la dignidad de esa persona.

"En segundo lugar, Dios es misericordioso, porque mira a las criaturas como algo suyo, nos mira como sus hijos". En el libro de la Sabiduría se lee: "Tú todo lo perdonas, porque todo es tuyo, Señor, amigo de la vida". Dios actúa con nosotros con misericordia porque nos siente suyos. "De qué distinta manera miramos nosotros a lo que consideramos nuestro que lo que conside-

ramos extraño. Lo extraño es fácil despreciarlo, a lo propio siempre tendemos a curarlo... Dios nos mira como a hijos y quiere enseñarnos a mirar así". El amor entrañable de Dios ha quedado descrito en el capítulo 16 del Profeta Ezequiel, en el que Dios compara al Pueblo de Israel con la niña nacida prematuramente que los beduinos dejaban tirada en medio de la arena, y le dice: ¡Vive! Esta misericordia de Dios ha quedado maravillosamente plasmada en la parábola del Hijo Pródigo, mejor llamada parábola del Padre misericordioso. Porque el verdadero protagonista es el Padre y los dos hijos son los actores que hacen resaltar la misericordia del Padre: el pródigo que salió de casa y volvió hecho una piltrafa y su padre lo hizo revivir, y el hermano mayor que viviendo dentro de casa no había descubierto la misericordia de su padre y le consideraba como una especie de encargado de empresa, no como a su padre. "Que esta experiencia de la misericordia de Dios nos lleve a ser más misericordiosos con nuestros hermanos. Que no sólo sepamos mirar al corazón de todos los hombres, sino sentir a todos los hombres como hermanos nuestros".

Pero la misericordia supone un proceso, un aprendizaje que nos enseña la parábola del buen samaritano. En ella se dan cinco pasos para que nosotros aprendamos a ejercer misericordia. El samaritano "ve" -sabe mirar dónde están los que necesitan de nuestra misericordia-; "se acerca", a diferencia del sacerdote y del levita son muy importantes los procesos de acercamiento, de cercanía-; "venda las heridas -con lo que lleva en el equipaje cura-; "lo toma consigo en su cabalgadura", establece una relación, la cercanía se convierte en familiaridad; y después "deja un dinero y si a vuelta hace falta, más" -pone unos medios que dejan la puerta abierta-, hay generosidad, hay sobreabundancia. Pero en este proceso la clave más importante para actuar con misericordia está en cómo nos formulamos una pregunta; no la que seguramente se hacen el sacerdote y el levita al ver aquel hombre maltrecho: ¿qué me pasará a mí si me acerco a él?, sino la que se hace el samaritano: ¿qué le pasará a él si yo no me acerco? Esta es la clave de la misericordia, saber ponerse siempre en el lugar del otro.

"Que el Señor, Dios de nuestro Padre, termina el Sr. Obispo, que es rico en misericordia, nos haga a nosotros sus hijos parecidos a El".

La última de las conferencias cuaresmales en la S. I. Catedral tuvo lugar el 18 de marzo y en ella el Sr. Obispo abordó el tema de "El Reino de Dios".

"En este año en que hemos reflexionado sobre Dios, Padre misericordioso, no puede faltar una reflexión sobre el Reino de Dios o reinado de Dios". A él alude Jesús al comienzo de su predicación y en el sermón de la montaña, y en el Padre nuestro rezamos "Venga a nosotros tu reino". El Reino de Dios no se confunde con los reinos de este mundo, así se lo dice el Señor a Pilato.

Mons. Vilaplana busca ayudarnos a "introducimos en el misterio del Reino de Dios que Jesús desarrolla en las parábolas y, sobre todo, el Reino de Dios que se hace presente en Jesús mismo, en su persona, en sus palabras y en sus hechos".

Reino de Dios podíamos decir designio de Dios. "Dios es rey porque ha hecho todas las cosas, porque dirige la historia. Pero su Reino significa que es un Dios que ha establecido un diálogo con los hombres para hacer con nosotros una alianza de amor, en la que se ha comprometido a estar cerca del hombre y pide al hombre que esté cerca de El cumpliendo sus mandatos y acogiendo su voluntad".

Jesús, igual que antes Isaías, presenta el Reino de Dios como un gran banquete al que invita a todos los hombres. "Dios ha pensado el mundo como un gran banquete festivo en el que los hombres reconciliados cantan la gloria de Dios". El Sr. Obispo desarrolla la metáfora en torno a tres aspectos. "Si estamos invitados a una mesa Dios nos ha hecho a los hombres con boca para comer, con boca para hablar, con boca para cantar. Boca para comer: Dios ha puesto en el mundo elementos suficientes para que todo hombre pueda disfrutar de los bienes materiales que necesita para vivir. Dios le ha dado al hombre boca para hablar, porque el hombre es también relación, diálogo... y boca para cantar. El hombre es un ser abierto a Dios, abierto a la trascendencia, busca el sentido de la vida". "Pero muchas veces, al mirar nuestro mundo, vemos que no se cumple el designio de Dios... porque mu-

chas veces al hombre le falta pan para comer... el hombre no acierta a relacionarse con su hermano... descuida su dimensión religiosa".

"El plan de Dios es la salvación de todos los hombres y de todo el hombre. Cuando hablamos del Reino de Dios queremos decir que Dios se interesa por todos los hombres, más allá de razas y colores... quiere estar cerca de todos los hombres... quiere que todo el hombre, en su dimensión corporal, humana y espiritual, desarrolle todas las cualidades que tiene". "El cristiano que está invitado a buscar el Reino de Dios y su justicia, tiene que buscar que este mundo, en cada persona y en toda la sociedad, se ajuste progresivamente al plan de Dios, a la voluntad de Dios. Pero reconociendo que esta definitiva transformación del mundo es regalo de Dios y no llegará sino definitivamente cuando Dios lo sea todo en todos. Pero ese Reino ha comenzado ya en su Hijo Jesucristo". Lo dice el Concilio Vaticano II: "Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo". "El Reino de Dios se hace presente en Jesús, porque buscaba la cercanía de los que eran excluidos... se acercaba a los leprosos... llamaba dichosos a los pobres... venía a curar y salvar lo que se consideraba perdido... manifestaba a los hombres la misericordia de Dios y los hacía sentirse amados de Dios". "Todo el hombre en su dimensión física, humana y espiritual interesa a Jesús, porque todo el hombre es criatura de Dios en su cuerpo y en su alma, en su dimensión física y en su dimensión espiritual" .

"Jesús hace presente el Reino de Dios en humildad y en pequeñez". Le compara con la semilla pequeña llamada a ser un gran árbol, y con la levadura que transforma la masa. "El Reino de Dios transforma la realidad desde dentro, pidiendo la colaboración del hombre, pero haciendo descubrir que la mano de Dios dirige los acontecimientos progresivamente, sencillamente, con unos valores y con una fuerza, que es, sobre todo, la fuerza del amor, porque Dios es amor.;. unas de las expresiones más hermosas con que podemos descubrir el Reino de Dios, es que Dios desea la comunión de todos los hombres entre sí y con El por la fuerza del amor... Cuando decimos: 'Señor, venga tu Reino', estamos pidiendo vemos todos los hombres unidos en comunión entre todos y con Dios... Cuando Jesús nos dice: 'Buscad el Reino de Dios y su justicia', busquemos que todos los hombres se unan a Dios y se

unan auténticamente entre sí aprendiendo a compartir lo que tienen y lo que son... Por eso, cuando el Reino de Dios se va haciendo presente entre nosotros, podemos descubrir que los cristianos estamos llamados a transformar el mundo" .

"Sabemos que el Reino de Dios vive como en tensión, ha comenzado ya, pero se cumplirá al final de los tiempos... Es importante que nunca demos a la expresión Reino de Dios el sentido de que es como un concepto, el sentido de una doctrina o de un programa... Ante todo el Reino de Dios es una persona que tiene rostro y tiene nombre, Jesús de Nazaret, que es la imagen de Dios invisible... Jesús anunciaba el Reino de Dios, pero lo hacía presente sobre todo en su persona... Cuando curaba a los enfermos, cuando nos enseñaba a amar y a seguirle, estaba haciendo germinar en nosotros la semilla del Reino" .

Sigue el Sr. Obispo diciendo que "el grupo de los discípulos de Jesús, la Iglesia, estamos llamados a servir y a desarrollar ese Reino". Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Missio* no dice cómo podemos hacerlo. "La Iglesia sirve al Reino de Dios siempre que invita a la conversión, siempre que invita a que las personas cambiemos nuestros esquemas tantas veces marcados por el egoísmo y nos introduzcamos realmente en la voluntad y en los planes del Señor... la acogida del Reino de Dios se manifiesta, sobre todo, en la conversión". "En segundo lugar, servimos al Reino de Dios, cuando intentamos vivir nuestra dimensión comunitaria de la fe, cuando hacemos Iglesia, cuando tomamos conciencia de que la Iglesia es germen del Reino de Dios en medio del mundo... Siempre que procuramos ser comunidad cristiana, siempre que procuramos compartir con los demás no sólo los bienes sino también un diálogo sincero, cuando intentamos, sobre todo, alentar la fe de los demás, estamos sirviendo al Reino".

Termina Mons. Vilaplana aludiendo al ejemplo que puso al principio. El hombre tiene boca para comer, boca para hablar, boca para cantar. "El cristiano sirve al Reino de Dios cuando busca la promoción de estos tres aspectos fundamentales del hombre" .

Al término de cada catequesis, se creó un clima de oración, a la vez que por el templo se distribuían confesores para quien deseara reconciliarse con Dios mediante el sacramento de la Penitencia.

El Sr. Obispo habló de estos mismos temas, a las cinco de la tarde, en el arciprestazgo de Campoo. El domingo II de Cuaresma, día 28 de febrero, en la iglesia parroquial de Reinoso; el domingo IV, día 14 de marzo, en la capilla de Ntra. Sra. del Carmen de Mataporquera; y el domingo V, día 21 de marzo, en la iglesia parroquial de Orzales. Asimismo el domingo III, día 7 de marzo, habló en la ermita de Ntra. Sra. de las Nieves (Campoo de Suso), a la misma hora, sobre "El nombre de Dios". Al final de cada conferencia tuvo lugar el rezo de Vísperas.

CONFERENCIAS CUARESMALES DEL SR. OBISPO

Ante un gran número de fieles, entre los que se encontraban miembros del Cabildo, el Sr. Obispo, Mons. José Vilaplana, inició el pasado 8 de marzo, en la S. I. Catedral, las tradicionales catequesis cuaresmales, que *este* año versaron sobre la Carta Apostólica de Juan Pablo II "Novo Millennio Ineunte".

En esta primera charla el Sr. Obispo resume la introducción y el primer capítulo de la Carta en estas tres ideas:

+ "Duc in altum", rema mar adentro, sea cual sea tu situación, tu cansancio; el Señor te dice: "Echa de nuevo las redes".

+ Demos gracias a Dios porque el "Hoy" de Jesucristo se cumple entre nosotros; en la experiencia jubilar el encuentro con Cristo se ha renovado.

+ "Es importante que lo que nos proponemos, con la ayuda de Dios, esté fundado en la contemplación y en la oración. El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del 'hacer por hacer'. Tenemos que resistir a esta tentación, buscando 'ser' antes que 'hacer'".

En la segunda catequesis, el 15 de marzo, Mons. Vilaplana comenta el segundo capítulo de la Carta: "Un rostro para contemplar".

Santa Teresa de Jesús, cuando invitaba a las Hermanas a renovar su vida, a mantener su fidelidad, utilizaba esta expresión: "Los ojos en Cristo".

"Queremos ver a Jesús" (Jn 12, 21). Esta es la expresión que el Papa recoge para iniciar este capítulo. "Como aquellos peregrinos .:le hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo 'hablar' de Cristo, sino en cierto modo hacérselo 'ver', dice Juan Pablo II. Que Jesús se refleje en nuestra vida. Pero "nuestro testimonio sería enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los prime-

ros contempladores de su rostro". ¿Cómo lo verán reflejado en nosotros, si nosotros no contemplamos su rostro?

Y el Papa nos ofrece tres maneras para adentrarnos en la contemplación del rostro del Señor: contemplando a Cristo en la Escritura, especialmente en los Evangelios; contemplando el rostro de Cristo con mirada de fe; y profundizando en su misterio de verdadero Dios y verdadero hombre.

"La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que dice de El la Sagrada Escritura... hasta el punto que San Jerónimo afirma con vigor: 'Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo'". "De los evangelios emerge el rostro del Nazareno con un fundamento histórico seguro".

Los apóstoles para creer necesitaron la luz de la fe, porque sólo esta luz es la que nos permite adentrarnos en el misterio del rostro de Cristo. "A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la escena de Cesarea de Filipo" (Cf. Mt 16, 13-20). A la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia. "Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollar el conocimiento más auténtico, fiel y coherente de aquel misterio...". Esta mirada de la fe hay que cultivada con una oración intensa, con momentos de silencio...

Ha habido épocas en la Iglesia en que se ha desarrollado mucho la divinidad de Jesucristo, pero se ha olvidado su humanidad; hay otras épocas, quizás ésta es la nuestra, en que se subraya mucho la humanidad de Cristo, pero se olvida esa naturaleza divina de la misma persona de Cristo, y que sólo la mirada de fe nos puede descubrir. Jesús una única persona, pero con dos naturalezas: divina y humana. Jesús tan Dios como el Padre y tan hombre como nosotros. Ese es el misterio que la Iglesia ha proclamado siempre: Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. El contemplar este misterio nos permite tener una visión profunda de la gran dignidad y vocación del hombre, que está llamado a participar de la vida de Dios, a ser hijo de Dios.

Finalmente el Papa nos dice que cuando contemplemos a Cristo, contemplemos el rostro del Hijo, contemplemos el rostro doliente, contemplemos el

rostro del resucitado. Nunca podemos olvidar ese rostro doliente, especialmente para hacer la lectura de nuestros propios sufrimientos, pero nunca podemos dejar de mirarlo y contemplarlo como el resucitado, que ha vencido a la muerte y está en medio de nosotros comunicándonos su vida.

En la tercera catequesis, el 22 de marzo, el Sr. Obispo se centró en el tercer capítulo de la Carta: "Comunicar desde Cristo" .

El texto evangélico inspirador del capítulo es éste: "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". D. José lee el final del evangelio de San Mateo, 28, 16-20: "Los once discípulos fueron a Galilea... Jesús se dirigió a ellos con estas palabras... Poneos en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizados... Yo estoy con vosotros...", y continúa diciendo que aquí termina el evangelio y comienza nuestra misión. ¡Qué misión tan extraordinaria y qué debilidad tan grande la nuestra! ¿Cómo encontrar confianza para asumir esa tarea? Precisamente en la afirmación de Jesús: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Sólo desde la convicción de la presencia de Jesús resucitado en medio de nosotros, los cristianos debemos afrontar con esperanza el futuro y podemos renovarnos de las debilidades y de las dificultades del presente. Esta es la única fuerza que sostiene a la Iglesia, es la única fuente capaz de renovar nuestras energías.

¿Cuál debe ser el programa de la Iglesia para este nuevo milenio? "El programa, dice el Papa, ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz" .

¿Qué podrá aportar yo como cristiano a este nuevo milenio?, pregunta D. José. Ser un signo en medio de este mundo que señale a Cristo. Fundar nuestra vida cristiana en Cristo.

Ahora bien, todo ello tiene para nosotros unas exigencias que el Papa concreta así: En primer lugar la santidad. Descubrir la vocación universal a la santidad de todos los cristianos es el primer objetivo pastoral que debe seguir la Iglesia en este momento. "Preguntara un catecúmeno, ¿quieres recibir el bautismo?; significa al mismo tiempo preguntarle ¿quieres ser santo? La santidad la hemos de vivir en la vida cotidiana encontrando cada uno el camino y la vocación a la que Dios nos ha llamado.

Pero no hay posibilidad de avanzar en la santidad si no nos adentramos en el arte de la oración. La oración es la respiración del alma cristiana, pero hemos de aprender a orar, haciendo que en nuestra oración se desarrolle un auténtico diálogo con Cristo que nos convierta en sus íntimos. La oración nos tiene que hacer confidentes de Cristo, tiene que crear entre nosotros y Cristo una relación recíproca que es el fundamento y el alma de toda vida cristiana y la condición para una vida auténtica de testimonio cristiano. Sin esta interrelación con Cristo, diría que es prácticamente imposible avanzar en la vocación a la santidad.

El Papa nos invita a hacer de nuestras comunidades cristianas "auténticas escuelas de oración, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el arrebató del corazón".

Yo muchas veces comparo, dice D. José, la experiencia de oración con la experiencia de relación que tenemos en la vida cotidiana. La fórmula que se repite, el diálogo cotidiano, el diálogo profundo, el encuentro familiar festivo, el silencio contemplativo, todo forma parte de una comunicación entre las personas. Pues bien, todo esto debe formar parte de nuestra relación con Dios: las pequeñas jaculatorias... esos momentos de oración en que damos gracias, suplicamos... los momentos de oración intensa en que escuchamos la Palabra de Dios, para preguntar: ¿Señor, qué quiere de mí?... esos momentos de oración más intensa en que dejamos que la Palabra de Dios vaya impregnando nuestro corazón... esos momentos de oración compartida con los hermanos en torno a la mesa de la Eucaristía... esa oración silenciosa y contemplativa de adoración...

El Papa después insiste en la Eucaristía dominical, vivida como una auténtica necesidad de encontrarnos con el Resucitado, y en el sacramento de la Reconciliación. Y termina el capítulo con una referencia a la Palabra de Dios; nos dice: "Alimentarnos de la Palabra para ser 'servidores de la Palabra' en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del tercer milenio".

Cuánto bien hacen las personas que meditan el Evangelio y ayudan a los demás a descubrirlo. Entraremos en el nuevo milenio como testigos del Señor si hemos sabido asimilar su Palabra y la sabemos comunicar con sencillez y convicción.

En la cuarta charla, el 29 de marzo, el Sr. Obispo comenta el último capítulo de la Carta "Testigos del amor", que comienza con este texto bíblico: "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13, 35).

En la última Cena el Señor insiste: "Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros". En ese amor el mundo verá un signo, el signo de que somos los discípulos de Jesús. Así ocurrió en las primeras comunidades.

El Papa dice esta expresión tan clara y precisa: "Muchas cosas serán necesarias para el camino histórico de la Iglesia también en este nuevo siglo pero si falta la caridad, todo sería inútil".

En esta última catequesis, preguntémonos cómo andamos de amor a los demás, cómo nos sentimos realmente unidos a pesar de las diferencias que hay siempre dentro de la comunidad cristiana y de toda comunidad humana.

Y el Papa nos introduce en la contemplación de dos realidades: el amor dentro de la comunidad cristiana y el amor que fluye hacia fuera, hacia aquellos que están más necesitados.

El amor dentro de la comunidad cristiana: El Concilio Vaticano II subrayó mucho la palabra "comunión", entendida no sólo como la recepción del Cuerpo del Señor en la Eucaristía, sino también como la unión que, brotando del amor de Dios, hace que todos nosotros compartamos una misma vida y que expresemos en nuestra vida cotidiana ese mismo amor de Dios sembrado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Juan Pablo II nos dice: "Hay que hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión... hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano".

Desde el Concilio Vaticano II hasta aquí, se han puesto en marcha muchos instrumentos para favorecer la comunión en la Iglesia: los Sínodos, los Consejos pastorales..., pero si falta una auténtica espiritualidad de comunión, estos instrumentos" se convertirán en medios sin alma, en máscaras de comunión".

La espiritualidad de la comunión, dice el Papa, tiene estos cuatro rasgos:

* "Espiritualidad de la comunión significa, ante todo, una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado".

* Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico, y por tanto, como 'uno que me pertenece', para saber compartir sus alegrías y sufrimientos...".

* "Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un 'don para mí', además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente".

* "En fin, espiritualidad de la comunión es saber 'dar espacio' al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros y rechazando las tentaciones egoístas...".

Sin esta espiritualidad de la comunión no podemos crecer como una Igle-

sia unida y una Iglesia unida es una Iglesia que podrá evangelizar y es un signo de amor.

Este capítulo nos lleva a descubrir a cada uno nuestra propia vocación y a saber desarrollarla en favor de nuestros hermanos. El Concilio insistirá mucho en esto hablando de la tarea pastoral de los sacerdotes: "Una de las tareas pastorales más importantes del sacerdote es descubrir los carismas que Dios ha repartido en la comunidad, ayudarles a crecer y a madurar, y al mismo tiempo hacer que repercutirá para el bien común". Descubramos los dones que Dios nos ha dado... pongámonos con generosidad al servicio de los demás y dejémonos enriquecer por los dones que nuestros hermanos han recibido. Así es como una comunidad puede crecer con un solo corazón y una sola alma...

El Papa hace un llamamiento también a que vivamos esto en relación con nuestros hermanos separados: las Iglesias orientales, las Iglesias de tradición anglicana y luterana... que sigamos orando y trabajando por el ecumenismo.

Si contemplamos el rostro de Cristo y vivimos con fuerza la comunión dentro de la Iglesia, esta contemplación del misterio de Cristo y esta vivencia eclesial fuerte nos empujará a vivir la caridad como un servicio universal proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto en cada ser humano. El Papa dice: "El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: 'He tenido hambre y me habéis dado de comer' (Mt 25, 35-36)... Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de Cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia".

En nuestra vida los pobres han de tener un lugar preferencial, si queremos que Cristo ocupe el lugar que le corresponde en nuestro corazón. En nuestro mundo hay nuevas formas de pobreza. Junto a las personas que carecen de recursos materiales, están los que viven el drama de la droga, los

que viven el abandono y la soledad en la ancianidad, los que viven cualquier tipo de marginación o menosprecio.

El Papa hace un doble llamamiento a estos problemas: "Es la hora de una nueva 'imaginación de la caridad', que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno".

Y después añade: "Tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa";

Y termina así: "La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras". Si la primera caridad que hemos de hacer a cualquier hermano es ofrecerle el Evangelio, el Evangelio será creíble para él cuando lo vea acompañado por las obras de caridad.

**EN LA ENTREGA DE LA MEDALLA DE ORO
DEL PARLAMENTO DE CANTABRIA
A LA DIÓCESIS**

Excmo. Sr. Presidente del Parlamento de Cantabria, Excmo. Sr. Delegado del Gobierno,

Excmo. Sr. Alcalde de Santander,

Excma. Sra. Vicepresidenta del Gobierno de Cantabria, Excelentísimas e ilustrísimas autoridades,

Señoras y señores:

La gratitud es uno de los sentimientos más nobles y hermosos que pueden brotar del corazón humano.

Esta tarde, me cabe el honor de expresar, en nombre de la Diócesis de Santander mi sincera gratitud por la extraordinaria distinción que el Parlamento de Cantabria, por unanimidad, le concede con motivo de los 250 años de su creación.

Deseo felicitar, en este momento al Hospital Universitario Marqués de Valdecilla, tan querido por nosotros, con quienes compartimos esta concesión de la medalla de oro del Parlamento de Cantabria.

La Diócesis de Santander, a la que represento, es una comunidad de fieles cristianos e instituciones que incluye, desde la persona que con cariño barre la más pequeña de nuestras numerosas iglesias hasta la que, con diligencia, guarda los documentos en nuestros archivos; desde los sencillos y entregados catequistas hasta los que atienden con dedicación y ternura a los pobres y necesitados; desde los que oran en el silencio de los monasterios hasta los cristianos comprometidos que trabajan, junto con otras personas de buena voluntad, en la construcción de un mundo más justo y más humano; desde los sacerdotes que sirven a nuestras más de seiscientas parroquias hasta los religiosos y religiosas que están presentes en el campo de la educación, la salud y la ancianidad. A todos ellos va dedicado este reconocimiento y en nombre de todos ellos les doy mis más efusivas gracias.

Pero además de todos los que en el presente formamos esta Diócesis, re-

conozco que la entrega de la medalla del Parlamento de Cantabria, quiere recordar a todos los que han trabajado en la Diócesis en el pasado desde su creación en 1754, cuyas obras e iniciativas, trabajos y proyectos nos han dejado una herencia preciosa de *fe*, cultura y solidaridad.

Muchas gracias, señor Presidente del Parlamento y señores parlamentarios de Cantabria, por esta distinción que nos entregan. No les quepa la menor duda de que es para nosotros no sólo una satisfacción, sino también un estímulo para continuar sirviendo a nuestro pueblo con entrega y generosidad. Aunque nos encontramos en una etapa nueva de la historia, en la que tenemos que aprender a vivir con otras claves culturales y sociales, desde nuestra identidad, confío que sabremos seguir dando esos frutos que ustedes han valorado en sus intervenciones, bebiendo el agua siempre fresca que brota del Evangelio de Jesucristo que es el fundamento de nuestra Iglesia Diocesana.

Los mejores frutos que ha producido y produce esta Diócesis pienso que no han quedado sólo entre nosotros. De nuestra Iglesia Diocesana han salido numerosos misioneros -unos doscientos en la actualidad- que, junto con el mensaje del Evangelio y su servicio, muchas veces heroico, llevan el nombre de Cantabria por todo el mundo, como embajadores del amor. Su recuerdo en este acto me parece del todo justo.

Esta solemne celebración del vigésimo tercer aniversario de nuestro Estatuto de Autonomía pone de manifiesto que la buena relación entre las instituciones, ayuda al crecimiento armónico de la sociedad. Una diócesis es siempre la Iglesia en un lugar concreto. En nombre de esta Iglesia que vive y sirve en Cantabria, ofreciendo una colaboración leal y generosa, quiero decirles a todos, ¡muchas gracias!

EN LA ENTREGA DE LA MEDALLA DE ORO
DE LA CIUDAD DE SANTANDER
AL OBISPADO DE SANTANDER,

19 de diciembre de 2005

Excelentísimo Sr. Alcalde y Corporación Municipal de Santander.
Excelentísimo Sr. Presidente del Gobierno de Cantabria.
Excelentísimos Sres. Presidentes del Parlamento y Delegado del Gobierno.
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades.
Señoras y Señores, Amigos todos:

Constituye para mí un gran honor haber recibido en nombre del Obispado de Santander la Medalla de Oro de la Ciudad, que me ha entregado el Sr. Alcalde, D. Gonzalo Piñeiro; muchas gracias, Sr. Alcalde.

Deseo expresar, en nombre propio y en el de todas las personas del Obispado, mi sincero agradecimiento por esta extraordinaria distinción otorgada en la celebración de los 250 años, tanto de la concesión del Título de Ciudad, como de la Creación del Obispado o Diócesis de Santander.

Los habitantes de este lugar comenzaron a sentir juntamente que su villa era ciudad, con lo que esto comportó para su desarrollo material y social y que su antigua Colegiata se convertía en Catedral para su crecimiento espiritual y mejor atención pastoral.

El Ayuntamiento de la ciudad y el Obispado, con la identidad propia de cada una de las Instituciones, han compartido 250 años de historia haciendo juntos camino, hasta llegar a este momento. El nombre de la misma ciudad y su escudo, son un signo de esta simbiosis con su referencia a los Santos Mártires.

Aunque es difícil enjuiciar un período largo de historia, creo que podemos decir que ambas instituciones se han acompañado y han colaborado para bien de los ciudadanos.

Al recibir esta Medalla de Oro, deseo subrayar dos aspectos que me complacen particularmente: que ha sido otorgada por unanimidad de todos los Grupos políticos, que componen la Corporación, representan a toda la

ciudadanía con sus legítimas diferencias y sirven al bien común. Muchas gracias a todos.

En segundo lugar, que la medalla se otorga al Obispado en el que se incluyen personas de toda edad y condición social; muchos de ellos fieles anónimos que constituyen ese tesoro magnífico de héroes del día a día, que tratan de vivir el Evangelio de Cristo en una actitud generosa de servicio a todos los hombres y mujeres, sus hermanos, especialmente los más débiles y los más pobres.

Además de expresar gratitud y satisfacción, acogemos esta distinción como un estímulo para seguir trabajando con ilusión y esperanza, estrechando los lazos de colaboración desde el respeto y la autonomía de las distintas entidades que formamos en la trama social.

Al visitar la espléndida exposición titulada, "Santander en el Tiempo", observé que, en las distintas maquetas que daban a conocer la evolución de la ciudad, nuestra sobria catedral permanecía como un faro en medio de ella. Deseo que nuestra Iglesia siga prestando a la ciudad y a toda Cantabria la Luz de Jesucristo y de su Evangelio. La Iglesia no es propietaria de esta Luz, es sólo su servidora. Y eso quiere ser, para contribuir a la edificación de una ciudad digna del hombre con alma y llena de sentido.

Hace cuarenta años, por estas fechas, se concluía el Concilio Vaticano II y en la Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Actual se afirmaba: "El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón".

En este solemne acto, hago mías totalmente estas palabras, que se han ido cumpliendo, y espero que se cumplan cada vez mejor en el servicio que el Obispado quiere ofrecer a esta querida ciudad de Santander. Así lo hemos experimentado en ocasiones graves, en que hemos llorado juntos, por ejemplo, cuando el terrorismo ha herido a Santander, y también hemos gozado juntos, cuando hemos compartido momentos de satisfacción viendo mejorada y embellecida esta privilegiada ciudad.

Nuestro compromiso de seguir estando presentes en el mundo de los discapacitados, en el apoyo a las familias, en el acompañamiento de los ma-

yores, en la educación de los jóvenes, en la acogida a los inmigrantes y en el servicio a los más pobres, recibe un empuje por vuestro reconocimiento y colaboración, pues como dice también el Concilio “de la misma manera que interesa al mundo reconocer a la Iglesia como realidad social y fermento de la historia, también la propia Iglesia sabe cuánto ha recibido de la historia y la evolución de la humanidad, y lo agradecemos sinceramente”.

En el contexto de la Navidad, tan próxima, permitidme todavía una evocación para terminar estas palabras de gratitud. Hace unos días contemplaba, de nuevo, la reproducción de un cuadro de Van Gogh poco conocido: “Ramas de Almendro en flor”. Lo pintó con motivo del nacimiento de un hijo de su hermano Teo, a quien tanto quería. Van Gogh, ya muy deteriorado, se sintió contento y quiso hacerle un cuadro a su sobrino. Decía en una carta: “me he puesto enseguida a hacer un cuadro para él, una tela para colgar en su dormitorio, unas gruesas ramas de almendro blanco sobre un fondo de cielo azul”.

Desde su situación crítica (esto sucedía sólo un año antes de su muerte), sigue el artista escribiendo sobre esta obra: “Es quizá la que más pacientemente y mejor he hecho; pintada con calma y un toque de mayor seguridad”.

Sr. Alcalde y Corporación de Santander, amigos todos, sobre las gruesas y rugosas ramas de nuestra historia, seguirán floreciendo, sorprendentemente, nuevas y hermosas realidades como en el almendro. Así lo esperamos. Muchas Gracias.

RETIROS

RETIRO ESPIRITUAL

21 octubre 1991

SOMOS HOMBRES DE DIOS

Monseñor Vilaplana comienza el retiro meditando sobre la frase de San Agustín: "Con vosotros soy cristiano, para vosotros Obispo o sacerdote".

"Creo que en los momentos de retiro es importante recuperar lo que somos para los demás: somos cristianos, somos discípulos. Por eso conviene cimentar bien lo que somos, para que podamos actuar bien para los demás".

"En esta primera meditación vamos a hablar de nosotros como hombres de Dios. Dios es el Señor. Vamos a pensar y revisar si, en efecto, Dios es mi Señor. Es decir: si toda mi vida está orientada, inspirada e impregnada por esa presencia de Dios".

D. José define al hombre de Dios como aquel "que ha sido tomado por Dios y se ha dejado tomar por El". Hombre de Dios, sobre todo, significa ser hombre de Fe.

Hombre de Fe es un hombre apoyado, confiado en Dios. Un apoyo que se actualiza a través de una obediencia, llamada escucha. "En hebreo, para decir obedecer emplean la palabra escuchar". Escuchar la palabra de Dios significa acogerla con corazón abierto, tratar de dejarse orientar por ella, cumplida, guardada.

Entrar en el misterio de Dios, dice Fray Luis de León, "es como adentrarse en el océano: cuanto más se entra, más grande se le ve". Por eso, la búsqueda, la escucha de Dios tiene que ser constante.

"En este retiro, procuremos adentrarnos un poco en el misterio de Dios. Redescubramos cada una de las palabras que nos ha transmitido Jesucristo en el Evangelio. Os invito a meditar el Padrenuestro, o la primera expresión

de nuestra fe: Creo en Dios, Padre Todopoderoso".

"Nuestro gran servicio en esta sociedad es precisamente decir: hay un Dios que es Padre. De esta afirmación brota una experiencia de fraternidad que puede hacer de la sociedad una familia. Hay Dios, que es Hijo; hay Dios, que es Espíritu Santo".

A continuación, don José expone unas cuantas afirmaciones de la Biblia acerca de Dios, para apoyar esa afirmación de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo:

- Dios es el Dios de las personas, no de los lugares: Dios acompaña al hombre y entra en relación con él.

- Dios se revela como el Dios con nombre. Es un Dios vivo, con el que me puedo relacionar.

- Dios es el Dios de la promesa.

- Pero, sobre todo, este Dios se nos revela como Padre: ABBA, en Jesucristo.

Descubrir a Dios como Padre "indica una relación tan original, tan nueva, que escandaliza". Es un atrevimiento esta posibilidad que nos descubre lo más profundo de nuestro ser: que Dios nos quiere, nos ama y nos hace hijos suyos.

Esto debe llevar al cristiano a que despierte en él la "dinámica de la desmedida": qué puedo hacer por ti, puesto que Tú lo has hecho todo por mí.

"Queridos hermanos: En este rato de retiro yo os invitaría a disfrutar, contentarse, alegrarse y trabajar lo más profundo de nuestro ser.

Disfrutemos meditando la palabra Padre Nuestro. Retirarse no es sólo para saber qué vamos a hacer mañana, sino para hacer que nuestro cimiento y apoyo en Dios sea tan fuerte que experimentemos esa confianza ilimitada desde la cual podemos abordado todo".

"SOMOS DISCIPULOS DEL HIJO"

Jesucristo se define como el camino que conduce al Padre. Por eso, para poder adentrarse y descubrir el rostro de Dios es necesario hacer ese camino, que es Cristo, que nos lleva hasta el Padre.

El discípulo es aquel que se interesa por la persona del maestro, su forma de vida. En la época de Jesús, los discípulos tenían verdadera obsesión por conocer hasta los detalles más íntimos de la vida de sus maestros, hasta el punto de que convivían con ellos, para así adquirir sus enseñanzas y sabiduría.

Jesús elige a los doce y les manda a enseñar: porque el cristianismo no va a ser sólo una enseñanza, sino una forma de vida.

En esta segunda meditación, don José se centra en el pasaje de Marcos 9, 30-37: si nos adentramos en ese grupo que camina hacia Jerusalén vemos que mientras Cristo va hablando de su entrega y de su vida, los discípulos hablan de quién de ellos ocupará el lugar privilegiado junto al maestro. Hay un bloqueo, roto por Jesús que se adelanta a lo que ellos piensan y les responde.

Estos bloqueos también se dan en nuestra vida con frecuencia. Los bloqueos que vemos en los discípulos los sufrimos también nosotros:

1. Ellos no se atreven a preguntar: preguntar supone querer aprender, querer escuchar, que en hebreo significa obedecer.

Qué preguntamos nosotros a Cristo: ¿nos atrevemos a formular esa pregunta que aparece a lo largo de la Sagrada Escritura en los hombres de Dios: qué quieres de mí?

2. No contestan: sus intereses no coinciden con los del maestro. Y los nuestros, ¿coinciden? Muchas veces por nuestra conversación nos denunciamos nosotros mismos: a veces nos sentimos avergonzados, porque constatamos que continuamos dando vueltas sobre nosotros mismos.

Respondamos con sinceridad ante el Señor, en este retiro, cómo muchas veces nos quedamos en lo superficial y frívolo, sin entrar en cuestiones de fondo, en las que nos está educando el Señor.

Jesús rompe los bloqueos con un signo: coge a un niño y lo coloca en medio. Trata de cambiar la mirada de los apóstoles: que no se miren como enemigos, que miren al niño, que necesita de los demás para crecer y vivir, y que comprendan que ellos también se necesitan los unos a los otros. Todo lo que somos y tenemos es un don gratuito de Dios. Jesús nos intenta ayudar a ser humildes.

Unida a la humildad aparece la generosidad: yo necesito a los demás, pero ellos me necesitan a mí. Aparece la fraternidad: cómo puedes pedir a Dios, si no puedes compartir con él hermano.

El primer paso del cristiano es recibir y acoger lo que Dios ha hecho por nosotros.

Meditemos en este proceso de discipulado para entrar en la vida de Cristo: dar la buena noticia, en ese estilo evangélico del que por ir acompañando a Cristo acaba teniendo impresas en su vida las marcas de Cristo, como dice el apóstol.

"SOMOS HERMANOS DE TODOS"

Abrir las puertas de nuestro corazón a Dios supone abrirlas a nuestros hermanos. Hay, de hecho, una pregunta que traspasa toda la Sagrada Escritura: ¿dónde está tu hermano? ¿qué sabes de él?

Pensemos en la fraternidad, sin confundirla con la amistad ni con la colaboración ni cooperación.

La fraternidad, dice D. José en la tercera meditación, se caracteriza porque al hermano no se le elige; en la fraternidad, entre los hermanos de carne y hueso, lo fundamental, lo que les une, es que los padres les han dado la vida, el mismo techo... En el sacerdocio, a nosotros, lo que nos hace hermanos es Dios Padre que nos ha dado la vida, Cristo que nos ha rescatado con su sangre.

Recuerda siempre que en cualquier sitio donde estés, ese es tu prójimo, a

quien tienes que amar. Porque Cristo no nos ha enseñado a amar a la humanidad en abstracto, sino a amar al prójimo. Y es que de un hermano no se puede prescindir en ningún momento.

Esta realidad de la fraternidad es tan noble que sólo puede ser construida con materiales nobles: sinceridad, apertura, comunicación...

Sabe ser hermano aquel que toma en serio al otro. Esto es, aceptarlo como es, ayudarlo para que despliegue todo lo que debe y puede ser. En este sentido, la experiencia del perdón es muy importante.

Ser hermano, acoger como hermano, cuando las cosas no van bien, es una experiencia de las más renovadoras que puede tener la humanidad, y es una expresión original que podemos ofrecer los cristianos a este mundo.

Como compensación a vivir esta etapa seriamente, tenemos una de las alegrías más grandes que pueda tener el hombre: encontramos hermanos por todas partes.

Para la vivencia de la fraternidad es muy importante tener también la sensibilidad de lo gratuito: a un hermano no se le puede dar sólo lo que necesita. Es importante cultivar esta sensibilidad de la fraternidad en nuestra relación personal, tanto de sacerdotes como de fieles, tratando de adivinar lo que el otro necesita: una visita, un gesto, una llamada... algo más allá de lo estrictamente material...

Planteémonos esta pregunta seriamente; si llamo Padre a Dios no puedo prescindir de nadie. Y la pregunta incisiva de Dios es: ¿qué sabes de tu hermano?

El fracaso es no responder a Dios. El acierto es hacer como Jesús: no se avergonzó de llamarnos hermanos, y se acercó a nosotros para soportar nuestras cargas.

Que él, Sumo Sacerdote, hermano de todos, nos enseñe a avanzar por este camino de la fraternidad.

RETIRO ESPIRITUAL DE CUARESMA

22 febrero 1993

D. José inició la primera meditación basándose en la lectura del profeta Jeremías leída al comienzo, en el rezo de la Hora Intermedia, cuando Dios dice a su pueblo: "recuerdo tu cariño de joven, cuando me seguías por el desierto, por tierra yerma".

"Es importante que nosotros -dijo el Sr. Obispo- al inicio de este tiempo de Cuaresma, que es una invitación a recorrer de nuevo esta travesía del desierto para renovar el compromiso bautismal, nos preguntemos si decimos que Jesús es el Señor, y si al mismo tiempo reconocemos que es "mi Señor".

D. José recordó el documento escrito por los Obispos en la reciente Plenaria de la Conferencia Episcopal, sobre el terna de Europa, en el cual han descrito los rasgos religiosos de la Europa en la que nos ha tocado vivir. "Hablamos de secularización y descristianización crecientes... que debemos interpretar adecuadamente con sus consecuencias, que afectan sobre todo a la privatización de la fe y a una disminución del sentido de la pertenencia eclesial". "La llamada a la conversión, nosotros, los sacerdotes, la debemos percibir en la clave de la evangelización de esta sociedad y de este mundo. No podemos convertirnos sin reconvertir de alguna manera nuestro ministerio; no podemos ser santos al margen de nuestro ministerio sacerdotal".

"Creo que convertimos al Dios vivo, preguntamos dónde está el Señor y cómo podemos ofrecer al Señor a este hombre de hoy, es la tarea primordial que una invitación a la conversión nos propone".

El Sr. Obispo animó a los sacerdotes a hacer posible en su vida personal la palabra que inspira toda acción misionera, y que así la formuló el Sínodo especial sobre Europa: "Dios te ama, Cristo ha venido por ti". A partir de esta frase, D. José plantea la siguiente pregunta: ¿a quién hemos dicho este sencillo mensaje? Y propone este objetivo como preferente en la misión sacerdotal: acercar a los hombres, a personas concretas y de manera concreta, esta palabra: "Dios te ama, Cristo ha venido por ti".

Esto conlleva preguntarse, dentro del contexto de la conversión, sobre qué pedagogía cristiana estamos llevando adelante en nuestra vida cotidiana. "¿Qué estoy haciendo, es la pregunta de esta meditación, para que el Evangelio, la buena noticia, 'Dios te ama, Cristo ha venido por ti', llegue al corazón de nuevas personas, o al corazón de personas que prácticamente han olvidado ya esa buena noticia?". "Esto hace que cada uno de nosotros procure que su vida tenga una gran calidad testimonial.

"Convertirnos será disponer nuestra vida de tal forma que se cargue del valor y del apoyo que sólo de Dios puede uno recibir. Iniciar una Cuaresma dejándonos invitar por esa propuesta de Jesús, "convertíos y creed en el Evangelio", es apoyar nuestra vida en el único que puede proporcionarnos el apoyo".

"En esta meditación, os invito a que terminemos pensando en personas concretas a las que les podemos proponer el Evangelio y acompañar en su educación cristiana, porque, como dice Juan Pablo II en "Pastores dabo vobis", "conocer en profundidad el alma humana, intuir dificultades y problemas, facilitar el encuentro y el diálogo, obtener la confianza y la colaboración, expresar juicios serenos y objetivos en esa relación humana, es tarea del sacerdote que, a ejemplo de Jesús, ha de ser aquél que conozca lo que hay en el interior de cada hombre". Además, "el ministerio del sacerdote consiste en anunciar la Palabra, celebrar el sacramento, guiar en la caridad a la comunidad cristiana, personificando a Cristo, y en su nombre. Pero todo esto dirigiéndose siempre y sólo a hombres concretos".

En la segunda meditación de la mañana, Monseñor Vilaplana plantea descubrir qué es evangelizar, cómo evangelizar, como primer punto; cuál es la espiritualidad del evangelizador, como segundo punto; y los medios para ir adquiriendo esa calidad de vida cristiana en nuestra propia vida sacerdotal, como tercer punto, utilizando como frase para reflexionar esta de S. Pablo: "Hijos míos, otra vez me causáis dolores de parto, hasta que Cristo tome forma en vosotros".

Dando respuesta a la primera pregunta, dice que evangelizar "es el anuncio explícito del Evangelio, para que sea aceptado personalmente mediante la fe"; "es el conjunto de actividades por medio de las cuales damos a conocer la presencia viva, la intervención de Dios en favor nuestro por medio de Je-

sucristo, con ese fin de suscitar la fe y la conversión a Dios".

Respecto a la espiritualidad del evangelizador, éste deberá "consolidar o vivificar la fe del que cree con fe dudosa, o muerta, o inoperante. Suscitar y promover esos aspectos más profundos de la persona humana: la obediencia, el seguimiento, el amor... es necesario que el misionero haga esta actividad desde una profunda espiritualidad, dejándose guiar por el Espíritu y sabiéndose guiado por él". "Una espiritualidad así se centra en una comunión íntima con Cristo".

Respecto a los medios que necesita la espiritualidad para alimentarse, "en la cuaresma la Iglesia nos recuerda tres medios: la oración, la limosna y el ayuno". El Sr. Obispo recuerda que en nuestra sociedad actual, hay que rescatar estas tres palabras, y aconseja para ello que durante el tiempo cuaresmal "si queremos que tengan el brillo y la fuerza para cultivar una auténtica espiritualidad, preguntémonos cómo las vivía Cristo". Así, "miremos cuándo oraba Cristo, y cuánto oraba Cristo, y cómo oraba Cristo". En cuanto a la limosna, "tal como la vivió Cristo quizás la podríamos definir como tomarse en serio a los demás", lo cual hizo que Cristo pasara por el mundo sabiendo perdonar, dignificando a los que necesitaban perdón... "El ayuno será sobre todo esa capacidad de estar tan libres que podamos hacer la oración y la limosna que corresponde. Ayunar a base de mantener nuestro equipaje ligero, y nuestra persona disponible, y nuestra alma libre".

"La Iglesia, al comenzar la cuaresma, nos recuerda que estas tres obras necesitan ser experimentadas por todos nosotros. Y si las experimentamos como Cristo, sin duda que... se nos pegará algo de su luz;... algo reflejaremos del que se entregó por nosotros hasta la cruz;... daremos testimonio de que somos peregrinos hacia la patria eterna".

RETIRO ESPIRITUAL DE CUARESMA**28 febrero 1994**

Con un retiro centrado en "El amor a los hermanos como signo de conversión", el Señor Obispo clausuró el pasado día 28 de febrero las Jornadas de Profundización en la Caridad que, bajo el lema "Cáritas, la Iglesia sirve a los hermanos" se han celebrado durante el mes de febrero.

Ante un gran número de sacerdotes, en el seminario de Corbán, el Señor Obispo hizo dos reflexiones. La primera de ellas se centró en "El servicio a los pobres como signo de nuestra conversión", mientras que en la segunda insistió, como le habían solicitado los sacerdotes, en la exposición sobre las Bienaventuranzas de la pobreza y la misericordia, que había expuesto la semana anterior en la S. I. Catedral.

En la primera parte, Monseñor José Vilaplana partió de la conversión como llamada a reencontrarse con el Señor. Esto, en el plano de caridad, supone "retornar el tema desde la renovación de nuestra relación con Dios: él nos amó primero". "Para entender y refrescar nuestro sentido de amor, debemos comenzar por reconocer que en nuestra pobreza particular hemos sido amados extraordinariamente por Dios. Y si la acogida de ese amor es sincera, no podemos hacer otra cosa en la vida sino compartir ese amor que gratuitamente hemos recibido".

Por eso, "la invitación a la conversión a Dios pasa por esa nueva relación que se establece con los hermanos más pobres, y desde ahí se encuentra esa situación nueva de purificación y de renovación que Dios quiere para nosotros".

"La conversión siempre supone buscar esa sintonía con Dios".

Ante esta situación, la pregunta que uno debe hacerse, como reflexión a todo lo vivido y aprendido durante estas Jornadas de sensibilización en torno a la caridad es "¿cómo amamos al hermano?". "La acogida al hermano desahuciado, pero no para ayudarlo, sino para pedir su ayuda, me parece una clave importante para vivir nuestra caridad en nuestro mundo. Muchas veces, el mejor servicio que podemos hacer al hermano es descubrirle que él tiene sentido en este mundo, que él tiene valor; que de él, por muy desahuciado que esté, no se ha borrado la huella de Dios". "El gran problema que

como sacerdotes tenemos que afrontar muchas veces en el servicio a los más pobres es su falta de autoestima. La mayor pobreza, cuando se hace radicalmente oscura en la vida del hombre, es cuando el hombre empieza a no estimarse, cuando empieza a ver que nadie confía en él".

Ante esta situación, una doble pregunta para la reflexión personal: ¿Cómo puedo servir yo a los que me necesitan? y ¿Cómo puedo descubrirles que contamos con ellos y que pueden ser útiles?

Respecto al documento sobre la caridad recientemente publicado por la Conferencia Episcopal Española, el Señor Obispo señaló tres puntos para la reflexión:

1) La referencia a Jesucristo: "Para vivir esta transformación, nada mejor que una toma de conciencia de que Cristo quiere hacerse presente a través de nosotros. La conversión siempre supone saber tomar conciencia de nuestras idolatrías y falsas seguridades". Esto ha de llevar a una "revisión sobre nuestra vida".

2) "El documento dice que la Nueva Evangelización a la que nos llama el Papa busca una conversión del corazón y, con ello, la transformación de la vida personal; y, a partir de ella, el compromiso y el trabajo para la transformación de la vida real según las exigencias del Evangelio, con especial atención de los pobres y de los más débiles". "Una transformación que parte del corazón, transforma la vida; y a través de ésta, transforma las relaciones inmediatas".

3) "El amor gratuito ha "de ser perseguido por los cristianos y por las comunidades e instituciones eclesiales en el ámbito de la caridad".

RETIRO ESPIRITUAL DE CUARESMA

27 marzo 1995

Partiendo de la cuaresma como tiempo que invita a la conversión, el señor Obispo centró el retiro en la carta del Papa "Tertio Milennio Adveniente", en la que Juan Pablo II hace "una invitación a una reflexión a fondo de toda la Iglesia, a una conversión sincera para celebrar el jubileo del año 2000". En este contexto, D. José plantea la necesidad de una revisión a fondo en el cristiano, que significa "volver a los orígenes".

La primera parte de su meditación la centra en una pregunta: qué ha supuesto el acontecimiento de Cristo en nuestra vida. El cristiano, más aún, el sacerdote, es un hombre que ha tenido la suerte de encontrarse con Cristo: son muchas las personas que desde el momento del nacimiento le hablan de Dios, le ayudan a conocer a Cristo, le introducen en su vida y en su Evangelio. La fe como don magnífico que Dios nos da. Por eso, invita a los presentes a valorar en profundidad el acontecimiento de Cristo en la vida de cada uno, como primer paso.

En segundo lugar, invita a plantearse qué ha hecho cada uno con ese regalo magnífico que es la fe: "a la luz de lo que hemos recibido, preguntémonos sinceramente si hemos reflejado, si hemos asumido realmente lo que se nos ha ofrecido".

A continuación el señor Obispo expone unos puntos concretos que el Papa señala en la carta encíclica:

1. Reflexión sobre los pecados que han dañado la unidad del Pueblo de Dios: así, "la conversión supondrá sobre todo una conversión también a la unidad". Revisión en torno a la unidad: ¿sentimos o vivimos intensamente la pasión por la unidad, con un diálogo sincero y abierto, con capacidad para dejarnos corregir y para corregir con caridad?"

2. El Papa señala como otro gran pecado que hay que revisar el de la intolerancia y la violencia. Es necesario presentar la verdad del Evangelio "pero sólo

la podemos presentar y servir como Cristo lo hizo: desde la sencillez, la mansedumbre, el servicio, la comprensión..."

3. Otro de los pecados que se señalan en la carta del Papa es el de la indiferencia religiosa.

La primera parte de esta meditación terminó con unas preguntas para la reflexión, que son el resumen de todo lo expuesto anteriormente:

1. ¿Cómo valoramos el acontecimiento de Cristo en nuestra vida? ¿Cómo valoramos a los testigos de la fe que nos han hablado de Cristo y nos han enseñado el Evangelio?

2. ¿Cómo participo en la unidad de la Iglesia?

3. ¿Qué métodos utilizo para dar testimonio de la verdad?

4. ¿Qué parte me corresponde en esta indiferencia, en esta relajación de nuestro mundo?

Finaliza afirmando que esta revisión "es una llamada a vivir el Jubileo del año 2000 como una invitación a la conversión".

En la segunda parte del retiro, el señor Obispo se centró en uno de los párrafos de la revisión que el Santo Padre propone a la Iglesia como preparación del Jubileo del año 2000: un examen de conciencia sobre la recepción del Concilio, "este gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio".

Partiendo de la realidad de que el Concilio no ha sido asimilado plenamente, por lo que hay que leerlo en profundidad, invita a releer las cuatro grandes Constituciones que fueron fruto del Concilio Vaticano II: *Lumen Gentium*, *Dei Verbum*, *Sacrosanctum Concilium* y *Gaudium et Spes*.

Partiendo de un página de la Sagrada Escritura, en la que el profeta dice al pueblo "mirad de qué piedra habéis sido tallados", comenta esas cuatro grandes Constituciones. La piedra de la que ha sido tallada la Iglesia es Cristo, muerto y crucificado por amor a los hombres.

En el relato de la pasión del evangelio de Juan, se presenta el nacimiento de la Iglesia: la Virgen María y Juan, el discípulo, a los pies de la cruz, y el Adán dormido, Cristo, que muere por amor a los hombres y que nos regala su Espí-

ritu. "María y el discípulo son una figura del nuevo pueblo que nace del costado abierto de Cristo, un pueblo en el que los hermanos se acogen como algo propio, una humanidad que ya no está rota, dividida, sino en comunión".

Desde interrogantes como: ¿de qué costado habéis nacido, qué espíritu habéis recibido, cuál es vuestro origen... plantea las preguntas que hace Juan Pablo II, en "Tertio Milennio Adveniente", referentes a las cuatro grandes Constituciones del Concilio:

1. "¿En qué medida la Palabra ha llegado a ser plenamente el alma de la Teología y la inspiradora de toda la existencia cristiana, como pedía la Dei Verbum?". Es decir, qué papel juega en nuestra vida y en nuestras comunidades la Palabra de Dios.

2. "¿Se vive la liturgia como fuente y culmen de la vida eclesial, según las enseñanzas de la Sacrosanctum Concilium?". Es decir, cómo se trabaja para que la liturgia sea vivida de una manera consciente y plena, por ejemplo en la preparación de las homilías.

3. "¿Se consolida en la Iglesia universal y en las iglesias particulares la ecle-siología de comunión de la Lumen Gentium, dando paso a los carismas, los ministerios, las varias formas de participación del pueblo de Dios, aunque sin admitir un democratismo o un sociologismo que no reflejan la visión católica de la Iglesia y el auténtico espíritu del Vaticano II?". Es decir, cómo se cultivan los carisma s de todo el pueblo de Dios, teniendo en cuenta que todos ellos son importantes simultáneamente y necesarios, y que el sacerdote tiene carisma de totalidad, o sea, que puede ayudar a los demás a crecer hasta que logren la madurez cristiana.

4. "¿Las directrices conciliares, presentes en la Gaudium et Spes y en otros documentos, de un diálogo abierto, respetuoso y cordial, acompañado, sin embargo, por un atento discernimiento y por el valiente testimonio de la verdad, siguen siendo válidas y nos llaman a un compromiso ulterior?".

Finaliza el Sr. Obispo su intervención afirmando que todos estos puntos se pueden vivir de una manera especial en el triduo pascual

RETIRO ESPIRITUAL DE CUARESMA

25 marzo 1996

Aprovechando la festividad de la Encarnación que se celebraba en la jornada, D. José intentó descubrir el sentido pascual de dicha fiesta, recordando que los primeros cristianos creían que en ese día se unían estas conmemoraciones: El inicio de la creación, la Encarnación del Señor y la muerte de Cristo.

Haciendo historia, recordó que la carta de los Hebreos contempla el sacrificio redentor de Cristo "ya desde el mismo momento en que asume nuestra carne".

Después de resaltar la significación de la fiesta de la Encarnación, el Sr. Obispo desarrolló en su ponencia tres números de la Tertio Millennio Advéniente, "que ponen de manifiesto lo que significa la novedad de la vida cristiana para nuestro mundo". En concreto, los números 6, 7 Y 8 de la citada Carta, que "invita a la Iglesia para preparar y celebrar el Misterio de la Encarnación". Nos ayuda a caer en la cuenta de que es el año 2000 del Nacimiento de Cristo, acontecimiento tan decisivo que muchos hombres en la humanidad cuentan el tiempo a partir de él. Y acontecimiento que resalta tres rasgos "originales y distintivos de la fe cristiana frente a otras religiones":

1. Que Dios busca al hombre. La vida cristiana: pone el acento en la iniciativa y el don gratuito de la salvación en Cristo hecho hombre por nosotros". "Cristo es el cumplimiento del anhelo de todas las religiones". Por eso "presencia, gratuidad, don, iniciativa de Dios son una dimensión fundamental para entender la novedad cristiana diferenciándola de otras religiones". La religión cristiana es una respuesta de fe al Dios que se revela.

En este primer punto, destaca la gratuidad como característica pastoral.

2. Por qué busca Dios al hombre: para liberarle del pecado y de la muerte. "La Redención de Cristo rescata al hombre del pecado y del mal". Destaca la

necesidad de llegar a todos, en especial a los más alejados y necesitados. Necesidad que todos tenemos de dejarnos encontrar y de dejamos rescatar. Necesidad de un reencuentro con el Padre, que se realiza en el Misterio de la Pascua de Jesucristo.

3. Don del Espíritu "que nos introduce en el Misterio de la intimidad de Dios para que permanezcamos en él". Nos salva para que volvamos a él, viviendo la intimidad que da el Espíritu y que hace estar en comunión.

Resalta la escasa intimidad que en la actualidad existe con Dios.

Finaliza la primera parte del retiro proponiendo a los presentes unos elementos para la reflexión:

1. Sorpresa agradecida ante Dios que ha tomado la iniciativa.
2. Experiencia del amor de Dios, que ha encontrado al hombre.
3. Sentir la liberación de la esclavitud del pecado y la posibilidad que Dios da al hombre de vivir con la dignidad de hijo de Dios.

En la segunda parte Mons. Vilaplana hizo mención a la Palabra de Dios y la necesidad de volver a su escucha. "El Vaticano II nos insiste a adentrarnos en la escucha de la Palabra, especialmente a los sacerdotes, diáconos y servidores de la Palabra", con el fin de que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo.

El Concilio Vaticano II incluyó una gran novedad, que ha sido recogida por Juan Pablo II en la Carta Tertio Millennio Adveniente, y es la necesidad de volver a la Escritura. Destacó que en la "Orientale Lumen" dice: "Cuando la Palabra toca a una persona, nace la obediencia, es decir, la escucha que cambia la vida". Citó también el documento sobre la "Interpretación de la Biblia en la Iglesia" en el que se afirma que las "comunidades, que escuchan verdaderamente, se convierten en vigorosos núcleos de evangelización y diálogo, así como de transformación social, a condición de estar siempre unidos en la fe y en el amor de la totalidad de la Iglesia".

Para que la Palabra actúe también en la vida del servidor de la Palabra de

Dios (presbítero, diácono...) es necesario un proceso que incluye:

1. Una capacidad de escucha mayor: meditar en ella y tratar de acercarla a los problemas del pueblo.

2. Ser conscientes de que su principal tarea es ofrecer al pueblo el gran Misterio que es Jesucristo, lo único que debe dar sentido a toda la vida.

Para leer la Palabra de Dios, afirma que es necesaria la ayuda del Espíritu Santo. Para ello, la lectio divina es un buen medio. Por todo ello, antes de finalizar su ponencia, el Sr. Obispo invita a:

1. Recuperar espacios de mayor serenidad y concentración "para que cuando prediquemos se note que hemos escuchado por dentro";

2. "para que esa escucha cambie el corazón en obediencia y esa palabra toque nuestra personalidad";

3. "para que adquiramos la sabiduría suprema de Cristo".

Es decir, animó a todos los presentes a disponerse a "entrar en esta escucha de la Palabra de Dios, para que así podamos ayudar a que nuestras comunidades cristianas también sean tocadas y transformadas por ella".

RETIRO ESPIRITUAL DE FEBRERO

24 febrero 1997

Al comienzo, don José tuvo un cariñoso recuerdo hacia don Carlos Osoro, quien acababa de tomar posesión de la diócesis de Orense, y mencionó a un sacerdote que en esos momentos se encontraba en un delicado estado de salud. El tema central abordado en el retiro fue el del Hijo de Dios en el misterio de la Cruz. Planteó tres preguntas para la posterior oración-reflexión personal:

1°.- Cómo está presente Jesucristo en nuestra vida personal. Entendiendo por talla afectividad, los pensamientos, la vida personal...

2°.- Cómo hago presente a Cristo en mi actividad pastoral. Si Cristo es el eje de la actividad pastoral, en la relación con los hermanos.

3°.- Cómo se refleja Cristo en mi estilo de vida. Aquí está implicado el testimonio personal que se da de Cristo.

A continuación, presentó el tema del sufrimiento "contemplando a Cristo, sobre todo en su humanidad" para que "nos pueda ayudar a ir forjando también nuestra humanidad con los rasgos de Jesucristo".

Recordó el "escándalo" que supuso para la sociedad de la época el hecho de que los cristianos tuvieran un Señor que había sido crucificado. Un Señor que experimentó la debilidad, el dolor, el sufrimiento, sobre todo en la cruz. Y, además, el desafío de los que, viéndole crucificado, se burlaban de él pidiéndole un signo que demostrara que era Hijo de Dios.

La Iglesia ha sabido aceptar a lo largo de los siglos la debilidad del Hijo de Dios. "Aceptar, acoger esta debilidad de nuestra propia carne, de nuestra propia situación, pero vivirla como la vivió Cristo, es el gran desafío que nosotros tenemos en este momento como iglesia y como pastores". Ser testigos, en medio del mundo, y testigos de Cristo Crucificado.

Una debilidad que en Cristo está impregnada de amor. Y es que ese amor "es la fuerza de la debilidad". "Sólo la fuerza del amor en la debilidad, tal y como lo ha manifestado Jesucristo, es la que puede hacer al hombre responder

libremente y acoger con libertad la oferta de Dios".

Otra fuerza que tiene Cristo es la compasión. Su debilidad humana le ha ayudado a entender el sufrimiento humano. Y la tarea actual, el reto de los sacerdotes y de los cristianos en esta sociedad es "vivir de manera especial este testimonio del amor y de la compasión en la debilidad". Recordando que el más fuerte ha sido el siervo. "Tenemos que aprender de él, poner nuestra mirada en Jesucristo, ponernos en sus manos, compartir con él también nuestras súplicas y nuestras lágrimas, nuestros momentos de soledad y de impotencia".

En la segunda meditación de la mañana, sobre la humanidad de Jesucristo, recordó que el sufrimiento nunca deja al hombre indiferente. Por ejemplo, el "escándalo" de la Cruz, "ante el cual el hombre no puede permanecer indiferente. Cuando lo acogemos y lo integramos en nuestra vida con el estilo de Cristo, entonces nuestro corazón se moldea al estilo de Cristo". Y es que el Hijo aprendió, sufriendo, a obedecer al Padre. Por eso, se puede afirmar que "desde Cristo Crucificado se puede profundizar en el tema del dolor y de Dios". El sufrimiento no tiene ninguna explicación, pero "sí hay un modo de afrontado, que ayuda a penetrar en el misterio de Dios". Por eso, la aceptación del sufrimiento puede ayudar a que "cuando aparezca en nuestra vida, no nos endurezca, sino que lo sepamos leer a la luz del misterio de Cristo resucitado". Cristo expone ante Dios el dolor humano, pero confía siempre en la voluntad del Padre. La asume y la acepta. Y camina por las sendas que el Padre ha designado, que son los caminos de la pobreza, el sufrimiento y la cruz.

"El misterio de la cruz no nos dispensa de pasar por él, pero ilumina el camino por el que avanzamos, siguiendo las huellas del Señor". Saber aceptar esto significa "ser hombres nuevos en la aceptación de la voluntad de Dios, y trabajar por la salvación del hombre, compartiendo y adentrándonos en el misterio del sufrimiento".

A continuación, propuso también unos puntos para reflexionar en torno a la oración que el Santo Padre ha compuesto con motivo del primer año del Jubileo. Los puntos son los siguientes:

1°.- El Papa, en esta oración, pide "un corazón humilde y sencillo para que, con asombro renovado, contemplemos de nuevo el misterio de la Encarna-

ción". No perder nunca la capacidad de asombro.

2°.- El bautismo. Más importante que el hecho de ser sacerdote es el ser bautizado.

3°.- La escucha de la Palabra de Dios. Recuperar el impulso misionero.

4°.- "Del bautismo de Jesucristo brota la comunión en la Iglesia, no sólo entre los que formamos la Iglesia Católica, sino entre todos nuestros hermanos separados". "La dimensión ecuménica de este año de Jesucristo y de este año del bautismo" .

5°.- "Quien vive esto intensamente, lo que quiere es que lo participen todos los hombres de la tierra".

Y, a continuación, expuso tres rasgos de la personalidad de Jesucristo, para facilitar la meditación personal:

- a.- es el amor que toma la iniciativa,
- b.- es un amor entregado, ofrecido;
- c.- es un amor sin fronteras.

RETIRO ESPIRITUAL DE ADVIENTO**30 noviembre 1998**

El día 30 del pasado mes de noviembre el Sr. Obispo dirigió el retiro en el Seminario de Monte Corbán con gran asistencia de sacerdotes y religiosos.

En la primera meditación Mons. José Vilaplana invitó a "redescubrir lo que significa que Dios se haya revelado como Padre"; "a dejamos mirar por Dios como hijos y experimentar, en lo más profundo, el gozo de tener a Dios como Padre".

Envueltos en el misterio de Dios como un niño en el seno de su madre, experimentemos su cercanía, pero al mismo tiempo el misterio que nos desborda.

Las dificultades para hablar de Dios hoy en nuestro mundo las resume D. José en tres grandes experiencias bíblicas: "La de Babel, que es intentar construir técnicamente un mundo a espaldas de Dios y experimentar la confusión y la incomunicación entre los hombres"; la de Job, es decir, la "dificultad de hablar de Dios en el dolor, en el atropello de los inocentes", cuestión para la que no hay una teoría, sino que requiere una experiencia; y la Esau, "el hombre que busca respuestas inmediatas y renuncia a las cuestiones de futuro, que prefiere el plato de lentejas frente al Dios de la promesa".

Conscientes del misterio que nos envuelve y de la dificultad para hablar de Dios hoy, ¿cómo descubrir a Dios como Padre? Es Jesucristo quien nos ha revelado a Dios como Padre... y ha cambiado la clave dueño-esclavo en la clave padre-hijo.

El Sr. Obispo cita a Juan Pablo II, quien en el libro "Cruzando el umbral de la esperanza", habla del temor de Dios como temor filial y no servil, y dice que Jesucristo en el Evangelio transformó radicalmente la postura amo-esclavo en actitud padre-hijo. Por el contrario, en nuestro mundo está muy presente la clave amo-siervo. En la parábola del Padre misericordioso ni el hijo que se va, ni el hijo que se queda, tienen, en principio, una imagen adecuada del Padre. El primero se va, porque solamente yéndose de casa piensa

que va a poder ser libre, y el que se queda, se queda en casa sin conciencia de ser hijo, tiene conciencia de trabajador de un jornal, de un jornalero en casa de un señor. Pero Jesús deja claro que Dios no es un patrón, sino un Padre. Igual respuesta da Jesús en la parábola de los trabajadores de la viña. Si se lee en el esquema siervo-dueño hacen bien en reclamar más jornal los que han trabajado más. Pero si la parábola se lee en la clave padre-hijo, no hay ninguna casa con un padre bueno que ponga platos distintos a los hijos, aunque éstos sean diferentes. En la mesa de los padres, el único título que se exhibe es el de hijo.

Necesitamos también redescubrir el don de piedad que nos concede el Espíritu Santo, que es principalmente saber establecer adecuadamente la relación paterno - filial con nuestro Dios.

La relación filial con el Padre se manifiesta:

a) En la actitud de confianza. En una confianza inquebrantable. Como la de Jesús que se abandona completamente en las manos del Padre.

b) En la actitud de obediencia en clave de padre-hijo, que no es obediencia caprichosa ni despótica, sino amorosa. La voluntad del Padre con la que se identifica Jesús es la voluntad amorosa que quiere la salvación de todos los hombres, y el Hijo se pone a disposición del Padre para realizar esa obra de amor y de salvación.

c) En la actitud de pobreza, de quien sabe donarse a sí mismo, con una pobreza de humildad y de mansedumbre, como la de Jesús que dice: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón".

d) En actitud de oración, oración constante que nos haga vivir en esa comunicación y en esa relación constante con el Padre. Oración que Jesús marca más intensamente cuando tiene que tomar grandes decisiones.

Sigue el Sr. Obispo diciendo que sólo las personas con una profunda experiencia de Dios podrán decir al mundo "Hay Dios y es Padre", y dar esa clave nueva padrehijo que permite al hombre relacionarse con Dios sin complejos y sin luchas. Nuestro gran servicio al mundo tiene que ser enseñar a los hombres a descubrir el rostro de Dios, a revelarlo más que a velarlo.

Termina la primera invitación D. José preguntando cómo andamos de

confianza respecto a Dios; de obediencia a su voluntad; de pobreza en ese sentido radical del que se siente cuidado y amado por el Padre y cómo es la calidad de nuestra oración.

En la segunda meditación el Sr. Obispo presenta el tema: "Sed misericordiosos como el Padre es misericordioso". "Estamos llamados a ser iconos de la misericordia del Padre en medio de nuestro mundo".

Uno de los atributos más subrayados de Dios en la Sagrada Escritura es la misericordia, es el Dios de la misericordia entrañable. Jesús, que ha venido a revelar el rostro del Padre, nos lo ha revelado como misericordia. Y nosotros que continuamos su misma misión, tenemos que revelar el rostro de Dios en la misericordia.

Pero ¿cómo podremos adentrarnos en ese misterio de la misericordia de Dios? Mons. Vilaplana lo resume en tres puntos:

a. Adentrarnos en la misericordia de Dios es saber mirar como Dios mira.

El hombre mira las apariencias, pero Dios mira el corazón, mira el corazón en profundidad, y Cristo reveló esta mirada del Padre en toda su vida, especialmente cuando miraba a los pecadores. Seremos misericordiosos como Dios nuestro Padre, si aprendemos a mirar el corazón de las personas, si sabemos leer la vida en profundidad.

b. Dios es misericordioso porque consideraba suyas las criaturas, no con una propiedad despótica, sino con una propiedad afectiva. Si son míos, cómo no voy a compadecerme de ellos. Hay muchas páginas de la Biblia que nos indican esta cercanía de Dios porque considera a las criaturas como suyas. En el libro de la Sabiduría se lee: "Tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor, amigo de la vida". Dios actúa con nosotros con misericordia porque nos siente suyos.

Más que en la creación, Dios manifiesta su poder en la misericordia y en el perdón. Porque en la misericordia y en el perdón, Dios recrea a las criaturas. El es admirable en la creación, pero es más admirable en la recreación, en

la redención.

Nosotros podemos vencer en misericordia, cuando sentimos a los otros hermanos nuestros, cuando los sentimos algo nuestro. Lo que más agrada al Señor es que actuemos con esos sentimientos con que El actúa.

.c. Hay que saber recorrer el camino de la misericordia tal como Cristo lo ha dejado reflejado de una manera bellísima en la parábola del buen samaritano. Se da un proceso que hay que respetar, si queremos actuar con misericordia. El samaritano "ve" -saber mirar dónde están los que necesitan de nuestra misericordia- "se acerca", a diferencia del sacerdote y del levita -son muy importantes los procesos de acercamiento, de cercanía-; "venda las heridas" - con lo que lleva en el equipaje cura-, "lo toma consigo en su cabalgadura" - establece una relación, la cercanía se convierte en familiaridad-, y después "deja un dinero y si a vuelta hace falta, más" -pone unos medios que dejan la puerta abierta-, hay generosidad, hay sobreabundancia. Pero en este proceso la clave más importante para actuar con misericordia está en cómo nos formulamos una pregunta, no la que seguramente se hacen el sacerdote y el levita al ver aquel hombre maltrecho: ¿qué me pasará a mí si me acerco a él?, sino la que se hace el samaritano: ¿qué le pasará a él si yo no me acerco? Es decir, saber ponerse en su lugar.

Termina el Sr. Obispo repitiendo que estamos llamados a ser iconos de la misericordia. Quizás, dice, ninguna generación como la nuestra ha hecho la experiencia del hijo pródigo de manera tan masiva, y nosotros tenemos la tremenda responsabilidad de que cuando esos numerosos hijos pródigos vuelvan, nos encuentren con la misma actitud del Padre misericordioso.

El retiro concluyó con la Exposición del Santísimo y la oración común.

RETIRO ESPIRITUAL DE CUARESMA**15 marzo 1999**

El día 15 del pasado mes de marzo, el Sr. Obispo dirigió el retiro en el Seminario de Monte Corbán con gran asistencia de sacerdotes y religiosos.

En la primera meditación Mons. José Vilaplana trató sobre la conversión. Concretamente se centró en el párrafo 50 de la Tertio Millennio Advéniente que dice: "En este tercer año, el sentido del camino hacia el Padre debería llevar a todos a emprender en la adhesión a Cristo Redentor del hombre un camino de auténtica conversión que comprende tanto un aspecto negativo de liberación del pecado, como un aspecto positivo de elección del bien manifestado por los valores éticos contenidos en la ley natural confirmada y profundizada por el Evangelio".

"No podemos pensar en conversión, dice el Sr. Obispo, sin una adhesión más profunda de nuestro corazón a Cristo, porque sólo cuando Cristo se hace presente en nuestra vida, se hace presente la luz" . Cita el caso de Zaqueo y afirma: "Sólo a la luz de Jesucristo descubrimos nuestras sombras, porque sólo El es la luz y el camino que nos invita a recorrer a nosotros que somos pecadores" .

Invita después a fijarnos en nuestra propia situación, a ver desde dónde nos tenemos que convertir. El Señor nos llama quizás desde nuestro desánimo, desde nuestro desencanto y para poder avanzar, debemos tomar conciencia de la situación en la que nos encontremos, con realismo, pidiendo al Señor que nos ayude a hacer un buen discernimiento.

Pone como ejemplo de discernimiento el que el profeta Natán hace hacer al rey David, cuando se queda con Betsabé y manda poner a Urías en la primera fila de la batalla. El profeta le hace recapacitar a través de la parábola de un hombre que tenía una oveja. Y cuando David ha discernido objetivamente y ha exclamado: "Ese hombre tendrá la justicia que merece", Natán le dice: "Ese hombre eres tú".

Una buena forma de discernir es reproducir en nosotros esta misma si-

tuación; lo que vemos con claridad en los otros, ¿acaso no se da en nosotros mismos? Jesús, en el capítulo 6 de San Lucas, nos dice que es más fácil ver la paja en el ojo ajeno que la viga en el nuestro.

Pero no nos quedemos ahí. El discernimiento se hace para dejamos curar por el Señor. El reconocimiento de nuestros pecados, de nuestros fallos, lo hacemos ante Dios, cuya misericordia nos cura y nos ayuda a crecer. "Sólo ante Dios podemos de verdad reconocer lo que somos, porque el nos ama y ve en nosotros mucho más que nuestros defectos". El Sr. Obispo cita el capítulo 16 del Profeta Ezequiel en el que Dios compara al Pueblo de Israel con la niña nacida prematuramente que los beduinos dejaban tirada en medio de la arena, y le dice: ¡Vive!

A continuación Mons. Vilaplana recuerda la historia de Naamán, el sirio, que acude al profeta Eliseo a ruego de la muchacha esclava y obtiene la curación siguiendo las indicaciones del profeta y dice: "Dejamos curar por los caminos de sencillez que Dios nos ofrece, saber captar el mensaje de Dios en la boca de los humildes, es un segundo paso también importante para nuestro discernimiento y para nuestra conversión".

Hay un tercer aspecto, dice D. José, que es importante meditar en el tema de la conversión. Es recoger esa palabra que Cristo dice a los apóstoles en Getsemaní y nos dice también a nosotros: "Velad, velad". Quizás nuestro gran problema para la conversión puede ser un problema de bajar la guardia: mucho tiempo ya que estamos trabajando, hemos intentado muchas cosas en nosotros y en los demás... pero tenemos que recordar que nosotros somos tan débiles como los demás.

Finalmente afirma Mons. Vilaplana que para la conversión es imprescindible, sobre todo, preguntarnos cómo está nuestro corazón, porque, todos los procesos de nuestra vida tienen un punto de arranque que es el corazón. Por eso la gran promesa de Dios: "Os daré un corazón nuevo, os infundiré un espíritu nuevo, os cambiaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne".

En la segunda parte del retiro, el Sr. Obispo se centra en el aspecto de la reconciliación, reconciliación con Dios, con los hermanos, con la Iglesia. Es importante, dice, que pensemos que la iniciativa parte de Dios. Es Dios quien nos ha reconciliado en Cristo. Es Dios el gran protagonista de la reconciliación en Jesucristo. En la vida cristiana todo debe de ser reconocimiento de lo que Dios ha hecho por nosotros, acogéndolo en el corazón y actualizándolo en nuestra vida. El es nuestra reconciliación; en Cristo hemos sido reconciliados. Nosotros debemos acoger esa reconciliación y actualizada en nuestra vida. El documento más reciente de la Conferencia Episcopal sobre el sacramento de la Penitencia es: "Dejaos reconciliar con Dios".

y la reconciliación con Dios supone reconciliación con los hermanos. La parábola del rey que quiere saldar cuentas con los empleados nos indica que realmente quien ha sabido acoger sinceramente el perdón, sabe reconciliarse con el hermano y quien no ha acogido sinceramente el perdón, no sabe reconciliarse con el hermano.

En estos momentos de reflexión y oración y luego ante el Santísimo, continúa Mons. Vilaplana, debemos preguntarnos con seriedad: "¿Cuándo y cómo yo cultivo mi reconciliación con Dios? y ¿cuándo, cómo y qué hago para reconciliarme con mis hermanos?". Una buena experiencia de la reconciliación, sacra mental y no sacramental, produce siempre en nosotros ese fruto pascual de nacer de nuevo, que es una de las novedades más importantes que el cristiano puede aportar al mundo. "El misterio de la iniquidad que palpamos en nuestra vida cotidiana, está superado por el "misterium pietatis", por el misterio de la piedad, de la compasión de Dios, de la relación paternal de Dios que ofrece siempre al hombre un camino de salida. Y es más fuerte el amor que la muerte y es más fuerte la gracia que el pecado y es más fuerte la paz que la enemistad. He ahí la novedad del misterio pascual de Jesucristo, que se actualiza en los sacramentos y que lo vivimos en nuestra vida". Por tanto, "somos responsables de ofrecer al mundo esta buena noticia, que ni el mal, ni el pecado ni la muerte tienen la última palabra; la última palabra la tiene el amor y la piedad de nuestro Dios; en Cristo la muerte y el pecado han sido vencidos y, por tanto, es posible la reconciliación, la paz, el encuentro. Es posible, en definitiva, nacer de nuevo". Cuando Jesús resucita-

do se acerca a los discípulos en el primer encuentro pascual dice: "Como el Padre me ha enviado, así yo os envío; recibid el Espíritu Santo... a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados... Cristo pide a sus apóstoles que sean reconciliadores, que anuncien el perdón.

A continuación Mons. Vilaplana alude a tres textos, uno de Pablo VI, otro de Juan Pablo II y el tercero de la Conferencia Episcopal Española.

Pablo VI en su Exhortación Apostólica sobre la Alegría Cristiana, después de invitar a la conversión y a creer en el Evangelio, dice que el Señor quiere, sobre todo, hacemos comprender que la conversión que se pide, no es en absoluto un paso hacia atrás, como sucede cuando se peca. Por el contrario, la conversión es una puesta en marcha, una promoción en la recta de la libertad y en la alegría. Ojalá acertáramos a presentar así la conversión y la reconciliación, como una promoción en la verdadera libertad y en la alegría. Es respuesta a una invitación que proviene de El, amorosa, respetuosa y urgente a la vez. Con su invitación a descubrir al Padre mediante el arrepentimiento, sigue el Pontífice, los momentos de conversión son llamadas a descubrir de nuevo el sentido y la práctica del sacramento de la Reconciliación.

Esta misma línea aparece en la Exhortación Apostólica "Reconciliatio et Paenitentia" de Juan Pablo II. Dice el Pontífice que, como preparación al tercer milenio, es preciso descubrir el significado profundo de ese sacramento de la Reconciliación. "Ante todo, hay que afirmar que nada es más personal e íntimo que este sacramento en el que el pecador se encuentra ante Dios solo con su culpa, su arrepentimiento y su confianza. Nadie puede arrepentirse en su lugar ni puede pedir perdón en su nombre". Más adelante se dirige a todos nosotros sacerdotes con estas palabras: "La vida espiritual y pastoral del sacerdote, como la de sus hermanos laicos y religiosos, depende, para su calidad y fervor, de la asidua y consciente práctica personal del sacramento de la Penitencia. La celebración de la Eucaristía y el ministerio de los otros sacramentos, el celo pastoral, la relación con los fieles, la comunión con los hermanos, la colaboración con el Obispo, la vida de oración, en una palabra, toda la existencia sacerdotal sufre un inevitable decaimiento, si le falta,

por negligencia o por cualquier otro motivo, el recurso periódico e ins-

pirado en una auténtica fe y devoción al sacramento de la Penitencia. En un sacerdote que no se confesase o se confesase mal, su ser como sacerdote y su ministerio se resentirían muy pronto y se daría cuenta también la comunidad de la que es Pastor".

Los Obispos, en el documento "Dejaos reconciliar con Dios", también decimos citando al Concilio: "Exhortamos y pedimos a los sacerdotes que sean testigos gozosos del don de la gracia que brota de la penitencia" y les recordamos aquellas palabras del Concilio, que dicen: "Los sacerdotes son los ministros de la gracia sacra mental. Si se unen íntimamente a Cristo, Salvador y Pastor, a través de la recepción fructuosa de los sacramentos, sobre todo, con la confesión sacramental frecuente, ya que ésta preparada con el cotidiano examen de conciencia, favorece grandemente la necesaria conversión del corazón al amor del Padre de la misericordia.

El sacerdote no es sólo maestro, padre, médico y juez de las almas. Es también hermano, que vive en la comunidad de los fieles aportando la contribución de purificación y de renovación, no sólo con el ministerio presbiteral de la absolución, sino también con su misma vida de penitente, formando de este modo una comunidad de penitentes, de convertidos y de reconciliados, que viven la experiencia de la misericordiosa fidelidad de Dios".

El retiro concluyó con la Exposición del Santísimo y la oración común.

RETIRO ESPIRITUAL DE ADVIENTO**20 diciembre 1999**

El día 20 del pasado mes de diciembre, el Sr. Obispo dirigió el retiro en el seminario de Monte Corbán. El gran número de sacerdotes y religiosos asistentes llenaban el aula magna.

Comienza Mons. José Vilaplana la primera meditación reflexionando sobre estas palabras del profeta Isaías: "Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro Padre, nosotros la arcilla, y tú el alfarero". "Creo, dice, que mayor realismo y mayor confianza no se puede encontrar en una síntesis tan breve... El barro en manos de un alfarero puede convertirse en una obra de arte... ¿Puede haber mayor esperanza para nosotros que somos barro, frágiles y limitados, el que estamos llamados a ser obra de arte en las manos de Dios nuestro Padre?.. Pero de nosotros depende el que tengamos la ductilidad del barro, la humildad del barro, para que las manos de Dios dejen sus huellas en nosotros", como en María.

En el segundo punto se fija en que el Hijo de Dios se hizo barro, pequeño, debilidad, semejante. a nosotros en todo, menos en el pecado. Dice la carta a los hebreos que El no se avergonzó de llamarnos hermanos, cuando las personas nos avergonzamos a veces si encontramos en los nuestros defectos, limitaciones... La genealogía de Jesús en el cap. 1 de San Mateo encierra una gran lección: Que Cristo no se avergonzó de entrar en nuestra historia y de asumir todo lo nuestro, lo que estaba perdido, para recuperado para Dios nuestro Padre. Las cuatro mujeres que son nombradas en esta genealogía representan cuatro grandes pecados, que hacían sentirse avergonzado al pueblo de Dios, y, junto con los reyes que fueron fieles al Señor, aparecen también aquellos que hacían lo que Dios reprueba.

"El hombre tantas veces extraviado de los caminos de Dios es buscado y amado por el Hijo, que se hace semejante a nosotros para incorporarnos a su divinidad y hacer con nosotros el admirable intercambio del que no se cansaban de hablar los Santos Padres... El asume nuestra pobreza, para hacemos ricos con su divinidad ...tomó lo nuestro y lo nuestro es como aparece en la

genealogía, para damos lo suyo... Es importante que contemplemos esto poniendo el nombre y el apellido en esa genealogía...". "Tú estabas dentro de mí, decía S. Agustín, y yo, sin embargo estaba fuera".

En un tercer punto el Sr. Obispo contempla la pequeñez de Cristo en el misterio de su nacimiento. Y nos recuerda dos frases de Rahner en una homilía de Nochebuena: "Ese niño envuelto en pañales y recostado en el pesebre es tan Dios como el Padre y tan hombre como tú" y "su palabra de niño que no habla es tan elocuente como el sermón de la montaña". "Porque en el fondo todo el mensaje que Cristo nos ha transmitido del Padre, es que Dios nos ama y que Dios es el Dios con nosotros, el Dios cercano... Ha venido a estar con nosotros, ha venido por nosotros y por nuestra salvación". "En el misterio del nacimiento se pone de manifiesto que El se ha hecho pequeño, porque quiere cambiamos el corazón. No viene a cambiamos por la fuerza y desde fuera, sino por la fuerza del amor... dándonos un corazón nuevo". "Ojalá lleguemos en la celebración de esta Navidad y de este Jubileo a sentirnos profundamente queridos por Cristo, a sentir que El ha compartido nuestra pequeñez y debilidad, ha entrado en nuestra vida, en nuestro mundo".

En el cuarto punto D. José comenta "Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios". La limpieza de corazón supone tener una vida sin fachada, no tener intenciones torcidas ni el corazón arrogante. En el misterio de Belén aparece Herodes con intenciones torcidas que no vio al Mesías, aunque lo tuvo cerca, pero sí lo vieron los pastores y los magos.

"Los pastores, cuando escucharon la Buena Noticia, se ponen en camino y buscan: 'Vamos a Belén a ver eso que ha pasado y que nos ha comunicado el Señor'... cuando encuentran a Jesús con María y con José, se vuelven dando gloria y alabanza a Dios... son personas cuyo corazón lleno de alegría se hace acción de gracias, alabanza a Dios, glorificación a Dios y se hace misión".

Estas son las tres claves que el Papa, en la Tertio Millennio, ha querido dar a la Iglesia para este Jubileo. Ir a la casa del Padre, ir a donde está Cristo, es signo de conversión... Volver a casa, es el retorno al encuentro con el Señor... que produce alegría y alabanza y glorificación a Dios. "Este año el Jubileo tiene como objetivo específico la alabanza, la glorificación a la Trinidad,

pero la alabanza y la glorificación proceden de un corazón lleno de júbilo que se ha encontrado con las maravillas de Dios". Y después el Jubileo debe estimular en la Iglesia la renovación de la misión. La entrada en el nuevo milenio, dice Juan Pablo II, alienta a la comunidad cristiana a extender su mirada de fe hacia nuevos horizontes en el anuncio del Reino de Dios. Es obligado, en esta circunstancia especial, volver con una renovada fidelidad a las enseñanzas del Concilio Vaticano II, que ha dado nueva luz a la tarea misionera de la Iglesia ante las exigencias actuales de la evangelización. En el concilio, la Iglesia ha tomado conciencia más viva de su propio ministerio y de la misión apostólica que le encomendó el Señor. Esta conciencia compromete a la comunidad de creyentes a vivir en el mundo, sabiendo que ha de ser fermento y alma de la sociedad... para lo que debe permanecer unida y crecer en su vida de comunión.

"Dios en Cristo no ha manifestado su designio, su diseño del mundo, hacer del mundo una familia, hacer del mundo un mundo de hermanos, hacer del mundo un mundo de paz y sabemos que la paz sólo se encuentra cuando brota también la justicia". "En este Jubileo, al contar las maravillas que Dios hace con nosotros, queremos hacer del mundo el mundo de Dios, el mundo digno de la presencia de Dios, que retorne a su diseño y, por tanto, que el mundo se haga casa fraterna".

Comienza el Sr. Obispo la segunda meditación dando lectura a dos fragmentos, uno de la Bula *Incarnationis mysterium* y otro de la Carta Apostólica *Tertio Millennio*, en los que hay una referencia al año 2000 como año eucarístico: "En el signo del pan y del vino consagrado, Jesucristo, resucitado y glorioso, luz de las gentes, manifiesta la continuidad de la encarnación. Permanece vivo y verdadero en medio de nosotros para alimentar a los creyentes con su cuerpo y con su sangre", y "el 2000 será un año intensamente eucarístico. En el sacramento de la Eucaristía, el Salvador encarnado en el seno de María hace veinte siglos continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina".

Comentando unas palabras del Papa en la "*Oriente lumen*", dice a con-

tinuación D. José: "La Iglesia se mantiene como esposa joven porque siempre tiene la fuente del amor permanente que Jesucristo le ofrece. En ese sentido cuando el Papa dice que así, con la alegría de la reconciliación, la Iglesia aparecerá ante el mundo con el esplendor de la belleza y de la santidad que Dios le ha dado, la compara con María que deposita en la Iglesia, como en una cuna, el cuerpo de su hijo, para que la Iglesia lo entregue a la contemplación y a la adoración de todos los hombres. Porque ella celebra y conserva en su seno este misterio de la Eucaristía".

Y presenta después la Eucaristía como ofrenda, alabanza, encuentro y signo del mundo que Dios quiere.

Hay que unir el nacimiento a la cruz, contemplar el misterio de la Navidad con esa perspectiva de la ofrenda de Cristo en la cruz y en la Eucaristía, unir la Navidad con el misterio de la entrega del Cuerpo de Cristo. La carta a los hebreos vincula también la encarnación con la ofrenda de Cristo en la cruz. "Ya no van a ser animales, ni sacrificios de carneros lo que se va a ofrecer a Dios, es el que viene y ha tomado nuestro cuerpo, el que se hará ofrenda de sí mismo en manos del Padre, indentificándose totalmente con su voluntad. Esta perspectiva que une Encarnación con Eucaristía, nos llama también a nosotros a hacer de nuestra vida esa ofrenda... Conformar nuestra vida con el misterio de la cruz del Señor, que en definitiva es el misterio eucarístico, arranca de ese momento de la encarnación, en que Cristo toma nuestra carne, se hace verdaderamente hombre para ofrecerse como sacrificio nuevo y agradable a Dios para la salvación del mundo. Es la ofrenda que manifiesta el colmo del amor y la continuidad del amor". "Un año eucarístico significa para nosotros un año en que debemos renovar nuestra vida como ofrenda al Padre y como donación a los hermanos. En Cristo todo es entrega, desde el momento de la encarnación hasta la cruz, hasta la Eucaristía que perpetúa su ofrenda por nosotros. Que el año jubilar sea para nosotros un año para recuperar el amor primero. Porque qué es nuestra vida sacerdotal, sino una vida profundamente eucarística. No hay Iglesia sin Eucaristía, y no hay Eucaristía sin sacerdote".

"En la Eucaristía se hace presente la Trinidad entera. Tomemos conciencia de que la plegaria eucarística es una plegaria de alabanza, de glorificación a

la Santísima Trinidad. Sobre todo, nos dirigimos a Dios Padre agradeciéndole que El nos ha regalado al Hijo. Ese Hijo que se encarnó, dio su vida en la cruz y continúa estando presente en medio de nosotros en la Eucaristía. Es acción de gracias al Padre porque El nos regala a su Hijo, que nos comunica la vida. Y nos comunica la vida por la acción del Espíritu Santo al que hemos invocado sobre el pan y el vino para que se transformen en el cuerpo y la sangre del Señor" .

"Recuperemos nuestro ministerio sacerdotal como ministerio de alabanza, de acción de gracias, de glorificación a Dios... desarrollamos muchos aspectos de la Eucaristía y la Plegaria Eucarística que es el centro de la Eucaristía, la acción de gracias a Dios Padre, por Jesucristo en el Espíritu, a veces la pasaremos inmediatamente... incluso en nuestra manera de pronunciar las palabras...; debemos recuperar que la Eucaristía resuene como verdadera acción de gracias del pueblo de Dios".

"Que la Eucaristía sea realmente para nosotros y para el pueblo de Dios un encuentro con Jesucristo... procuremos la experiencia del encuentro en la Eucaristía... aquí tenemos mucho que trabajar por nuestros fieles... que les invitemos a abrir la puerta de su corazón a Cristo y que la tengamos nosotros abierta... que haya una auténtica experiencia de que hemos cenado con el Señor y El con nosotros... Cristo no falla, El está a la puerta y llama, está ahí entregado por nosotros... sepamos encontramos con El" .

"De cada celebración de la Eucaristía tendríamos que hacer nosotros un signo del mundo que Dios quiere. Sabemos que la Eucaristía tiene un sentido escatológico: 'Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven, Señor Jesús'. Celebramos la muerte de Cristo, mientras esperamos su venida gloriosa, es decir, la Eucaristía nos adelanta el Reino futuro, nos hace saborear el "pignus", la prenda de la vida futura... en ella saboreamos lo que Dios quiere hacer de nosotros; por tanto debemos desplegar toda la potencialidad que tiene la Eucaristía para que los hombres nos encontremos como hermanos, sepamos compartir, sea una llamada a una vida coherente. Si compartimos el cuerpo del Señor, cómo no vamos a compartir los demás bienes. Si estamos reunidos en torno a Cristo, si nos alimentamos de su cuerpo, cómo no sentir al cuerpo de Cristo, cuando se hace presente en el hermano pobre y

abandonado. Que estemos tan unidos a Cristo, que nos abra los ojos a servir al cuerpo doliente de Cristo en los hermanos necesitados. Cuando el encuentro con Cristo es auténtico todas estas posibilidades se despiertan en la Eucaristía".

Finalmente el Sr. Obispo dice: "Pienso que este año donde nos jugamos realmente lo más importante es precisamente en la Eucaristía... La Eucaristía del domingo es la que marcará la celebración de nuestro año jubilar... Un pueblo, una comunidad que celebra coherentemente la Eucaristía, está renovada en su raíz. Y al mismo tiempo una Eucaristía bien celebrada manifiesta siempre la vitalidad de la Iglesia".

RETIRO ESPIRITUAL DE CUARESMA

20 marzo 2000

La primera meditación tuvo como tema de reflexión el perdón. "Saber pedir perdón y saber perdonar". Tras hacer referencia a diversos textos de la Sagrada Escritura, dijo: "El domingo pasado, el Papa, en una celebración sin precedentes en la historia de la Iglesia y de los Jubileos, pidió perdón y perdonó. El perdón es un signo de identidad de los cristianos. Cristo nos ha enseñado a perdonar, Él ha muerto perdonando. Y además el Papa, consciente de esto, dice que pidamos perdón sin esperar nada a cambio. Nosotros hemos sido perdonados por Dios generosamente y, por eso, generosamente tenemos que saber perdonar y confiadamente saber pedir perdón. El Jubileo sea para nosotros, sacerdotes, un momento de reconciliación y de perdón".

"En este retiro podemos hacer una revisión fijándonos en esos siete grandes pecados que el Papa ha señalado, pero para que lo apliquemos a nuestra propia vida. y siempre en esa doble clave: si sé pedir perdón, y si sé ofrecer el perdón. Pedir perdón supone reconocer con humildad las faltas, pero también confiar en el perdón del otro. Y creo que tenemos que saber pedir perdón".

La primera petición de perdón que hace el Papa es por la vida cristiana en general, por los fallos de esa vida. Ya había insinuado en la "Tertio millenio adveniente" que los cristianos no somos ajenos a la indiferencia religiosa que se vive en este momento. "¿Hemos sido tan coherentes que se ha podido ver bien el perfil de lo que es ser cristiano o simplemente nuestra mediocridad ha hecho que desaparecieran esos perfiles de lo cristiano? ¿Cuál ha sido nuestra aportación en la sociedad en que vivimos, en nuestras comunidades? ¿Cuál ha sido el testimonio de nuestra fe en la presencia de Cristo resucitado, y el de nuestra esperanza y nuestra caridad en todas sus formas? Estas preguntas hechas sinceramente ante Dios, nos harán pedir perdón al Señor".

Se centra, a continuación, en la segunda petición de perdón: Las relaciones con Israel, que "aunque no nos sintamos directamente implicados, sí po-

demos preguntarnos: ¿cómo tratamos al diferente, cómo es nuestra relación actual con aquellos que no piensan como nosotros o que son críticos con nuestras formas de actuar o de ser? ¿Es una relación de ignorarlos, de combatirlos sistemáticamente, de no establecer ninguna puerta que permita descubrir lo bueno que Dios ha puesto en ellos? No hay ningún hombre del que se haya borrado la huella de Dios". Hace aquí referencia a la mujer pecadora, que en casa de Simón se acerca a Jesucristo, y se arrodilla a sus pies, se los besa, los riega con sus lágrimas y los seca con sus cabellos. y a la actitud del fariseo. "Muchas veces nuestra mirada puede ser condenatoria, de juicio y no la mirada para saber descubrir lo bueno que hay en cada hombre". "No cabe duda que una de las cosas que tenemos que afrontar en esta sociedad, es saber convivir en una sociedad muy plural".

"El tercer pecado por el que el Papa ha pedido perdón en nombre de toda la Iglesia, es por la ruptura de la unidad del cuerpo de Cristo. Efectivamente, ésta es una lacra muy grande para la evangelización, porque supone una contradicción con esa oración de Cristo en el cenáculo -'que sean uno para que el mundo crea' -, y en este momento en que todos, ortodoxos, protestantes, católicos, estamos viendo lo difícil que es acercar el evangelio al mundo de hoy, no deja de replantearnos que uno de los obstáculos grandes para esta evangelización, es nuestra falta de unidad".

"El cuarto pecado ha sido complejo, pero el hecho es dramático: los que anunciamos a Cristo no estamos unidos. Acerquemos, también, el tema a nosotros, a nuestro presbiterio, a nuestra diócesis, a nuestras parroquias. ¿Qué hemos hecho con la unidad? ¿Qué hacemos por la unidad? ¿Se puede decir de nosotros lo que se decía de la comunidad primera: "ved cómo se aman"? ¿O nos cuesta entrar en comunión, aceptarnos unos a otros, complementarnos, dialogar para avanzar en la unidad? Creo que aquí tenemos todos que pedir perdón y tenemos que perdonar generosamente también. Debemos ser una Iglesia más cohesionada, más unida, en la que nos aceptamos más cordialmente y colaboremos más generosamente unos con otros".

"Otro pecado, que señala el Papa, es la utilización de la violencia en el servicio a la verdad. No podemos prescindir de la verdad de Jesucristo, pero los métodos de ese servicio sólo pueden ser el trabajo, el respeto, el diálogo.

Sólo se puede servir la verdad del Evangelio con medios y métodos evangélicos. Que nunca se vea en nosotros ningún tipo de violencia o de presiones sutiles. Se puede ser violento de muchas maneras, incluso con el tono de las palabras a nuestros fieles, a los sencillos. Aquí, pues, nos tenemos que revisar, pues el Señor nos ha constituido con autoridad para servir a su pueblo, pero nunca para dominarlo; no el poder del dominio, sino la autoridad para el servicio".

"Otros fallos que el Papa ha puesto de relieve son el amor, la paz, los derechos de los pueblos y de las culturas, la dignidad de la mujer y la unidad del género humano. Que el Señor nos abra los ojos para descubrir los valores que no sólo son compatibles con el Evangelio, sino que desde el Evangelio los tenemos que promover: La paz, los derechos de los pueblos, la incorporación de las demás culturas, la dignidad de la mujer y el papel que debe desarrollar dentro de la Iglesia; pues, a veces, podemos tener esas actitudes poco sensibles a los nuevos valores".

"Y por último, la justicia social y el tema de la pobreza y los pobres. EL Concilio, en la "Presbyterorum ordinis", cuando habla del ejercicio de la pastoral, dice que los presbíteros tenemos que tener una sensibilidad especial para detectar los carismas que hay en la comunidad y cultivarlos; hacer que esos carismas confluyan al bien común y a un especial cuidado de los más débiles y de los más pobres.

Preguntémonos cómo hemos realizado esta misión y qué lugar ocupan los pobres en nuestro corazón, en nuestra vida, en nuestra economía, en nuestro estilo, en nuestra manera de vivir. ¿Nos sienten cercanos? ¿Estamos con ellos y trabajamos por ellos? ¿Trabajamos por la justicia social?

Nuestro servicio a los pobres no estará bien realizado hasta que ellos no se encuentren en la Iglesia como en su casa, compartiendo el Evangelio, sintiéndose miembros de pleno derecho en la Iglesia, no sólo servidos o ayudados por ella, sino miembros con los que sabemos compartir y darles el papel que les corresponde".

Y acaba D. José haciendo esta oración: "Señor, Dios de los pobres, a menudo los hijos de la Iglesia han olvidado a los pobres y ha contribuido a crear

situaciones de presión y de esclavitud. Perdónanos y ayúdanos a reconocer en el que sufre el rostro de tu Hijo Jesucristo".

Tras un tiempo para la reflexión y la oración personal, dio comienzo la segunda meditación en torno al consuelo. Comienza leyendo el texto del Apocalipsis, en la carta a la Iglesia de Laodicea. En la primera parte de la lectura aparece el tema de la tibieza. Esa Iglesia no se da cuenta de su pobreza, está como muy segura, pero el Señor le dice que es pobre y es como si estuviese ciega y desnuda. "Esa parte me recuerda el pasaje del ciego de Jericó. Es un hombre que está también ciego y es mendigo. Podía ser un ciego rico, pero no, es un pobre ciego, que no sabemos cómo estaría vestido. Pero son las tres palabras que aparecen aquí: pobre, ciego y desnudo. El ciego, sentado al borde del camino, oye que Jesús pasa y capta su voz, su llamada, su presencia y le dice: "Jesús, hijo de David, ten piedad de mí". El Señor hace que lo traigan a su presencia y en ese encuentro queda curado. Y dice el evangelista que "recuperó la vista y lo seguía por el camino".

"Reconozcamos nuestras debilidades. Cuántas cosas quisiéramos ver y no vemos, no acertamos a ver: hacia dónde ir, cómo avanzar, cómo trabajar en el tema de los jóvenes, cómo hacer reaccionar a la comunidad, cómo encontrar yo mismo recursos para crecer. Muchas veces; estamos fallando en lo mismo y me digo: ¿cómo me podré corregir?, ¿cómo podría crecer, moverme, avanzar? Es como si estuviésemos a la vera del camino, pobres y ciegos, pero Jesús se hace presente. El Jubileo, la Cuaresma es tomar conciencia de que Él está a nuestra puerta llamando y tenemos posibilidad de escuchar su voz y de abrir la puerta y disfrutar de su intimidad. Recordemos las palabras de la Sagrada Escritura, antes citadas. 'Estoy a la puerta y llamo y si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo'. Ahí hay una relación personal intensa, fuerte".

El versículo citado "es un canto de esperanza, sin duda, a esa Iglesia tan necesitada. En él parece que hay la confluencia, al menos, de cuatro grandes líneas, que son constantes en la Sagrada Escritura".

"La primera Pascua se produjo en la noche en que Dios libró a los primo-

génitos de Israel por la sangre del Cordero, e hizo posible que esa noche fuera de liberación, como de noche fue la Resurrección del Señor y de noche celebramos la gran Vigilia Pascua!. En medio de la noche, de nuestra noche de incertidumbres, de dudas, de ofuscaciones, el Señor pasa por nuestra vida. Nos estamos preparando para la Pascua. Dejad que el Señor se haga el encontradizo en medio de la noche. Siempre que experimentamos la oscuridad, en cualquiera de sus formas, hemos de recordar que somos el pueblo de la Pascua".

"La otra corriente que aparece en la relación de Dios con su pueblo, en la Pascua, es estar a la puerta llamando y esperando que la voz sea percibida, que la puerta se abra y que haya un encuentro, un encuentro amoroso, entrañable, de amistad. Recoge la línea del Cantar de los Cantares, en la que Dios se compara con el esposo. El concepto de Dios como el esposo que busca apasionadamente, cariñosamente, es un elemento a recuperar en un momento de reconversión. Yo soy entrañablemente *amado* por un Dios que no se cansa de mí".

"Otra línea sería la sapiencia!. En la Biblia están los hombres sabios que saben leer la vida desde la luz de la Palabra de Dios, desde la ley del Señor. Son los que temen a Dios. Que no es miedo de Dios. El temor se tiene cuando se ama mucho. Cuando una persona está enamorada de otra, teme perder ese amor. No le tiene miedo al otro, pero teme perderlo. "El principio de la sabiduría es el temor del Señor", es valorarle como el primer valor en la vida".

"Finalmente es el banquete, tema que atraviesa prácticamente toda la Escritura y que llega a plenitud en el *Nuevo Testamento*, con las parábolas de Jesús, con sus hechos y con la institución de la Eucaristía. Dios que prepara un banquete, que se sienta en nuestra mesa. Es el Dios que nos trata como personas, el Dios que nos da la posibilidad de sentarnos con Él y hablamos como un amigo. Y Él hizo de esa mesa el sacramento del amor: la Eucaristía.

RETIRO ESPIRITUAL DE ADVIENTO

4 diciembre 2000

Vamos a iniciar en nuestro retiro de Adviento el final de este Gran Jubileo del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Veamos cómo hemos acogido los dones, la gracia tras gracia que El nos ha ofrecido en este Año Jubilar, ver si realmente el Jubileo ha pasado por nuestro corazón.

Ante todo, la pregunta es ver si hemos recuperado lo que el Papa ha dicho en tantos textos preparatorios del Jubileo, esa capacidad de admirarnos ante el Misterio de la Encarnación. En la primera parte de esta meditación, para todos vosotros y para mí, pediría la capacidad de conmovemos, de admirarnos ante ese sorprendente gesto de Dios de hacerse uno de nosotros, de entrar en nuestra historia y en nuestro tiempo.

¡Cuántas veces nosotros tocamos ese misterio de la Encarnación que se actualiza en la Eucaristía! El Año Jubilar es año Eucarístico por excelencia, porque El mismo que la Virgen envolvió en pañales es el que está escondido bajo las especies de pan y vino en el altar ofreciéndose por nosotros. Pidamos al Señor esta mañana que no pase este Jubileo sin que sintamos un estremecimiento interior. Durante este Adviento hay muchas peticiones que dicen: "Señor, Tú que bajaste hasta nosotros por el camino del amor, haz que nosotros sepamos subir a Ti por el mismo camino". O "Señor, Tú que bajaste a nosotros por el camino de la humildad haciéndote pequeño, haz que nosotros subamos a Ti por el mismo camino". Al cielo se sube bajando. Al Misterio de la Encarnación nos adentramos por ese camino de la humildad.

La historia nos ha dejado ese hermoso signo de la puerta tan pequeña para entrar a la Basílica de Belén. Fue por motivos de defensa por la que se hizo una puerta reducidísima para entrar a la Basílica de Constantino, para que no penetraran los caballos. Pero simbólicamente ha quedado como una puerta pequeña por la que todo el que quiera entrar a visitar la gruta de Nazaret, tiene que inclinarse, hacerse pequeño. Que la capacidad de admiración ante

el Misterio de la Encarnación provoque en nuestro corazón una sincera acción de gracias; corresponder a la bendición de Dios con nuestra alabanza.

El segundo punto en esta mañana sería preguntamos si en este Año Jubilar nosotros personalmente hemos observado algún signo de conversión en nuestra propia vida. Hemos llamado a otros a la conversión; pero, ¿esa llamada la hemos percibido también nosotros? Pienso que la conversión para nosotros es siempre una llamada a revitalizar nuestra fe y nuestra confianza, es una invitación a salir de nosotros mismos, a apoyarnos en quien puede ser realmente la roca que nos sustente y a acoger la Buena Noticia, el Evangelio. "Convertíos y creed en el Evangelio".

Sin duda la conversión a la que nos llama el Año Jubilar es también el paso del pecado a la gracia. La puerta Jubilar, está dicho en los documentos, es siempre un símbolo del salir de la muerte, del pecado para adentrarnos en el misterio de la gracia y del amor de Dios. Abandonamos al abrazo del Padre, dejamos abrazar por El es reconciliamos con Dios. Y ahí, pues, también tendríamos que ver cómo hemos celebrado nosotros personalmente nuestra propia reconciliación con el Señor.

Pero hay otras dimensiones de la conversión que es importante no olvidar. Quizás la más difícil, en la medida que para nosotros pasa el tiempo y pasa la historia, es la llamada que el Señor nos hace a recuperar el amor primero; es la corrección amorosa que Dios hace en las cartas del Apocalipsis a una Iglesia que realmente ha trabajado, pero ha perdido el amor primero. Si un Jubileo significa algo importante en la vida de las personas, de la Iglesia y de la sociedad, sería recuperar el proyecto inicial de Dios, que todo vuelva a ser como Dios ha querido, como ha salido de sus manos.

Ya sabéis que la expresión de Jesús resucitado cuando dice a los apóstoles: "Que vuelvan a Galilea, allí me verán", en el comentario de algunos Padres, es volver al amor primero, volver al momento de la llamada primera y de la respuesta generosa cuando uno comenzó a decir: "Señor iré contigo". Volver a Galilea es siempre la invitación a volver a encontrarnos con el Señor y percibir esa llamada que El nos hizo y nos sigue haciendo, para poderle responder con la generosidad del primer momento. Recuperar el amor primero.

Otra dimensión importante del Jubileo es la reconciliación. Hemos hablado de la reconciliación con Dios en la conversión, pero también la reconciliación con los hermanos. Con qué hermosura y profundidad el Papa lo expresó también en esta oración del Año 2000. "Que por tu gracia, Padre, el Año Jubilar sea un tiempo de conversión profunda y de gozoso retorno a Ti"; lo hemos visto en esta primera parte. "Y que sea un tiempo de reconciliación entre los hombres y de nueva concordia entre las naciones. Un tiempo en que las espadas se cambien por arados y al ruido de las armas le sigan los cantos de la paz" .

¿Nos dejará el Año Jubilar más reconciliados a nosotros los sacerdotes? Perdonar es muy difícil, pero es la característica que tenemos los discípulos del Señor. Y comencemos por meditar cómo podremos ser signos de reconciliación, instrumentos de reconciliación, si nosotros no nos reconciliamos más. La reconciliación tiene un proceso como todo en la vida y en la fe.

El primer paso, que es orar, siempre lo podemos dar. Orar por quienes nos han ofendido; orar quizás por aquellos a quienes nosotros hemos ofendido y no acertamos a dar el primer paso hacia ellos. Desarmar la palabra y el corazón y pedirselo al Señor como una gracia.

Sabemos que no podemos amar como Cristo nos ha amado si no es por el don del Espíritu Santo que ha sembrado el amor en nuestros corazones. Pidamos ese don del Espíritu Santo que nos permita reconciliarnos.

Y queda otro aspecto más del Jubileo que es el de la solidaridad, el de la llamada al reparto de la tierra que se hacía en el Antiguo Testamento, y que en el Nuevo Testamento es a compartir la vida y la llamada a hacernos solidarios con los que están a nuestro lado, especialmente los que carecen de bienes. Tendríamos que preguntarnos si la celebración del Jubileo nos ha hecho más desprendidos, si hemos dejado algo de nuestros bienes materiales.

Pero nosotros tenemos que devolver, sobre todo, a nuestros hermanos cristianos el espacio espiritual que les corresponde. No hemos de ser personas que acumulemos todo en nuestra acción. Es decir, un reparto de responsabilidad. A mí me parece muy sugerente esto para nosotros. Dejar que

el papel que cada uno tiene en la comunidad, lo pueda desarrollar como un espacio propio, como una vocación propia que el Señor le ha dado para que él crezca. No seamos posesivos y acaparadores, sepamos de verdad distribuir las responsabilidades, cultivar los carismas, ayudar a que cada uno de los que se nos han confiado pueda madurar y adquirir la madurez según el Evangelio.

Después de una hora de reflexión personal, D. José dice en la segunda meditación:

Quisiera ayudaros y ayudarme a que nos planteáramos si realmente la celebración el Jubileo nos ha dejado más alegres. La palabra Jubileo es una llamada al júbilo, a la alegría.

Alegría de corazón, esa alegría que también es compatible con las lágrimas, la alegría de las Bienaventuranzas. ¿Pero hay en nosotros alegría de corazón? Quizás sea el termómetro más claro de cómo hemos vivido, celebrado este Gran Jubileo. Pienso que no puede haber evangelización sin alegría. Quizás una de las grandes carencias en nuestra experiencia cristiana sea un déficit de alegría.

Todas las narraciones del Evangelio de Lucas referentes a la venida del Salvador rebosan alegría. Uno de los que manifiesta la alegría de la presencia del Señor con más fuerza es Simeón, el anciano.

La percepción, la fe, la confianza con que se acoge esta presencia del Salvador es la que es capaz de crear una alegría en el corazón que nadie ni nada podrá arrebatar. Pienso que es un don que hemos de pedir como una gracia especial del Jubileo. La contemplación, como decía Rahner, de ese niño pequeño envuelto en pañales, que es tan Dios como el Padre y tan hombre como tú, es la novedad más grande que se ha introducido en esta tierra. Que una criatura débil, hombre como tú, es tan Dios como el Padre. El misterio de Dios se ha introducido en el corazón del hombre, en el corazón de la historia y hay que desplegar toda esa fuerza vital que tiene esta experiencia. Y una de esas manifestaciones más importantes es la alegría.

Esta alegría, me gustaría que la pusiéramos en relación con los dos acen-

tos, que ha tenido el Jubileo, de glorificación de la Santísima Trinidad y de un año especialmente eucarístico. En la Tertio Millennio el Papa Juan Pablo nos dice que el objetivo de este Año Jubilar, concretamente, será la glorificación de la Trinidad de la que todo procede y a la que todo se dirige en el mundo y en la historia. A este misterio miran los tres años de preparación inmediata, lo recordamos bien, desde Cristo y por Cristo en el Espíritu al Padre. En este sentido la celebración jubilar actualiza y al mismo tiempo anticipa la meta y el cumplimiento de la vida del cristiano y de la Iglesia en Dios uno y trino. Pero para destacar la presencia viva y salvífica de Cristo en la Iglesia y en el mundo, nos dice que el dos mil será un año intensamente eucarístico.

En el sacramento de la eucaristía el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina.

Desde hace dos mil años la Iglesia es la cuna en la que María coloca a Jesús y lo entrega a la adoración y contemplación de todos los pueblos. En el signo del pan y del vino consagrados, Jesucristo resucitado y glorificado, luz de las gentes, manifiesta la continuidad de su encarnación. Permanece vivo y verdadero en medio de nosotros para alimentar a los creyentes con su cuerpo y con su sangre.

¿Hasta qué punto estas afirmaciones de nuestra fe y de nuestra experiencia cristiana nos afectan y nos impresionan todavía?

El Sr. Obispo a continuación describe la experiencia preciosa que vivió en el Congreso Eucarístico Internacional de Roma, al escuchar al arzobispo vietnamita Van Thuan, actual Presidente del Consejo Pontificio de la Justicia y de la Paz. Este arzobispo, trece años encarcelado y de éstos nueve incomunicado, pudo soportar tan durísima prueba, porque a media noche ponía tres gotas de vino y una de agua y un trocito de pan en la palma de la mano y celebraba la Eucaristía. Ella fue su fuerza para resistir. Y no sólo él sino también un pequeño grupo de cristianos, a quienes en una cajetilla de tabaco pasaba las partículas consagradas. Su fortaleza, su alegría fue un gran testimonio para los demás presos, de manera que "gracias a la Eucaristía la cárcel se

convirtió en una escuela de fe. Muchos pudieron conocer que nosotros creíamos en la presencia de alguien que continúa en medio de nosotros".

Y Mons. Vilaplana continúa:

Cuando oímos esto tenemos que preguntamos: ¿qué vivencia tenemos nosotros de la Eucaristía? ¿Percibimos esa presencia viva de Cristo en medio de nosotros, en medio de las dificultades, no tan grandes como aquéllas? ¿Hasta qué punto descubrimos en la Eucaristía esa fuente de alegría, por encima de la dificultad?

Tenemos una doble responsabilidad: Ser testigos de la alegría por nuestra fe profunda en la presencia del misterio de Cristo en medio de nosotros y al mismo tiempo hacer de la celebración de la Eucaristía una escuela de fe a nuestro alrededor. Responsabilidad de que la Eucaristía no sea algo rutinario ni en nuestra vida ni en la vida de los fieles, sino que despliegue ese dinamismo de ser fuente de fe para los que están a nuestro lado.

Y la Eucaristía es acción de gracias. Una de las dimensiones que tiene el Jubileo es provocar la acción de gracias por el misterio de la salvación y glorificar a la Santísima Trinidad. Creo que somos conscientes de que cuando celebramos la Eucaristía, sobre todo celebramos la acción de gracias dirigida a Dios Padre de quien procede todo bien, que nos ha amado tanto que nos ha regalado a su propio Hijo. En la plegaria Eucarística Cristo se hace presente y actualiza su ofrenda al Padre y a los hombres. La glorificación del Padre y la solidaridad con los hombres indisolublemente unidas en la Eucaristía. El mismo que se ofrece al Padre es el mismo entregado como pan vivo que da la vida al hombre. En cada celebración de la Eucaristía hemos de renovar nuestra ofrenda al Padre y nos hemos de expropiar personalmente en favor de nuestros hermanos. "Imita lo que conmemoras", se nos dijo el día de nuestra ordenación al entregamos el pan y el vino. "Imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el Misterio de la Cruz de Cristo". En el Misterio de la Cruz de Cristo se da esta culminación: ofrenda al Padre y donación a los hermanos.

¿Ha mejorado la celebración de la Eucaristía en este Año Jubilar? ¿Encontramos ahí la fuente de nuestra energía y la fortaleza para seguir caminando,

porque es alimento del pueblo peregrino?

No terminemos el Jubileo con sensación de cansancio. Nos hemos cansado porque hemos intentado que nuestras comunidades reaccionen, participen, descubran. Está bien que sintamos el cansancio y demos gracias a Dios por él, si esto ha sido la prestación de nuestro servicio al Gran Jubileo. Pero sería una pena que no probáramos también el mosto de la alegría que este Jubileo ha podido dejarnos también a nosotros. La alegría hecha acción de gracias es uno de los signos que caracteriza a la comunidad cristiana.

La comunidad cristiana es la comunidad que celebra la Eucaristía como centro y culmen de toda evangelización. La Eucaristía que la Iglesia celebra es la que hace a la Iglesia. Hay un autor que dice que de alguna manera la Eucaristía es nuestra madre y nuestra hija, porque es la Eucaristía la que hace a la Iglesia y es la Iglesia la que celebra la Eucaristía. Y en esta dimensión de dejamos transformar para servir mejor en la evangelización, es donde estaría la clave para que nosotros procuráramos que en esta Navidad de 2000, quien nos viera, pudiera vernos como hombres transformados. Que noten que Cristo ha pasado al lado de nuestra vida.

En la conversión de Zaqueo encontramos la clave esencial para terminar bien este Jubileo. Digamos con él: "El Señor ha entrado en mi casa. El Señor ha tocado mi corazón y por eso tengo una alegría contagiosa y hay cosas que están cambiando en mi existencia". Y que lo puedan ver los demás porque la alegría del Jubileo no es solamente una alegría interior. La bula "Incarnationis mysterium" nos dice que esta alegría no sería completa, si nuestra mirada no se dirigiera a María, por la que el Hijo de Dios se hizo nuestro hermano. Ella es testigo de la alegría, su Magnificat es el programa de una vida creyente que ha estado tocada, inundada y transformada por la presencia de Dios, el Salvador.

Que se note que estamos contentos, que vivimos la alegría, que estamos en permanente acción de gracias, porque hemos sido visitados y tocados por este Misterio de la Encarnación.

RETIRO ESPIRITUAL DE CUARESMA

5 marzo 2001

Comenzamos este retiro de Cuaresma, tratando de acoger también nosotros esa invitación a la conversión que nos hace este tiempo litúrgico fuerte. "Convertíos y creed en el Evangelio" podemos decir en el momento de imponer la ceniza en la cabeza de los fieles, como también podemos decir "acuérdate de que eres polvo y al polvo has de volver". A mí me parece que la meditación sobre estas dos fórmulas simultáneamente nos da la visión completa de lo que ha de ser nuestra vida cristiana. Pienso que, "acuérdate de que eres polvo" sin una referencia de esperanza podía ser una frase casi como insultante y que la podrían decir también los paganos; somos polvo, somos poca cosa, somos como la arcilla y como el barro en nuestra debilidad. Pero eso sólo es como un primer paso para escuchar bien la invitación de "convertíos y creed en el Evangelio". El profeta Isaías dice que somos arcilla, pero en manos de Dios que es el alfarero. Y es verdad, somos polvo, arcilla, barro, pero llamados a ser una obra de arte, a ser una imagen viva de Jesús en medio del mundo. Y esa transformación, esa constatación de nuestra debilidad, ese reconocimiento de nuestra vocación a ser imágenes del Hijo, es realmente la propuesta que Dios nos hace y con la que El se ha comprometido con nosotros.

En el retiro de hoy, quiero comentaros la carta Apostólica "Novo Milenio Ineunte". Un documento que sin duda acompañará a la Iglesia en esta entrada en el nuevo milenio. Yo quisiera hoy ser como un buen rapsoda para que algunos párrafos de esta carta resuenen en vuestro corazón. Pero ha sido para mí un problema el seleccionar una carta tan rica, tan densa y al mismo tiempo muy cargada de esperanza y de dinamismo; he tenido que hacer alguna selección, no puedo comentarla toda.

La clave de un retiro es sabemos situar bajo la mirada de Dios y en relación con El, para descubrir que aquello que conocemos, que aquello que orienta nuestra acción pastoral toca nuestra vida, nuestras actitudes, nuestra manera de pensar y nuestra manera de ser. Y en ese sentido la palabra con la

que se inicia esta carta es "rema filar adentro".

El Sr. Obispo lee el pasaje de Lucas, 5,1-11.

La mayoría de los que estamos aquí, exceptuando los más jóvenes, somos la generación que ha sufrido más quizás los cambios en la sociedad, en la Iglesia. Hemos sufrido cambios de mentalidad en la sociedad, en la cultura, en la educación, en la familia, y nuestra impresión es que después de muchos trabajos quizás hemos pescado poco. Y esto caracteriza muchas veces nuestras actitudes, nuestras conversaciones. Es la misma experiencia de Pedro; quizás nosotros también como él hemos pescado poco. Sin embargo, esta carta pastoral hace resonar en nuestros oídos esta invitación "rema mar adentro y echa las redes para pescar".

Tenemos que ser capaces de decidir hoy al Señor: "Puesto que Tú lo dices, no porque yo lo calculo de una manera o de otra, o porque me hago mis provisiones, echaré las redes". ¿Y qué significará esta disposición de echar las redes. sino de afrontar el futuro con esperanza? El Papa dice que esta palabra leída por nosotros hoy debe provocar el que recordemos con gratitud el pasado. Algo sí se ha pescado. El Señor no ha estado nunca ausente de nuestra vida y hay que reconocerlo con gratitud. Si quizás mirado en su conjunto no podemos hablar de una situación de éxito, sí es necesario reconocer los signos de Dios en nuestra historia y en nuestro mundo. Y hay que mirar el pasado con gratitud, hay que vivir el presente con pasión. Por tanto, atención a esa gran tentación de la mediocridad, de la desesperanza, de la no implicación, del hacer lo justo para pasar por esta situación. No, si recibimos esta invitación "rema mar adentro" es para vivir con pasión el presente y para abrirnos con confianza al futuro. Tres palabras preciosas para la oración, para nuestro encuentro con Cristo. Gratitud, pasión, confianza frente a lo que podría ser indiferencia, tibieza o temor.

En la reflexión de esta expresión "rema mar adentro" y mirando la experiencia concreta del Jubileo, dice que la Iglesia después de treinta y cinco años del Concilio Vaticano II, en esta convocatoria del Jubileo, ha sido invitada a interrogarse sobre su renovación, para asumir con nuevo ímpetu su misión evangelizadora. ¿Lo ha logrado el Jubileo?, se pregunta el Papa. Yo

hoy formularía la pregunta a nosotros, ¿el Jubileo ha logrado renovarnos algo?, ¿despertar algo en nosotros? No echemos en saco roto la gracia de Dios.

El Papa presenta esta carta como una contemplación del rostro de Cristo. El mensaje central de la carta es contemplar el rostro de Cristo como una invitación a mirar a El, mirando por una parte el pasado, el pasado inmediato, el Jubileo, para ver si ha sido un encuentro con Cristo, y reconocer los signos del encuentro con Cristo que se han dado en nosotros, en los fieles. Profundizar en esta mirada y desde esta mirada proyectar el futuro. Vamos a tratar de hacer este: contemplación esta mañana.

Juan Pablo II comienza el capítulo primero de esta carta, con esta frase bíblica: "Gracias te damos Señor, Dios omnipotente". Tenemos motivos para dar gracias y creo que muchas veces damos poco las gracias a Dios. No hemos desarrollado la dimensión de alabanza de la vida cristiana y sólo desde la alabanza es como debe moverse toda respuesta auténtica a la revelación de Dios en Jesucristo. ¿Quién puede contemplar a Cristo como el gran regalo de Dios, y no dar gracias y no alabar al Padre por lo que en El nos ha manifestado?

¿Qué herencia nos ha dejado la celebración del Jubileo?, ¿de qué tenemos que dar gracias a Dios? No echemos en saco roto esas gracias que hemos recibido nosotros y nuestros fieles.

¿Qué se ha movido por dentro de nosotros en esta celebración?, acojámoslo, demos gracias, porque eso puede ser no sólo memoria del pasado inmediato sino profecía de futuro. Lo que ha ocurrido en nuestro corazón es lo que puede seguir ocurriendo en el futuro.

Desde el encuentro con Cristo y en diálogo con El, sólo desde alú, somos capaces de reemprender el camino de la esperanza. En la carta hay un testimonio muy bonito del Papa Juan Pablo; dice que él durante este año ha mirado, quizás asomándose por la ventana, las filas de gente que entraban por la puerta Santa, y se preguntaba: "¿qué habrá pasado en el corazón de cada uno de éstos?", ¿cómo estarán viviendo este encuentro y esta historia?". Pues tratemos de asomarnos nosotros un poco a nuestra historia, a la ventana de nuestra vida y decir: "¿qué ha pasado en mi corazón?"; acógelo y da gracias

por ello. Y allí hay otro subrayado que yo quisiera hacer: para emprender ese camino de esperanza, ese camino de futuro, es importante que lo que nos proponemos hacer lo hagamos con la ayuda de Dios y esté fundamentado en la contemplación y en la oración, porque "nuestro tiempo es un tiempo de continuo movimiento", cito literalmente, "que a menudo desemboca en el activismo con el riesgo fácil de hacer por hacer" o Tenemos que resistir a esta tentación buscando ser, antes que hacer.

En este capítulo, el Papa utiliza la frase bíblica "Queremos ver a Jesús", recogiendo aquella experiencia de Felipe que está en Jerusalén y hay un grupo de griegos que se acercan a él y le dicen: "Queremos ver a Jesús". El Papa comenta esta frase diciendo que como aquellos peregrinos griegos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo hablar de Cristo sino en cierto modo hacérselo ver. ¿Y no es quizás cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio? Los Santos Padres compararon muchas veces a la Iglesia con la luna. La Iglesia no tiene luz propia, como la luna, pero en medio de la noche la luna está llamada a reflejar la luz de su Señor, que es el sol que nace de lo alto. Y cada uno de nosotros los cristianos estamos llamados a reflejar ese rostro de Cristo en nuestra vida. Y el Papa se pregunta, ¿pero será nuestro testimonio ese reflejo de Cristo?; sería enormemente deficiente, si nosotros no fuéramos los primeros contempladores de su rostro. Si la luna no está mirando al sol, no refleja al sol en la noche; si nosotros no estamos contemplando el rostro de Cristo, dejándonos iluminar por El, difícilmente lo podremos reflejar para los hombres de nuestro mundo. Allí veis cómo está unida la llamada a la contemplación y al testimonio, sin separar la contemplación de nuestra misión. No podemos realizar bien nuestra misión sin contemplación.

En la teología de los iconos, se dice que un icono no está hecho sólo para nosotros lo miremos, sino también para que nos dejemos mirar por él. Es decir, cuando uno contempla el rostro de Cristo, se deja mirar por Cristo.

Contemplar el rostro de Cristo, nos dice el Papa, en la Sagrada Escritura; porque desconocer la Escritura es desconocer a Cristo; una llamada a interior-

rizar la Escritura, los Evangelios. Siempre hemos de leer de nuevo el Evangelio y contemplarlo con la mirada de fe, porque dice el Papa que sólo la fe puede franquear el misterio de este rostro. A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe.

En este capítulo se nos invita a contemplar el rostro del Hijo, el rostro doliente, el rostro del resucitado, siempre estas tres afirmaciones sin separadas. El rostro de Cristo es el rostro del Hijo; el rostro de Cristo siempre es el rostro que lleva las marcas de la cruz, el Cristo doliente, pero es el Cristo resucitado el que contempla a la Iglesia, porque así, resucitado, está el Señor en medio de nosotros.

En la segunda meditación el Sr. Obispo presenta los dos últimos capítulos de la carta apostólica: "Caminar desde Cristo" y "Testigos del amor".

Son los dos, afirma, los que miran más hacia el futuro. Después del Jubileo, ¿qué hemos de hacer? El Papa dice que nos lo preguntemos con un confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas; que no podemos estar pensando que haya una especie de fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. A mí me parece que aquí hay una de las frases clave de esta carta. Dice, "no, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una persona y la certeza que ella nos infunde: Yo estoy con vosotros". Esta es la frase bíblica que inicia el capítulo y que es el corazón de la carta. Dice Jesús en el Evangelio de Mateo: "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Ahí está nuestro programa pastoral, ahí está nuestro futuro.

El programa pastoral, nuestro futuro pastoral y personal se centra, en definitiva, en Cristo mismo al que hay que conocer, amar e imitar. Para vivir en Ella vida trinitaria y transformar con Ella historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que es de siempre, que está ahí, Cristo presente siempre en medio de la Iglesia; aunque un programa que ha de tener en cuenta el tiempo y la cultura en la que vivimos para establecer un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. Es importante que nosotros y precisamente ahora que estamos elaborando nuestro Plan de Pastoral, que

afiancemos nuestra fe en la presencia de Cristo que está con nosotros. Sólo desde El podemos seguir trabajando cristianamente, evangélicamente. .

«En las Iglesias locales, dice el Papa, es donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas... que permiten qUt: el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura».

Desde la convicción de la presencia de Cristo en medio de nosotros, el Papa marca unas prioridades y nos sorprende porque la primera de ellas es la santidad. El camino pastoral es el de la santidad y esta es la perspectiv3. en la que debemos situarnos de cara al futuro.

¿Qué puede significar la palabra santidad en la lógica de una programación pastoral? El Papa dice: "En realidad poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias, significa expresar la convicción de que si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno: ¿quieres recibir el Bautismo?, significa al mismo tiempo preguntarle: ¿quieres ser santo?, significa ponerle en el camino del sermón de la montaña, "sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial" .

Estamos en Cuaresma, vamos hacia la celebración de la Pascua, vamos a renovar las promesas de nuestro bautismo y aquí también esta pregunta: ¿quieres renovar las promesas del bautismo?, sería también preguntarnos: ¿queremos renovar nuestra disposición a la santidad?, o sea, ¿quieres ser santo?, para no conformarnos con una vida mediocre. Todo bautizado está llamado a ser santo, y nosotros personalmente también. El objetivo que el Papa pone es el más alto, pero yo creo que está hecho con una gran sentido pastoral, porque inmediatamente dice: "Pero los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a vocación de cada uno". Y los caminos de la santidad son personales y exigen una pedagogía de la santidad que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. También nosotros necesitamos una

pedagogía de la santidad y quizá!. hoy podríamos preguntarnos, ¿yo qué pedagogía de la santidad llevo adelante en mi vida?, ¿despliego todas las posibilidades de mi bautismo?

Los discípulos le pedían al Señor 'enseñanos a orar'. Y Cristo mismo nos dice: "Permaneced en mí como yo en vosotros", y esta relación íntima, esta reciprocidad que se establece en la oración con Cristo, dice el Papa que es el fundamento mismo, el alma de la vida cristiana y una condición para toda vida pastoral auténtica. ¿Por qué fracasan muchas veces nuestras cosas?, ¿no será quizás porque no logramos establecer esa relación recíproca de intimidad y de relación con Cristo en nosotros y en los fieles? Es necesario que nuestras comunidades sean escuelas de oración donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino en acción de gracias, en alabanza, en adoración, en contemplación. en escucha, en esa viveza de afecto que ha de tener toda relación auténtica. Y dice que se equivoca quien piensa que la oración no es también para todos los cristianos, porque un cristiano sin oración es un cristiano en riesgo, y yo creo que mucho más también un sacerdote o un Obispo sin oración _s un sacerdote o un Obispo en riesgo. En riesgo de profesionalizamos, en riesgo de comunicar poco ese encuentro vivo, cálido que da autenticidad a toda la vida cristiana. El Papa habla también de la importancia del domingo, de la importancia del sacramento de la Penitencia, de la importancia de la escucha de la palabra para anunciar la Palabra; dice: "Alimentamos de la Palabra para ser servidores de la Palabra". En el compromiso de la evangelización es indudablemente una prioridad para la Iglesia, al comienzo del nuevo milenio, el alimentamos de la Palabra para ser servidores de la Palabra.

Y dedica un capítulo a la primacía de la gracia. Dice: "En la programación que nos espera, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia". Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: "pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y de programar. Ciertamente Dios nos pide una colaboración real a su gracia... y no se ha de olvidar que sin Cristo no podemos hacer nada". Y continúa el

Papa: "Cuando no se respeta este principio de la primacía de la gracia, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración?". Si nos apoyamos sólo en nosotros, no es difícil que fracasemos o incluso que tengamos ese sentimiento de frustración. Sin embargo, quien está enraizado en Cristo, aun en los momentos más difíciles, toma conciencia de que la propuesta de Cristo nos infunde una confianza inquebrantable. "Yo estoy con vosotros". Pues actuar desde Cristo apuntando alto a la santidad con una pedagogía adecuada a nuestra situación y reconociendo la primacía de la gracia, de la presencia del Señor y de su ayuda en medio de nuestras tareas.

Y paso al último capítulo "Testigos del amor", o sea, si vivimos desde Cristo hemos de ser testigos del amor. Esta capítulo me parece especialmente luminoso también. la frase bíblica con la que comienza es ésta: "En esto conocerán todos que sois discípulos míos si os tenéis amor los unos a los otros". Este capítulo lo despliega el Papa en dos dimensiones: el amor dentro de la comunidad cristiana, dentro de la Iglesia; y el amor preferencial por los pobres. Muchas veces nosotros cuando hablamos de testigos del amor, damos inmediatamente el salto fuera de la comunidad, a servir a los necesitados; llegaremos ahí; pero la primera dimensión es "En esto conocerán que sois mis discípulos, si os tenéis amor los unos a los otros" dentro de la comunidad. La primera pregunta que nos debemos hacer siempre que queramos renovar nuestra vida o renovar pastoralmente nuestras comunidades es, ¿realmente nos queremos un poco más?, ¿realmente queremos a la gente que se nos ha encomendado?, ¿nos queremos los que tenemos que trabajar juntos? El Papa hablando de esto dice: "Muchas cosas serán necesarias para afrontar los retos del nuevo milenio, muchas serán necesarias, pero si faltara la caridad todo sería inútil".

El Papa ha dado cuatro puntos muy bonitos sobre qué es la espiritualidad de comunión. Primer punto, dice: "es ante todo tener una mirada del corazón sobre todo hacia el Misterio de la Trinidad que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado". Segundo punto, "espiritualidad de comunión significa capacidad de sentir al hermano de fe... para saber compartir sus alegrías y sus sufri-

mientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Tercero, "es capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro para acogerlo y valorado como regalo de Dios, un don para mí". Y cuarto, "espiritualidad de comunión es saber dar espacio al hermano llevando mutuamente la carga de los otros".

Y acaba Juan Pablo II, con una frase dura. Dice que "sin este camino espiritual de poco servirían los instrumentos externos de comunión. Se convertirían en medios sin alma".

"Si quieres la unidad, contempla la Trinidad". Este fue el testamento de San Sergio y ésta fue la pintura que hizo su discípulo para el sepulcro, como queriendo decir: si queremos avanzar en la unidad, sólo desde la contemplación de lo que es Dios, que nos invita a entrar en su misterio de amor, en su misterio de tres personas diferentes, pero un único Dios verdadero, lo conseguiremos.

Profundizar en esta espiritualidad de comunión lleva consigo desarrollar todas las vocaciones. La vocación de los laicos, la vocación de las personas consagradas. El Papa nos dice que tenemos que hacer un gran esfuerzo en la promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada porque escasean y son muy importantes para desarrollar también la vocación de los laicos. Creo que en el mes de marzo, vísperas del día del Seminario, nuestra oración debe mirar a nuestra diócesis, mirar al futuro. El futuro necesitará sacerdotes nuevos y los tenemos que ir pidiendo con insistencia, con pasión. Si el Señor los llama, sepamos acogerlos, animarlos, apoyarlos. Pienso que tendrá mucho que ver en eso si nos ven a nosotros felices, esperanzados como sacerdotes, a pesar de todas las dificultades.

Reflexionando sobre nuestra relación con los fieles me ha venido a la mente San Ignacio de Antioquía. Hemos de saber crear una cultura de condiscípulos entre nosotros y entre los fieles. Ellos y nosotros, todos estamos aprendiendo del mismo maestro, todos tenemos pendiente una lección en la que tenemos que progresar, que es la vida evangélica, el amor como Jesús nos amó a cada uno desde nuestra situación. Esta clave de condiscípulos me ha parecido una clave en la que quizás tendremos que trabajar para desarro-

llar la espiritualidad de comunión.

Finalmente, es la llamada a apostar por la caridad, hacia la práctica de un amor activo y concreto para cada ser humano, esa opción que nos permite contemplar en el pobre el mismo rostro de Cristo. El Papa dice que "si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir, sobre todo, en el rostro de aquellos con los que El mismo ha querido identificarse". "La página de Mateo 25, no es una simple invitación a la caridad, es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página la Iglesia comprueba su fidelidad como esposa de Cristo/ no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia".

Y da un paso más que yo titularía así y con esto quiero terminar el retiro de hoy: "El pobre en casa". Al pobre no sólo tenemos que ayudarle, no debemos parar hasta que el pobre encuentre en nuestra casa, su casa. Creo que es una perspectiva preciosa de la caridad. Dice: "Es la hora de una nueva imaginación de la caridad, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno". Por eso tenemos que actuar de tal manera, que los pobres en cada comunidad cristiana se sientan como en su casa.

Concluyó el retiro con la Exposición del Santísimo y la oración común.

RETIRO ESPIRITUAL DE ADVIENTO

10 diciembre 2001

Comienza Mons. José Vilaplana la primera meditación con la pregunta que Nicodemo hizo a Jesús: ¿"Cómo uno puede nacer siendo viejo"?

La pregunta nos la podemos hacer todos, jóvenes y mayores. San Martín de Tours, muy enfermo y a punto de morir, viendo que aún podía ser útil a la Iglesia, dijo estas bellísimas palabras: "Si adhuc sum necessarius, non recuso laborem". En este santo vemos al anciano que tiene corazón joven. Tenemos que reconocer que el hombre viejo que llevamos dentro, puede quedarse bloqueado por los problemas, mirándose más a uno mismo que a la misión, interesado más por el yo que por la comunidad. La tentación de sentirnos viejos, de sentir una cierta parálisis, es la tentación más fuerte que podemos tener. Hay que pedir, por tanto, al Señor que nos ayude a nacer de nuevo, lo que no resulta fácil.

"Cuando Jesús sigue hablando con Nicodemo para decide cómo puede uno viejo nacer de nuevo, le pone ante el misterio de la cruz, le recuerda que Moisés levantó la serpiente en el desierto y que todos los que miren al que, como la serpiente, será levantado de la tierra y crean en él, tendrán vida eterna".

"Nacer de nuevo por el agua y el Espíritu, por la inserción en el misterio de la Trinidad en el Bautismo y por la acogida permanente del don del Espíritu Santo, hace que vivamos y tengamos siempre presente el misterio de la Encarnación, de la Cruz y de la Resurrección, a través del cual hemos sido hechos criaturas nuevas. Pero esto no nos dispensa de afrontar el misterio de la salvación que se ha realizado en la pobreza y en el sufrimiento, en la pobreza y sencillez de la Navidad, en la dolorosa entrega pero fecunda de la Cruz y del amanecer nuevo de la Resurrección".

Juan Pablo II nos ha recordado en la Novo Millennio Ineunte la primacía

de la gracia. Dice textualmente:

"En la programación que nos espera, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia. Hay una tentación que insidia siempre sobre todo camino espiritual y acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y por tanto nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del reino. Pero no se ha de olvidar que sin Cristo no podemos hacer nada. La oración nos hace vivir precisamente en esta verdad. Nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con él, la primacía de la vida interior y de la santidad. Cuando no se respeta este principio, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración? Hagamos, pues, la experiencia de los discípulos en el episodio evangélico de la pesca milagrosa: 'Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada'. Este es el momento de la fe, el momento de la oración, del diálogo con Dios para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo, que pase por nosotros con toda su fuerza. En aquella ocasión fue Pedro quien habló con fe, 'en tu palabra echaré las redes'. Permitidle al Sucesor de Pedro que en el comienzo de este milenio, invite a toda la Iglesia a este acto de fe que se expresa en un renovado compromiso de oración".

Y más adelante, cuando el Papa habla del arte de la oración, que debe distinguir a todo cristiano, nos dice que todos tenemos necesidad de aprender a orar de nuevo. Porque en la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo que nos convierte en sus íntimos, "Permaneced en mí, como yo en vosotros". Y en esta reciprocidad, en este diálogo mutuo, en este encuentro, en esta intimidad, es precisamente donde se da el fundamento mismo y el alma de la vida cristiana y una condición para toda la vida pastoral auténtica y para toda renovación y renacimiento realmente cristiano.

La pregunta cómo nacer de nuevo siendo ya viejos, nos orienta a rehacer nuestra relación con Cristo, a releer nuestra vida en la presencia de Cristo, a

contemplar de nuevo el rostro de Cristo. Juan Pablo II en esa Carta Apostólica nos dice que para actuar bien tenemos que ser, sobre todo, contemplativos del rostro de Cristo como Hijo, del rostro de Cristo sufriente y del rostro de Cristo resucitado.

Contemplar el rostro de Cristo el Hijo, que se hace pobre y humilde para enseñarnos a ser hijos, el rostro de Cristo crucificado que nos ayuda a adentrarnos en los grandes dramas de nuestro siglo y el rostro de Cristo resucitado que está presente en medio de la Iglesia, son tres claves para nacer de nuevo cuando experimentamos la vejez en cualquiera de sus formas, de cansancio, de apatía, de frustración, de desánimo.

"Para ayudarlas a profundizar en este encuentro con el Señor esta mañana, buscando respuesta a la pregunta de cómo nacer de nuevo, os ofrezco cuatro pautas o pasos que el cardenal Martini presenta a sus fieles de Milán en una carta pastoral, que él tituló Regla de vida cristiana para el hombre de hoy. Los pasos son: 1º, la interrogatio, la pregunta; 2º, la traditio, lo que hemos recibido de la Iglesia; 3º, la receptio, cómo hemos acogido en nuestra vida lo que nos ha entregado la Iglesia; 4º, la reditio, cómo devolvemos en forma de misión y de servicio lo que hemos recogido y asimilado. Creo que es un ejercicio que nos puede ayudar realmente para rehacer nuestra vida cristiana".

Profundizando en el primer paso, tenemos que buscar espacios para hacemos, en la presencia de Dios, preguntas sobre la muerte, el sentido de la vida, el silencio de Dios, el sufrimiento... En los salmos se hacen a Dios muchas preguntas. Planteamos a fondo los grandes interrogantes es un primer ejercicio de profundización, de buscar renacer desde lo más profundo de nuestro ser. Y de interrogar hay que pasar a ser interrogados por Dios.

"Si nos dejamos interrogar por Dios, descubrimos hasta qué punto estamos invadidos de nuestro propio yo... Las preguntas de Dios descubren nuestros buenos propósitos, pero también la presencia del mal, del egoísmo, del pecado...".

"Si nos hacemos preguntas profundas y nos dejamos interrogar por Dios, descubrimos que El se hace presente en nuestro camino tortuoso, que no nos

abandona y nos quiere... que no es un espectador frío y lejano de los dramas del hombre, sino que es el Dios que en Cristo se ha hecho un Dios humilde y sufriente, que toma tan en serio el sufrimiento humano que en su Hijo ha entrado precisamente en la trama de este sufrimiento".

" ¿ Cómo vamos a nacer de nuevo siendo viejos?". Aprendiendo a abandonarnos en las manos de Dios. Este Dios de la misericordia y del perdón, de la compasión y la ternura, nos invita a redescubrirle en el misterio de la Navidad. "Cuando contemplemos al niño recién nacido, dice Rahner, reconocamos que es tan Dios como el Padre y tan hombre con tú". Este es el misterio de la cercanía de Dios, es la llamada a renacer de nuevo poniéndonos en sus manos, con una espiritualidad de confianza y fidelidad.

"Os invito a plantearos esa pregunta inicial, cómo nacer de nuevo siendo viejo, qué rasgos de vejez experimento en mi vida y lo digo también para los jóvenes, para mí. Cómo nacer de nuevo, cómo redescubrir y abandonarme en ese misterio de amor que me envuelve. Todo tiene que partir de aquí; si no partimos de aquí, como nos recuerda el Papa, muy pronto nuestras iniciativas se quedarán secas, porque no estarán alimentadas por la fuente".

En la segunda meditación Mons. José Vilaplana pasa a analizar las otras tres pautas del cardenal Martini.

La Traditio. Tomar conciencia de los grandes tesoros que la Iglesia nos ha transmitido. Algunas veces, los problemas inmediatos no nos permiten ver los grandes regalos que Dios nos ha hecho a través de la Iglesia a la que pertenecemos; y el primero, los Evangelios, esos cuatro libritos pequeños que son un tesoro, porque con la fuerza del Espíritu Santo, nos enseñan la vida de Jesús. El Evangelio como lámpara de luz que la Iglesia ha puesto en nuestras manos. Ese ha sido el gran servicio de la Iglesia: mantener viva la memoria de Jesús, tal como lo expresaron los testigos en los Evangelios.

En esta mañana, demos gracias al Señor por haber conocido el Evangelio y por el símbolo de la fe. Ese pequeño resumen, ese credo apostólico que contiene las grandes afirmaciones de la fe que profesamos. Y renovemos nuestra fe, esa fe que nos ha transmitido la Iglesia, que no es sólo mi fe, sino la fe de la Iglesia.

Agradecemos a Dios el padrenuestro, que no es simplemente una bella fórmula de oración, es la oración que el Señor nos enseñó estableciendo una nueva relación con Dios.

Demos gracias por los sacramentos, por el bautismo, por la eucaristía, por el sacramento del perdón, que nos libera de esa carga de nuestros errores y de lo que nunca quisiéramos que hubiera ocurrido en nuestra vida, pero ocurre y el Señor nos libera para nacer de nuevo. Gracias por haber tenido la suerte de vivir en una Iglesia en la que resuena el mandato y la exhortación al perdón, a la reconciliación, a la acogida mutua, al servicio del hermano, recordando el ejemplo del Señor. Renacer de nuevo supone recibir esta tradición.

La receptio. Estos dones hay que hacerlos vida. La Iglesia nos los ofrece, pero nosotros tenemos que acogerlos. Para la acogida es importante tener en cuenta quién es el sujeto de la recepción: tú y yo. Este sujeto frágil, que necesita ser sostenido constantemente, ser alimentado permanentemente, ser reanimado misericordiosamente y salvado.

¿Cómo acogemos estos dones? El Papa en su carta, y el cardenal en esta pedagogía, nos dicen que sólo la oración hace que la palabra toque el corazón. Necesitamos espacios de silencio contemplativo para que la palabra entre en nuestro interior, que no sea palabra sólo oída, sino escuchada, palabra que ilumine los interrogantes, que reanime en las caídas. San Agustín decía que el alimento que el Buen Pastor ofrece a la Iglesia son los pastos de la Sagrada Escritura, pero los pastos hay que tomarlos y rumiarlos, y tenemos necesidad de esos espacios para hacer esa lectura creyente de la palabra de Dios, esa lectio divina. Necesitamos la experiencia que tenía San Ambrosio, que le decía a Cristo: "Tú te me has mostrado cara a cara, oh Cristo, te encuentro en tus Sacramentos". La gran tentación que nos bloquea es convertir el sacramento en un rito, hacer que esa corriente no establezca una relación. Renaceremos de nuevo si redescubrimos a Cristo en los sacramentos.

¿Y la vida según el espíritu que nos ha transmitido la Iglesia en los Evangelios, cómo se va haciendo vida nuestra manteniendo el amor de juventud en una vocación siempre renovada? La vida como vocación, decimos en

nuestro Plan de Pastoral para todo el pueblo de Dios, es una llamada que el Señor no nos ha retirado a pesar de ser sujetos tan frágiles. Se fió de mí y me capacitó para el ministerio y se sigue fiando de ti y de mí y nos sigue capacitando para este ministerio, y esto tiene que ayudarnos a revivir de manera nueva el servicio al pueblo de Dios en nuestra propia vocación.

También vamos haciendo vida nuestra el Evangelio cuando descubrimos el valor salvífico del dolor, de la enfermedad, de la ancianidad, del fracaso, de los intentos por servir al Evangelio, aunque experimentemos muchas veces la falta de éxito o de acogida. Pero ahí estamos haciendo presente la cruz de Jesucristo, si servimos con el mismo amor y con la misma pasión a los hombres, nuestros hermanos.

Y no sólo eso, esta recepción de lo que la Iglesia nos ha transmitido, lo hemos de vivir en unas comunidades tan frágiles como nosotros, y necesitadas de ser sostenidas. Que aunque sean pequeñas comunidades, frágiles comunidades, vayan teniendo sabor de Evangelio. Necesitamos ser con nuestros hermanos cristianos, personas que susciten esa acogida gozosa de la primacía de la gracia.

"La reditio. Que es comunicación gratuita de lo que hemos recibido. Y esto supone un estilo de acogida y de diálogo, sin los que la comunicación no se puede dar. Cuando nosotros queramos compartir con otros lo que hemos recibido del Señor, hemos de aprender una lección difícil pero fundamental: hacemos prójimos. La parábola del buen samaritano es, sobre todo, la que nos enseña cómo hacemos prójimos. El samaritano sabe mirar al otro, se acerca, cura sus heridas con el vino y el aceite, lo coloca en su cabalgadura, lo lleva ante otros que pueden servirle mejor y deja la puerta abierta para volver. El se planteó las cosas de manera distinta al levita y al sacerdote; aquellos posiblemente se preguntaron ¿qué me pasará a mí si yo me acerco a él? Pero el samaritano se preguntó ¿qué le pasará a él si yo no me acerco? Imitó a Jesucristo, el buen samaritano, se hizo prójimo.

Esta proximidad supone también la actitud del corazón abierto, magnánimo y misericordioso ante el hombre de hoy, con todos sus dramas, necesitado de ser sostenido, alimentado, reanimado por la misericordia. Y cuando

compartimos los bienes, lo compartimos como restituyendo lo que hemos recibido; no compartimos los bienes de los que somos propietarios, sino restituímos y comunicamos lo que gratuitamente hemos recibido. Este talante cambia mucho las cosas. Yo me he cansado de repetir estos últimos años esa expresión que tanto me gustó del congreso de parroquia evangelizadora: "en la evangelización, el que evangeliza es un pobre que dice a otro pobre, dónde dan de comer".

En esta sociedad de la abundancia y del consumo, demos testimonio de una vida nueva, de un saber nacer de nuevo, con un estilo de vida marcado por la austeridad, por la sobriedad, con un estilo de vida que siempre está disponible para la misión, para ofrecer a otros lo que tan abundantemente hemos recibido. Los cristianos, en este momento, tenemos el peligro de vivir con Dios "a la espalda", es decir, como que Dios nos lanza al mundo, como que nos ha dado el empujón, como si lo supiéramos todo de Dios, y entonces nos dedicamos a servir al mundo. El cristiano sólo puede vivir bien como cristiano, con Dios "delante", en la presencia de Dios, en el diálogo con Dios, en la contemplación de Dios; sólo los que son realmente contemplativos pueden ser realmente evangelizadores. Si Dios está sólo como una motivación a la espalda, a veces la misión puede ser un olvido de Dios. Dios tiene que estar también delante y nuestra vida se desarrolla en un diálogo permanente que nos hace servir al mundo.

"Vivamos en la presencia de Dios esta Navidad, este tiempo de Adviento que nos invita a renacer de nuevo, a reemprender el camino de nuevo. Nacer de nuevo, en definitiva, es un acto de fe, porque sólo Dios nos puede hacer nacer de nuevo y sólo en la medida que digamos: me fío más de ti que de mí mismo; porque nos has regalado a tu Hijo, me pongo de nuevo en camino".

El retiro concluyó con la Exposición del Santísimo y la oración común.

RETIRO ESPIRITUAL DE ADVIENTO**2 diciembre 2002**

Dentro de las actividades de nuestra formación permanente, vienen los retiros, especialmente de Adviento y de Cuaresma. Es importante recordar que lo más importante que podemos hacer esta mañana es encontrarnos, dejamos encontrar con el Señor de una manera personal, viva, entrañable, directa.

Estamos comenzando el tiempo de Adviento y el tiempo de Adviento es la oportunidad de comenzar de nuevo. Ésta es la clave del humilde retiro que quiero ayuda ros a hacer esta mañana, que tengamos la experiencia de sentir que el Señor nos invita a hacerlo todo nuevo. El Señor nos puede hacer nuevos. Celebrar el Adviento supone tomar conciencia de que nosotros, sus servidores, sus presbíteros, los que tenemos que cuidar a los demás, tenemos necesidad de salvación, nosotros mismos somos mendigos, somos personas necesitadas de salvación.

Quisiera ayudaros en esta primera meditación inspirándome en algunas frases del documento que ha salido últimamente "El Presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquia!". Este iniciar de nuevo, yo os lo planteo en tres interrogantes:

Primero: Señor, ¿por dónde empiezo? Después de tanto trabajo, después de tantas iniciativas, comenzar de nuevo, pero ¿por dónde? Nuestra renovación, nuestro inicio, sólo puede ser Cristo, al que se le invoca como "brotará un hombre nuevo del tronco de Jesé". No tenemos otro camino que Cristo mismo, «todo comienza por Ti, todo comienza en el encuentro contigo, haciéndome contigo pobre y humilde, obediente a la voluntad del Padre, haciéndome contigo pan, partido y ofrecido». Y Cristo es presentado en el Adviento y en las profecías de esperanza como un brote nuevo.

Resulta claro que la ruptura de la unidad interior en el sacerdote es consecuencia, sobre todo, del enfriamiento de su caridad pastoral, o sea, del des-

cuido a la hora de custodiar con amor vigilante el misterio del que es portador para el bien de la Iglesia y de la humanidad.

Entretenerse en coloquio íntimo de adoración frente al Buen Pastor presente en el Santísimo Sacramento del altar, constituye una prioridad pastoral superior con mucho a cualquier otra. La obra pastoral de mayor relevancia es sin duda la espiritualidad. Entretenerse significa no ser tacaños en el tiempo; entretenerse en coloquio íntimo de adoración frente al Buen Pastor, el único que puede enseñarme a comenzar.

Un segundo interrogante para este nuevo inicio al que estamos invitados; "Señor, ¿con quién empiezo?". La vida del cristiano y también la del Pastor no es nunca una vida de un solitario. Cristo nos invita a comenzar con otros hermanos. Recomenzar con una pastoral en la que cuidemos el pequeño grupo apostólico, al estilo del Señor que predicaba a las multitudes, pero que comenzó a formar y cuidó ese pequeño grupo apostólico, con el que tenía esa especial intimidad y al que después encargaría de dinamizar la vida de la comunidad y el cuidado de los otros hermanos.

Cómo podemos aprender de nuevo a ser seculares, a ser consagrados, a ser sacerdotes ayudándonos juntos a descubrir nuestra vocación complementaria, en la que nos ayudamos unos a otros en ese pequeño grupo que se siente con la responsabilidad de ser levadura en la masa; de ser sal en el mundo; de ser esa pequeña luz que brilla, porque no queremos esconder el tesoro que hemos recibido, aunque lo llevemos en una vasija de barro.

Tenemos que evangelizar cada uno desde nuestra propia vocación que es complementaria, sin caer ni en la clericalización de los laicos, ni en la secularización de los pastores. Dialoguemos con el Señor: "¿con quién, quién has puesto a mi lado con el que pueda recomenzar este encuentro? Señor, descúbreme qué hermanos están cerca de mí y a los que tú has llamado, para que yo desde mi misión y ellos desde su propia vocación también, juntos, hagamos un pequeño grupo de testigos capaz de dinamizar el lugar, el ambiente en el que estamos trabajando".

Un tercer interrogante: ¿para quién empiezo? Comenzar de nuevo siempre supone un cierto cansancio. Nuestro corazón a veces se convierte en un

desierto árido del que nosotros mismos quizás ya no esperamos nada, especialmente cuando los fracasos han ahogado las ansias de seguir de nuevo la voz del Señor.

A veces la perspectiva quizás de lo fácil, de lo mediocre, de lo que tenemos a la vista, nos quita energías. Depende de que yo asuma que soy un sacramento de Cristo Pastor para esas personas, especialmente las que están más desahuciadas. Que el Espíritu nos renueve precisamente porque sabemos que ellos nos esperan y ellos nos necesitan. Ni la edad, ni la jubilación, ni la enfermedad nos quita nunca que somos ese Sacramento de Cristo Pastor para bien de la Iglesia. Entonces, todo mi tiempo, toda mi persona, todo el estilo de mi vida está entregado para manifestar a los demás y ser una transparencia del cariño que Cristo Pastor siente por los suyos.

Pues bien, esta sería la sugerencia que yo os haría esta mañana para el encuentro y la oración personal. Podríamos concretar el encuentro con el Señor en meditar estas tres preguntas: "Señor, ¿por dónde empiezo?" y aquí os apunto una adición "Por ti, pobre y humilde"; "Señor, ¿con quién empiezo?, con el pequeño grupo de hermanos como fraternidad apostólica"; "Señor, ¿para quién empiezo? Para los últimos, los más pobres y los más abatidos".

Nuestra revisión puede también darse en la clave de los tres verbos que siempre hay que conjugar para una acción pastoral. No podemos trabajar nuestra santidad a parte de nuestro Ministerio, de nuestra vida. Es un tema sobre el que hay que reflexionar mucho: la unidad de nuestra vida. Cómo vinculamos nuestra identidad con las expresiones y la manera o el estilo de vida. Testimonio vivo de caridad y maestro de vida interior. Que nuestra vida sea un evangelio vivo, y en ese sentido cita una frase preciosa de San Juan Bosco que dice: "El Presbítero debería saber actuar siempre en cuanto sacerdote, es sacerdote tanto en el altar y en el confesionario como en la escuela o en la calle, en cualquier sitio". Y en cualquier sitio debemos conjugar los tres verbos que realizan un estilo pastoral pleno, que es siempre: acoger, proponer y acompañar.

El problema más grande al que tenemos que hacer frente es el ayudar a renacer a otros, no sólo renacer nosotros, sino rehacer el sujeto cristiano. La

mezcla de una mentalidad pagana con tradiciones cristianas está produciendo lo que Jesús describió en la parábola de la siembra, es decir, el trigo bueno se ha sembrado pero crece entre zarzas y esa entremezcla acabará ahogando la buena semilla. Es por tanto una labor de paternidad o de maternidad de la Iglesia.

El que es sencillo es para todos. La que nos ayuda a reconocernos en esa expresión que a mí también me gusta tanto y me habéis oído repetir tantas veces, "que la evangelización es un pobre que dice a otro pobre dónde dan de comer". Es impresionante releer los documentos del Concilio y ver cómo siempre los esquemas arrancan del Misterio de la Trinidad: Dios que envió al Hijo, el Hijo que comunica el Espíritu Santo y la Iglesia continuadora de esa misión. Y siempre dice: "Y de la misma manera que el Hijo de Dios realizó su misión en sencillez y en pobreza, los discípulos de Cristo no podemos evangelizar sino entrando por ese mismo camino con sencillez, apertura, cercanía". Esa sencillez complementada con la misericordia. "Dichosos los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia". La misericordia que nosotros necesitamos de Dios, la misericordia que hemos de tener con los hermanos. Qué durísimas son las parábolas en las que quien ha recibido misericordia no sabe ser misericordioso con el hermano. Nosotros necesitados de misericordia, siempre abiertos a la misericordia con el hermano y una misericordia que tiene que recorrer el proceso que Cristo nos ha dejado tan claro en el Evangelio.

Sencillez, misericordia y alegría. El Adviento es tiempo de esperanza y es tiempo de alegría porque el Señor está cerca, porque por muy difícil y oscuro que sea el cuadro que nosotros podamos contemplar, siempre podemos decir: "El Señor viene, el Señor se acerca y no se avergüenza de llamarnos hermanos y nos busca precisamente para salvar y curar lo que está perdido". El Señor viene siempre a salvar, a curar, a perdonar, a alentar, a comunicar la vida de Dios. Ésa es una clave importantísima del Adviento.

En la segunda parte del retiro, dice el Sr. Obispo, quisiera ayudaros a tomar conciencia de algunos frenos que no nos permiten avanzar.

Nosotros qué frenos tenemos en este momento para no evangelizar como quizá el Señor nos pide. Pues dos palabras que a mí me parecen que se repiten con frecuencia en la realidad, que son pesimismo y pasividad. La relación entre pesimismo y pasividad crean un freno muy fuerte en nuestra acción pastoral y en el avance de nuestra vida personal. El pesimismo puede estar sobre nosotros mismos, ¿qué puedo esperar yo más de mí?, si yo conozco bien mis límites, dónde están mis errores, mis pecados, mis limitaciones. Esto nos instala en la mediocridad y en la contradicción.

Es importante recuperar el principio de esperanza. El Adviento es siempre integrar el principio de la esperanza en medio de nuestra vida. La esperanza está siempre como en el filo de dos abismos, el del espejismo del optimismo que no nos permite ver problemas, o en el abismo de la desesperación; la esperanza se mueve siempre en esta tensión. El hombre de esperanza conoce los problemas, acepta los problemas, se sitúa en los problemas. "Sin mí no podéis hacer nada, pero todo lo puedo en aquel que me conforta". Los problemas están, mis problemas están, los problemas del mundo ahí están y, sin embargo, Dios ha entrado en ese misterio del pecado del hombre, Dios ha entrado en esa, diríamos, profundidad de todas las contradicciones humanas.

San Mateo pone precisamente una genealogía en la que aparecen los Reyes que fueron desastre para Israel. Aparecen cuatro mujeres y cada una de ellas representa cuatro grandes pecados que avergonzaban al pueblo de Israel. Toda esa lista, diríamos negra, para la opinión de un judío, dice que es la genealogía del Hijo de Dios que no se ha avergonzado de llamarnos hermanos, que ha entrado en la profundidad de nuestro mundo precisamente para curar y salvar lo que estaba perdido. Que esto lo podamos irradiar, nosotros tenemos esa gran responsabilidad que podemos irradiar.

Otro freno que tenemos que superar precisamente para renacer de nuevo es nuestra relación fraterna. Yo creo que, el Señor nos permite avanzar y tener experiencias hermosas como la que pudimos vivir con motivo de la muerte y las exequias de Don Juan Antonio, pues nos da un presbiterio unido, un presbiterio que vivió y tuvo momentos de reconciliación. El intentar crear momentos de diálogo y de encuentro que indiquen calidad humana.

Demos gracias a Dios de que no nos falte, por lo menos, esa inquietud y que no nos falte esa libertad para salir los unos al encuentro de los otros. En la corrección fraterna, en la valoración de las pequeñas cosas que nos salen bien, que encontremos en los hermanos alguien que nos estimula y que se alegra con nosotros.

Mirar al otro con ojos nuevos y perder el miedo a ser mirado por el otro tal como soy, que no necesitamos ser perfectos para ser amados.

El tercer freno que también me parece importante para que nuestro ministerio vaya más fluido es ampliar la mirada de nuestras acciones. A veces hay como una especie de reductivismo de nuestra actividad pastoral. "Como hombre de Dios ejerce de modo pleno el propio ministerio, primero buscando a los fieles, visitando a las familias, participando de sus necesidades y de sus alegrías, corrige con prudencia, cuida de los ancianos, de los débiles, de los abandonados, de los enfermos y se entrega a los moribundos. Dedicar particular atención a los pobres y a los afligidos, se esfuerza en la conversión de los pecadores, de cuantos están en el error y ayuda a cada uno a cumplir con su propio deber comentando el crecimiento de la vida cristiana en las familias. Educar en la práctica de las obras de misericordia espirituales y corporales constituye una prioridad pastoral y es signo de vitalidad en una comunidad cristiana". Son palabras de la Instrucción "El Presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial".

Que en este Adviento el Señor nos ayude a desplegar todas las posibilidades que como sacerdotes tenemos porque, si no, podemos empobrecer tanto nuestra misión que no resulte significativa ni siquiera en lo que hacemos.

Termina el Sr. Obispo con la oración a la Virgen María con lo que finaliza la Instrucción. María en el Adviento es la mejor figura que nos prepara para la esperanza y para la acogida del Señor.

Concluyó el retiro con la Exposición del Santísimo y la oración común.

RETIRO ESPIRITUAL DE CUARESMA

10 marzo 2003

He pensado este año profundizar en dos aspectos: Esta primera charla será contemplar a Cristo con María y como María, por ello tendré la carta apostólica sobre el Rosario de la Virgen María como texto de fondo, en lo que tiene especialmente de contemplación, y en la segunda charla me centraré en el mensaje del Papa para esta Cuaresma que lleva por título: "Hay más felicidad en dar que en recibir".

La contemplación del rostro de Cristo. Sabéis que en la carta sobre el nuevo milenio el Papa nos dijo que teníamos un rostro que contemplar y cuando nos invitaba a contemplar el rostro de Cristo lo hacía para que nosotros reflejáramos a Cristo a nuestro mundo. Es decir, se nos invita en el inicio del nuevo milenio a realizar un juego de luz. Los Santos Padres siempre tuvieron mucho gusto en comparar a la Iglesia con la luna, porque la luna no tiene luz propia pero en medio de la noche nos refleja la luz del sol. Cuando Cristo nos dice a nosotros: "Vosotros sois la luz del mundo", no nos lo dice como si nosotros tuviéramos luz propia, Cualquiera de nosotros se mira a sí mismo, reflexiona sobre su propia vida y más bien descubre sombras, dudas, limitaciones, pecados. ¿Cómo voy a ser luz del mundo?, nosotros podemos ser luz del mundo en la medida que reflejemos la luz de Cristo. El Concilio Vaticano II en la Constitución *Lumen Gentium* comienza diciendo precisamente esto: "Cristo es luz de los pueblos y esa luz de Cristo ha de reflejarse sobre el rostro de la Iglesia".

La carta sobre el nuevo milenio que comienza tiene un desafío, el desafío de aquella petición que hacen los griegos a Felipe: "Queremos ver a Jesús", y Felipe les presentó a Jesús. El Papa dice: "Los hombres de nuestro tiempo aun sin saberlo nos piden a nosotros no sólo que les hablemos de Cristo sino que de alguna manera se lo hagamos ver" y concluye "pero cómo se lo vamos a dejar ver en nuestra vida si no somos nosotros contemplativos de su rostro (...). Hay un rostro que contemplar, el rostro del Hijo, el rostro sufriente, el

rostro de Resucitado". La carta sobre el Rosario de la Virgen María nos dice que tenemos que aprender a contemplar a Cristo como María y con María; y ahí es donde me voy a detener en cinco adjetivos que pone a la mirada de María, que nos puede servir a nosotros para ver cómo es nuestra vida contemplativa.

Dice: "La mirada de María 'en primer lugar es una mirada interrogadora". Nadie contempla al Hijo mejor que la Madre, o sea, la Madre es la que mejor contempla al Hijo, con más ternura y más capacidad de profundidad. Hace referencia al pasaje en el que Jesús también en el Templo es preguntado por su Madre: "¿Por qué has hecho esto?". En esa pregunta están condensadas todas las preguntas del libro de los Salmos -"¿Por qué, Señor, nos has dejado como abandonados sin remedio?"-, las preguntas de Job, las preguntas de los Profetas. Le preguntamos a Cristo, cuáles son los porqués que como creyentes estamos sintiendo con urgencia en nuestro corazón, qué es lo que nos desconcierta de la vida cristiana. Esta pregunta que hará Cristo mismo desde la cruz al Padre "¿Por qué me has abandonado?". Atrevámonos a preguntarle al Señor -que nuestra contemplación del rostro de Cristo sea una mirada interrogada ora-, ¿por qué nos ocurre lo que nos ocurre?, ¿por qué está sucediendo esto en la Iglesia, en mi acción pastoral, en mi persona?

En segundo lugar la contemplación de Cristo desde la mirada de María es una mirada penetrante. María no hace las preguntas como hacen los fariseos, que son preguntas capciosas, interesadas. La mirada de María en relación con Jesús es una mirada penetrante que va buscando profundidad. Esta mirada penetrante se pone de relieve especialmente en Caná de Galilea. En el "Haced lo que Él os diga", ella sabe que su Hijo se preocupa de los hombres, que ha venido a buscar a los hombres; de alguna manera lo mira en profundidad porque conoce las cosas que Él hace. La mirada penetrante es la mirada del que conoce el conjunto, las líneas de fuerzas con las que actúa Dios.

A veces nosotros, como profesionales de la Palabra, podemos tener el déficit de inmediatamente proyectar la Palabra sobre lo que vamos a predicar a los demás, lo que vamos a ofrecer a la comunidad, pero nos hace falta esa mirada más penetrante, más profunda, no interesada, no para buscar la respuesta inmediata. Se puede hacer una lectura más comprensiva y más com-

pleta de lo que es la Palabra de Dios en nuestra vida, mirada pues penetrante.

Hay otra mirada de María como Madre que es una mirada dolorida, es decir, la que contempla al Hijo en el momento de su humillación, de su máxima humillación. Es una mirada que nos ayuda a contemplar en el dolor y a contemplar nuestros fracasos, las situaciones desconcertantes de nuestra vida. Saber leerlas conectándolas con el misterio de la cruz de Cristo, sufro en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo.

Sin embargo, María está allí de pie, nos dice Juan, haciendo esa lectura del sufrimiento de su propia vida vinculada a la vida del Hijo. Tenemos quizás reducida la contemplación a los momentos gozosos. Estas cosas también aparecen en nuestra vida, aparecen en la vida de la Iglesia, aparecen en los desafíos, en las difamaciones, en las burlas, en el día a día de trabajo que como el siervo de Yahvé tiene la experiencia de decir "En viento y en nada he gastado mis días". El siervo añade: "Pero mi derecho lo lleva el Señor".

El cuarto aspecto que subraya el documento sobre la mirada de María es una mirada radiante la que ha sabido encontrarse, alegrarse, sentirse desbordada de gozo por el misterio de la Resurrección. Esta afirmación de la experiencia del Resucitado percibida con la mirada de la fe, percibida en la celebración de los Sacramentos, percibida en la vida de la Iglesia, esta mirada confiada porque "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo", es una de las experiencias que mejor identifican nuestra vida cristiana.

El Señor está presente hoy entre nosotros como Resucitado. Así lo rezamos en el prefacio tan bonito de la Transfiguración y de la Ascensión cuando nos dice que "En Cristo ya estamos en la luz". Esta experiencia de la mirada radiante del que sabe contemplar permanentemente y descubrir la presencia del Resucitado en medio de nuestra vida, es también una dimensión que no nos puede faltar.

Y hay un quinto adjetivo de la mirada de María que es la mirada ardorosa de Pentecostés, es decir, una mirada inflamada, una mirada tocada por la presencia del Espíritu que lanza a la misión. La mirada del que sabe que el Señor cumple su promesa y que esa promesa es el regalo del Espíritu Santo

que nos permite comenzar de nuevo siempre con nuevo ardor, nuevos métodos, nuevas expresiones, buscando siempre sin detenemos la realización de esa misión que nos ha dado el Señor. La mirada ardorosa es la mirada del que no ve callejones sin salida, la mirada del que se siente, no por sus propias fuerzas sino por el don del Espíritu Santo, con capacidad para transformar la realidad que hay delante, la que puede afrontar la desproporción que hay siempre entre la misión y nuestras fuerzas, entre la propuesta del Señor y la situación que nosotros vivimos. Ese estilo del Señor continúa también entre nosotros, y el Señor quiere hacerse presente a través de ti, a través de mí, que conocemos bien nuestros límites y a través de la pequeña comunidad con nombres y apellidos, en las que celebras la Eucaristía y tratas de hacer presente en medio del barrio, del pueblo, la presencia del pueblo de Dios. Con ese pueblo de Dios humilde y sencillo el Señor quiere hacer cosas grandes, quiere mantener la memoria viva de Cristo en medio de nuestra sociedad; el Espíritu nos permite que nosotros hoy y aquí, a pesar de todas nuestras deficiencias y a pesar de todas las dificultades, seamos una Iglesia servidora de la memoria viva de Cristo. La mirada ardorosa es la mirada que lo espera todo de la fuerza del Espíritu prometido por el Señor a su Iglesia para que realice la misión, es la mirada de Pentecostés.

En este momento de oración que os invito a hacer ahora en silencio, podemos ver si estas dimensiones las tenemos integradas en nuestra vida contemplativa, en nuestra vida de oración. La Iglesia ha de ser un lugar donde las personas y las comunidades aprendamos a orar. La Cuaresma para mí tiene una doble línea: una línea de humildad, de reconocimiento de nuestra pequeñez, y una línea de alegría, porque nuestra pequeñez está llamada a celebrar la Pascua del Señor. Esa tensión hay que vivirla desde el reconocimiento de que hemos de comenzar de nuevo, convertíos y creed la Buena Noticia.

La Cuaresma, también para nosotros los sacerdotes, debe suscitar ese interrogante, porque tiene que ser como una renovación de las promesas del Bautismo que haremos en la noche de Pascua. Hagamos esta reflexión nosotros mismos, ¿cómo soy yo cristiano? En las épocas de crisis, en las épocas de situación dura ¿quién se mantiene?: quien sabe afianzarse en lo básico, en

lo profundo, en la experiencia fundante de nuestra fe, y nuestra experiencia cristiana puede ser así: "Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él".

En este segundo momento de nuestro retiro, dice D. José, vamos a meditar sobre la limosna en el sentido más profundo de la palabra. Todas las palabras del Evangelio, las bellas, las más hermosas, los hombres tenemos la posibilidad de estropearlas vulgarizándolas. Hay que rescatar esas palabras del Evangelio en el sentido que el Evangelio las dice.

Siempre que viene la Cuaresma y hablamos de la oración, del ayuno y de la limosna, siento un poco el temor de que estas palabras, con el uso poco profundo que se ha hecho de ellas, puedan perder el brillo. Hay una manera de rescatar las palabras de Cristo, que es preguntándonos cómo las vivió Cristo mismo.

Ultimamente he oído una definición de Iglesia que me ha gustado mucho: la Iglesia es una comunidad de pecadores llamados a ser santos, como un taller de restauración donde los cuadros entran como entran, pero acaban como si fueran originales. Hoy no podíamos prescindir de esta referencia, en esta segunda parte del servicio a los pobres, porque entre otras cosas, hoy el Evangelio que la Iglesia nos propone es el juicio de Mateo "Tuve hambre, tuve sed, estuve desnudo y ¿qué hicisteis conmigo?".

El Papa en la Novo Millennio Ineunte dice: "Si hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir, sobre todo, en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse", "he tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado de beber, fui forastero y me habéis hospedado, desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme". Y sigue: "Esta página no es una simple invitación a la caridad, es una página de cristología que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página la Iglesia comprueba su fidelidad como esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia". Es decir, sobre esta página del Evangelio la Iglesia esposa comprueba su fidelidad o no a Cristo esposo.

Los tenemos a las puertas de las iglesias, los tenemos en la cárcel, pertene-

cen a nuestras comunidades y hoy nosotros, como sacerdotes, en esta Cuaresma nos tenemos que plantear esta pregunta: ¿Qué estoy haciendo por ellos? ¿Qué estoy arriesgando por ellos? Estos dramas están cerca de nosotros, y estos dramas se producen, entre otras cosas también, a causa de las dificultades que se están viviendo en el seno de algunas familias, la violencia doméstica, la incapacidad de comunicación, y están abocando, en un primer lugar, a estos pobres con rostro hacia el refugio que les pueden dar el alcohol o la droga en ese amplio espectro de posibilidades que hoy tienen.

Hay algo que a mí, personalmente, últimamente me está como mordiendo el corazón: "¿te sientes responsable de estas personas?". Un padre se siente responsable del hijo permanentemente, no le puede ayudar sólo en un momento, forma parte de la entrega y del servicio de su vida. Revisemos sobre cómo estamos reaccionando ante estas nuevas pobrezas, qué conocemos de ellas, qué iniciativas estamos desarrollando, cómo están afectando a nuestra vida, y qué pasos estamos dando para que se pueda cumplir esa propuesta que el Papa ha hecho a la Iglesia de una nueva imaginación de la caridad hasta que los pobres se encuentren en la Iglesia como en su propia casa.

A veces nosotros mismos podemos tener también una cierta insatisfacción en nuestro ministerio, en la promoción de la fe de nuestros fieles. Una buena recuperación de nuestra identidad cristiana, de poner ilusión y pasión en nuestro ministerio, sin duda podrá encontrar un cauce en la medida en que nos sintamos responsables de esas personas que desde las nuevas pobrezas nosotros podemos servir y ayudar. Es necesario, sobre todo, cuidar la relación, los pobres tienen mucha sensibilidad, aunque parezca lo contrario, porque han tenido que sobrevivir y saben interpretar las miradas y los gestos. San Vicente de Paúl, un gran experto en el servicio a los pobres, decía: "Los pobres sólo te perdonarán que les ayudes si saben que realmente te has puesto a su lado", porque según se hace la limosna puede ser humillante o puede ser un inicio de relación más fraternal.

Esto está muy bien expresado también en esta carta del Nuevo Milenio que comienza. Dice el Papa: "Es la hora de una nueva imaginación de la caridad que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre; para que el

gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante sino como un compartir fraterno". Hay una página hermosa en el libro del "Principito" que todos conocéis, cuando el principito y el lobo hablan; dice que la amistad o la relación no se crea por avasallamiento sino por un proceso de acercamiento progresivo que permite encontrar siempre las palabras y los gestos oportunos para no adelantarse e irrumpir en la intimidad o en la personalidad del otro; pero si esa puerta no se abre en una relación, difícilmente podremos ayudar de una manera que promocióne y haga que el pobre se sienta realmente querido, que es lo más importante. No es fácil, hay que arriesgar y hay que ser paciente, porque el proceso es largo y requiere una gran sensibilidad.

En el tema este de la pobreza hemos de hacer un largo proceso de aprendizaje de sensibilidad. El mensaje de Cuaresma para este año que lleva ese título "Hay más don, hay más felicidad en dar que en recibir", se refiere a la frase que se conserva del Señor no en el Evangelio sino en los Hechos de los Apóstoles. El comentario que hace el Papa es éste: "Nuestra época está influenciada lamentablemente por una mentalidad particularmente sensible a las tentaciones del egoísmo como siempre dispuesto a resurgir en el ámbito humano. Tanto en el ámbito social como en el de los medios de comunicación la persona está a menudo acosada por mensajes que insistente, abierta o solapada mente exalta la cultura de lo efímero y de lo hedonístico. Aun cuando no falta una atención a los otros en las calamidades ambientales, en las guerras o en otras emergencias, generalmente no es fácil desarrollar una cultura de la solidaridad". Sin duda es natural y justo que cada uno a través del empleo de sus cualidades personales y del propio trabajo se suelte por conseguir aquello que necesita para vivir, pero el afán desmedido de posesión impide a la criatura humana abrirse al creador y a sus semejantes. Cómo son válidas en toda época las palabras de Pablo a Timoteo "el afán de dinero es en efecto la raíz de todos los males y algunos por dejarse llevar de él se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores". ¿Cómo no reconocer que la búsqueda de ganancia a toda costa y la falta de una activa y responsable atención al bien común llevan a concentrar en manos de unos pocos la gran cantidad de recursos, mientras que el resto de la humanidad sufre la miseria y el abandono?

Seamos sinceros en un retiro de Cuaresma, preguntémonos por la austeridad de nuestra vida y por nuestra capacidad de compartir. Hoy en diálogo con el Señor creo que hay que preguntarse: En mi comunidad ¿hay alguien que está en la cárcel, hay alguien que está enfermo, hay alguien que está parado, hay una familia que está viviendo una situación angustiosa?

La limosna, en el sentido profundo en que nos lo dice Cristo, es siempre "¿Qué sabes de tu hermano, dónde está tu hermano, dónde está tu hermano que sufre, qué estás haciendo por él, qué estamos haciendo por él?". Que no nos avergüence reconocer que, a veces, el ritmo mismo de la vida y de nuestro trabajo y de la organización de nuestra vida nos impide tener una mirada más original para iniciar un camino nuevo de encuentro con nuestros hermanos. ¿No será precisamente una llamada a la conversión? Este ejercicio que la Iglesia vive durante Cuaresma, del ayuno y la limosna, es un interrogante de hasta qué punto la misma vida puede estar como recortada en esas posibilidades de cooperación, de ayuda y de compartir.

Nosotros tenemos una especial responsabilidad de ser iconos de la misericordia del Padre, porque si hemos renunciado a tener una familia propia, es para que los que están desheredados, los que no tienen familia, puedan sentir el calor de nuestro corazón como Padres, que refleje la misericordia entrañable de Dios, su clemencia y su ternura, hacia el pobre y desamparado.

Lo peor que nos puede pasar en cada Cuaresma, es que acabe y nos encuentre como habíamos empezado. El plantearnos estos interrogantes y el iniciar esta nueva relación con los más necesitados, no desde la limosna que humilla, sino desde el compartir fraterno, pienso que es una llamada también a la conversión que no podemos dejar descuidada.

Concluyó el retiro con la Exposición del Santísimo y la oración común.

RETIRO ESPIRITUAL DE ADVIENTO

1 diciembre 2003

Con esta oración inicial nos hemos puesto en presencia de Dios, que es la clave fundamental de una mañana de retiro. El título que podría tener esta humilde reflexión que os ofrezco es: Vivir la vida en clave de esperanza. Así como en la música la clave importa mucho para ver después cómo va a sonar todo, un cambio de clave, un cambio de registro es importante para nuestra vida. Esta mañana, pues, se trataría de preguntarnos en la presencia del Señor si estamos viviendo nuestra vida en clave de esperanza, para suplicar esa esperanza, para poder vivir en esta clave de esperanza.

Y para ello lo primero es preguntarnos en qué se apoya la esperanza cristiana. Por supuesto, no se apoya ni en nuestras cualidades ni en las condiciones más o menos favorables que pueda ofrecernos el mundo en que vivimos. La esperanza del creyente es Dios mismo, sus palabras y sus promesas.

Es importante que esta mañana pidamos al Señor que lo podamos sentir en lo más profundo de nuestros corazones; no simplemente afirmar "Dios es la esperanza de los creyentes", sino que cada uno de nosotros podamos decir "Señor, tú eres mi esperanza". En la situación en que vivo, en las circunstancias en que me encuentro "Tú eres mi esperanza, y sólo en ti se apoya mi esperanza".

En segundo lugar, otra dimensión para vivir en clave de esperanza es que nuestro Dios es el Dios que se acerca, el Dios que viene, el Dios siempre al encuentro del hombre, "yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo". Esta es la experiencia del Adviento permanente que vivimos en la Iglesia: el Dios que vino haciéndose pequeño y pobre en Belén, el Señor que vendrá al final de los tiempos, y esa venida constante, intermedia del Señor que por medio de la Palabra, de los Sacramentos, de los hermanos se hace siempre nuestro próximo.

Un tercer punto para introducir esta clave de esperanza, sería contemplar

a María como signo de esperanza. "Pídeme una señal", "pide una señal al Señor tu Dios" le dice el profeta a Acaz. Acaz no quiere ese signo, pero Dios se lo da: la joven, la virgen encinta dará a luz al Dios con nosotros. Y en el Apocalipsis también: "Apareció una señal en el cielo: una mujer, vestida de sol, la luna bajo sus pies, coronada de estrellas, encinta", a punto de dar a luz a un niño, al que le espera un dragón de siete cabezas para devorado. Pero el niño es arrebatado al trono de Dios y a la mujer se le dan alas de águila y se le traslada al desierto. Esta señal es una señal de María y es una señal de la Iglesia. Una virgen fecunda, una madre a punto de dar a luz con un dragón de siete cabezas dispuesto a tragarse al niño; es decir, el misterio de la fecundidad de María y de la Iglesia. La esperanza nos hace fecundos en medio de las situaciones más dramáticas. De la misma manera que parecía imposible que una mujer estéril como Isabel estuviera esperando un hijo, de la misma manera que parecía imposible que una virgen diera a luz, la fuerza del Espíritu Santo hace fecunda a María y hace fecunda a la Iglesia.

Cuando la situación está más marcada por la desesperanza o quizás por los condicionantes humanos más fuertes, Dios puede crear en el mundo ese signo de hacer fecundo lo que parece estéril. Qué imagen más bonita para pensar en nosotros mismos, en nuestras comunidades y en nuestro mundo. La Virgen María, fecundada por la acción del Espíritu Santo, es para nosotros un signo de esperanza. "Dios puede hacer hijos suyos de las piedras", decía Jesús hablando con los judíos. Dios puede hacer de cada uno de nosotros una imagen viviente de su Hijo. Aunque nos parezca imposible. Para Dios nada hay imposible. "¿Cómo será eso pues no conozco varón?.. El espíritu vendrá sobre ti". He aquí una de las claves de esperanza que nuestro mundo necesita: Que Cristo se refleje más en nuestra vida. Nuestro mundo necesita testigos que reflejen para el hombre de hoy la misericordia, el amor, el servicio y la entrega de Jesús, haciéndola vida.

Que estas tres afirmaciones inspiren la oración y que podamos tener una vida en clave de esperanza. Nuestro apoyo es el Señor, el Señor que viene y se acerca, y que nos ofrece en María la virgen Madre, como en el pueblo pequeño y humilde del que va a nacer el Mesías, una promesa de lo que en este tiempo, en esta hora, Dios puede hacer en nosotros. Pero que esto pase por el

corazón, y que cada una de estas afirmaciones las podamos decir, decírnoslas y decírselas al Señor en el diálogo personal.

Para desarrollar un poco esta meditación he escogido la "Ecclesia in Europa" que, como sabéis, tiene ese título: "Jesucristo, vivo en su Iglesia, fuente de esperanza para Europa". Es una exhortación en clave de esperanza.

La introducción marca un poco la historia del Sínodo, y presenta el Apocalipsis como el libro que inspira y ofrece elementos para esquematizar lo que han dicho los padres sinodales. No olvidemos que el Apocalipsis es el libro que termina con esa expresión que recogemos en el Adviento: "Marana Tha, Ven Señor Jesús". Después de esa introducción, el Papa recogiendo las aportaciones de los padres sinodales pone la mirada en Jesucristo, nuestra esperanza. Es el Resucitado, está presente en medio de nosotros, el fundamento de nuestra esperanza. El Evangelio de la esperanza Jesucristo nos lo pone en nuestras manos, para que nosotros lo ofrezcamos en el nuevo milenio, en el que tenemos que anunciar, celebrar y servir el Evangelio de la esperanza. Y después hace una aplicación concreta para Europa.

A continuación D. José va a fijarse en los números 26 al 29 y 45 al 50 de la Exhortación Apostólica.

Nuestra sociedad tiene signos de esperanza, hay signos de esperanza muy significativos. Yo trato de descubrirlos en las Visitas pastorales, en la última me encontré con un ejemplo precioso: Un joven totalmente paralítico, a quien otro tetrapléjico le recomendaba la eutanasia: "No puedes mover ni manos ni pies, qué sentido tiene que vivas" le respondió: "Tengo a mis padres", y éstos añadieron: "Nosotros somos sus manos y sus pies". De cuando en cuando tendríamos que presentar en nuestras comunidades el día de la ternura doméstica. Frente a los días de la violencia doméstica, días de la ternura doméstica. Estas personas que saben, a pesar de las dificultades, mantener la comunión, la unidad en el seno de la familia, son un signo de que el Señor concede una fuerza y una luz extraordinaria a quien pone la confianza en El.

"Para dar a Europa una verdadera imagen de Iglesia". El Papa concluye que, en este momento que está viviendo Europa, que vive desorientación y desesperanza, que vive marcada por la indiferencia y el secularismo, la Igle-

sia está llamada a la conversión, porque en este proceso nosotros somos responsables también de lo que pasa en Europa y de lo que ha pasado en Europa. El Papa dice que las Iglesias de Europa, los cristianos de Europa, tenemos que hacer un examen de conciencia, clarividente, sin miedo a ver dónde están nuestros temores, nuestros frenos, y así podremos ofrecer una verdadera imagen de Iglesia, acogiendo esta llamada a la conversión.

Y entonces ante la indiferencia y el secularismo, Juan Pablo II nos hace una llamada a que las comunidades y los cristianos seamos más contemplativos, como María, y que nos caractericemos por ser una transparencia del Resucitado; y sólo lo vamos a ser en la medida en que nos miremos más en El, en que nos adentremos más en su misterio, en que, tanto a nivel personal como comunitario, seamos unas referencias en medio de la sociedad en las que se vea que nosotros alabamos, invocamos, adoramos y escuchamos la Palabra de Dios. Que no caigamos en la tentación del activismo, sino que nos hagamos más contemplativos. Sólo así alimentaremos bien nuestra esperanza. Sólo así nos iremos haciendo una transparencia más nítida del Resucitado.

¿Qué tiempos, qué momentos, qué espacios tenemos para la interiorización, la contemplación del misterio de Cristo, para la alabanza, la adoración, la escucha de la Palabra, para la invocación del nombre del Señor? Ahí es donde se manifiesta que nuestra esperanza se apoya en El y no en nosotros. El contemplativo que actúa pone más de manifiesto dónde encuentra su fuerza, y dónde encuentra la fuente de su esperanza.

Ante las insistentes tentaciones de división y de contraposición que también se encuentran en Europa, en la política, también entre nosotros, los cristianos y las comunidades han de ser un instrumento de comunión en la fe y en el amor. "Serán un reflejo más brillante de la Trinidad, además de un signo que interpela e invita a creer". Si no vivimos la comunión, no interpelamos y no invitamos a creer.

Dentro de estas dos tentaciones, la del activismo y la de la contraposición, hoy creo que sería un día muy bueno para pedir al Señor y para revisar delante de El cómo estamos cultivando nuestra interioridad, nuestra dimensión

contemplativa de la vida, y cómo estamos viviendo nuestra pasión por la comunión entre los sacerdotes, entre los fieles de nuestra comunidad. Estos dos signos se nos piden a los creyentes para ser signos de esperanza: más contemplativos y más pasión por la comunión.

Cada año litúrgico es una invitación a sumergimos de nuevo en el misterio de Cristo para hacemos más Cristos. Invitación a re-producir en nosotros la historia de la salvación, metiéndonos en el misterio de Cristo para que salgamos más cristificados. Y en ese sentido hay como dos orientaciones: más contemplativos, más apasionados por la unidad.

Dentro del esquema de la exhortación apostólica, cuando habla del anuncio del Evangelio de la esperanza, la frase que toma el Papa del Apocalipsis es: "toma el librito que está abierto, devóralo". Ese libro que solo Cristo ha podido abrir, se le da a Juan para que lo haga suyo comiéndolo, devorándolo, con una cierta avidez. El Apocalipsis nos dice: "Sólo Jesús el cordero sacrificado puede revelar y actuar el proyecto de Dios que encierra ese libro, y sólo el Hijo de Dios puede disipar esas tinieblas e indicar el camino". Por eso cuando se nos pregunta cómo anunciar el Evangelio de la esperanza, se nos dan dos pistas: Que el anuncio tiene que ser la persona misma de Jesús. No presentándolo sólo como un modelo moral, sino como el salvador del hombre: El Hijo de Dios, salvador del hombre. El anuncio total de Jesucristo es un anuncio de su persona que se comunica y se une a nosotros, para hacemos partícipes de su estilo de vivir y de ser, haciéndonos hijos en el Hijo. Cristo no queda exterior a nosotros como un modelo que podríamos poner delante de los ojos de los hombres, sino como el Salvador que nos incorpora y nos hace compartir con El su misma vida. Se necesita, pues, anuncio y testimonio.

El Papa comenta esta frase de Jesús: "cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?", y nos pregunta: "¿cuando venga el Hijo del hombre encontrará fe en Europa?" y añade: Uno de los retos más serios es precisamente el de la disolución de la fe en los bautizados. Este desafío que se nos presenta a los pastores consiste no tanto en bautizar a los nuevos convertidos, sino en guiar a los ya bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio.

Aquí nos jugamos la evangelización de nuestro pueblo. ¿Qué hacemos? ¿Qué podemos pedir al Señor para que presentemos de nuevo a Jesucristo a los ya bautizados y a los que se creen cristianos? ¿Qué podemos sugerirles, qué acciones debemos emprender para que realmente las personas se encuentren con el Señor? Sí, a lo mejor nosotros sabemos hablar de Cristo, pero tenemos que pedirle al Señor para acercar el Evangelio de la esperanza, que sepamos acompañar a las personas hasta el encuentro con Cristo.

"Europa reclama evangelizadores creíbles; en cuya vida, en comunión con la cruz y la resurrección de Cristo, resplandezca la belleza del Evangelio. Estos evangelizadores han de ser formados adecuadamente -ahí estamos nosotros-. Porque "el hombre contemporáneo escucha mejor a los testigos que a los maestros, y si escucha a los maestros, es porque a su vez son testigos". Hoy son decisivos los signos de la santidad para la evangelización. Esta es un requisito previo, esencial, para una auténtica evangelización, capaz de dar de nuevo esperanza.

"Hacen falta testimonios fuertes, personales y comunitarios de vida nueva en Cristo". Aquí dice el Papa una frase muy valiente: "No basta ofrecer la verdad y la gracia, que se dan a través de la proclamación de la Palabra y en la celebración de los sacramentos; es necesario que esa verdad y esa gracia sean acogidas y vividas de forma que creen un modo de ser de los cristianos y de las comunidades. Este es uno de los retos más grandes que tiene la Iglesia en Europa al principio del nuevo milenio". Es decir, si la verdad del Evangelio y la gracia del Evangelio no se van reflejando en un modo de ser de los cristianos, hacemos que esa verdad y esa gracia queden sin efecto, porque el hombre de hoy necesita ver de alguna manera reflejado para buscarlo y vivirlo también (d. Ecclesia in Europa 49).

Este Adviento, para vivir en clave de esperanza, nos replantea el tema de nuestro testimonio y de nuestra santidad personal para hacer creíble el Evangelio de la esperanza en nuestro mundo.

Hay un grito muy bonito que nos invita a devorar la palabra de Dios, a hacerla vida. Toma el librito y devóralo. Es decir que la buena noticia tiene que pasar por nuestro estómago, tiene que pasar por nuestra vida, por eso el

Papa tiene en este capítulo una expresión muy bonita: Iglesia en Europa entra en el nuevo milenio con el libro de los Evangelios, es decir, con el libro de los Evangelios, pero comido, asimilado, haciéndolo vida.

Os resumo un poco:

Vivir en clave de esperanza, es el tema que os propongo a hablar con el Señor. Señor, mi vida ¿la estoy viviendo en clave de esperanza o no? Para eso unas pequeñas pistas: Dios es el fundamento de la esperanza, es el Dios que viene a mí, que se acerca, que está siempre llegando, y que me ofrece en María un signo de esperanza, porque es la pequeñez en la que El hace grandes cosas, la virgen que con la fuerza del Espíritu la hace Madre. Y es lo que quiere hacer el Señor, en mí y en la Iglesia, hacer cristianos, hacer imágenes vivas de Cristo. Ese es nuestro trabajo. Que se haga en mí la imagen de Cristo y nosotros ayudar a que todas las actividades que hagamos en la Iglesia hagan cristianos, produzcan cristianos. Esta esterilidad que nosotros estamos viendo, es momento para pedir al Señor que la convierta en fecundidad.

Después dos grandes tentaciones en la Europa de la indiferencia y del secularismo que serían: el activismo, de ahí la llamada a la contemplación; y la contraposición, de ahí la llamada a la comunión.

Y para el anuncio del Evangelio, que nuestra predicación esté centrada en la persona de Cristo, sin reducido a un simple modelo moral, y que nuestra vida sea testimonial, que se note que esa palabra, ese Evangelio ha tocado mi vida, porque no basta presentar la verdad y la gracia; hay que manifestar que esa verdad y esa gracia está trabajando nuestro corazón y nuestras comunidades.

La segunda parte del retiro tuvo lugar en la iglesia. D. José expuso el Santísimo Sacramento e hizo la siguiente reflexión, a la que siguió la oración personal.

En este momento de reflexión y oración en la presencia del Señor quería proponeros cómo traducir a nuestra vida ordinaria la invitación que nos hace el Adviento: preparar el camino al Señor. Todos tenemos la experiencia de que nuestra sociedad crea unos ritmos que nos tragan, que si no preparamos

las cosas, acaba la urgencia del tiempo robándonos lo más importante. Permittedme, pues, que os ofrezca unas humildes reflexiones para aprovechar bien este tiempo de Adviento.

Os invito a contemplar a María como Evangelio vivido, así la definió el último congreso mariano que se celebró en Zaragoza: María, Evangelio vivido. Preparemos el Adviento de manera que el Señor haga de nosotros un Evangelio viviente. Y María es Evangelio vivido, porque ella la madre del Señor supo hacerse su discípula. "Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron", y Jesús dice "no, más bien dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen". Este piropo indirecto dirigido a su madre nos permite reconocer que Jesús lo que más admira en María es que ella ha sabido escuchar y hacer vida la propuesta de Dios. Ella es Evangelio vivido porque ha sabido ser oyente de la Palabra, porque ha sabido ser mujer de la alabanza y madre de la misericordia; estas tres dimensiones tan importantes de la vida cristiana ella las ha asumido de una manera sencilla, humilde, pero transparente.

¿Cómo aprender de ella, a ser oyentes de la Palabra en este tiempo de Adviento, especialmente de su magnificat, que proclama la grandeza de Dios y la salvación en ella, la pequeña, la humilde, la frágil, y en todos los pobres y frágiles? ¿Cómo aprender de ella a saber estar? Muchas veces de María no se dicen palabras, pero se dice de María que ella estaba allí. Estaba en el cenáculo animando los primeros pasos de la Iglesia naciente, estaba al pie de la cruz, estaba entre el pueblo. Saber estar allí donde debemos estar, como signo de cercanía, de atención, de acompañamiento al hermano.

¿Por qué no preparar este Adviento en la presencia del Señor preguntándonos cómo voy a escuchar la Palabra que el Señor nos ofrece en este tiempo tan rico? ¿Qué espacios y qué tiempos voy a dedicar a la escucha de la Palabra? Tomemos en serio la escucha y la asimilación de esta Palabra para alimentar nuestra esperanza.

¿Cómo vamos a celebrar este tiempo de Adviento y de Navidad? ¿Cómo hacer que nuestra presencia y nuestra presidencia en la celebración expresen la alegría de la salvación? ¿Cómo darle una vibración más testimonial a la

oración, a la alabanza, a la celebración de la Eucaristía, a todo aquello en lo que nosotros manifestamos que Dios está presente en medio de nosotros? Se tiene que notar que nuestros templos, nuestras comunidades están habitadas por la presencia del Dios salvador, y que nuestros corazones vibran y responden en la fe, llenos de alegría, por el Dios que nos habla, aquí y ahora, también en los dramas de nuestro tiempo y que nos da coraje para afrontar esos desafíos que a todos se nos presentan.

"María, Madre de misericordia". Nos permite preguntarnos en la presencia del Señor cómo ayudar mejor a los que sufren junto a mí. A qué enfermos voy a visitar, a qué familias en dificultades me voy a acercar, qué voy a hacer para acoger a los inmigrantes. Procuremos que lo que hagamos en la Navidad no sea un gesto aislado, sino que sea un hito y un esfuerzo en el camino, que haga de nosotros mismos y de nuestras comunidades una transparencia más clara del amor y de la misericordia de Dios para todos los hombres. La caridad es evangelizadora. Seremos Evangelio viviente si vivimos intensamente y sinceramente la caridad.

Para terminar este retiro voy a leerles despacio un número más del documento sobre la Iglesia en Europa, un título que dice "El servicio de la caridad".

"Es vocación de la Iglesia, como signo creíble, aunque siempre inadecuado del amor vivido, hacer que los hombres y mujeres se encuentren en el amor de Dios y de Cristo que viene a su encuentro" (*Ecclesia in Europa*, 85).

"Para todo ser humano la caridad que se recibe y se da es la experiencia originaria de la cual nace la esperanza. La esperanza nace y crece desde el amor. 'El hombre no puede vivir sin amor, él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no participa en él activamente'.

El reto para la Iglesia en la Europa de hoy consiste, por tanto, en ayudar al hombre contemporáneo a experimentar el amor de Dios Padre y de Cristo en el Espíritu Santo, mediante el testimonio de la caridad que tiene en sí misma una intrínseca fuerza evangelizadora.

En esto consiste en definitiva el Evangelio, la Buena Noticia para todos los hombres. 'Dios nos ha amado primero'. Jesús nos ha amado hasta el final. Gracias al don del Espíritu, se ofrece a los creyentes la caridad de Dios, haciéndoles partícipes de su misma capacidad de amar: la caridad apremia en el corazón de cada discípulo y de toda la Iglesia. Precisamente porque se recibe de Dios, la caridad se convierte en mandamiento para el hombre. Vivir en la caridad es, pues, un gozoso anuncio para todos, haciendo visible el amor de Dios, que no abandona a nadie. En definitiva, significa dar al hombre desorientado razones verdaderas para seguir esperando" (Ecclesia in Europa, 84).

Preparemos pues así los caminos del Señor.

RETIRO ESPIRITUAL DE CUARESMA

1 marzo 2004

Quisiera profundizar un poco en el mensaje de la Cuaresma que os he mandado, relativo a las tres expresiones que aparecen sobre el corazón en el salmo 50. Un retiro como unos ejercicios no son tanto para aprender cosas nuevas, sino para interiorizar las cosas sabidas, de forma que las gustemos, las sintamos y las integremos en nuestra vida personal. En una época como la nuestra de cambios tan profundos, de crisis, sólo la resolveremos bien, si nuestro corazón está bien asentado. Y la crisis será una crisis de crecimiento, si el cimiento está bien puesto. En estos momentos, se hace más necesario que nunca la interioridad, la espiritualidad, es decir, aquello que configura la persona desde las convicciones y los núcleos más profundos de su propia personalidad. En ese sentido, cuando intentamos recorrer de verdad este tiempo de conversión que es la Cuaresma, queremos acercarnos a Dios. Porque convertirnos no es simplemente mejorar; en nuestro caso, las mejoras que se introducen en nuestra vida se producen por aproximación al Señor, es decir, la conversión es siempre vuelta a Dios, volver a mirar a Dios, volver a acercarse a El, volver a sintonizar con su voluntad, experimentar su misericordia, reconocer que es Él el que nos renueva. "Convertíos a mí", no simplemente dice "convertíos y mejorad", sino "convertíos a mí". No se trata, por tanto, de unos cambios externos, de unas penitencias externas, sino de una vuelta a una relación bien cimentada, bien establecida. Esto es lo que me ha dado pie para comentar este primer aspecto del corazón que aparece en el salmo 50.

"Te gusta un corazón sincero". Esta mañana os invito a que trabajemos nuestro corazón desde la cercanía a Dios, que nos dejemos trabajar por él. Un corazón sincero para evitar uno de los problemas más frecuentes que nos encontramos en este mundo en que vivimos, el de la superficialidad. En el mensaje recuerdo aquella frase del Papa: El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Para nosotros el riego de la superficialidad sería la profesionalización, el funcionariado; perdiendo la calidad de testigos, y la calidad de hombres que viven la sabiduría que reci-

ben de Dios. En ese sentido, el corazón del pastor, nuestro propio corazón, si es sincero, es un corazón configurado con Cristo. En este tiempo nos configuramos con Cristo, siervo y paciente, crucificado y entregado. El corazón de Cristo, Buen Pastor, es un corazón entregado a la voluntad del Padre, de tal manera que acepta ese camino que a nosotros nos parece escandaloso, como a Pedro, de pasar por el Calvario, por la cruz. Si nos configuramos realmente con Cristo, y para nosotros tener un corazón sincero de pastor es tener un corazón configurado con El, estaremos dispuestos también a pasar esa prueba de siervo humilde, humillado, del siervo entregado y crucificado.

Tenemos que buscar siempre el ser auténticos, la autenticidad en todo lo que hagamos, lo que significa ser fieles a los dones que hemos recibido. "Imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz de Cristo", se nos dijo en el momento de la ordenación. Esto nos lleva a buscar la verdad de nuestra propia vida, y desenmascarar lo que es falso o poco auténtico. Mirando nuestra vida, nuestra actividad, nuestra manera de ser, preguntémonos: ¿esto es auténticamente lo que Dios puede esperar de mí, como consagrado a ser, en medio del mundo, una transparencia de su Hijo? Aquí podemos encontrar siempre esa disyuntiva que Pablo desenmascaraba tanto en relación con los colaboradores de la evangelización, decía: "o buscar los propios intereses o buscar los intereses de Cristo". No se trata de hacer una reflexión de la verdad en abstracto, sino la verdad existencial que toma cuerpo en un estilo de vida. Ahí el peligro es, en un momento determinado de nuestra vida, tener una reflexión en la que nos miramos más a nosotros mismos que a la misión, nuestros propios intereses más que la misión de Cristo, a la búsqueda de nuestras seguridades más allá de la entrega a nuestros hermanos. Ante las dificultades siempre está la tentación de una dimisión silenciosa de nuestra propia misión.

Preguntémonos también en diálogo con el Señor ¿qué es lo que da consistencia, firmeza y solidez a nuestra vida? Descubriremos que nuestra firmeza, nuestra solidez, sólo la da nuestra inserción en el misterio de Cristo. Nosotros no tenemos otro tesoro, no tenemos otra cosa que ofrecer como sacerdotes de Cristo, como presbíteros de la Iglesia, que el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Nuestras convicciones, las que dan fortaleza y firmeza a nuestra vida, tienen que ser todo aquello que está edificado sobre el cimiento que

es Cristo. Vendrán las lluvias, las tormentas, pero esa casa, si está edificada sobre roca, no vacilará.

Sabemos que, cuando hablamos del corazón en sentido bíblico, en sentido cristiano, estamos hablando de esas dimensiones profundas, nucleares de nuestra personalidad, que después van manifestándose en nuestra forma de pensar y de sentir. Cuando a Jesús le preguntan sobre los judíos que lavan las vasijas, los platos..., El hace referencia a lo que sale del corazón, eso es lo que daña al hombre. Si el corazón está saneado, lo que hagamos serán frutos de esa raíz sana. El corazón sincero que a Dios le agrada, es la vida coherente.

Podemos pedirle al Señor en esta mañana que nos ayude a descubrir nuestras incoherencias, los desdoblamiento s que hay entre nuestro corazón y nuestras acciones. El corazón es complejo, ¿quién lo entenderá? En esta mañana pididle al Señor que ilumine, de verdad, nuestro corazón, para que podamos agradecerle y ser coherentes.

Un segundo punto, que aparece también en el salmo 50, es: "El corazón quebrantado". Es el corazón de un hombre que ha hecho lo que a Dios no le agrada. Situémonos para comprender ese salmo en la figura de David, que es amigo de Dios. Hace poco veíamos que no mata a Saúl, que lo está persiguiendo, que lo tiene a mano para eliminarlo. David es noble, pero llega un momento de su vida en que se ciega por una pasión, y hace lo que a Dios le desagrada. No sólo porque se queda con la mujer de Unas, sino porque elimina a Unas.

Lo primero es que él no se da cuenta, tiene que ser el profeta quien, con una parábola, le ponga un espejo delante de los ojos. Nos cuesta ver nuestras propias incoherencias, nos cuesta a todos. Natán le devuelve la cara y le dice "ese hombre eres tú". Eso que tú ves tan claro como incoherente en otros, ese hombre eres tú. David se queda con el corazón quebrantado y humillado.

En esa situación de quebranto, de reconocimiento de nuestras propias incoherencias, la Cuaresma nos recuerda que no estamos en una situación desesperada. Se lo podemos poner en manos de Dios, como una ofrenda, la ofrenda que le puede hacer el pobre. "Señor, un corazón quebrantado y humillado, no tengo otra cosa que ofrecerte". Es bueno que en Cuaresma seamos generosos para hacer esta ofrenda, porque, a veces, nos queremos

quedar con nuestros propios pecados e incoherencias. La única manera que tienes de desprenderte de ellas es ponerlas en las manos de Dios. Porque sólo El te puede devolver un corazón nuevo, aceptando su perdón en el sacramento de la reconciliación, que es una expresión magnífica de decir: "Señor yo no me quedo con esto mío, que me humilla, sino que lo pongo en tus manos para que me des un corazón nuevo".

Un día en mis ejercicios espirituales, y pensando en este retiro descubrí que, a veces, lo que resulta más peligroso es tener el corazón vacío. Cuando tenemos el corazón quebrantado es como cuando estamos enfermos, y al menos, decimos: "madre, que me encuentro mal". Muchas veces el problema puede ser que se nos quede el corazón vacío. Algo así como en las bodas de Caná. Nosotros, llamados a animar esta fiesta de las bodas de Cristo con su Iglesia, y de servir este banquete, nos quedamos sin tener vino. A veces, nosotros nos quedamos en "es que no sé qué ofrecer, no sé qué decir; es que ya no sé qué hacer, es que incluso se me ha quedado el corazón como la vasija vacía ¿Qué hago?".

En la conversión, en el cultivo de nuestro corazón, también esto lo tenemos que mirar y analizar. Ahí está la indicación de la Virgen "haced lo que él os diga". Pero lo que Él nos dice no parece que resuelve el problema, porque dice "llenad las tinajas de agua". Pero yo no necesito agua, necesito vino para animar esta fiesta. Preguntémonos nosotros qué significaría esto en cada una de las situaciones de nuestra vida.

Significa que no deje de hacer lo que puedo hacer. Aunque me parezca que esto no soluciona las cosas. Yo puedo aportar algo que es humilde, pequeño, sencillo, insignificante, que es muchas veces defectuoso. Si yo apporto eso, al menos indico que quiero colaborar con lo que Dios quiere hacer, a partir de mi tinaja llena de agua. A partir de ahí Dios hace el milagro, convirtiendo en vino lo que yo no podía ofrecer.

Al menos, estoy en actitud de servicio, de confianza, echando las redes, sembrando la semilla, trabajando en el campo, velando en la noche. Todo son imágenes bíblicas, todo son imágenes del Nuevo Testamento. Ahí está el sembrador. Ahí está la invitación de echar de nuevo la red. ¿Qué significa para nosotros hoy esa recomendación de María: "haced lo que él os diga", y la palabra de Cristo: "llenad las tinajas de agua", sino vivir en la esperanza de

que el Señor puede hacer esa transformación?

Llenar las tinajas de agua sería como una invitación de ir siempre a las fuentes. Y ¿dónde están nuestras fuentes? Nuestra fuente es siempre la Trinidad. Ir a las fuentes, y a las fuentes que me llevan a un encuentro personal con el Padre, que me hace sentir y reconocer como amado. Porque el Padre nos conoce amándonos. Yo soy conocido en mi debilidad, en mi fragilidad, en mi pequeñez, por una mirada amorosa. Ir a las fuentes de la Trinidad significa acercarse al misterio del Hijo, que se pone a nuestros pies para lavarnos. Es el estupor del misterio de Dios a mis pies. Tan fuerte es esto, que a Pedro le escandaliza. Y adentrarse en la contemplación a la Trinidad es acoger el Espíritu que me empuja incesantemente a compartir con los hermanos esta alegría, esta buena noticia. Adentrarnos en el misterio de la Trinidad no es quedarnos en una quietud que nos separa de la vida, es ir a unas fuentes que nos dan cimiento, que nos sobrecogen por un servicio hasta el extremo y nos empujan a compartir este misterio, haciéndolo presente en la relación con nuestros hermanos.

"Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro, con espíritu firme", permíteme experimentar una vez más la novedad de la salvación. También para nosotros la Pascua tiene que ser un momento de redescubrimiento de nuestro bautismo. Somos bautizados, hemos sido injertados en Cristo y en la Iglesia. Y ahí tenemos nuestra radical vocación a la santidad. Y se me ocurre planteamos también esta pregunta: ¿somos buenos cristianos?

Nuestros fallos, muchas veces, no son fallos de sacerdotes, sino fallos muy elementales de vida cristiana, en nuestra relación con los demás, en nuestra relación con nosotros mismos. Es importante que nosotros nos lo replanteemos de nuevo. Una de las tentaciones que tenemos es siempre el ser para los demás y olvidar que somos con los demás. Con y para. Con vosotros cristianos, para vosotros sacerdotes o pastores.

La Cuaresma es camino hacia la Pascua y no podemos olvidar que vamos a renovar, a redescubrir el bautismo, y a desplegar la vocación cristiana que brota de él. Somos de Cristo, pertenecemos a Cristo, y tenemos que vivir en Cristo y como Cristo. Estamos marcados con el signo de la confirmación, que es el signo de pertenencia a Cristo. Esto se despliega viviendo en Cristo, no sólo teniendo a Cristo como un modelo exterior a nosotros. Estamos incorpo-

rados a El, somos miembros de su Cuerpo. Vivimos en Cristo y ahí está la verdad más fundamental de nuestra vida, que tiene que desplegarse coherentemente viviendo como Cristo. Ahí estaría la primera mentira nuestra como cristianos, que, estando incorporados en Cristo, no viviéramos como Él.

Por supuesto, que cuando el corazón está asentado en Cristo, y cuando vivimos en Cristo, nuestra fe, nuestra confianza en El se realiza en el amor. La fe opera, actúa, y si es madura, auténtica, firme, se manifiesta en el amor. Ahí está toda la Cuaresma como tiempo para compartir. Del corazón brota lo bueno, deseando ver a Dios en el servicio al más pequeño y al más humilde. Después, en la segunda parte, acentuaré un poco todo esto a partir del mensaje del Papa para esta Cuaresma que es: "el que recibe a un niño como a éste en mi nombre, a mí me recibe".

Termino esta primera parte centrada, sobre todo, en trabajar el corazón con la cercanía y la misericordia de Dios.

En la segunda meditación D. José expuso:

Recordáis que el pasado retiro de Adviento propuse un título que era "en clave de esperanza". Esta charla creo que podría ponerla "en clave de humildad", Si nuestro corazón es sincero, si se apoya en Dios, si se deja trabajar por El, será un corazón humilde y tendremos un estilo de vida humilde.

Tres pinceladas. La primera nos la da el Papa en su mensaje para esta Cuaresma, que tiene como lema: "el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe". Juan Pablo tiene una expresión muy bonita: "Convertirse en pequeños y acoger a los pequeños son dos aspectos de una única enseñanza que el Señor renueva a sus discípulos en nuestro tiempo. Sólo aquel que se hace pequeño es capaz de acoger con amor a los hermanos más pequeños". Una línea de estilo realmente sugerente, en torno al pequeño. Cristo dice: "el que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos", "quien acoja a un pequeño, a mí me acoge".

¿Qué lugar ocupan los más pequeños, los más débiles, los más frágiles, los menos considerados en este mundo, en nuestra acción pastoral? Sólo tenemos, de acuerdo a esta orientación de Juan Pablo II, una forma de acercarnos a ellos, si nosotros mismos nos hacemos también pequeños, humildes.

Hay una apremiante llamada del Papa a no cerrar los ojos a los grandes dramas que están sufriendo los pequeños en nuestra sociedad: desde la explotación sexual, hasta la esclavitud, el comercio de órganos, el sida, en tantos pequeños que ya nacen con él, sobre todo en África, con las repercusiones que esto tiene. No podemos cerrar los ojos, los niños utilizados en la guerra, los huérfanos que quedan después de las guerras... No podemos cerrar los ojos en una Cuaresma, vivida intensamente, a estos dramas de la humanidad. El Papa nos invita a repetir con frecuencia a lo largo de la Cuaresma: "Padre nuestro". «Repitamos esta expresión con profunda devoción. Llamando a Dios Padre nuestro nos daremos cuenta que somos hijos suyos y nos sentiremos hermanos entre nosotros. De esta manera nos resultará más fácil abrir el corazón a los pequeños siguiendo la invitación de Jesús: El que reciba a un niño como éste, a mí me recibe». La clave de la humildad, pequeños al lado de los pequeños. Humildes al lado de los humildes. Frágiles, nosotros, al lado de los frágiles.

Una segunda pincelada que os sugiero para este momento de oración: la humildad de aprender a sumar. Es la comunión, el trabajo cotidiano por la comunión entre nosotros, entre los fieles... las unidades pastorales. Tenemos que aprender a sumar. En el libro "Ser sacerdote hoy", que ha reeditado y rehecho Greshake, dice que la comunión es lo que podría dar como un hilo conductor a toda la Historia de la salvación. Dice: "Dios quiere alianza con los hombres", y esta alianza la ha ido proyectando en un primer momento en la creación del hombre y la mujer como imagen suya, su imagen en la familia. Hombre y mujer los creó. Pero, después de los clanes familiares hace un pueblo, el pueblo elegido, y hace alianza con el pueblo, vosotros seréis mi pueblo, yo seré vuestro Dios. Pero del Pueblo de Dios hace después un único pueblo en el que quepan todos, abierto a toda la universalidad, y ahí está la Iglesia católica como signo de esa apertura de comunión a la que están invitados todos los hombres. Y un escritorista, como Joaquín Jeremías, tiene esta frase tan fuerte: el sentido único, -aunque Greshake matiza que no es el único realmente-, de la actividad de Jesús es congregar al pueblo escatológico de Dios. A los que somos muchos, diversos, divididos, no reconciliados, hacernos un solo pueblo reconciliado en el amor y en Él, para gloria de Dios Padre. Reunimos como pueblo para ofrecemos a Dios. Queridos amigos, ahí es-

tá una tarea humilde, el servicio de comunión en clave humilde sería aprender a sumar, a sumar mis esfuerzos, saliendo de mi yo para poder trabajar con otros, saliendo de mi protagonismo para saber introducir en la vida pastoral y comunitaria a otros, saber salir a veces de nuestros límites parroquiales para integrarnos en la unidad pastoral y en el arciprestazgo, en la Iglesia particular, en todo lo que es la Iglesia universal.

Tenemos que aprender mucho en esto, no lo tenemos todo resuelto, no lo tenemos todo sabido. Pero sería bueno que tendríamos esa actitud de aprendizaje, aprender el estilo de la comunión para servir mejor la comunión, teniendo en cuenta que la unidad en la pluralidad, que es la característica de la Iglesia y de la comunidad que quiere Jesucristo, será siempre un reflejo de la Trinidad.

Dios quiere reflejarse en unas comunidades unidas con carismas distintos y diversos, con cualidades y personas diferentes. Os cito una frase que a mí me ha gustado mucho; tratemos de introducirla en ella. Después os diré de quién es para que así pueda despertar más interés. Dice así: "Conversar, reír, servirnos mutuamente con agrado, chancearnos unos con otros y divertirnos en compañía, discutir a veces, pero sin animadversión, como cuando uno disiente de sí mismo, y con tales disensiones muy raras condimentar las muchas conformidades. Enseñarnos mutuamente alguna cosa, suspirar por los ausentes con pena, y recibir a los que llegaban con alegría. Con estos signos y otros semejantes, que proceden del corazón de los amantes y amados, y que se manifiestan con la boca, la lengua, los ojos y mil otros movimientos gratísimos, se derretían, como con otros tantos incentivos, nuestras almas y de muchas se hacía una sola".

Es de san Agustín, y la experiencia de sus compañeros de vida. Qué bonito y qué normal. Reírnos, disentir, aportarnos unos a otros, aprender unos de otros, hasta hacer que nuestras almas suenen al unísono.

Estamos atomizados, estamos muy atomizados. No digo que sea culpa nuestra, pero necesariamente tenemos que replantearnos las cosas para poder vivirlas de una manera significativa. Porque así la atomización sí que pierde toda significatividad, pierde significatividad para fuera, pero también para nosotros, porque pierde eclesialidad. "Ecclesia" es convocación, es convocatoria. Esta pasión por la comunión desde la humildad, del paso a paso,

es algo que llama también a nuestra conversión, y a la conversión de los fieles a los que queremos ayudar a ser Iglesia y a vivir como Iglesia, coherentemente. Para reflejar el misterio del Dios Trinidad, Uno y Trino.

Otro pequeño rasgo de humildad en la misión. Comunión y misión tenemos que revisadas siempre. ¿Cómo estamos trabajando en la comunión, y cómo estamos trabajando en la misión? Son éstas dos claves del Concilio Vaticano II, que tienen que estar estimulando constantemente nuestro ser y nuestro ministerio.

Para la misión yo quisiera decirnos esta humilde expresión: a contar se empieza por uno. A veces decimos: no hay jóvenes en la parroquia, no hay grupos de jóvenes, no van los jóvenes al encuentro... Aportemos uno cada uno de nosotros, a lo que sea, a cualquier convocatoria, convocatoria de Cáritas, convocatoria de formación de laicos, convocatoria para la formación en la doctrina social de la Iglesia, a promover la vocación al ministerio sacerdotal; mover un joven que se prepare para ayudarnos a animar a otros jóvenes. ¿Por qué no comenzar por uno? ¿No será ésta una llamada humilde a entrar en la misión? Estamos como acostumbrados a que nuestra misión se dirija siempre al grupo, al gran grupo. Descubrir la humilde misión de las minorías, y la humilde misión del uno a uno. Lo mejor es aprender a sumar y aprender a contar de uno en uno, en la misión.

La atención personalizada no excluye el grupo, ni mucho menos la comunidad, porque la persona habrá que conducida siempre al encuentro con la comunidad, si no, frustraríamos la dinámica de la evangelización. Comunión y misión se refieren una a otra. Comunión para misión, y misión para la comunión.

Quisiera invitaros a revisar nuestra vida desde estas tres pequeñas claves: Pequeños al lado de los pequeños, aprender a sumar con quien está junto a mí, y salir al encuentro de uno para proponerle que crezca, que crezca en la misión.

Si somos humildes y sabemos vivir en esta nueva etapa, podremos incluso experimentar, en medio de las dificultades, esa alegría de corazón a la que Cristo también nos abre en las parábolas de acogida y de perdón. "Habrás más gozo en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve que hagan penitencia". "Dejará las noventa y nueve en el redil y saldrá

a buscar a la oveja perdida". O aquella mujer que cuando encuentra la moneda, llena de alegría irá y lo comunicará a las vecinas: he encontrado la moneda que había perdido. Ahí Cristo también habla de una moneda, de una oveja, de una persona, de un pecador que se convierta.

Aprender desde esta situación de humildad nos situará en esa actitud a que nos invitaba el evangelio del Día de ceniza. No actuamos para ser vistos, actuamos ante la mirada de Dios. Aunque si hacemos buenas obras, la gente glorificará a Dios, nuestro Padre. Pero estamos llamados a orar, a ayunar, a hacer limosna, a todos estos pequeños gestos, sin buscar el reconocimiento y el aplauso. El creyente sólo busca una cosa: ¿qué quieres que haga, Señor, aquí y ahora? ¿En qué puedo servirte? Aunque ese servicio pase por Getsemaní, por la cruz, incluso por la sepultura. Nosotros vamos a celebrar los misterios de la Pasión, de la muerte y sepultura de nuestro Señor Jesucristo, pero desde la perspectiva de la Pascua. Sabiendo que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo.

Pidamos al Señor la humildad de ser grano de trigo sembrado donde El quiera, auténtico, coherente y humilde. Porque sabemos que, en las manos de Dios, la siembra siempre será fecunda. Y ahí nuestro corazón encontrará ese gozo, que nadie ni nada nos podrá arrebatar. Esto es lo que vamos a dialogar con el Señor en el momento de la adoración.

Concluyó el retiro con la Exposición del Santísimo y la oración común.

RETIRO ESPIRITUAL DE ADVIENTO

29 noviembre 2004

Una vez más al comenzar el Adviento tengo oportunidad de ayudaros un poco con mis palabras para este retiro, que nos reúne como presbiterio que quiere hoy comenzar el año litúrgico poniéndonos a tono con los misterios que vamos a celebrar y que vamos a servir a nuestro pueblo. Hace unos días leíamos una de las homilias atribuidas a San Macario, obispo, en el oficio de lectura. Unas frases que me parecen importantes como entrada en este retiro. Después desarrollaré una charla del obispo de San Sebastián sobre la espiritualidad para la pastoral de estos tiempos. Es importante recordar que en un día de retiro no es lo más importante lo que se diga, sino nuestro encuentro personal con Jesucristo. En ese sentido para mí esta homilía de san Macario obispo, como con tres o cuatro "ayes", marca un buen comienzo para el Adviento: "A y del camino por el que nadie transita y en el que no se oye ninguna voz humana. Ay de la casa en la que no habita su dueño. Ay de la tierra privada del colono que la cultive. A y de la nave privada del piloto, porque embestida por la olas y tempestades del mar acaba por naufragar". Un camino, una casa, un campo, una nave. Comparados con nuestra alma.

"A y del camino por el que no transita nadie ni el que se oye ninguna voz, pues inmediatamente se llena de malezas y se llena también de animales". El ensiguista dice, "ay del alma por el que no transita el Señor ni ahuyenta de ella con su voz las bestias espirituales de la maldad". Preguntémosnos hoy, ¿por el camino de mi alma transita Cristo actualmente? ¿Es su voz la que se oye en ese camino? Que nuestra alma esté transitada por la presencia y la voz del Amigo.

"La casa habitada". Algunas veces hablamos la dimensión de soledad en la vida del sacerdote. La soledad más terrible no es la soledad, sino el vacío. La soledad no es peligrosa cuando la casa está habitada, la soledad es peligrosa cuando en la casa no vive su dueño. Y nuestra alma es casa que tiene un dueño, y que tiene que estar habitada, habitada por su presencia. Tomar conciencia de que estamos habitados por esa presencia del crucificado vi-

viente. Ahí está uno de los riesgos más importantes, si nuestra soledad está habitada no es peligrosa, si nuestra soledad es que en nuestra alma se experimenta un vacío, pues como en la casa que no está habitada por el dueño, se llena de desastre.

La tierra cultivada. "Ay de la tierra privada de colono que la cultive. Ay del alma privada del cultivo diligente de Cristo que es quien me hace producir los buenos frutos del espíritu". Hay trabajos de invierno, y hay trabajos de verano. El labrador no trabaja siempre de la misma manera. Si nos dejamos trabajar por Cristo en lo más profundo de nuestro interior, tenemos que tomar conciencia de que la espiritualidad, es fundamental en nuestra vida. Si uno tiene la impresión de que nuestra alma se va moldeando y se va trabajando por Cristo, por su palabra, por sus ejemplos, por su Pasión, por sus actitudes, realmente estamos creciendo, aunque parezca que no. Y "ay del alma -dice también este texto, comparada con la navecilla- que sacudida por las olas, si tiene piloto, llega a buen puerto".

El alma comparada con el camino, con la casa, con el campo y con la barca; para que Cristo sea piloto, cultivador, presencia y amigo que transita el camino y lo hace siempre vivo por su voz.

Para seguir adelante con esta renovación espiritual he encontrado este texto con quince puntos que indica el obispo de San Sebastián, me parece importante que nos quedemos con el que pensemos que de alguna manera nos afecte más directamente a nosotros. Tanto la situación de la sociedad, como nuestro ser Iglesia, como las tareas pastorales requieren unos rasgos espirituales, un alma, para que las acciones y las actividades no queden simplemente en mera organización o redistribución.

El primer rasgo, mirando a la sociedad, lo define así: "una espiritualidad de la confianza y no del optimismo". El cristiano ha de ser consciente del momento en que vivimos. Somos conscientes de datos que nos indican que estamos ante unos grandes y graves problemas. Eso es verdad. Sin embargo ¿dónde está el apoyo para afrontar esta situación? ¿Se nos permite a los cristianos ante esta situación cerrar no sólo nuestras actividades sino nuestro mismo corazón? La actitud fundamental del cristiano es un acto de abandono, de confianza, en el Dios providente, Señor de la historia. Dios es siempre sorprendente, quien confía en Él no queda defraudado. Espiritualidad, pues,

de la confianza, que nos permite apoyarnos en Dios sin optimismos fáciles, mirando de cara a los problemas, pero confiando que Dios abre caminos cuando nosotros muchas veces vemos como un callejón sin salida.

El segundo rasgo que se destaca es "una espiritualidad de la fidelidad, y no del éxito". D. Juan María dice que "en tiempos no tan lejanos veíamos cómo a lo mejor las piedras se convertían en hijos de Abrahám, y hoy contemplamos cómo muchos hijos de Abrahám se convierten en piedras". Pero nos recuerda que Jesús mismo no fue ajeno a esta experiencia. En su predicación hasta los más cercanos se querían alejar, de igual modo en el momento de la cruz, cuando los desafíos parecían desmentir sus promesas. Dice Martin Buber, que en la Biblia no existe el "éxito" como uno de los nombres de Dios. Hay una actitud que camina hacia la maduración espiritual que nos hace ver que las cosas pueden ser fecundas, y que la fecundidad no es la eficacia. y más allá incluso de la fecundidad está la fidelidad. Nos toca ser fieles. Seamos fieles al Evangelio.

Otro rasgo sería «una espiritualidad de la humildad y no del culpabilísimo». No todo lo que sucede en la Iglesia sucede por culpa nuestra. Tenemos que ser lúcidos para ser autocríticos y reconocer que en algunas cosas no hemos acertado o hemos fallado, pero también hemos de evitar pensar que nosotros somos los causantes de todos los males. Esto a veces crea en nosotros un culpabilísimo peligroso. Ser humildes, también, para reconocer que no todo es culpa nuestra y saber situarnos serenamente en esta situación.

Otro rasgo: "frente a la nostalgia de los grandes números, una espiritualidad que valora lo pequeño". Si miramos el Evangelio veremos que es verdad que lo pequeño y los pequeños tienen categoría evangélica y nobleza evangélica. Algunas veces nos habíamos dejado conducir por otras realizaciones quizás más exitosas y más numerosas que no tenían tan en cuenta lo pequeño. La alegría de algunas personas porque se sienten felices de creer y tienen una fuerte experiencia de Dios, la inquietud de algunos padres que están intentando crear un nuevo modelo también de relación y de familia y de compartir con sus hijos la fe. Todos son a lo mejor elementos minoritarios, pero que queremos mirar, valorar, y alentar. Creo que muchas veces en la distribución de nuestro tiempo puede influir muchísimo en cómo es nuestro talante pastoral. No dejemos de hacer estas cosas, pequeñas, pero evangélicamen-

te valiosas y humanamente también tan valiosas, para estar ahí en una actitud evangélica.

Y el último rasgo sería el de "una espiritualidad de la alegría de creer". ¿Creemos? En medio de esta noche, en medio de esta sociedad tan marcada por la indiferencia. Dice aquí D. Juan María que "hay más síndrome de atardecer que síndrome de amanecer". Tenemos ese síndrome de que las cosas bajan. Aunque la fe se vaya debilitando, nadie ni nada puede ni debe arrancarnos esta alegría de creer: de haber puesto nuestra confianza en Jesús, de quererle de corazón, de querer seguirle, porque sus tiempos tampoco fueron fáciles, y los nuestros tampoco. Cuando pensamos que Jesús es el fundamento del edificio de la Iglesia, a veces podemos pensar que es como el arquitecto que diseña el edificio, pero, una vez que el edificio está hecho, el arquitecto se va y el edificio queda con una vida propia. Nuestra percepción de Jesús como cimiento de la Iglesia es más como el manantial que está alimentando permanentemente el río a pesar de los calores. Su palabra y su Eucaristía nos hacen sentir la alegría de su presencia. Y entonces en nuestra vida habrá más paz. Esto supone una reiniciación nuestra a la oración. Tenemos que redescubrir nuestra experiencia de oración, de forma que sea una experiencia rica y transformante.

El que está alegre quiere contagiar alegría. El que está alegre sabe que la alegría es un bien que cuanto más se comparte más aumenta. Literalmente en esta conferencia dice: "no creyentes trifunfantes ni beligerantes, ni acomplejados ni vergonzantes, sino simplemente un grupo confesante, que se siente dichoso de creer y responsable de ofrecer su fe con obras y palabras".

En la segunda meditación D. José expuso:

Vamos ahora a intentar descubrir cuáles serían las claves espirituales para vivir nuestra experiencia eclesial; en la primera parte hemos visto, qué espiritualidad en medio de esta sociedad se nos requiere, ahora para vivir en el seno de la Iglesia, y en una última parte para orientar nuestras actividades de tipo pastoral.

El primer rasgo que D. Juan María destaca con mucha fuerza para vivir lo que es la Iglesia, es adorar. "Una espiritualidad que inicie al misterio de Dios en Jesucristo". Una persona que es capaz de encontrar a Dios en todas partes,

manifiesta una madurez espiritual. Esa presencia de Dios que invade nuestra vida, "en él vivimos, nos movemos y existimos", ese "origen guía y meta del universo". Él constata que "nuestra gente se irá distanciando de su comunidad en la medida en que la fe no les resulte algo interior y vivido", es decir, se separarán de la comunidad aquellas personas a las que la fe no les toque su interioridad, no les afecte por dentro, no les diga, no les ilumine su vida. La experiencia de oración y de enseñar a orar es un requisito indispensable para esta resonancia de la fe. Ya el Papa, en la *Novo Millenio Inneunte*, dijo que nuestras comunidades tenían que ser escuelas de oración. Nuestra oración a veces es una oración de emergencia, oraciones puntuales, vocales, costumbristas, y siendo sinceros muchas veces nuestras celebraciones no ayudan a introducirnos en el Misterio. En la Iglesia hemos perdido bastante esa capacidad de lo que los santos padres llamaban la catequesis mistagógica, y la experiencia mistagógica. La que hacía que el Misterio de Dios tocara nuestra vida. Aprender y enseñar a orar es una clave fundamental para nuestra Iglesia hoy, y en ese sentido también sería redescubrir lo que significa adorar, el reconocimiento de que sólo Dios es Dios.

La segunda, que por sabida no tiene que ser silenciada, es "vivir fraternalmente". La espiritualidad de la vida y del trabajo en equipo, son también, es espiritualidad. Ahí no nos podemos detener, en esa búsqueda de que nuestra Iglesia es fraternidad, y especialmente en lo que es experiencia de comunión entre presbíteros, religiosos y religiosas, y laicos. Estemos apasionados por tejer una relación que sea realmente fraternal. Buscando un proyecto común, el respeto a la vocación y al carisma de cada uno. Reconociendo en primer lugar que estamos llamados a ser una imagen de la Trinidad, y que, si no vivimos la unidad, no reflejamos la Trinidad. Y una y otra vez recordar lo que es un principio para la vida cristiana ordinaria y para el ecumenismo: "que sean uno para que el mundo crea".

Aprender a compartir proyectos, a escucharnos, a valorarnos cada uno en lo mejor que tenemos, y cada uno desde nuestra responsabilidad. Esta espiritualidad de la fraternidad nos tiene que hacer salir. En el aprendizaje de la escucha con el otro, del trabajo con el otro, del saber decirnos las cosas con claridad, con caridad, de gastar tiempo. Espiritualidad de la fraternidad: que sintamos pasión por la fraternidad, y para eso que tengamos una gran capa-

cidad de revisamos, en un clima orante, en un espacio en el que encontramos sea un motivo de alegría.

Dice D. Juan María: "habremos de procurar llevar a las reuniones el oxígeno de nuestra mejor voluntad de concordia y eficiencia, y no el anhídrido carbónico de nuestras amarguras, incomunicaciones e impotencias". Ir para aportar lo más positivo, ir para aportar lo más bueno, ir para descubrir lo más valioso en el otro. "Una comunidad cristiana está llamada a ser siempre más gozosa que costosa". Si nos está resultando más costosa, revisémosnos, ¿por qué nos está resultando costosa? Ojalá que no nos detengamos hacia ir buscando esa Iglesia en la que podamos decir "ahí vivo la fraternidad, ahí me encuentro querido, valorado, perdonado, estimulado, acogido".

Otro paso es "la espiritualidad del mensajero". No somos para nosotros mismos, la Iglesia no vive para sí misma, su gozo y su responsabilidad es anunciar el Evangelio. Suscitar, contagiar la experiencia de fe, reconociendo que es el Espíritu Santo quien la suscita, pero contando con nosotros. El Espíritu del Señor se sirve normalmente de esa fe que resuena viva dentro del anunciador, y para eso "no hay labios de mensajeros, sino oídos de discípulos". Sólo puede ser mensajero en la Iglesia el que es discípulo. Con el único Maestro. Y así el mensajero es testigo. Se preguntaba Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*, "en el fondo ¿hay otra forma de comunicar el evangelio que no sea la de transmitir la propia experiencia de fe?". Preguntémosnos, ¿de verdad comunicamos nuestra experiencia de fe? ¿O quizás somos un poco cartesianos, más racionalista s? Hay que tener muy en cuenta a los destinatarios a los que queremos hacer llegar esta Buena Noticia.

Hemos de tener esta conciencia de qué destinatarios tenemos delante para saber distinguir aquel que vive la fe y hay que ayudarle a crecer, el que tiene la fe muy debilitada, que tiene una fe muy fragmentada, que incluso no tiene fe, o que incluso está en una actitud agresiva; y habrá que ayudar a quitar los tapones, los prejuicios, como un ejercicio paciente, sereno, cercano.

La cuarta y última sería "una espiritualidad de puertas abiertas". Es posible que nosotros nos quedemos dando vueltas sobre nosotros mismos. Mirar hacia afuera. Orientar nuestra acción al servicio del mundo, de todo el mundo. Suscitar en la Iglesia estos servidores que se sienten compadeciendo los dramas de nuestro mundo. Decía Dom Helder Cámara: "hay que tener la va-

lentía de mirar los problemas del mundo entero y la humildad de saber dónde podemos intervenir". Primero tenemos que saber cuáles son esos problemas, hay que abrir los ojos para ver esos grandes problemas que afectan a la humanidad entera, y ahí dentro tener la humildad de saber intervenir con otros, sumando muchos pocos, para poder afrontar la transformación de esa sociedad.

Respecto a nuestro quehacer cotidiano, D. Juan María indica como primera: "la espiritualidad del hacer sosegado y no de la hiper-responsabilidad". Es la conciencia de que nosotros no somos los protagonistas sino los colaboradores de la acción salvadora de Dios. Conciencia de colaboradores. Sin darnos cuenta podemos tener esa hiper-responsabilidad, que lleva a la hiperactividad de ponemos como únicos protagonistas. Nos quitaría la paz y los momentos de oración, nos quitaría la posibilidad de escuchar a las personas. Nos haría más sensibles a los proyectos que a las personas concretas. Nosotros tenemos siempre como modelo a Jesús: Él no actuó así. Es el salvador del mundo, en Él se estaba iniciando el reino de Dios. Y sin embargo Jesús no daba esta impresión de perder la calma y de ser hiperactivo. Actividad sí, responsabilidad toda, pero lo "hiper" tampoco.

Preguntémonos qué lugar tienen los momentos de contemplación en nuestro tiempo: momentos de reconocer que es el Señor, el Maestro.

"Espiritualidad de la paciencia, no de la prisa". En el Nuevo Testamento hay tres elementos que indican la espiritualidad pascual de los apóstoles, de la primera comunidad: La alegría, el coraje (la parresía), y la paciencia. Saber que la paciencia que no es pasiva, sino activa; es saber que la realidad se resiste muchas veces al cambio, la realidad de las personas, la realidad social, nuestros hábitos, nuestras costumbres; y hace falta esta paciencia activa que significa también, por lo menos, tres palabras importantes. Una es la resistencia para no sucumbir ante lo negativo. Es la resistencia de decir "esto puede ser mejor, esto puede ser distinto". Ese empeñamiento de buscar que las cosas pueden ser mucho mejor. Segundo, la decisión de abordar el cambio necesario, y los trabajos, y los pasos necesarios para hacer frente a esto. Y en tercer lugar la capacidad de sufrimiento. No se ahorra el sufrimiento al evangelizador. Todos recordaréis aquel Vía Crucis famoso que tenía frases preciosas: "en la vida si no quieres sufrir no ames. Pero si no amas, ¿para qué

quieres vivir?". En la vida no hay amor sin sufrimiento, el que no quiera sufrir, que no ame. Y si no amas, ¿para qué quieres vivir?

Otro rasgo para afrontar es "la espiritualidad de no apagar las llamas humeantes", y soplar sobre las realidades emergentes. Por una parte este respeto a lo que hemos recibido, que necesita ser purificado, que tendrá muchas cosas que ya no proceden en este momento. La piedad se ha expresado en formas piadosas y hemos de ser muy sensibles para purificar todo lo que haya que purificar, pero también para saber valorar lo que hemos recibido, y sobre todo no apagar esa "mecha humeante".

Al mismo tiempo debemos estar muy atentos a descubrir las nuevas realidades que están surgiendo en la Iglesia, los nuevos planteamientos que podemos hacer en la pastoral. Es un equilibrio difícil, pero tratar delicadamente a las personas que han vivido de una determinada manera su vida cristiana durante muchos años no nos permite "tirar con el agua sucia la criatura". Y por otra parte, saber que el Espíritu Santo puede suscitar más allá de nuestros programas, más allá de lo que nosotros queremos impulsar, otras realidades que necesitamos recoger. Esta apertura de corazón, y esta capacidad de discernimiento tiene siempre una cosa muy importante: valorar mucho a las personas. En la Iglesia tenemos que ser el lugar donde se vea que el lugar de la persona es irrefragable, es inviolable, ese respeto exquisito a la persona.

Es "una espiritualidad que no tiene que ser autárquica sino abierta a la comunión". Ni parroquianismos cerrados sobre sí mismos, ni una unidad pastoral cerrada sobre sí misma, ni un arceprestazgo cerrado sobre sí mismo, ni siquiera una diócesis cerrada sobre sí misma.

Y, finalmente, es "una espiritualidad de sanación". Una Iglesia que tiene heridas pero tiene la convicción de que el Señor cura. El Señor no nos ha dicho sólo "id y evangelizad", nos ha dicho también "id y curad". La Iglesia no es una comunidad de inmunes, no. Una comunidad también herida, pero curada, que al mismo tiempo quiere reflejar al mundo ese rostro sanador de Jesucristo. Que pasó curando de toda enfermedad y de toda dolencia. Es el ejercicio de la misericordia. Es la Iglesia samaritana, la que realmente sabe detenerse ante los que están en la cuneta, acercarse a ellos y ofrecerles el aceite y el vino que lleva en su mochila y saberlos acoger en su propia cabalga-

dura.

Espiritualidad significa, en mayúscula, "vida según el Espíritu". Estamos necesitados de salvación, estamos necesitados de Espíritu Santo, necesitamos que el Señor venga de nuevo a renovarnos, a hacer rebrotar el tronco de Jesé. Esta espiritualidad del Adviento es saber que Dios, desde nuestras limitaciones y desde nuestras heridas, puede hacer surgir algo nuevo, sólo él es el Salvador. Y por eso decimos "Ven Señor Jesús".

Concluyó el retiro con la Exposición del Santísimo y la oración común.

RETIRO ESPIRITUAL DE CUARESMA

14 febrero 2005

Nos reunimos, una vez más, al inicio de este tiempo de Cuaresma para orar y reflexionar, para escuchar juntos lo que el Señor nos pide en este momento en que nos toca vivir. El retiro de hoy quiere ser una reflexión, en voz alta, de lo que han sido mis meditaciones personales con motivo de la visita ad límina, y estos días que la han seguido. Acercarse a los sepulcros de Pedro y de Pablo, acercarse a aquellas tumbas donde unos hombres, Pedro, crucificado, martirizado, fue enterrado entre los pobres, o Pablo, que, después de sus grandes correrías, decapitado, fue enterrado fuera de las murallas de Roma, deja a uno impresionado por el testimonio de la fe de estos hombres, la misma fe que nosotros profesamos y que estamos llamados a testificar en nuestro tiempo. Poder acercarse al sucesor de Pedro, un hombre de carne y hueso, frágil, pero que continúa esa misma misión de ser signo de unidad de la fe, realmente es un acontecimiento de gracia que yo resumiría en esta humilde frase del Evangelio: un candil, dice el Señor, se pone para alumbrar a los de la casa. Qué pequeño, qué frágil: un pobre candil. Un candil para alumbrar, y tú para evangelizar.

Nuestra vida no tiene más sentido que ése; entonces nuestra conversión, a la que el Señor nos invita al inicio de esta Cuaresma ("Convertíos y creed en el Evangelio"), es una conversión que tiene una repercusión en el pueblo de Dios, en los que formamos esta casa que es la Iglesia. El candil no se pone debajo de la mesa, sino para alumbrar a los de casa, con su luz humilde, pobre, frágil, sencilla, alimentada constantemente con un aceite que le permita alumbrar en medio de la noche.

Nosotros, como todos los cristianos, nos debemos convertir constantemente; pero además somos para los demás. Desde ahí os invito a hacer esta oración esta mañana. Pedid al Señor el don de la conversión para que todos nosotros, con sencillez y humildad, podamos ayudar en su proceso de conversión a las personas con que nos encontramos y a las comunidades a las

que servimos.

Una conversión que no mira sólo a nosotros mismos. Una persona consagrada, un sacerdote, ya no se pertenece, ya no nos pertenecemos, somos para los demás. Eres candil, pobre candil, para alumbrar. La invitación que el Señor nos hace a la conversión puede ser también una invitación a avivar nuestra fe.

Al que ya ha comenzado a caminar con Jesús se pide una fe que crezca. "Señor, yo creo, pero aumenta mi fe". Nuestra conversión es una llamada a que la llama de nuestra fe no se apague, ni siquiera se conforme con ser una llama mortecina. Que cuidemos la raíz de nuestra fe. Nuestra fe experimenta un crecimiento precisamente en medio de la prueba. La fe crece en medio de la noche, debe ser más fuerte cuanto menos apoyaturas o andamiajes la sostienen. La fe se hace más auténtica, más purificada, más dócil, más radical, cuanto más grande es la prueba.

Pidamos, pues, en este retiro, todos juntos, para cada uno de nosotros, para todo nuestro presbiterio, para toda nuestra diócesis, para los fieles a los que servimos, una fe en crecimiento: "Señor, yo creo, pero aumenta mi fe".

"Qué poca fe", dice Jesús muchas veces a los apóstoles cuando se sienten zozobrar o ante alguna prueba. Que la fe encuentre bien su cimiento y sea una fe robusta. "No se puede ocultar una ciudad en lo alto de un monte", como no se puede ocultar tampoco una llama. Si nuestra fe es auténtica, es encendida, si nuestra fe indica un abandono de relación personal con Cristo, y abandono confiado en los brazos del Padre y del empuje del Espíritu, nosotros apareceremos como transmisores de la fe, como contagiados de esa fe. Nuestra invitación a la conversión en esta Cuaresma, debe llevarnos a suplicar también: "Señor, que sepa transmitir la fe".

El día de retiro es, sobre todo, un día de diálogo con el Señor, de saber escuchar sus interrogantes, de saberle ofrecer también nuestras inquietudes, de dejarnos estimular por el Señor, para que nos saque de nuestros atascos. ¿A quién, a quiénes y cómo intento transmitir la fe? En esta Cuaresma nos debemos preguntar cómo estamos transmitiendo la fe, y a quién.

Y un tercer paso en esta conversión: mirar cómo podemos ayudar a la conversión personal y comunitaria de los que se nos han encomendado. Una

fe testimonial, una fe que se haga visible en nuestra forma de vivir, en el estilo de nuestra existencia. El testimonio al que tenemos que ir introduciendo también a los de casa, a los que están cerca. Cuando nuestra vida se hace testimonio, y nuestro testimonio se intenta compartir con alguien que esté cerca de nosotros, nuestro testimonio se refuerza, ¿por qué el Señor mandaba de dos en dos, al menos, de dos en dos a la misión?

Una fe que se tiene que testimoniar también en las conversaciones y en las actividades que realizamos con los que están más cerca de nosotros, especialmente en los sacerdotes: compartamos nuestra experiencia de fe. A mí me ha gustado mucho en esta visita ad límina visitar la comunidad de San Egidio, en el Trastévere. Es verdad que ahora es una comunidad que ha crecido ya mucho, yo tuve la ocasión de conocerla hace ya veinte años, el año que estuve estudiando allí, eran entonces una pequeñísima comunidad que se reunía en la "iglesia" pequeña de San Egidio, ahora se reúnen en Santa María de Trastévere, pero así todo, no es una comunidad inmensa, pero sí un grupo de personas en las que ves una gran alegría por creer, una gran capacidad de acogida, una gran sencillez en su forma de vivir y de compartir. Nos invitaron a una cena a un grupo de obispos, sin mesa puesta, sólo unos taburetes donde apoyar los platos, en una sala sencilla, pero una sala en la que descubrí una placa que me impresionó: "en esta sala el año 93 se firmó la paz en Mozambique". Una comunidad cristiana que desde su fe fue capaz de reunir en aquella sala, en ese estilo tan sencillo, al gobierno y a los guerrilleros, y a base de unas conversaciones, en esa misma sala, el testimonio de su fe provocó, ayudó a la paz en un país.

Este triple salto de la fe: una fe que crezca, una fe que se transmita, una fe testimoniada, una fe que se pueda tocar en el estilo de nuestra vida y de nuestras relaciones. Y o creo que es lo que el Señor nos pide en este momento.

Esta sería una primera parte de estas reflexiones que quiero compartir con vosotros. El resumen sería ese: el candil para alumbrar, tú para evangelizar. Señor, conviértenos para que ayudemos a otros en su conversión personal y comunitaria.

Un segundo punto en esta primera meditación: la conversión siempre es

sabemos resituarse en la vida. El extravío es siempre salirse del camino, alejarse de casa, perder la dirección, sentirse desorientado. La conversión es siempre un retorno, un regreso, es una vuelta, un saberse situar de nuevo dentro del hogar en el que Dios nos espera y quiere crear familia con nosotros.

Ante Dios yo soy un pobre, estoy necesitado, soy como el barro: Señor, nosotros el barro y tú el alfarero. Si somos sinceros, vemos nuestras debilidades, nuestras limitaciones, nuestros pecados: somos pobres. Pero con una pobreza que no humilla, que no machaca, porque esta pobreza nuestra ha sido acogida, adoptada, para que seamos hijos en el Hijo. Entrar en esta dinámica de aceptarnos pobres delante de Dios, sin engañarnos, y, al mismo tiempo, desde esa pobreza, abiertos al proyecto de santidad, al proyecto de imagen de hijo que Dios quiere hacer en cada uno de nosotros, genera una dinámica de humildad y de esperanza, de realismo y de alegría. El alfarero hace botijos, cántaros, platos, es decir, nos hace para servir, nos hace para compartir. Un cántaro, una vasija para guardar agua, un vaso es para dar de beber. Incluso, lo que no puede hacer el alfarero humano es que, si se rompe el vaso, ya no lo puede restaurar, nuestro Dios sí es capaz de hacer vasos nuevos de nuestro barro.

Saberse situar ante Dios como pobres y como hijos es reconocer que Dios puede más que nosotros, ese es el acto de fe precioso de los santos: Dios puede más, porque El sí puede hacer maravillas.

Ante los demás, ¿cómo nos resituamos ante los demás? Como hermanos y servidores.

Como hermanos, reconociendo que quien está delante de mí es tan frágil como yo, pero también llamado a ser hijo como yo. Un hermano es capaz de reconocer las semejanzas, lo que nos hace tan parecidos a los otros. Dios ha mirado a todos los hombres con amor de Padre y nos enseña a no cerrarnos al que es como tú, de tu misma pasta, de tu mismo barro, de tu misma carne.

Esta es la conversión a Dios: aprender a decir "Padre" a Dios de manera nueva y sincera, y aprender a decir también al otro "hermano" de manera significativa y profunda. Todos los cristianos, pero nosotros como pastores del pueblo de Dios, somos servidores. Estamos para ayudarles, estamos para ayudarles a crecer. Estamos para curar les, para compartir. Estamos para

que, aceptándolos como son, les ayudemos a ser lo que Dios espera de cada uno de nosotros.

Lo hermoso de un hermano es ver que crece y desarrolla todas las potencialidades que Dios ha sembrado en ese corazón. Y colaborar con un hermano es ayudarle a que pueda desarrollarlas. Nosotros ante los demás seamos como hermanos, esos hermanos servidores que se desgastan, que se desviven, que se entregan, que se olvidan de sí mismos, para que los demás puedan crecer y puedan desarrollar todos los dones que Dios les ha dado.

Ante el mundo, pues, como señores, y como poetas. Porque nosotros no somos esclavos del mundo y de las cosas. Hay que tener señorío sobre las cosas de este mundo. Los bienes de este mundo, las seguridades de este mundo, las famas de este mundo no nos tienen que frenar. El Señor nos ha dado el mundo para que podamos servirnos de las cosas con libertad, pero nunca acabando atrapados por las cosas. En ese sentido la Cuaresma sí es una invitación a que veamos si realmente en medio de nuestro mundo vivimos la libertad del Evangelio, o estamos dejándonos también enredar.

Dios hizo el mundo y lo hizo bueno, y las cosas de este mundo son regalo de Dios, por eso hay que miradas también con ojos de poeta. Sabemos alegrarnos por la mirada de un niño, por la sonrisa de un joven, por tantas cosas buenas que hay en el mundo, a pesar de que hay problemas; ¡pero hay tanto bueno!... que hay que descubrir, valorar, potenciar, acoger, agradecer.

La persona que sabe ser ante Dios pobre e hijo, la que sabe ser hermano y servidor y es libre ante el mundo, es una persona agradecida. Si la conversión va siendo auténtica en nosotros, nos hará un corazón más agradecido, porque Dios nos regala muchos dones.

En esta segunda meditación me voy a centrar en algunas sugerencias para poder vivir estos tres medios que la Iglesia nos propone para la Cuaresma: el ayuno, la limosna y la oración.

¿Cómo revitalizar una experiencia seria de ayuno en nuestra vida sacerdotal? Algunas veces ciertas privaciones a nosotros no nos trabajan demasiado, no nos cuestan demasiado. Comer menos un viernes, o no comer carne, es un signo, un signo de participación eclesial, pero quizás no nos trabaja

suficientemente. Es un signo que nos tiene que llevar a trabajar otros aspectos de la vida, que realmente pueden frenarnos en el crecimiento de nuestra fe, de nuestro testimonio y de nuestra entrega personal.

Os sugiero, y me sugiero, que en la vida las personas somos bastante adictas. Hay adicciones que se notan más, y que pueden tener un nivel de gravedad; creo que todos tenemos ciertas "adicciones" que nos quitan flexibilidad y libertad a la hora de ser apostólicamente más generosos. ¿Cuando decimos "yo esto no me lo pierdo"? ¿Qué es lo que no estamos dispuestos a perder quizás por otras cosas que el Señor nos pide más importantes?

Quizás el ayuno, planteado seriamente, podría ser preguntamos: ¿tengo alguna adicción, que sin ser fuerte, sin ser grave, me quita libertad para ser más generoso apostólicamente? ¿o más profundamente cultivador de mi espiritualidad? Planteémonos seriamente el ayuno. ¿Qué estamos trabajando de nuestra personalidad en esta Cuaresma?

La rutina a veces nos lleva a pasar por la Cuaresma sin que la Cuaresma pase por nuestra vida. Esta sería una sugerencia para dialogado con el Señor, porque cada uno de nosotros sabemos dónde pueden estar estas "adicciones".

La limosna es siempre compartir, no sólo lo económico, es compartir también la vida, es compartir todo. El Papa este año nos ha invitado a compartir esta Cuaresma, especialmente, con los ancianos. Quizás desde su propia experiencia nos ha hecho una llamada a reconocer al anciano, a acercarse al anciano. En una sociedad del culto al cuerpo, en una sociedad que busca desesperadamente la eterna juventud, que olvida muchas veces, en la soledad de las ciudades o de los pueblos, al anciano.

Hagamos un programa exigente para que los ancianos que están en el ámbito de nuestra responsabilidad puedan sentirse más acompañados por nosotros, más valorados, más cuidados, más estimulados para que no se sientan inútiles. Redescubrirles también su aportación a la comunidad, a la Iglesia, al mundo.

El Señor nos puede pedir esta limosna en esta Cuaresma, acogiendo el mensaje que el Papa nos ha hecho.

y también la limosna de estar más cerca unos de otros. El Papa en el dis-

curso que nos dirigió a los obispos del primer grupo de la visita ad límina nos dice: "atentos a los problemas y expectativas de los fieles ante esta nueva situación, vosotros como pastores os sentís interpelados a permanecer unidos, para hacer más palpable la presencia del Señor entre los hombres a través de iniciativas pastorales más apropiadas a las nuevas realidades". Ayudémonos en esto, permanezcamos más unidos, hagamos más por nuestra unidad, para hacer más palpable la presencia del Señor entre los hombres. A través de iniciativas pastorales más apropiadas a las nuevas realidades.

A veces lo nuevo cuesta, y cuesta, especialmente, si no se genera entre nosotros una dinámica de unidad para llevarlo adelante. Esta llamada a vivir la unidad, a saber compartir tiempo con los hermanos, a saber buscar juntos, a saber arrimar el hombro ante iniciativas pastorales que veamos más apropiadas para las nuevas realidades. Este tiempo de Cuaresma también es un tiempo muy apto para poder hacer algunas iniciativas pastorales que ayuden a nuestros fieles a salir de la atonía, y de encontrarse, haciendo también esta llamada de unidad. Generar en la Iglesia una corriente de unidad.

Personalmente tengo que decir que me encuentro muy animado por estas sencillas experiencias que algunos ya habéis tenido, de esa Eucaristía en la Catedral celebrada el domingo. Varias parroquias ya han pasado, no es nada extraordinario, pero es la alegría de sentirnos juntos, la alegría de saber que pertenecemos a una Iglesia que va un poco más allá de nuestros pequeños círculos.

La oración, en esta Cuaresma, especialmente centrada en la Eucaristía. Este año es un año también en que el Papa nos invita a hacer un Año de la Eucaristía. Ahí está el centro, la cumbre, la fuente de toda la vida cristiana. La carta *Mane Nobiscum Domine* tiene unas intuiciones preciosas. Quisiera hoy subrayar ésta: cuando el Papa presenta la Eucaristía como misterio de luz, es para poner en relación las dos mesas: la de la Palabra y la de la Eucaristía.

Nos dice en el número 12: «"La Eucaristía es luz, ante todo, porque en cada Misa la liturgia de la Palabra de Dios precede a la liturgia eucarística, en la unidad de las dos "mesas", la de la Palabra y la del Pan. Esta continuidad aparece en el discurso eucarístico del Evangelio de Juan, donde el anuncio de Jesús pasa de la presentación fundamental de su misterio a la declaración de

la dimensión propiamente eucarística: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida" (Jn 6, 55) (...). En la narración de los discípulos de Emaús, Cristo mismo interviene para enseñar, "comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas", cómo "toda la Escritura" lleva al misterio de su persona (d. Lc 24, 27). Sus palabras hacen "arder" los corazones de los discípulos, los sacan de la oscuridad de la tristeza y desesperación, y suscitan en ellos el deseo de permanecer con El: "Quédate con nosotros, Señor" (d. Lc 24, 29».

Más adelante el Papa dice (n. 14): "Es significativo que los dos discípulos de Emaús, oportunamente preparados por las palabras del Señor, lo reconocieran mientras estaban a la mesa en el gesto sencillo de la "fracción del pan".

Concluye una cosa muy bonita para orientar esta Cuaresma: "Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos "hablan". La Eucaristía se desarrolla por entero en el contexto dinámico de signos que llevan consigo un mensaje denso y luminoso. A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos del creyente" (n. 14).

Tenemos que ser mistagogos, introducir en el Misterio. Nuestras Eucaristías han de tener una calidad orante celebrativa, una expresión tan cuidada de la Palabra que conduzca realmente a los fieles al encuentro de ese Misterio de presencia del Señor en el sacramento eucarístico.

Antes de celebrar la Eucaristía preguntémonos cómo la podemos vivir intensamente, y cómo podemos introducir a los fieles desde la escucha de la Palabra que ilumina sus mentes y enardece los corazones, para poder abrir los ojos de la fe ante el Misterio de la Presencia. Cuidar todo lo que rodea el Misterio de la Eucaristía.

Ha de ser un año en que realmente nos sintamos sobrecogidos por este don inmenso de contar con esa presencia real del Señor en medio de nosotros, que como dijo tan bien Pablo VI, y lo cita Juan Pablo II en esta carta: "Una presencia que se llama "real" no por exclusión, como si las otras formas de presencia no fueran reales, sino por antonomasia, porque por medio de ella Cristo se hace sustancialmente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre" (n. 16).

Por eso la fe nos pide que ante la Eucaristía seamos conscientes de que es-

tamos ante Cristo mismo. Que nuestra celebración de la Eucaristía sea una escuela de oración, una escuela de encuentro, una escuela de escucha, una escuela de contemplación, que provoque en todos nosotros ese sentido de adoración ante este regalo inmenso, del cual decía san Juan de Rivera en su lema episcopal: "Después de esto, hijo mío, qué más podría hacer por ti". Contemplando el misterio de la Eucaristía, Jesús nos hace esa misma pregunta: "Después de esto, hijo mío, ¿qué más podría hacer por ti?".

Si la Cuaresma es tiempo de oración, ¿qué mejor momento de oración personal y comunitaria que en torno al misterio de la Eucaristía?, y en esa relación dinámica de la Palabra con la Eucaristía, y de la presencia que se prolonga más allá del momento celebrativo.

Un año para redescubrir la Eucaristía, especialmente la del domingo. El Papa insiste también mucho en esto, en la Carta nos dice: "Se debe incrementar una acción pastoral que promueva una participación más asidua de los fieles a la Eucaristía dominical, la cual ha de ser vivida no sólo como un precepto sino más bien como una exigencia inscrita profundamente en la vida de cada cristiano", A ver si somos capaces de ayudar a nuestro pueblo en esto, a que descubra que, si queremos ser cristianos, la Eucaristía forma parte esencial de nuestra experiencia cristiana. Según aquella expresión de los mártires en el norte de Africa en el siglo nI: "Sin la Eucaristía, sin el día del Señor, no podemos vivir". No puede haber fe cristiana, si no está alimentada, y el cristiano se alimenta de la doble mesa: de la Palabra y de la Eucaristía, fundamentalmente. Ahí están los pastos a los que nos conduce el Buen Pastor.

Son tres sencillas sugerencias para que en este último momento de oración que vamos a tener ante el Señor, expuesto en el sacramento, nos preguntemos: ¿cómo podemos ayunar, cómo podemos interpretar la limosna, y cómo podemos vivir una experiencia de oración más intensa en esta Cuaresma?

Centrémonos en algo sencillo, pero que pueda decir: esta Cuaresma a mí me ayudó a redescubrir la Eucaristía, esta Cuaresma me ayudó a abrir más los ojos y a estar más tiempo con mis queridos ancianos, y en esta Cuaresma he podido hacer algún gesto para tener el corazón libre que me permite de-

cir: "si es por el Señor, si es por los fieles, si es por el apostolado, soy capaz de cortar con alguna comodidad, o de quitar algún freno de los que poco a poco se van metiendo en mi vida".

Lo importante es que el Señor nos diga qué quiere de nosotros, y que nosotros se lo preguntemos con sinceridad: Señor, ¿qué quieres que haga?

Concluyó el retiro con la Exposición del Santísimo y la oración común.

RETIRO DE ADVIENTO

5 diciembre 2005

“¡Ven Señor Jesús, y enséñanos a ser pastores!”

En la primera meditación, fundamentada en el salmo 79 (80) que nos presenta la necesidad de la restauración, nos planteamos la pregunta al mirar el mundo: ¿cómo ser pastores en este momento? Un mundo caracterizado por tres palabras:

- desorientado por el relativismo, indiferentismo, e interculturalidad;
- disperso por el individualismo, subjetivismo, fragmentación, y movilidad;
- herido por la falta de sentido, fracasos, rupturas, pérdida del sentido moral...

Esta situación nos invita a ser educadores de la fe, trabajar al servicio de la unidad, y buscar reunir y convocar a las ovejas perdidas.

En la segunda meditación centrada en el Magnificat de María y el Magnificat de Pablo en 2 Cor. Se nos invita a cantar el propio Magnificat, desde la experiencia de sentirse débil para afrontar las pruebas con la fuerza de Dios.

INDICE

CONFERENCIAS

Hablar de Dios Hoy.....	5
Ser discípulo de Cristo, hoy.....	8
Exigencias de la vida cristiana.....	16
Vida comunitaria del cristiano.....	25
Conferencias Cuaresmales 1994.....	31
Conferencias Cuaresmales 1995.....	37
Conferencias Cuaresmales 1996.....	45
Conferencias Cuaresmales 1997.....	55
Conferencias Cuaresmales 1998.....	59
Conferencias Cuaresmales 2004.....	70
En la entrega de la medalla de oro del Parlamento de Cantabria a la Diócesis.....	88
En la entrega de la medalla de oro de la ciudad de Santander al Obispado de Santander.....	90

RETIROS

Retiro Espiritual 1991.....	95
Retiro Espiritual de Cuaresma 1993.....	100
Retiro Espiritual de Adviento 1994.....	103
Retiro Espiritual de Cuaresma 1995.....	105
Retiro Espiritual de Cuaresma 1996.....	108
Retiro Espiritual de Cuaresma 1997.....	111
Retiro Espiritual de Adviento 1998.....	114
Retiro Espiritual de Cuaresma 1999.....	118
Retiro Espiritual de Adviento 1999.....	123
Retiro Espiritual de Cuaresma 2000.....	129
Retiro Espiritual de Adviento 2000.....	134
Retiro Espiritual de Cuaresma 2001.....	141
Retiro Espiritual de Adviento 2001.....	151
Retiro Espiritual de Adviento 2002.....	158

Retiro Espiritual de Cuaresma 2003.....	164
Retiro Espiritual de Adviento 2003.....	172
Retiro espiritual de Cuaresma 2004.....	182
Retiro espiritual de Adviento 2004.....	192
Retiro espiritual de Cuaresma 2005.....	201
Retiro de Adviento 2005.....	210